

LOS JOVENES ANARQUISTAS, es la obra del escritor español Arturo Parera, residente desde el final de la guerra española en París. Obra y vida del autor se complementan en una síntesis que cristaliza en la teoría novelada de LOS JOVENES ANARQUISTAS.

En la presente obra el autor derrocha imaginación y filosofía libertaria, dando a la existencia novelada de sus personajes una libertad amorosa completa en una interpretación personal de lo que a su entender es el anarquismo integral.

Hábilmente, en *LOS JOVENES ANARQUISTAS*, Parera va trazando los hilos que tejen esta obra explosiva de escenas amorosas y desbordante lirismo y con un contenido ideológico que da una interpretación espontánea en las actividades de sus personajes tal como su autor entiende que debe darse en la vida real, sin sujeción a ninguna clase de parámetros sociales e interpretando que la existencia de la pareja —del binomio hombre-mujer—, debe comportarse para su felicidad totalmente libre sin otros frenos que el respeto a la existencia ajena y la proyección de la vida hacia un total armónico con las libres manifestaciones de la naturaleza humana.

Arturo Parera

LOS JÓVENES ANARQUISTAS

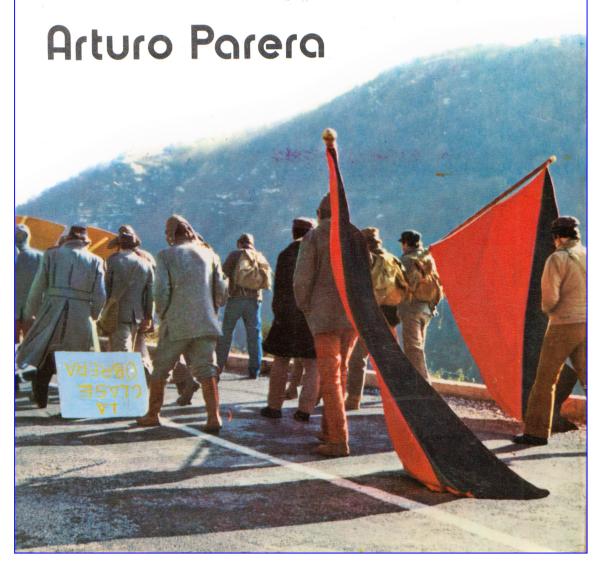
[Alejandro y el amor libre]

Edición digital: C Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

LOS JOVENES ANARQUISTAS



"Alejandro y sus amigos" son la expresión de cierta juventud que está floreciendo por todas las regiones de España, a imagen de la que se manifiesta en otras naciones, y particularmente, donde el oxígeno de la libertad se encuentra menos enrarecido.

Durante los 30 años exiliado en Francia he recibido la visita de una cantidad numerosa de jóvenes, en su mayor parte gallegos, "Alejandro" encarna en el espíritu de todos ellos, las aspiraciones que me han manifestado, frente a la realidad humana que defienden contra los prejuicios de sus familias, y en general, contra la moral, caduca y milenaria, de la sociedad.

Este libro, lo dedico a todos esos jóvenes que me lo han inspirado, y a todos los que hayan llegado a la conclusión, de que la vida del hombre no debe ir paralela a la rutina, sino a sus propias filosofías.

La juventud, quieran o no los tradicionalistas, es, a través de las generaciones, la ola, brava y noble, que sacude las barreras burocráticas y las costumbres irracionales y ridículas, hechas leyes por la ignorancia, y arma poderosa de las clases privilegiadas y dominantes.

La sed de libertad está en todo ser viviente, mas el arte de conquistarla y de vivirla es el problema exclusivo de una cultura independiente de tradiciones, y libre en la razón de cada hombre. "Alejandro" es la definición de esta cultura racionalista, en un combate abierto contra el hombre: hijo de sus propios errores, y por el hombre: obra de la realidad humana.

CAPÍTULO I

La televisión española da la noticia de la muerte del general Franco. Es el 25 de noviembre de 1975. Un día de otoño que, en las cárceles, se siente una fuerte sensación de libertad. Relámpagos de esperanza cruzan el corazón de los detenidos. En la de Lugo, un preso, muy entusiasmado, grita a sus compañeros: "¡Es el fin de la dictadura! ¡Camaradas, España entra, hoy, en una nueva época!" Era Alejandro, un estudiante en farmacia. Tenía 20 años. Moreno, pelos largos y negros. Alto y delgado, pero musculoso. Físicamente atrayente, y de una extraordinaria belleza intelectual. Hijo de una familia de labradores, dedicaba su vida al estudio, al trabajo, al amor y a la revolución, con una generosidad ejemplar.

Alejandro, llevaba esta última vez diez meses en la cárcel de Lugo, sin que se le pudiera, como en otras ocasiones, juzgar por un delito grave. Le detuvieron en un intento de manifestación. Sólo sus antecedentes anarquistas eran la causa de estancias en la cárcel, y de la agresividad que le manifestaban los vecinos de su pueblo.

Contra el optimismo encendido en las primeras horas que sucedió la muerte de Franco, la libertad no llegaba para nadie a la cárcel. Los días pasaban, y las noticias contradictorias estaban en el orden de todos los días. El clásico teléfono clandestino de los detenidos no cesaba de funcionar: "Se avecinan grandes transformaciones sociales. La libertad de prensa y de asociación será pronto una realidad."

Al calor de ese agitado movimiento de noticias, y en el lento pasar de los días, Alejandro llegó a enjuiciar nuevas tácticas para seguir luchando. Él, que hasta la muerte del dictador aceptó las violencias, todas las batallas contra la dictadura, había decidido, en una meditación profunda, cambiar radicalmente de posición. "Tengo confianza en el porvenir", había dicho siempre a sus compañeros de cautiverio. En las recientes circunstancias, confusas y

alarmadoras, que respiraban los presos, empezó a opinar con autoridad: "Debemos reflexionar en la manera que hoy hay que interpretar la revolución. Franco muerto, la lucha debe tener un objetivo común: construir la democracia. Es la superficie social más propiciaba todos los que como nosotros, idealistas y filósofos, queremos, por encima de los intereses políticos, hacer del trabajador un hombre socialmente culto y responsable."

Alejandro era un volcán de inquietudes. Desde muy niño sufrió por los demás. En su pueblo natal, La Coreda, a pocos kilómetros de Lugo, era, contra los prejuicios de la moral tradicional, una permanente explosión. Mantenía una querella inteligente contra los caciques, y una lucha bien determinada contra el fascismo. Su verdadera familia eran sus compañeros. La ilusión de su corazón: Cristina. Un amor prohibido por sus padres, y cruelmente perseguido por el cura y los más beatos del pueblo. "Es un golfo, un anarquista peligroso, un bandido..." Y él, con las más bellas inquietudes de la niñez en el espíritu, se debatía contra todos, y era, para el pueblo entero, una insoportable agresión.

La libertad empezó, por fin, a llegar de cuando en cuando a la cárcel. Primero la recibieron los menos conocidos. Unos meses después Alejandro. Eran las dos de la tarde, de un día espléndido de primavera.

Frente a la puerta de la cárcel le esperaban algunos de sus más íntimos compañeros, que ya, desde hacía muchos días, pasaban las horas esperando su libertad. Fue un alboroto de alegrías, un júbilo ruidoso y alarmador. La primera que se lanzó a su cuello, y que invadió sus carrillos de estrepitosos besos, fue Magali, la compañera de ideas más afín de Alejandro. Era, como le llamaban sus amigos: "feúcha"; o sea, de frente estrecha, mejillas redondas y abultadas. Tenía 19 años. Su estatura era mediana y sus carnes excesivamente morenas. Pero Alejandro descubrió en ella una gran belleza de espíritu. A continuación le abrazó Antonio, el más violento de sus compañeros, y con el que menos coincidía en ideas. De estatura baja, grueso, pero físicamente robusto. Su sonrisa permanente, en unos ojos azules, una nariz aguileña y unos labios excesivamente estrechos, era, en la mayoría de las veces, irónica. Alejandro creyó que su ironía y su temperamento violento podían ser la causa de un estado continuo de inconsciencia. Siguió recibiendo palmadas en las espaldas, apretones de manos y caricias. Dos de sus compañeras, que también

apreció mucho verlas, fueron las hermanas Rosalía y Carine. Dieciocho y dieciséis años, respectivamente. Rosalía era alta, medía un metro setenta. Carine, diez centímetros más baja. Las dos eran rubias, y gozaban de una hermosura extraordinaria.

- —La situación ha cambiado mucho desde el día que te detuvieron —exclamó Rosalía.
- —Sí, mucho —agregó Magali.
- —Lo sé, lo sé; no vayáis a creer que en la cárcel no recibimos noticias frescas.

Al corro se agregaron muchos curiosos. Alejandro propuso ser prudentes, y despedirse para reunirse por la noche, como otras veces, en el domicilio de Antonio.

—Comunica a Cristina que me espere en el lugar de costumbre, antes que llegue al pueblo la noticia de mi libertad y la encierren, como han hecho tantas veces. Llegaré a La Coreda al atardecer.

Alejandro quiso quedarse solo, para gozar el placer de continuar entrevistándose con la infinidad de compañeros que tenía por la ciudad de Lugo.

Cumplido su deseo, y ya las siete de la tarde, no pudo resistir más a su corazón. El sentimiento de regresar a La Coreda, su pueblo, no cesó de atormentarlo desde que dio el primer paso en la libertad. Allí le esperaban Cristina y el hombre que llegó a querer más que a su propio padre: un gallego que defendió la República en la guerra civil española, se refugió en Francia, y regresó a La Coreda, cuando él tenía 16 años, a vivir en una muy pequeña propiedad, herencia de familia. Fue su maestro de ideas. La juventud le apodó "El Viejo". Tenía ya 70 años, pero por sus ojos brotaba la luz de un espíritu joven, optimista y ampliamente abierto a la vida.

Se dirigió al autocar de línea, y no pensó en nada, ni en nadie más que en ellos.

CAPÍTULO II

La Coreda, un pueblo de labradores, reducido a unos quinientos habitantes y separado de Lugo por treinta kilómetros. Situado en una espaciosa loma de escasa altura, rodeado de espesas y verdes praderas pobladas de numeroso ganado, en su mayor parte vacas, es una pura expresión de la campiña gallega. Sus casas de piedra y barro, viejas y excesivamente mal acondicionadas, rodean a una iglesia, cuyo campanar se levanta, orgulloso y desafiador.

La plaza de la Iglesia, con una espaciosa fuente en el centro, donde las vacas, al pasar, sacian su sed; una alcaldía, en un edificio de una planta, al parecer de los más viejos; cinco casas más y tres calles estrechas a su alrededor, era el lugar donde los campesinos, en acaloradas charlas, discutían los precios del ganado y comentaban los hechos cotidianos del pueblo.

Como en otras aldeas y pueblos gallegos, el cura y los caciques imponían en La Coreda sus intereses, su fuerza y su ley.

Alejandro, en ese puñado de chozas, y frente a monumentales injusticias, fue, desde que se le despertó el uso de razón, algo así como la oveja escapada del rebaño. No se inclinó nunca al franquismo. Vio siempre en su adorada Galicia una situación social de las más injustas de España. No le faltaron relaciones entre los estudiantes de Lugo, de Santiago de Compostela y otros lugares para defender la libertad del hombre y la moral sin prejuicios. Lo pagó muy a menudo con meses de cárcel. Hasta que cumplió los 18 años no pasó de arrestos, sucesivos, aunque cortos. Las cosas se le empezaron a poner feas y serias desde el día en que Cristina y él se enamoraron. A partir de esa fecha, se vio obligado a defenderse abiertamente, sin rodeos, y en su propio pueblo, no ya, como de costumbre, contra los franquistas, orgullosos de su dictadura, sino también contra los beatos fanáticos de la tradición, que se oponían descaradamente a la frecuentación con Cristina.

Alejandro hizo de su amada, una muchacha, niña por su corta edad, pero mujer por las expresiones de su espíritu y las proporciones bellas y armoniosas de su cuerpo, una razón más de su lucha contra las costumbres estúpidas y el despotismo intolerable que gobernaban el pueblo.

Los padres de Cristina eran gobernantes de una inmensa propiedad, perteneciente a la hermana de don Fernando, cura del pueblo, apodado don Tímido, por el sofocón que encendía los carrillos cada vez que se encaraba con un vecino. Los de Alejandro eran también gobernantes en una propiedad de dos riquísimas solteronas. Las dos propiedades estaban separadas sólo por unos seiscientos metros, y situadas al norte, en las proximidades del pueblo.

Cuando se descubrió el amor de los dos jóvenes, don Tímido y su hermana aconsejaron al señor Francisco, padre de la niña, prohibir a su hija mantener relaciones con un ateo grosero, golfo y anarquista. "Salva a tu hija de caer en el pecado. Defiéndela contra ese maldito diablo."

Y la guerra, contra el uno y el otro, empezó. Alejandro, desde ese día, se vio aún más perseguido que nunca. Cristina, vigilada y muy a menudo castigada. Esta situación era vieja de dos años. Empezó poco después que él cumplió los 18 años y ella los 15.

* * *

Eran las ocho del atardecer cuando el autocar en que viajaba Alejandro llegó a la plaza de la Iglesia. Las miradas agresivas y las exclamaciones absurdas que recibió al bajar del autocar las combatió él con su indiferencia. Se dirigió, orgulloso y decidido, a su domicilio. Por casualidad, sus padres no estaban. Encontró la casa vacía. Por un lado, se sintió satisfecho. No tenía ganas de volver a escuchar los reproches tantas veces repetidos. Se cambió de ropa. Acostumbraba a vestir pantalones de pana, pellizas de pieles o guerreras impermeabilizadas. Salió apresurado. Echó mano a su "Vespa" y el motor, diez meses olvidado en un rincón, se puso en marcha. Se fue, dando la impresión

de que no sabía dónde iba, con el propósito de equivocar a los que muy posiblemente le espiaban. Cuando se encontró solo en el campo, se dirigió, dando una pronunciada vuelta por solitarios senderos, al discreto y bello rincón de un prado que fue siempre testigo de las citas con Cristina.

En diez meses no se habían visto; mas el amor, al encontrarse frente a frente, exaltó sus corazones. El sentimiento, la felicidad y la desesperación los enloqueció. Abrazados, ciegos sus espíritus, rodaron por la hierba en alegre juego, riendo y gritando.

- —¡Te he escrito desde la cárcel siempre que he podido! —exclamó él, interrumpiendo el frenesí que tan ciegamente respiraban—. ¡Oh, querida, cómo he sufrido por ti!
- —Tus cartas no han llegado a mis manos, querido. ¡Malditos los cerdos que las hayan quemado! No he sido dueña de mí más que cuando he podido escaparme. Desde el instante en que nuestro amigo Eduardo me dio la noticia de tu libertad, otra vez más salí saltando por la ventana y, desde las cuatro de la tarde estoy aquí, en este rincón nuestro, esperándote.

Más tarde, después de haber sofocado el incendio del amor y comentado la historia de acontecimientos vividos cada uno en su miseria, Alejandro, sin cambiar de posición, tumbado y con los brazos abiertos, abrió la conversación a sus ideas:

—Cristina, la revolución es, hoy, imposible. He reflexionado mucho. En la actualidad, España necesita un formidable esfuerzo de cultura social.

Ella, estirada, con la cabeza apoyada en sus muslos, no contestó. Suspiró con tristeza. Durante unos minutos los dos meditaron. El campanar sonó nueve veces. Anochecía, y la temperatura de un día espléndido de primavera era acogedora.

—Sí, querida, para una revolución hace tanta falta la cultura social como la valentía y la bravura. Aunque de todas maneras, Cristina, lo principal es ser una página de protestas contra esta sociedad tan inhumana, injusta y corrompida. Este pueblo donde vivimos es para mí una cárcel más. El cura,

junto a los terratenientes, unos carceleros; y, lamentablemente, tus padres, los míos y la mayoría de vecinos unos corderos.

- —Alejandro, perdóname que te lo repita; pero la verdad es que tus ideas son una copia de las del "Viejo". Sí, querido, siempre se ha dicho que desde que llegó de Francia tú has cambiado radicalmente de comportamiento. ¿No es cierto?
- —¡Sandeces, querida, sandeces! Él, sólo ha hecho dar luz a mi espíritu con sus sabias experiencias. En definitiva, mis ideas se han formado y enriquecido en los libros. A propósito, mira, en la cárcel he leído clandestinamente "El Capital", de Carlos Marx.
- —¿Carlos Marx? ¡Pero si siempre me has dicho que odias las dictaduras!
- —Efectivamente, y te lo repito. Pero ello no impide conocer todas las ideas, incluyendo, ¿por qué no? las de los grandes dictadores. ¿Sabes que también he leído a Hitler? Mira, para mí no hay cosa peor que un fanático. No quisiera ser, en la lucha social, tan necio como los que creen en la Iglesia sin conocerla, o tan irresponsable como los que la odian, ignorando sus doctrinas.

Ella le besó. Se miraron, y volvieron a rodar por el suelo, a reír, a jugar. Durante un buen momento; respiraron el amor. Más tarde, ella le contestó:

- —En fin, Alejandro. Sabes que amo tus ideas, pero, la verdad, me veo, para las situaciones que tú vives, tan serias y peligrosas, demasiado niña. Tú querido, has cumplido ya los 20 años. Yo, ya lo ves, sólo 17. ¡Para todos soy la niña! Tus compañeros son todos mayores que yo.
- —Mira, Cristina, que todos sean mayores que tú no quiere decir nada. Lo principal es, que tu comportamiento sea la pura expresión de unas ideas humanitarias, revolucionarias y bellas. Sí, querida. Coge conciencia de la situación en que nos encontramos por defender el amor y la libertad. Convéncete de una vez para siempre, que el amor y la lucha por la libertad no exige una edad determinada, sino un espíritu ampliamente abierto a la vida y un corazón desbordado de sentimiento.

Ella escuchaba mirándole con luminosa ternura. En su cerebro se levantaba un inmenso tumulto de sensaciones contradictorias. El amor le hacía manifestarse egoísta. Comprendía la razón de las ideas y de las luchas de su amado, pero temblaba al pensar en el porvenir. Cristina era más pronto una romántica encantadora que una revolucionaria. En sus ojos resplandecía la vida y el sentimiento, tan pronunciadamente como en las líneas de su cuerpo la belleza y la gracia. Era bastante más baja que él, pero igual de fina, delgada y activa.

Alejandro se incorporó de un corto momento sentimental, en el que sólo los besos y las caricias hablaron, y continuó diciendo:

—La situación política ha dado un cambiazo colosal en España. Querida, creo que Hoy puedes ya escaparte conmigo para entrar por fin en el espacio de la vida: ¡como verdaderos gorriones libres!

Se calló y esperó, como otras veces, oír a Cristina protestar. Sólo oyó cantar los pájaros y le pareció que le daban la razón. Ella también empezó a ver en esa proposición, tantas veces repetida, la incontestable verdad.

- —Sí, querida, Debes decidirte. La situación social nos favorece cada día más. ¿Qué te parece si empiezas a venir conmigo a las reuniones? Esta noche nos reunimos. ¡Anda, ya verás, son todos unos grandes idealistas!
- —Ya veo que no has perdido el tiempo —contestó ella sorprendida. Sonrió, y añadió con algo de ironía—: ¿Idealistas como el "Viejo"?
- —Mira, Cristina, no seas mema. El "Viejo" ha hecho la revolución española. Ha luchado toda su vida por destruir las fronteras y hacer de nuestro planeta una sola patria. Ha sufrido en las cárceles, le han apaleado los nazis y todos los fascismos disfrazados o sin disfrazar. Hoy, pobre y viejo, vive encerrado en la sabiduría que le ha dado la lucha y la vida, esperando la muerte, pero, con los ojos en nosotros: la juventud. ¡Estos hombres son dignos de un ejemplo que debemos admirar!

—Sí, sí...

Él la interrumpió:

- —No deberías escuchar las sandeces injustas que dicen de él por el pueblo. ¡Tú sabes que son las mismas que dicen de mí! Las veces que has venido conmigo a su casa le has dado una impresión que no responde a lo que eres. Mira, querida, lo que te pasa es, que en ti hablan siempre dos corazones, el del amor, que escuchas algo torpemente, y el del rebelde, que no obedeces como se debe.
- —¿Pero tú crees que en nuestra época y, en España, una niña de mi edad puede ser independiente y libre?
- —¡No continúes diciendo sandeces! —Y la besó para seguir diciendo—: ¡Que no puedas ser libre, de acuerdo, pero ser rebelde y embellecer las ideas, sí!

Y se levantó. Le ofreció las manos. Cuando la tuvo entre sus brazos, repitió:

—¡Anda, vente conmigo a Lugo! Debemos trabajar juntos para embellecer el amor y hacer de la libertad el mismo ídolo en tu corazón que en el mío. Muchos de mis camaradas ya los conoces. Total una bofetada más o menos de tu padre empieza a no tener importancia.

Ella, rebulléndose feliz en los brazos musculosos de su amado, musitó:

- —Bueno, como tú quieras. Al fin y al cabo mis padres son para mí lo más injusto del pueblo. —Y se liberó de él para exclamar mirándose de abajo arriba—: ¿Crees que no voy a coger una pulmonía? Y además; ino sé si podrá tu "Vespa" con los dos!
- —¿Has pensado las veces que ha podido y, con el mismo vestido?

De costumbre, Cristina vestía con pantalones ceñidos y vistosos cuerpos de lana; pero la emoción había borrado de su mente la costumbre e iba vestida muy a la ligera, con una corta falda de color rosa.

Corrieron cogidos de la mano por el prado, respirando el entusiasmo que a ella le daba el amor, y a él, a más del amor, unas ideas revolucionarias.

Veloces por la carretera, sus corazones cantaban la ilusión; hambrientos de libertad, esas horas de evasión, sin familia y sociedad, era un alimento formidable para sus espíritus.

- —¡Tengo frío! —gritó ella riendo y cogiéndose a él con todas sus fuerzas.
- —¡Caliéntate en el incendio que arde en mí! —contestó él con una voz tan chillona que venció a la velocidad y al viento.

Llegaron a Lugo. Recorrieron algunas calles cortas, viejas y tortuosas. Al verse en el portal de un edificio sucio y anciano, ella exclamó:

- —Podríais haber escogido un lugar más alegre.
- —Aquí vive uno de mis mejores amigos. Su padre ha sido un idealista y un revolucionario. Estos dignos personajes no pueden vivir en palacios; mas, la miseria, en un espíritu entregado a un ideal, es la parte más insignificante de la vida.

Y en el quinto piso, antes de hacer sonar el timbre, añadió:

—¡Verás, le vas a dar una sorpresa!

La puerta se abrió, y Antonio, al ver a Cristina, exclamó:

—¡Ah, sabía que un día le acompañarías a intervenir en nuestras reuniones!

Se abrazaron, y Cristina contestó:

—¡Ganas no me han faltado nunca!

En el interior, se repitió la misma exclamación de sorpresa. En una amplia habitación, alrededor de una mesa, Cristina pudo contar diez jóvenes, todos conocidos. Alejandro recibió cariñosas felicitaciones, y Cristina una serie de besos.

- —¡Qué contenta estoy, Cristina, de verte entre nosotros! —le dijo Magali—. Las mujeres tenemos más dificultad a ser libres, ¿no es cierto?
- —¡No, no es cierto! —replicó Andrés—. Ya veis, yo no soy mujer, tengo 16 años, y cosecho todos los meses las mismas bofetadas que tú, Cristina. En mi casa no han dejado nunca respirar a mi personalidad.
- —Sí, es bien verdad —intervino Alejandro—. Los padres, generalmente, se convierten en carceleros de sus hijos.

El diálogo fue cogiendo más pasión y entusiasmo. En la mesa, el entrechocar de las botellas de jugo de fruta con los vasos, acompañaba a los cortos discursos.

- —El conflicto entre viejos y jóvenes es cada día mayor —añadió otro—. La razón de esta permanente guerra, viene de que los padres, en términos generales, no llegan a comprender otra manera de vivir que la de ellos.
- —Perfectamente —contestó Alejandro—; los viejos no quieren reconocer que cada generación es un enorme paso hacia el más allá en el camino de la evolución. En cada niño deberían ver una nota nueva para el voluminoso libro de las costumbres humanas. Al niño se le debe respetar su personalidad, sus originalidades, e invitarlo a razonar, antes que imponerle por la fuerza una manera de vivir.
- —Eso mismo —intervino Magali—; la vida debe de ser más una filosofía que una rutina.
- —¿Y quién es el joven que no construye una filosofía para juzgar el amor y las maneras de vivir? —preguntó Alejandro, para afirmar—: ¡Todos los jóvenes que leen, pudiendo escoger los libros libremente, construyen una y, todos se sienten extranjeros en la escuela y en la familia! A nosotros; ¿quién nos ha unido, sino la rebeldía contra las costumbres milenarias que la escuela y la sociedad nos obligan a vivir?

Andrés se lamentó:

- —Sí, es una pena tener que vivir el amor escondidos y la vida perseguidos como perros por ser jóvenes.
- —Mis padres son para mí excesivamente injustos —contestó Cristina—. Ya siento en la cara las bofetadas que me va a dar cuando entre en casa. "Eres una mocosa todavía", me dirá.
- —¡Una mocosa que se pregunta por muchas cosas de la vida, que él, aún no se ha preguntado! —exclamó Alejandro—. Tu padre, como el mío y la mayoría de campesinos, se arrodillaban delante del patrón y del cura. Trabajan y comen como animales sin conocer el derecho a ser libres.

- —¿Y estos hombres, rebaño de la sociedad, quieren imponernos su moral para trabajar, amar y vivir? —preguntó el padre de Antonio al entrar con unos bocadillos. Detrás llegó su esposa y les dijo muy preocupada:
- —Un día nos veremos comprometidos. Sois todos muy jóvenes para estar a estas horas reunidos.
- —Tú, siempre lo mismo, mamá —replicó su hijo muy dueño de sí—. Vale mucho más estar aquí reunidos para enriquecer el pensamiento, que dispersados por los cafés y bailes para emborrachar el espíritu de sandeces y la salud de vicios; ¿no estás de acuerdo, mamá?

No pudo contestar. Otro la interrumpió:

—Señora; ¿no cree que los jóvenes tenemos la imaginación y el espíritu para algo más que copiar las rutinas de los demás?

Alejandro, exclamó:

—¡Ah, si en las escuelas aprendieran a mirar la vida, más a través de la razón que de las estúpidas tradiciones! ¡La juventud no viviría tan distanciada de los viejos y, estas reuniones causarían admiración!

Los padres de Antonio se retiraron a dormir. El señor Rodríguez admiraba a su hijo. Los dos conocieron la persecución y la cárcel. La señora Dolores, sufrió mucho como esposa y como madre. Había conseguido calmar a su marido, pero estaba muy lejos de convencer a su hijo.

Devoraron los bocadillos sin cesar de reír y bromear. Cuando el diálogo volvió a coger seriedad, Magali, dirigiéndose a Cristina, dijo:

—Esta vez, mi querida amiga, vas a encontrar en tu casa un disgusto monumental. Muy posible que llamen a un médico para asegurarse que no te han robado la virginidad.

Entre una apoteósica manifestación de risas, Alejandro replicó:

—¡Eso un día le va a llegar, pues la mentalidad que poseen es propicia a tales disparates!

- —¡Siempre ha sido el cura quien ha aconsejado a mis padres cerrarme todas las puertas! —exclamó Cristina muy sonriente.
- —Entonces, el día que descubran que has vencido el mito de la virginidad, les dices que ha sido él, quien te ha iniciado —contestó Antonio.

Magali cortó la broma, para seguir opinando:

—En fin, camaradas; ¿cómo aceptar esta situación ridícula y llena de injustas prohibiciones que nos imponen en la familia y en la escuela? Nos prohíben mirar la vida con los ojos de la razón, y nos obligan vestir el uniforme de una moral vieja como el mundo. Frente a semejante atropello: ¿cómo no agruparnos los jóvenes para abofetear un pasado caduco en el presente, y abrazamos unidos y libres a la vida, a la poesía y al amor?

Alejandro la felicitó entusiasmado. Levantó su vaso, y propuso:

—¡Brindemos a nuestra futura organización cultural!

Y el entrechocar de los vasos se confundió a estrepitosas risas y mohines de alegría.

A continuación, Alejandro intentó hacer comprender su sentimiento revolucionario, ampliado y enriquecido durante los diez meses últimos de cárcel:

—Mi posición, yo creo que la conocéis todos. Vencida la dictadura, organizarnos, de espaldas a toda violencia, en una revolución cultural. Por consiguiente, hoy, Franco muerto: prioridad a divulgar la cultura y la moral racionalistas del anarquismo. Sabéis que siempre os he dicho, que para mí el anarquismo, es en la cultura social y moral, una religión positivista, la condición humana, su Dios, y la realización del hombre al nivel de sus valores humanos, su revolución. Sí, el anarquismo, en la integridad de sus aspiraciones sociales y morales, es la más amplia obligación de conciencia y la más profunda devoción al humanismo. La sociedad de clases, la más categórica contradicción con los principios humanos.

—Perfectamente —le interrumpió Magali—; siempre hemos estado los dos de acuerdo en esta interpretación filosófica del anarquismo. Desarrollar la cultura

y la moral anarquista; pues, es el movimiento más directo a la emancipación que exige una sociedad libre y enteramente humanista. Los que en la política luchan por conquistar el poder, es natural que defiendan la tradición; mas, los que aspiramos a una sociedad enteramente edificada en el humanismo, es natural también, que combatamos las tradiciones en provecho de la superación del hombre.

—No hay otra revolución más propia al anarquismo que la cultural —volvió a intervenir Alejandro—. Clavar el puntal en esta base, debe ser la principal preocupación de los anarquistas. Organizar una sociedad anarquista con animales, jes hoy, verdaderamente una quimera! Pero creer en que el hombre puede dejar de ser un animal para regresar a su condición de humano, jes una de las más bellas poesías de la razón que alienta el espíritu de los humanistas! Combatamos la sociedad desde el humanismo y, seremos auténticos anarquistas. Contra los prejuicios, las supersticiones, y el materialismo ciego y perverso que divide a los hombres, desnudemos el humanismo a los ojos de la familia y de las escuelas, en todos los episodios de nuestra revolución.

—Me parece que la cárcel ha enfriado tu espíritu, Alejandro —protestó Antonio—. Y lo peor es, que por lo que veo, estás helando el de otros. No olvides que la dictadura continúa sin Franco a la cabeza de un Rey sin pueblo, que la sangre no ha terminado de correr en España, y que las escuelas siguen en las manos de la Iglesia y en las del capital.

—Seamos realistas, amigo Antonio. La dictadura está en su agonía. No podía continuar respirando en España ni en Europa. Lo que pasa, y es ahí donde en parte tienes razón, es que el franquismo intenta situarse a los ojos de Europa, disfrazado de democracia. ¿Pero no es esto una cosa vieja entre los políticos? ¡En todo el mundo social está de moda este engañoso juego! El Estado, centralista y absoluto, en las manos de un Rey, de una República o de un comunismo, ha sido en la historia social de los pueblos un verdugo disfrazado con las bellezas de la democracia y con las de la libertad. No obstante, y a pesar de todo, en política hay verdugos y verdugos, la nueva situación de España, comparada con la que durante cuarenta años nos ha impuesto Franco, jes un manojo de rosas sociales! Esto lo han comprendido todos los partidos políticos, y sin perder tiempo han presentado cada uno su posición. Pues bien;

¿no es el momento más propicio, también para nosotros, de organizar la lucha que más se condicione a las nuevas circunstancias y al anarquismo? Ellos, hambrientos de poder, están ya en su camino. ¡Dejémosles, ha sido siempre así en el mundo político! Mas, nosotros que no aspiramos a otro poder que al de la emancipación de los pueblos, ¿dónde orientar la lucha sino hacia la realización del hombre, hasta llegar a la cumbre del humanismo? La sociedad a la que aspiramos, sin propiedad privada, universal y libre, hay que construirla en el hombre. Por consiguiente, nuestro horizonte revolucionario es el hombre. El día que todos los anarquistas tomen conciencia de esta realidad revolucionaria tan propia al anarquismo, ocuparan la plaza que les corresponde en la filosofía social y moral de los pueblos.

—Entonces, Alejandro, ¿cómo terminarías de definirnos la revolución anarquista después de la muerte de Franco? —preguntó uno.

-Nuestra posición, como filósofos y humanistas, es la de defender la democracia, junto a todos los que demuestren amar este arte de organización social, haciendo la revolución cultural. Los hombres, para organizarse sin el Estado ni otros sistemas opresores, en un pueblo culto, justo y libre, deben primero, realizarse al nivel de su condición humana. Es decir, vencer la animalidad, origen de haber vivido divididos en clases, y entrar de nuevo a la naturaleza como racionales y humanos. Sin esta superación, todo el potencial bélico de España no sería capaz de dar vida a una sociedad anarquista. La libertad y la justicia colectiva no es una calidad de la fuerza, sino una condición de espíritus. En otros pueblos los anarquistas se sirven de la democracia, sólo para criticar el régimen económico del Estado y apedrear a la policía en las manifestaciones. No, esto yo no lo he aceptado desde el día que descubrí el anarquismo. Este ideal, pura expresión del humanismo, tiene su fuerza en la cultura racionalista y no en las armas. Por consiguiente, mi propósito, ya de acuerdo con muchos de nuestros camaradas, es el ir inmediatamente a la creación de un modelo de agrupación cultural anarquista, que yo he propuesto llamar: "Los Amigos de la Emancipación". Extender por toda España la voz de nuestra cultura humanista a través de una cadena de agrupaciones de emancipación, es el camino más directo a la superación del hombre, necesaria para organizarse moral y socialmente en una colectividad universal, sin dueños, dioses y esclavos.

—Y empezar esta humana revolución es urgente —corroboró Rosalía—. Una vez las primeras agrupaciones en la legalidad, hay que ir lo antes posible a la autogestión de barrios, aldeas y pueblos, con la finalidad de dar a la juventud la ocasión de emplear el tiempo perdido, en diferentes actividades, que podrían ocupar la plaza de la actividad que el Estado y la religión les facilita para embrutecerlos y formar los futuros autómatas de la sociedad de clases.

—Perfectamente —asintió Magali—. Es fundamental para la cultura anarquista, integrar nuestra actividad, lo más profundamente posible, en la escuela y en la familia. Expongamos claramente a la familia y a la escuela, que nuestros puntos de vista de la educación van dirigidos contra la intoxicación de la educación por parte de tantas tradiciones contrarias a la realidad humana.

-Nuestro trabajo cultural es vasto como la vida -volvió a intervenir Alejandro—. En nuestras agrupaciones culturales, en la autogestión de barrios y aldeas que podamos organizar, debemos divulgar, que nadie, absolutamente nadie tiene el derecho de someter el niño a religiones y temores, que con toda seguridad van a frenar y traumatizar su espíritu. Que sea él, al llegar a su plenitud de razón, quien descubra en el estudio y en la meditación, la verdad o, la mentira de la religión y de la moral. La razón debe de ser prioritaria a las tradiciones milenarias que imponen a la juventud la sociedad y, en particular la religión. El amor lo debemos dar a conocer, empezando por nosotros mismos, sin prejuicios, desnudo y en su propia naturaleza, para que la vida sea en las escuelas un ejemplo, contra la finalidad de las viejas rutinas, que han degenerado el amor y las relaciones humanas. ¡Y tantas y tantas otras expresiones de nuestra cultura anarquista, que debemos popularizar sin perder tiempo! Es en este lugar revolucionario que el anarquismo se levantará invencible en los pueblos. Sí, camaradas, sigamos siendo los anarquistas españoles la primera revolución cultural contra la tradición integrada a la familia y a las escuelas; pues, la superstición y la ignorancia han sido siempre y continúan siendo la raíz y puntal del capitalismo y de todas las religiones, para hacer de éstas dos dignas y altas instituciones: familia y escuela, el caballo de la explotación y el de la imbecilidad. ¡Levantemos a los cuatro vientos que la cultura y la moral deben de liberarse del dominio religioso y de todos los demás totalitarismos, para ser en el racionalismo de los hombres un camino libre hacia la superación!

Y la discusión, alrededor de tan largo y particular tema, se hizo infinita y acalorada. Aparte de Antonio y algunos más, terminaron la mayoría poniéndose de acuerdo en presentar, respectivamente, sus iniciativas en las escuelas, liceos y universidades. Dado fin al momento más serio de la reunión, Alejandro le dijo a Cristina:

- —¿Y tú, qué opinas? ¡No has despegado la boca!
- —Yo, ya lo veis: ¡siempre estudiando la manera de escaparme! ¿Cómo queréis que tenga tiempo para construir discursos? Vivir en un pueblo como La Coreda, donde la Iglesia y cuatro caciques son ley y razón, es para los enamorados de la libertad la peor de las cárceles.
- —Todas las aldeas y pueblos gallegos tienen un parecido al nuestro, querida contestó Alejandro—.

La Coreda simboliza la miseria, la injusticia y la explotación de toda Galicia. Mas, este pueblo, en el que tú y yo durante dos años, contra el despotismo de tantos cavernícolas, hemos hecho del amor la más clara expresión de la cultura racionalista del anarquismo, tiene que servir de bandera para toda la región gallega, el día que paseemos por sus campos la victoria del amor, la de la justicia y la de la libertad. Don Fernando y los caciques que le rodean, han perdido con la muerte de Franco el reinado que les permitía ser dueños, en absoluto, de las familias, de las escuelas, y de cerrar la boca a nuestra cultura racionalista.

- -¿Tienes diecisiete años no es verdad, Cristina? -cortó Rosalía.
- —Sí; jy bien indigestados! —contestó ella.

Magali corroboró:

—Esto prueba cómo la juventud, a pesar de los cuarenta años de dominación religiosa y militar, ha sido capaz de aprender por sí sola, a conocer el amor y la

vida con un positivismo más propio a nuestra cultura que al que oficialmente han enseñado en las escuelas.

Y Alejandro agregó:

—Infinidad de jóvenes vivimos ya muy por encima de la educación milenaria que recibimos en las escuelas, y de los prejuicios que encontramos en la familia.

Y ya rendidos por la fatiga del esfuerzo intelectual y por la del sueño, terminaron la reunión. Eran las cuatro de la mañana pasadas.

—Sé prudente, a estas horas las carreteras se encuentran resbaladizas — aconsejó Magali a Alejandro, dando unáis palmadas en las espaldas de Cristina para despedirse.

Y en efecto, la noche era húmeda, el aire frío y las carreteras despobladas, cuando nuestros dos jóvenes regresaban en la "Vespa" con el espíritu invadido de ideas y el corazón de amor.

Llegaron a la casa de Cristina protegidos por las últimas sombras de la noche. En la puerta, él, le dijo:

- —Si tienes ocasión le dices a Eduardo que se deje ver. Esta noche no ha estado en la reunión. Ser el hijo del patrón de tus padres no le debería impedir ser algo más entusiasta.
- —Querido, no olvides que es sobrino del cura y, es este hombre y no su padre quien le barra el camino.

Alejandro aprobó. Se besaron, y respiraron durante un buen momento, en el silencio de una madrugada fría, el entusiasmo que ardía en sus espíritus. En el instante de despedirse, él, reteniéndola fuertemente por la cintura, le dijo:

—¡Conserva tu ánimo! No te aflijas frente a la brutalidad de tu padre. Mañana, por encima de todo, acude a la pradera de costumbre. Si no puedes a las buenas a las malas. Yo estaré a las ocho en punto. Tenemos mucho trabajo con nuestros camaradas. Tú sabes, querida, nuestro amor no nos debe ocupar

todo el espacio de la vida. ¡La sociedad sufre la esclavitud y una degeneración espantosa, y necesita hombres para liberarse, regenerarse y embellecer!

Ya separados, ella, dejando en el aire un beso, gritó:

—¡Hasta mañana, poeta!

CAPÍTULO III

Al día siguiente, Alejandro, aún sin dormir un minuto a causa de una larga y violenta discusión con su padre, acudió a la cita con Cristina. Vestía una guerrera negra, bien impermeabilizada contra la lluvia fina, copiosa y fría que convertía campos y calles en un inmenso barrizal. Se protegió del agua junto a un árbol, y pensativo y nervioso la esperó. Como los remolinos de agua y viento en el espacio se agitaban las ideas en su mente. Pensaba en los problemas difíciles de su situación, pero muy pronto su pensamiento se detuvo en los reproches estúpidos y violentos de su padre, y en las súplicas desbordadas de amor de su madre. Los amaba, mas sintiendo por ellos piedad. Los veía indefensos, cruelmente explotados y totalmente inconscientes. Entre ellos y él se levantaba un muro cada día más espeso y alto; muro que en la humanidad ha separado siempre el fanatismo del pensamiento libre.

Cansado de esperar, miró su reloj. Eran las ocho y treinta minutos. Cristina siempre había llegado bastante antes de la hora convenida. Recordó que el día anterior estuvo esperándole desde las cuatro de la tarde en ese mismo rincón del prado. La imagen, tantas veces repetida: Ciristina encerrada y sufriendo la brutalidad de su padre, se instaló en su mente. "Han pasado diez meses. ¿Diez meses de cárcel y todo continúa igual?" se dijo cerrando los puños y rechinando los dientes. ¿A quién pedir ayuda? Pensó en Eduardo, que a pesar de ser el hijo de los patrones de los padres de Cristina, fue siempre un excelente camarada. Se dirigió a su encuentro. Tuvo suerte de encontrarlo por el camino. Se dirigía al autobús para ir al liceo. Eduardo era un muchacho de 19 años. Alto y corpulento. Su vestir clásico y su comportamiento bastante aburguesado, daba, a simple vista, la impresión de ser muy diferente de Alejandro, pero en la realidad, siempre habían estado ideológicamente de acuerdo. Se abrazaron, y después de un cambio abreviado de impresiones, Eduardo, le dijo:

—Según lo que he oído a mis padres, Cristina está castigada. No podrá salir de su casa ni para ir al liceo. Al parecer ha estado contigo toda la noche.

Los nervios de Alejandro se crisparon, un relámpago de ira cruzó por sus pupilas, y las piernas le temblaron de impaciencia. No pudo retener unos juramentos.

—Dile a los camaradas lo que le pasa a Cristina. ¡Yo la veré quieran o no! ¡Estoy dispuesto esta vez a todo, sea lo que sea!

Y se marchó al encuentro de su amada diciéndose: "¿Pero cuándo comprenderán que no nos rendiremos por nada del mundo? ¡Son unos imbéciles y unos fanáticos!" Corría desesperadamente.

Eduardo tuvo miedo que cometiera una imprudencia grave, y su ingenuidad le condujo a pedir a su tío, el cura, que interviniera. Mientras que Alejandro, decidido y excitado, entraba en la propiedad del señor Texeiro, patrón de los padres de Cristina... Estos, alojaban una choza, junto a la residencia principal: enorme y precioso edificio que los Texeiro compartían con el hermano de la señora, don Fernando, cura del pueblo.

La mamá de Cristina, que casualmente estaba en el campo lo vio llegar. En su mente apareció un espectáculo horrible. Su primera idea fue la de evitar que su marido pusiera la mano encima de Alejandro. Le cerró el camino poniéndose delante. Aconsejó que se marchara, y le reprochó con autoridad:

—¡Estás destruyendo a nuestra hija! ¡Salir de la cárcel y llevártela hasta las tantas de la madrugada, es demasiado fuerte!

Pero Alejandro no quiso escuchar otra razón que la de ver a Cristina. Ella intentó de evitarlo. Se debatieron, levantando ambos la voz con desesperación. Los gritos fueron oídos por Cristina y su padre. También por la familia Texeiro. Acudieron todos donde los dos gritaban y se debatían.

El primero que llegó, corriendo como una verdadera ardilla, fue Cristina. Los dos jóvenes se abrazaron; sólo el tiempo de un pequeño minuto, pues en seguida el señor Francisco amenazó con los puños a Alejandro, y cogió a su hija

tan brutalmente, que la niña cayó de bruces al suelo. Encarándose con Alejandro, le dijo cargando su voz de violencia:

—¡Haré que vuelvan a encerrarte por bandido!

Alejandro se defendió; era corpulento, aunque no tanto como el señor Francisco: un campesino curtido por el trabajo y de una naturaleza como la del hierro. Llegó a poder socorrer a su amada, aunque muy en seguida, él también, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró en el suelo con ella.

Los gritos y las amenazas, fueron, en aquel pintoresco espectáculo, un embrollo que se confundía al ladrar de los perros, al alboroto de las gallinas, al bramar de cerdos y vacas.

Por fin, Cristina y Alejandro consiguieron distanciarse y volver a estar abrazados. El señor Francisco, retenido por su esposa y su patrón, no pudo terminar de satisfacer los locos deseos de dar unos puñetazos más a Alejandro; mientras que la mamá de Cristina, gritando con toda la plenitud de sus pulmones, aconsejaba e imploraba a Alejandro que se marchara.

- —¡No, no me iré sin dar las explicaciones que ustedes necesitan!
- —¡Mocoso indecente! ¡Golfo degenerado! —gritó el padre de Cristina, aún retenido por su patrón.

Súbitamente, sólo la voz de Alejandro quedó resonando en el campo. Las miradas, espontáneamente, se reunieron en la entrada de la propiedad. Alejandro y Cristina también miraron hacia la misma dirección, pero con un aire desafiador y sin interrumpir de acariciarse. Don Fernando terminaba de aparecer, y a pasos rápidos y largos avanzaba hacia ellos haciendo religiosos gestos con las manos. La señora de Texeiro fue a su encuentro, para intentar justificar aquel escándalo. Los demás terminaron por rodear al cura. Cada uno a su manera se lamentó y acusó a Alejandro. Mientras los dos jóvenes, sin cambiar de posición, mantenían la mirada en aquel enredo de gestos, lamentaciones y protestas. Alejandro, tomó en seguida conciencia de la situación. La consideró cómica y ridícula. No vio otra respuesta más directa y categórica, que la de dar un beso prolongado a su amada.

—¡Oh! —exclamó el papá de Cristina—, continúa sus ofensas. La cárcel no le ha servido para nada.

El cura adelantó hacia los dos jóvenes, después de aconsejar a los demás que no se movieran. Alejandro, sin soltar a Cristina de sus brazos, lo recibió preguntándole:

- —¿Usted también condena el amor?
- —¡No! Solo que no apruebo vuestro comportamiento, —contestó disimulando en la voz la ira que sentía en el pecho.
- Nuestro comportamiento es una respuesta a los que nos prohíben amarnos y ser libres.
- —Sois aún muy jóvenes para decidir a vuestra manera de ser libres.

Alejandro, manteniendo contra su pecho a Cristina iba a contestar, cuando el cura le interrumpió cogiéndole por un brazo y diciendo:

—Venid, venid conmigo. Sólo Dios puede abriros los ojos a la libertad y al amor.

Los dos jóvenes se miraron y sonrieron. Aceptaron acompañarlo, mientras que los demás, en corro y silenciosos, esperaban un resultado positivo.

—Permitidme hablar con vosotros, y en particular contigo, Alejandro —les dijo caminando hacia la casa de Texeiro—. Sois demasiado impulsivos y hacéis sufrir a vuestros padres.

Entraron, y los demás, que habían seguido detrás, se quedaron en el portalón del edificio comentando en voz baja la intervención del cura.

En una sala, espaciosa y muy lujosamente amueblada, los dos jóvenes se sentaron en el mismo sillón, y don Fernando en una silla, mirándolos de frente. Dieron comienzo a un diálogo, que Alejandro aceptó muy contento:

—Queridos; nadie puede conducir nuestra vida mejor que Dios. Y tú Alejandro, estás cada día más lejos de Nuestro Señor.

—Don Fernando, por mi parte no es la manera de concebir la existencia de Dios que nos separa, sino el comportamiento frente a las injusticias y a la miseria de nuestra sociedad. Por ejemplo, usted, defendiendo el escandaloso banquete de las casas como ésta, la suya, donde nadie trabaja y desborda la abundancia; yo, la del trabajador, la mía, también desbordada, pero de sufrimiento y miseria. —Y se levantó, apartó las cortinas de la ventana para señalar y decir—: ¡Aquella, vieja y propia para los cerdos es la de Cristina: exactamente como de los demás campesinos! Si verdaderamente hay Dios, créame, no es a ustedes que daría la razón.

Se volvió a sentar junto a Cristina. Don Fernando, rojos sus carrillos, disimuló como pudo el disgusto que no cesaba de aumentar. Replicó, agitando sus pestañas en una comunicación de reproche:

—Los ricos y los pobres no es una obra de Dios, sino de los hombres; jy la conducta inmoral vuestra, también!

Alejandro no tardó unos segundos a contestar: —¡Ah!, por lo menos en una cosa estamos de acuerdo: Constatar que las imbecilidades, prejuicios e injusticias, es la obra de los hombres; pero donde volveremos a estar totalmente distanciados, es en la manera de comprender la educación más propia a la superación y liberación del hombre. ¡Ahí, ustedes, religión y capital, se quedan rezando y defendiendo las tradiciones viejas y ridículas que impiden levantar del barro a nuestra sociedad!

Don Fernando no pudo resistir más a los impulsos de su disgusto. Se levantó amenazador:

—¡No estamos aquí para arreglar la sociedad, sino para corregir vuestra actitud, despótica e inmoral! Cristina debe obedecer a sus padres, y tú a los tuyos. ¡Sois unos niños intransigentes y, sin ninguna educación! ¡No sé cómo he tenido tanta paciencia!

Alejandro se levantó. Los dos hombres se miraron de frente en un desafío brutal. Cristina, cogiendo a su novio de un brazo, le aconsejó marchar. Pero él, ya vencido por los nervios, sin bajar la mirada, contestó a don Fernando:

—Yo creí que usted quería ofrecernos razones y escuchar las nuestras. Pero no, todo lo contrario; siempre queriendo ser rey en el pueblo. Prohíbe a los campesinos trabajar los domingos, impone condiciones al amor y a las familias y, todos los días, pecado aquello, lo otro y lo de más allá. —Y se distanció del cura manteniendo a Cristina en sus brazos para continuar gritando enloquecido—: ¡Pues no, no y no a semejante despotismo! ¡Prefiero volver a la cárcel que ceder a su descarada pretensión! ¡Abajo le espera un rebaño para arrodillarse a sus pies!

Don Fernando fue incapaz de articular una palabra en el acto. La soberbia y el orgullo invadió su corazón. Durante cortos minutos, los dos jóvenes, abrazados junto a la puerta de salida, y el cura en medio de la sala, intercambiaron agresivas miradas. Don Fernando reaccionó el primero. Se dirigió a ellos, cogió a Cristina de un brazo, la atrajo hacia sí, y exclamó ciego de ira:

—¡Vete! ¡Sal de esta santa casa! ¡No continúes destrozando a esta niña!

Alejandro le obligó a dejar libre a Cristina pegándole un fuerte empujón. Y contra la voluntad del cura, los dos jóvenes volvieron a estar abrazados. Ella, en lágrimas, musitó:

—Márchate, querido, marcha. Otro día arreglaremos esto de una vez para siempre.

Él aceptó marcharse. No veía otra solución. Desde la puerta exclamó:

—¡Quieran ustedes o no, el amor es la vida que lo dicta y, contra la vida estoy seguro que un día se estrellarán!

Y se despidió de Cristina con una serie de besos. Don Fernando se mantuvo esos minutos bastante retirado, dando la impresión de haber cogido miedo. La puerta se abrió para cerrarse de un golpe fuerte. Cristina se dejó caer en un sillón llorando.

Alejandro, al llegar al portalón, pasó por entre los demás como un disparo, diciendo:

—¡Hoy sois los más fuertes, pero un día seréis la vergüenza de la humanidad!

Mas, cuando sólo había andado unos pasos, sintió compasión de los padres de Cristina. Se volvió, y les suplicó:

—Señor Francisco. No continúe haciéndonos la guerra. Su hija y yo no queremos otra cosa que vivir y amamos en la libertad. No olvide que la vida y el amor terminan siempre por imponer su razón.

El señor Francisco tuvo la misma reacción del cura:

- —¡Vete! ¡Vete, y que no te vuelva a ver, sino... sino un día perderé la cabeza!
- —¡La cabeza ya la ha perdido hoy! ¡Mire de encontrarla mañana!

Y siguió su camino. Mientras que Cristina, en una buena crisis de nervios, continuaba llorando en el sillón. Su cuerpo temblaba, sus ojos eran un mar de lágrimas, y los gritos, expresión de un espíritu torturado, hicieron que los demás, acobardados en el portalón, acudieran, totalmente alarmados, a presenciar el fin de aquel triste espectáculo.

—Cristina no debe salir de su casa —aconsejó don Fernando al verlos llegar—; el médico le firmará un certificado que justifique faltar al liceo. —Y dirigiéndose a su hermana, agregó—: Alejandro es un revolucionario torpe y grosero. Debes ir con mucho cuidado si no quieres que tu hijo Eduardo se contamine. —Se dirigió a Cristina, que continuaba en la desesperación—: Claro, que a su corta edad está todo perdonado; pero mi querida niña, esto no impide reprenderle y, si es necesario, encerrarlo.

—Pertenece a un grupo de anarquistas —intervino el señor Texeiro—. Al parecer, después de diez meses de cárcel se manifiesta aún más insoportable.

"Ha sido siempre una bala perdida, un entrometido —añadió el señor Texeiro—; pero como termina de decir don Fernando, mi hijo Eduardo y otros sienten por él admiración y, en la situación política que se nos está echando encima, es muy posible que encuentre aún más simpatía. Representa un peligro, cada día más pronunciado, para las buenas costumbres.

Y en efecto; Alejandro, que cruzaba veloz el pueblo, tuvo la sorpresa de recibir mucha simpatía en los repetidos apretones de manos de unos y de otros. Esto azucaró bastante la amarga impresión que recibió al bajar del autocar. La lluvia no cesaba, y el viento la hacía aún más impertinente. Alejandro, desorientado y nervioso, deambuló durante un buen momento sin dirección fija. ¿Ir a su casa? No; las querellas, cada día más violentas con su padre, las veía con dolor y pena en los ojos de su madre. Decidió visitar a su maestro, el "Viejo". Siempre fue quien en todas las peores circunstancias dio luz a su espíritu.

El señor Giménez, le vio llegar. Salió a su encuentro con una ligereza que abofeteaba a sus noventa años. Detrás, menos ligera, lo hizo la señora Carmen, su esposa. Era baja y bastante redonda de grasas. Se abrazaron en un alborozo sano y ejemplar. Alejandro se sintió feliz bañándose en el cariño de un hogar que fue siempre más acogedor que el de su propia casa.

—Vaya tiempo; como para asar castañas! —exclamó Alejandro ya la primera emoción calmada.

Y Giménez, replicó:

—Siempre he oído decir que en España la primavera es andaluza y, de los gallegos se acuerda pocas veces. Aunque ayer el día fue colosal.

La señora Carmen, aconsejó:

—¡Hala, entrad a la calor del fuego nos explicaremos mejor!

En la cocina ardían gruesos troncos de roble. Alrededor, un banco largo, tres taburetes redondos y dos viejas mecedoras. En definitiva, la auténtica vivienda gallega del trabajador, sin la más pequeña sombra de los tiempos modernos.

Sentados, los dos ancianos en el banco y Alejandro en uno de los taburetes, empezaron a intercambiar sus impresiones. Giménez, desde el primer minuto comprendió que Alejandro estaba muy preocupado. Le preguntó:

—¿El primer día en libertad y ya con la nostalgia en tu rostro? Seguro que vienes de una de las dos casas en que cosechas los más grandes disgustos: la tuya y la de Cristina; ¿me equivoco?

Alejandro les contó la historia de las últimas disputas con su padre, con los de Cristina y el cura. Su viejo amigo, exclamó:

—¡Oh, mi querido! No terminarás nunca de sufrir. Tú, eres el pensamiento en revolución; ellos, la rutina, esa rutina lamentable que adormece o, asesina el espíritu de los pueblos.

Alejandro se manifestó decidido a escapar con su amada y no volver más al pueblo. El anciano, replicó muy sentimental:

- —¿Y dónde crees que vais a encontrar en la Tierra un rincón libre? ¡Los pueblos son cárceles y, a los enamorados de la libertad como tú, no les queda otro camino que el de ser revolucionarios! Sí, querido compañero, permanentemente rebelde en una lucha por la emancipación y la libertad. La rebeldía en las escuelas, y la que has manifestado en este pueblo, es el refugio más acertado para los que defienden la superación y el amor. Es en la cultura revolucionaria de tus ideas que podrás satisfacer la poesía de tu rebeldía.
- —Sabes que siempre he creído en que la revolución, consciente y filosófica, empieza en la cultura racionalista. Hoy estoy más convencido que nunca, de que Franco muerto y ya en los primeros pasos hacia un principio de democracia, el anarquismo debe de prepararse a construir esta humana revolución: positiva trayectoria revolucionaria, capaz de vencer definitivamente la triste noche de su pasado y dar claridad a las confusas tinieblas del presente. Pero, ¿y nosotros, los jóvenes, cómo cortar ya en nuestra generación el dolor que nos ocasionan las querellas cada día más encendidas entre padres e hijos?
- —Vosotros sois hombres con la expresión de un mañana más humano y bello que el pasado y el presente. ¡No debéis dejar de asesinar esta incontestable verdad por la sociedad ni por los derechos de paternidad!

La señora Carmen los interrumpió con unas tazas de café. Unos minutos después, Giménez continuó diciéndole alrededor de una mesa redonda, que

no había otra solución que la de reconocer la personalidad juvenil, como voz de las más bellas renovaciones. Y añadió:

- —La sociedad debería intervenir acerca de los padres, que, por ignorancia o interés, violan la personalidad espiritual de sus hijos. La familia, generalmente, no está preparada para comprender la evolución social y moral propia a la naturaleza espiritual humana. Por consiguiente, es un deber de razón, crear tribunales, donde los mejores psicólogos y sociólogos, libres de tradiciones y de imposiciones políticas o religiosas, neutralicen con imparcialidad las diferencias de padres e hijos.
- —¿Tribunales? —repitió curioso Alejandro, para preguntar—: ¿Tribunales que cierren las puertas a la ignorancia, fanatismos y embrutecimiento de infinidad de padres de familia? ¡De ser posible, creo que sería un acierto colosal!
- —Perfectamente —prosiguió Giménez—. Se debe terminar con los que inconscientemente asesinan el espíritu de sus hijos, y con una barrera contra el desarrollo de la razón y la poesía natural a la vida: Dos expresiones, que libres en la juventud, abrirán sin tantos obstáculos concepciones más justas para interpretar el amor y la libertad en las relaciones humanas.

La señora Carmen que iba y venía por la cocina, se sentó junto a su marido, y les dijo, que esos tribunales serían acusados de violar el derecho que los padres poseen para dar a sus hijos una educación según los principios políticos y religiosos de cada familia.

- —Sí —intervino Alejandro—; los defensores de nuestra corrompida sociedad dirán exactamente eso. Pero otros, los que viven más con el pensamiento que con las imbecilidades que nos gobiernan, defenderán estos tribunales en nombre de la necesidad que tiene la humanidad de hombres nuevos y limpios de tradiciones ridículas.
- —¡Ah, un mundo nuevo será la obra de la juventud! —los interrumpió Giménez—. Cada generación, al abrir los ojos del espíritu, añade a la historia social y moral una página de transformaciones.

Su esposa aún a su lado, vio en él esa expresión entusiasta y optimista. Le dijo:

—¡Tú no serás nunca viejo, querido!

Y volvió a continuar sus quehaceres. Alejandro preguntó:

- —Pero hoy, en mi situación, sin ningún tribunal que no sea para encerrarme; ¿qué posición ves tú más clara?
- —La misma que manifiestas desde hace unos años: continuar con tus camaradas presentando batalla a ese montón de moribundos que intentan reducir y empobrecer la calidad y la personalidad de los valores del hombre. ¡Vosotros sois el mañana; ellos, no solamente el pasado, sino la superstición, degeneración y barbarismo del presente!

Alejandro respiró hondo y satisfecho. Era el lugar de su pueblo donde mejor podía calmar sus inquietudes. El humanismo y la poesía latían en su espíritu, con idéntica naturalidad que la sangre en el corazón.

Sonaron las doce del mediodía, y Alejandro cortó la discusión. Creyó que era el momento más oportuno para entrevistarse con sus camaradas. Resistió a las súplicas de quedarse a comer, y se despidió, no sin sentir un loco deseo de terminar el día con ellos.

En la puerta del jardín, los abrazos se repitieron. Durante un momento, viéndolo alejarse, Giménez se estuvo diciendo: "Cuarenta años de dictadura no han podido impedir el resurgir de una magnífica revolución juvenil." Y pensó también en Magali, Rosalía, Antonio y otros. Su esposa le interrumpió:

- —Le quieres como a un verdadero hijo; ¿no es cierto?
- —¡Es mi hijo espiritual, querida! Y lo quiero tanto como hubiera querido el hijo que no ha podido darme tu vientre.

Y regresaron junto a las llamas vivas del fuego. Mientras que Alejandro se dirigió a coger su "Vespa" para presentarse en el liceo de Cristina antes de que empezasen las clases de la tarde.

La lluvia había cesado, pero el viento gemía aún con el mismo estrépito. El lo desafió sin sufrir el más pequeño escalofrío. El ánimo de su espíritu era en sus

carnes un incendio. Deambuló por Lugo en espera de la hora. Comió un bocadillo y bebió un par de vasos de vino.

Más tarde se presentó en la entrada del liceo. Las preguntas y los discursos se encendieron. Todos estaban al corriente de lo sucedido a Cristina. Un muchacho de 17 años, gritó:

- —¡Cristina es víctima de la educación que recibimos en las escuelas!
- —¡Dejemos de ser modelos de la continuación! —añadió otro.
- —¡Desnudemos las escuelas de los cuarenta años de dictadura! —intervino una muchacha de 18 años.

El número de jóvenes fue aumentando a una velocidad vertiginosa. El nombre de Alejandro pasaba sin interrupción de boca a boca. Se oyeron algunos vivas a la república y a la revolución. Alejandro, en medio de más de cincuenta jóvenes, dijo en voz alta y serena:

—Camaradas, la escuela ni la Familia no tiene el derecho de cerrarnos el camino hacia nuevas maneras de vivir. En la democracia debemos dar nacimiento a la escuela, donde la razón pueda ocupar el lugar de la tradición. ¡Tradición: viejo árbol a destruir; su fruto, los prejuicios, ridiculizan a la humanidad!

Otros jóvenes hicieron uso de la palabra, y la animación se contaminó. Los gritos de "Libertad, emancipación y justicia" se multiplicaron, hasta dar la sensación de ser una manifestación.

- —¡Abofeteemos a esos estúpidos moralistas! —gritó uno.
- —¡Gritemos que el acto sexual no es propiedad de ninguna moral, sino una realidad de la vida! —sugirió otro.

Pero los gritos, el alboroto ruidoso y la cantidad de jóvenes reunidos alarmó a la dirección del establecimiento, y la policía no tardó en llegar.

Y aquellas almas preñadas de pensamientos humanos y reformadores, recibieron el látigo clásico de la justicia conocida durante cuarenta años. Los

persiguieron sin economizar los golpes. Detuvieron a los que con más ánimo se defendieron. Alejandro fue herido, y muy pronto se encontró en el hospital.

Sus heridas no fueron graves. Sólo la sangre alarmó; pero los médicos decidieron guardarlo en observación. La orden de detención se mantuvo, y un guardia se hizo responsable quedándose en la entrada de la habitación.

- —¿Qué diablos queréis hacer de la escuela y de la sociedad? —le preguntó un médico al terminar de examinarlo.
- —Pues, dos cementerios para enterrar los prejuicios y las tradiciones más indecentes.

Los dos médicos se miraron intercambiando una irónica sonrisa. Alejandro respondió a ese reír antipático.

- —Ya veo que la presencia de un joven emancipado es una expresión demasiado indigesta para ustedes, como intolerable para nuestra corrompida sociedad.
- —¡Vosotros, lo que merecéis son muchos palos! —contestó el otro médico.

Unos minutos después de marchar los médicos, entró una enfermera, por cierto, admiradora de Alejandro. Discutieron durante un buen momento. Alejandro le suplicó:

—Ayúdeme a escapar. Ya ve, no tengo más que rasguños, pues el dolor de mi pierna es una pura comedia.

La enfermera, una muchacha muy joven y de una belleza sin reproches, estuvo de acuerdo. Marchó para volver con la llave de una puerta que comunicaba a una sala fuera de servicio. Le acompañó, hasta donde él solo podía terminar de conquistar la libertad. Alejandro no comprendió bien la razón de esa espontánea solidaridad tan humana y entusiasta. Le dio un beso en la frente para despedirse, pero ella, exigió otro en los labios.

—No pierdas el tiempo, marcha —le dijo, aún más entusiasmada que él—.
¿Me prometes venirme a ver un día?

El la volvió a besar. Fue su contestación.

Amainaba el vendaval, y las tinieblas invadían ya el espacio, cuando Alejandro se vio libre en las calles de Lugo. Se dirigió a casa de Antonio. Tenía unos locos deseos de encontrarse con sus camaradas. Caminaba invadido de ideas. Todo su ser era un incendio de rebeldías, no directamente contra el capitalismo, como muchos creían, sino contra la mentalidad del hombre, que sin horizontes y cerrada a la razón, alimenta ilegalidades, supersticiones y barbaries.

Alejandro quiso vivir la vida, ya desde muy niño, superándose. Veía en la emancipación la revolución más positiva de un pueblo. Para él, la ignorancia era el arma más temible al servicio del capital, y la razón de todas las guerras y miserias. En esta manera de razonar veía, que para combatir la explotación, y su puntal más sólido, el Estado, lo más radical y eficaz no eran los cañones, sino una revolución en la cultura, capaz de preparar la mentalidad humana a la filosofía sociológica que necesita un pueblo para conquistar su personalidad y, en ella, su definitiva liberación. Por consiguiente, en el permanente movimiento por la democracia, aumentado y embellecido después de la muerte de Franco, su más grande deseo revolucionario era dar prioridad, en la lucha, a la conquista de la escuela libre y racionalista. Escuela independiente de tradiciones políticas, religiosas y morales, donde por fin la razón, tan sumamente necesaria a la naturaleza evolutiva de nuestra condición humana, pueda manifestarse libre en la educación. La cultura y la libertad eran para él inseparables.

El amor vino a poner en sus ideas más realismo y positivismo. La sociedad, a través de sus padres, de los vecinos del pueblo y de la Iglesia, le decía que la libertad de amar, la de pensar y la de expresarse, sin someterse al uniforme de la moral oficial, era un delito. Cristina y él se servían del amor para protestar contra semejante atropello, y defender el legítimo derecho a vivir sin tradiciones, convencionalismos caducos y materializados. "La tradición, mirada desde la capacidad filosófica del hombre libre, se ve tal como en la realidad es: una historia monumental de errores que avergüenza la humanidad" repetía siempre que defendía en público sus ideas y su amor.

Estaba llegando, cuando de pronto, la última imagen vivida, Cristina en las manos del cura, cruzó su mente y se clavó en su espíritu. Le rechinaron los dientes, pero continuó el camino imperturbable. Pensó en la idea que tuvo

Giménez de dar nacimiento a unos tribunales para ser jueces entre padres e hijos. Se dijo: "Unos tribunales sin religión ni prejuicios, sino con las conclusiones de la razón para todos los problemas reales de la vida, sería un buen paso en la justicia social".

Llegó a casa de su amigo Antonio. Encontró numerosos camaradas. Todos le creían detenido. El, exhibiendo unos morados en la cara, les dijo, escondiendo el cansancio que le producía no haber podido dormir desde que ayer por la mañana le dejaron en libertad:

—Quizás hemos sido demasiado impulsivos. No se cómo me he dejado llevar por el odio, cada día más encendido que siento contra la opresión.

Y les contó las circunstancias que le permitieron escapar del hospital.

- —Esa enfermera debería ser muy joven y entusiasta, ¿no? —exclamó uno.
- —Sí —contestó Alejandro—, y con una infinidad de bellezas en su espíritu; o mejor dicho: ¡No era una muchacha tradicional, sino de las que hacen falta muchas para nuestra revolución cultural!

Sentados como tenían costumbre, alrededor de una mesa y unos vasos de jugo de fruta, empezaron a dar calor y entusiasmo a la discusión. Antonio, propuso a Alejandro:

- —Yo en tu plaza, me presentaría mañana en el liceo como si no hubiese pasado nada. ¡Que vengan a detenerte en las narices de los demás, y nos darán la ocasión de arrastrar más juventud a la protesta!
- —¿Volver al liceo después de diez meses de cárcel? No, de ahora en adelante, mi universidad será la vida, el trabajo y la revolución.

Sus camaradas comprendieron la razón de su actitud. La mamá de Antonio, señora Dolores, le sirvió una cena ligera, que él solamente pudo probarla. Antonio abrió el tema que más le desunía, diciendo:

—Alejandro, en mi universidad la mayoría no están de acuerdo con tu manera de presentar la reforma escolar. Dicen que hay que ir más directos a la revolución.

—¡La revolución, la revolución; monumental intoxicación! —replicó Alejandro mirando alternativamente a sus compañeros.

Se calmó, y después de una corta pausa, prosiguió:

-La revolución de un pueblo, que en su mayor parte está sujeto a las influencias burguesas, no será nunca una revolución verdaderamente social, sino una revuelta de esclavos que terminará, como siempre, en las manos de otros pastores. El Estado, centralizado y absoluto, ha salido victorioso de todas las revoluciones, y la humanidad lo paga continuando a pasos de gigante en su decadencia. Para confirmarlo, ahí está presente, en todos los pueblos del mundo, la barbarie, la miseria, la esclavitud y la opresión. Mientras el hombre se encuentre más preparado para obedecer y rezar que para ser independiente y libre, la revolución no transformará como se debe la sociedad. La mentalidad de los pueblos, elaborada en la sociedad de clases y al calor de las más ridículas supersticiones, guarda una relación demasiado estrecha y familiar con el Estado y la religión, para que de la noche a la mañana se deshaga de estas dos cárceles del espíritu humano. Por consiguiente, no podemos aceptar la revolución que, mil veces se haga, mil veces será la victoria de un Estado opresor. Nosotros, en esta vergonzosa convivencia de pueblo, Estado y religión, somos una insignificante minoría más, con la fuerza cultural que necesita el hombre para superarse. Y, he ahí dónde está nuestra revolución: en la realización del hombre. Los horizontes sociales y morales del anarquismo son la expresión clara y pura de una colectividad humanista, sin Estado, sin fronteras, racismos y clases. Esta sociedad universal y humanista, queridos amigos, no será nunca la obra de un pueblo sin emancipar en armas, sino de la revolución cultural anarquista contra el hombre; víctima de sus instintos, y por el hombre; realizado al nivel de su propia condición de humano.

Terminó su discurso sofocado y muy emocionado. Magali, aprovechando una pausa, quizá motivada por la sorpresa que causaron las afirmaciones de Alejandro, agregó:

—La posición de Alejandro es clara. Propone destruir la imagen del anarquista violento y hacer del anarquismo la escuela, donde los hombres comprendan

que no debemos continuar organizados socialmente en rebaños y conducidos por los pastores de las dos instituciones más representativas de la esclavitud moral y social: Estado y religión.

Antonio reaccionó y obedeciendo a su pasión, contestó:

—Continúas insistiendo en hacer del anarquismo una religión. ¡Monumental error! Pues el capital y, en particular a los residuos del franquismo, no les terminará de vencer con vuestra poesía, sino con las armas que ellos aún emplean: o sea, violencia contra violencia. Alejandro, ayer te dije que la cárcel había enfriado tu espíritu, pero hoy veo que el cacareado cuento de la democracia te está ocasionando una congestión espiritual.

Magali se adelantó a contestar, después de cruzar con Alejandro una significativa mirada:

—Estoy obligada de repetir, que nuestro compañero Alejandro quiere situar el anarquismo en su propia revolución cultural. La violencia, amigo Antonio, es nuestro más grande enemigo. Somos muchos, los que como él, estamos convencidos de que para desarrollar nuestras teorías revolucionarias, el terreno de la democracia y el de la condición humana, es incontestablemente la superficie más auténtica de nuestra pretendida revolución cultural. ¡La cultura anarquista es, en nuestra corrompida sociedad, un arma más explosiva que la dinamita! Esto no impide, y él está cansado de repetirlo, trabajar en el sindicalismo y en otras ramas de la lucha social, o sea, huelgas, manifestaciones y otras diferentes protestas colectivas, mas sin apartarnos en lo más mínimo del humanismo y de la poesía revolucionaria que caracteriza el anarquismo; pues, aún en esta lucha popular, tan necesaria como la específica, nuestra cultura racionalista no nos permite otra intervención, que la de pronunciarnos en mejorar la situación entre capital, trabajo y democracia.

—Pero Alejandro; ¿no te han demostrado esta tarde que hay que pegar de la misma manera que ellos? —volvió a remachar Antonio—. ¡Los golpes que habéis recibido son los mismos que ha conocido España durante cuarenta años!

—Perfectamente. Todo continúa igual —añadió el padre de Antonio—. Es rara la manifestación en la que un trabajador o un estudiante no encuentre la cárcel o la muerte.

Y una muchacha, impaciente y desorientada, les interrumpió para preguntar:

- —Entonces, Alejandro, ¿no creéis en la revolución de hombres valientes y armados para llegar al comunismo libertario?
- —No, no creo en ninguna violencia para dar a nuestro pueblo la belleza social del anarquismo, belleza que ya os he dicho, no es capaz de digerir su formación intelectual y moral. Creí en la violencia, hasta en la más brutal, para destruir a Franco. ¡Ah, en este terreno, ya sabéis que nunca me quedé atrás! Tampoco me quedaría hoy, si se levantara otro Franco, sea blanco o rojo. Pero en el triste panorama social y moral que nos ha dejado el franquismo, la violencia no solamente es ineficaz y contradictoria con el anarquismo, sino que puede empeorar la situación a los hambrientos, como nosotros, de unas décimas de libertad para trabajar en esa interminable obra que es la emancipación de un pueblo. Por consiguiente, a nadie puede aventajar más que a los anarquistas el juego de la democracia, que hoy, en España, da comienzo a una nueva época. Es en una democracia, aunque sólo sea estilo francesa, que la cultura racionalista del anarquismo podrá organizar su revolución contra la intoxicación de la cultura tradicional: raíz del capital y de todas las religiones. El anarquista, amigo Antonio, no aspira al poder, aunque a veces parece olvidarse, sino a la emancipación de los pueblos y, para ello, sólo necesita la libertad de la pluma y palabra. Con esto ya tenemos bastante, ¡No somos revolucionarios de pistola, sino librepensadores! Ya veis, gueridos amigos, no he sufrido una congestión espiritual como me ha dicho Antonio. Simplemente, una revisión de conducta revolucionaria, frente a la nueva situación de España que me aconseja ir a la creación de un movimiento cultural anarquista, sin emplear, en lo más mínimo, la violencia.

Durante un buen momento, una confusión de protestas y aprobaciones interrumpió la reunión. Alejandro fue acusado de ser un simple romántico vencido por el amor de una niña. "Deja a Cristina, abandona de una vez tu pueblo, y comprenderás mejor la revolución" le repetían de diferente manera

unos y otros. No se encontró solo, y la primera que volvió a intervenir en su defensa, fue Magali. A continuación intervinieron algunos más, y en particular, Rosalía, Clotilde y Tino, tres íntimos camaradas.

- —¿Y cómo pensáis llamar a ese pretendido movimiento de emancipación? preguntó Antonio, disimulando el aire de su burla.
- Como siempre os he dicho: "Los Amigos de la Emancipación" —contestó
 Alejandro con autoridad.
- —Yo no he dejado de ver este nombre, muy propio a un movimiento iniciado por estudiantes —opinó Clotilde.
- —Perfectamente —observó Magali—. En el pensamiento, los anarquistas somos invencibles.
- —Seamos en España la filosofía de una revolución, haciendo de la condición humana la razón de todas las transformaciones —intervino Rosalía—. La sociedad a que aspiramos es una obra demasiado magistral, para que se pueda construir a puñetazos; pues exigimos, para el desenvolvimiento social de los hombres, el ejemplo que nos ofrece la naturaleza en ciertas maravillosas organizaciones de la vida, y...
- —¡Imposible de imaginar la humanidad en semejante nivel de belleza social sin pasar por la revolución cultural que nos es propia —interrumpió Alejandro—. Una sociedad como la que pretendemos, en la que la razón colectiva eliminará a la de un puñado de hombres llamado Estado, nacerá de una larga y difícil revolución cultural. Barrer los errores amontonados durante la triste y salvaje historia de la civilización, no es la misión de los cañones, sino de nuestra filosofía social, que con el tiempo irá ridiculizando a la lenta y engañosa tarea de los partidos políticos que se suceden sólo para cambiar la apariencia del sistema, ¡pero sin tocar, ni por asombro, a la tradición!

Y las intervenciones se fueron haciendo cada instante más confusas y largas, sin que Alejandro pudiera dejar bien claro lo que empezó a llamar su religión positivista y revolucionaria: el anarquismo.

Alejandro, en los últimos meses de cárcel llegó a la conclusión de que la sociedad anarquista, sin pasar por la realización del hombre, era un ensueño irrealizable. Entonces empezó a ver en el hombre su campo de batalla, en la revolución cultural una poesía, y en la democracia el terreno político más propio a su revolución.

Terminada la reunión, cansados y sin haber llegado a un acuerdo, el padre de Antonio propuso a Alejandro acompañarlo a su casa en coche, pero él había aceptado ya marcharse con Magali en la motocicleta japonesa, negra y de seis caballos, que ella exhibía por las calles de Lugo recibiendo la más fuerte sensación de libertad.

Y unos minutos después, Magali hacía enfurecer su motocicleta por las avenidas. Ganaron la carretera, y cuando sólo llevaban unos quince kilómetros de recorrido los neumáticos crujieron a la presión de un violento frenazo. La idea de hacer un alto en el camino, ella la tenía premeditada. Le dijo, girando la cabeza antes de bajar:

—Alejandro, siento en el alma que tu corazón continúe ocupado, porque la verdad, aunque siempre he mirado de esconderlo, hoy, durante la reunión, el sufrimiento me ha vencido. Te quiero, Alejandro, te quiero.

Alejandro no ignoraba los sentimientos de su gran camarada. Sabía que tal situación iba a llegar un día. Aceptó hacer un alto en el camino, y le propuso retirarse de la carretera. La temperatura era fría, el cielo despejado, y el lugar que Magali escogió, despoblado y bello.

—No te sorprenda —se defendió ella—; pues ya me conoces, lo que siente mi corazón no puede dormir en la boca.

Magali continuó dándole explicaciones y recontando los detalles más señalados en su sentimiento. El, terminó por estremecerse y ofrecerle un interminable beso. Se sentaron junto a unos matorrales, y en una pausa, más accidental que voluntaria, meditaron. ¿Cómo neutralizar los impulsos autoritarios del corazón? ¿Y la razón, debe de ser invencible en esa romántica circunstancia? Los besos y las caricias volvieron a tener la palabra, hasta que este corto relámpago de poesía y sentimiento terminó su recorrido. Entonces,

la expresión cruel de la realidad se levantó autoritaria en sus espíritus. Sus miradas se enfrentaron, sus cuerpos temblaron y, rieron sorprendidos. Rieron de las pasajeras ilusiones que en un instante dibujaron sus imaginaciones. Alejandro, le preguntó:

- —¿No crees que esta iniciativa tuya de hacer un alto en el camino ha sido un verso infantil? Sí, la ocurrencia que has tenido de dar libertad a tu corazón y proponerme de huir por un momento de la realidad.
- —Quizá me haya comportado como una niña caprichosa; pero cuando una niña siente en su corazón llamas tan altas como las que arden cada vez que estoy a tu lado, ¿no crees que debe de estar perdonada? Alejandro, siempre te he querido, mas también siempre he respetado lo que sé que sólo soy para ti: una excelente compañera; ¿no es cierto?
- —No; Magali. Eres más que una compañera. En fin, yo mismo no sé a qué nivel catalogar la amistad que siento por ti. Sí, te quiero tan particularmente, que sin ser el amor propiamente dicho, vives en mi espíritu constantemente y eres una necesidad para mi corazón.
- —Comprendo, Alejandro. Amas a Cristina como sólo sabe amar un corazón como el tuyo. Pero también sé que has vencido, como yo, las murallas del prejuicio y, los estúpidos principios de la moral tradicional no te molestan. Si así no lo viera, jnunca te hubiese propuesto este alto en el camino!

Continuando sentados entre la espesa vegetación, él, le cogió las manos, las cerró entre las suyas con fuerza, y le contestó:

- —Mira Magali; la emancipación al calor de las ideas que iluminan nuestros espíritus, permite vivir el amor y, aceptar, como yo en este momento, la amistad con todas sus explosiones.
- —Entonces, Alejandro, ¿la amistad que sientes por mí puede permitirme, de ahora en adelante, satisfacer los irresistibles sentimientos que me despiertas?

El la miró, mudo y sonriente, escuchando en su meditación, el ideal que lo conducía a ser realista e inmensamente humano. Le contestó:

—Sólo una educación estúpida ha sido capaz de poner en el amor y en la amistad infinidad de errores. Magali: ¡Ámame como yo amo a Cristina! Mi amistad será para ti el amor que necesitas.

Y la abrazó; y ella puso en los interminables besos que recibió, toda la valentía de su amor. La vida, sin fronteras morales, sino en la alta concepción de sus ideas, cantó para los dos sus verdades.

Más tarde, ya sus espíritus reconfortados, Alejandro se levantó, le ofreció las manos para que ella también lo hiciera, y cuando la tuvo en sus brazos, le dijo:

—Eres una mujer encantadora, y del justo valor que necesita la revolución cultural que yo sueño.

Ella bajó la mirada sobre sus pies conmovida y radiante de alegría. Optó por no contestar.

—Sí, Magali, te lo repito; siempre he visto en ti una mujer digna de admirar.

Ella se colgó a su cuello, le dio un beso, y musitó:

—Te creo. Siempre te he creído y sé que nunca has mentido.

Y anclaron cogidos de la mano hacia la motocicleta. El motor ya en marcha, antes de arrancar, Magali se volvió y le dijo:

—Perdóname: he sido demasiado egoísta, y tú: ¡de una generosidad excelente! Sé que sufres por la situación en que se encuentra Cristina, también por las circunstancias dolorosas que has vivido durante todo el día, o sea, el disgusto con los padres de Cristina, con los tuyos, la manifestación, el hospital, tu fuga y las diferencias tan grandes que hemos encontrado con nuestros compañeros. Sin embargo, me has permitido entrar en tu corazón y vivir juntos un momento de dicha.

El, bajó de la motocicleta, la atrajo hacia sí, y le dijo:

—Mira, Magali; en mí seguirás viendo al anarquista que la sociedad no conoce. Sí, una moral sin hipocresías, limpia de prejuicios y alimentada por las realidades de la vida. Tú, Cristina y mis compañeros, sois algo sumamente importante en mi espíritu. En Cristina veo el amor; en ti, mi ideal y la amistad

sincera y pura; en mis compañeros, la voluntad de una juventud dinámica y dispuesta a trabajar por una humanidad libre y feliz. ¡Todos juntos sois mi mundo!

Magali volvió a sentir arder la sangre en sus carrillos. Se besaron, y en el momento de arrancar le dijo a través del estrepitoso ruido del motor:

—¡Hoy he terminado de descubrirte!

Y arrancó tan brutalmente, que Alejandro tuvo miedo de perder el equilibrio.

Media hora más tarde, cuando ella dio señales de salir de la carretera para coger la dirección de La Coreda, él grito exaltado:

—¡No, sigue, sigue! ¡Quiero entrar dando la vuelta para ganar los lugares más desiertos!

Ella, disminuyó la velocidad y contestó:

—¡Cálmate y no me des estos sustazos, animalote!

Unos minutos después, en las afueras del pueblo, Alejandro le aconsejó detenerse. Le dijo:

- —Déjame continuar andando. Seguro que mis compañeros han dejado mi "Vespa" en los terrenos de mi domicilio. ¡Son formidables!
- —Seguro que lo han hecho así. Bueno, Alejandro, dime con franqueza: ¿Qué piensas hacer? Aunque creo que mañana deberías presentarte en el liceo, ¿no te parece?
- —No creo que me dejen en paz. Y además, necesito encontrar trabajo, pues no tengo medios para continuar los estudios. No obstante, voy a cambiar impresiones con Cristina, y esta noche próxima en la reunión ya veremos.

Y la besó. Se retiró unos pasos, y le aconsejó:

—¡Hala, conserva tu valentía, y sé prudente! Es la vida, Magali!

Ella arrancó, después que los dos dibujaron en el aire unas caricias.

Alejandro la admiró siempre. Su amistad era para él tan importante como el sentía por Cristina. Lamentaba no poder corresponder amor profundamente a los sentimientos que tantas veces vio en la luz de sus ojos. Verdaderamente, Magali, a pesar que físicamente estaba en el montón de mujeres injustamente llamadas feas, era extraordinariamente atractiva por las expresiones de su espíritu, y también, aunque de costumbre vestía con pantalones y espesos cuerpos de lana y piel, pues siempre se desplazaba en motocicleta, era elegante, y daba a sus maneras una gracia y simplicidad que la distinguía. No tenía madre y vivía en un piso lujoso de Lugo con su padre, un alto comerciante de ganado, obligado a pasar largas temporadas ausente del domicilio. Esta circunstancia permitía a Magali vivir más independientemente y libre que sus compañeros; pero ella hizo siempre de la libertad una poesía, un magnífico ejemplo para los que confunden libertad y libertinaje.

Al quedase solo y dar los primeros pasos, fija la mirada sobre su camino, sintió una fuerte pesadez nostálgica. Un relámpago de ira cruzó por su espíritu. La imagen de Cristina en las manos del cura volvió a desesperarlo. Meditó nervioso sin dejar de andar, hasta que la idea de escapar con ella, sirviéndose de la noche como compañera y cómplice, le convenció.

Un silencio impresionante le acompañaba, mientras, aún pensativo, deambuló por los campos al encuentro de su amada. Cada casa que encontraba le recordaba la imagen de familia que siempre vio contraria a la realidad humana; imagen de la tradición, que él proponía combatir, sin violencia, incrementando en el mundo obrero, lado más castigado por la ignorancia, una cultura propia a la revolución capaz de destruir la sociedad de clases que ha prostituido la condición de humanos, y con ellos, las dignas finalidades de las artes, los deportes, la poesía, el amor y la amistad, por lo que la vida, y la sociabilidad natural al hombre, han perdido sus más altos y bellos valores, para encontrarnos hoy, hundidos en la vergonzosa bestialidad que manifiestan todos los pueblos de la Tierra.

Alejandro, a la idea de aceptar esta sociedad, vio muchas veces en su imaginación el suicidio. Su temperamento revolucionario se impuso siempre. No tenía aún los 16 años, cuando un día se presento en la misa enloquecido por la desesperación ocasionada al descubrir que unos campesinos habían

estado multados por trabajar un domingo, y desafió al cura, y censuró, con una viva protesta, a los que estaban arrodillados. La iglesia conservaba aún en La Coreda el poder de la justicia para condenar lo que consideraba ser un pecado. Fue su primer escándalo público, y su primera estancia en una casa de corrección. Estos anhelos de justicia y de renovación, propios de su naturaleza espiritual, los fue embelleciendo la abundante y diversa lectura, y el permanente intercambio de ideas con los demás. Nietzsche y Schopenhauer eran los que mejor se adaptaban a sus interrogantes filosóficos. Proudhon, Bakunin y Elíseo Reclus, a los de sociología; pero los diez meses últimos de cárcel, fue el período de su vida que mejor le permitió definir su propia filosofía y determinar una posición para continuar la lucha.

Así, con esa carga monumental de ideas y sentimientos en su espíritu, y con su mente ardiendo de inquietudes, llegó a la propiedad de los Texeiro. Físicamente estaba en el último extremo de sus fuerzas. Llevaba dos noches sin dormir. La última que lo hizo, fue en la cárcel. El amor y las ideas, diez meses retenidos en una celda, le desbordaron.

Decidido y entusiasmado, saltó el enrejado. Los dos perros dejaron de ladrar al instante que lo vieron. Conocía dónde estaba situada la habitación de Cristina. La ventana daba a la parte más bella del campo. Los perros le siguieron. El de cuando en cuando se arrodillaba para acariciarlos. Aquella soledad, cuna de Cristina, le impresionó durante el rato que estuvo delante de la ventana esperando, el ánimo pasajeramente decaído. Miró la noche en el cielo sin luna, suspiró hondo, y prudentemente tiró unas arenillas a los cristales. Una, dos, tres veces, y la ventana se abrió. Cristina, con los cabellos dispersados por la cara, apareció; En su expresión se veía claramente la emoción, el miedo y el amor. Alejandro respondió a ese momento de sorpresa, saltando al interior, a la ayuda de unas espesas enredaderas.

No se dijeron nada, pero como estanque que rompe a la presión de las aguas, desbordaron los suspiros y las lágrimas. Cayeron abrazados en la cama, y los besos, ocuparon por un buen momento, el lugar de las palabras.

—¡Chis!, mis padres pueden despertarse —dijo ella para calmar las primeras exclamaciones de Alejandro.

- —¡Uf! ¡Al diablo todas las barreras que intentan ponerte! ¡La libertad se conquista, no se mendiga! ¡Vístete y vámonos!
- —¿Eh? ¿Has dicho fugarnos? —exclamó ella sentándose en la cama.
- —Sí, querida. La dictadura está desmoronándose en España y, esta circunstancia nos favorece para enfrentamos más directamente a este montón de miserables que persiguen nuestra libertad y nos prohíben ser felices.

Y la abrazó. Volvió a no oírse más que los besos y los suspiros. Luego, él, poniendo los labios en el oído de su amada, le dijo:

—No me explico cómo has podido aceptar el dejarte encerrar por tus padres y no venir a mi encuentro.

Ella se sintió ofendida. Le contó, que durante todo el día sus padres, unas veces implorándole y otras amenazándola, no se separaron de ella un minuto.

—Yo estaba decidida a marchar, no vayas a creer lo contrario —continuó diciendo con orgullo—. Pero más tarde tus padres se presentaron, y oí que le decían a los míos que estabas detenido. ¡No sabes lo que he sufrido!

El la besó y le pidió perdón por haber dudado. Ella, más animada, agregó:

—Se presentó también don Fernando con su hermana, y me dijeron que estabas en el hospital. Yo imaginé lo peor, sí, mucho más grave que los morados que veo en tu cara. Una crisis de nervios se apoderó de mí, y cuando el cura se me acercó para decirme que debía olvidarte, no pude contener el deseo de darle un empujón y, tan fuerte se lo di, que a poco se cae al suelo. Luego mi padre, me dio todos los golpes que quiso, el cura los insultos que le vinieron a la boca, mi madre lloró desesperada, y tus padres marcharon echando diablos contra nosotros dos.

El, sintió hervir en sus carrillos la sangre. Se calmó, dándole un beso. Sin dejar de apretarla contra su pecho, contestó:

—Esta estampa que terminas de describirme con mis padres, los tuyos, los patrones de estas tierras y el cura, es la más perfecta imagen de una historia de religión, capitalismo y esclavitud. Pero, hoy en España, estas escorias van a

ser barridas. Nuestro país no puede continuar encerrado en una iglesia, los vecinos que nos rodean y el cura de nuestro pueblo, representan un pasado religioso, político y social inhumano. ¡El amor y las realidades de la vida están de nuestro lado!

Ella le interrumpió poniéndole una mano en la boca:

—¡Chis! Escucha...

Guardaron silencio, hasta que oyeron: "¡Cristina, Cristina!" Era su madre aproximándose a la habitación.

- —Levantas demasiado la voz. Nos deben haber oído —protestó ella, saltando de la cama para ir a abrir y exclamar:
- —¿Qué os pasa? Tampoco podéis dormir y os molesta que mis nervios hagan que grite lo que pienso?
- —Debes calmarte, hija mía —replicó su madre al llegar a la puerta.
- —¡Miraré si puedo!, pero dejadme tranquila —y cerró de un fuerte portazo.

Escucharon un momento, y oyeron los pasos perderse por la casa. Alejandro que se había escondido detrás de la puerta, volvió sonriente a la cama. Ella, se sentó a su lado, y en voz muy baja opinó:

- —Marcharnos los dos en esta ocasión, creo sería un disparate. Nuestra fuerza contra la de ellos es aún inferior, mas las condiciones que les podemos presentar si somos inteligentes, pueden ser invencibles. No obstante, te dejo decidir.
- —Magali me ha dicho lo mismo: ¡Esperar, esperar y esperar! Pues, de acuerdo; volveremos a intentar dar luz a la razón, pero ya lo verás, frente a la razón, voy a volver a verme otra vez en la cárcel. Hoy me he escapado del hospital. ¿Crees que me van a olvidar?
- —Si te detienen, no estarás más que unas horas. Lo he oído de la boca del cura. Se lamentó de que la justicia en España no se cumple como se cumplía unos años atrás.

- —¡Las cárceles están llenas; abarrotadas, querida! Estos canallas no se dan por vencidos tan simplemente como crees.
- —Entonces, querido, yo hago lo que me pidas. —Y le besó, para continuar diciendo—: Pero creo que sería más positivo presentar a mis padres otra vez nuestro amor, y las ideas que nos unen de vivirlo.

Alejandro no insistió. Estaba rendido, y el hormigueo que sentía en sus ojos oscurecía también su mente. Una pausa corta, que Cristina interrumpió:

- —¿Qué decides, querido? El día está llegando; ¿oyes cantar los gallos?
- —¡Ah, cómo pasa el tiempo: con la velocidad de los rayos cuando estoy a tu lado! —Y le dio un beso para terminar de decir—: Intentaremos otra vez hacernos comprender; pero, ¡será la última! Vuelvo a mi casa, y ya veremos más tarde el resultado.
- —Será un acierto colosal, y, lo vas a ver esta misma mañana —contestó ella antes de dejarlo saltar por la ventana.

Unos besos, unas lágrimas que los ojos de Cristina no pudieron retener, y Alejandro dio un salto tremendo. Desde el campo, la miró; pero sus labios fueron mudos. Sólo unas caricias, dibujadas graciosamente con las manos, firmaron la despedida.

La soledad y el silencio de la noche persistía, cuando Alejandro llegaba a su casa. Se encontró frente a sus padres. Terminaban de levantarse. No contestó a los gritos de él, ni a las súplicas de ella. Estaba convencido, de que la razón de sus ideas y el amor que le unía a Cristina, no era para espíritus tan cerrados y fanáticos. Sólo les dijo:

—Tened paciencia; ya veréis que un día la vida os convencerá que vuestro hijo no es un golfo, sino, un ideal que hoy no comprendéis.

Pero su madre no dejó de llorar, y su padre de ir y venir por la sala gritando y amenazando.

Y más tarde, cuando todo parecía entregarse, se oyó el motor de un coche. Se miraron sorprendidos. La presencia de unos policías no permitió dudar de otra cosa. Alejandro pensó con rabia en las veces que por escuchar a los demás, no obedecía a su intuición.

- —Sabíamos que terminarías por volver junto a tus padres —le dijo uno de los policías.
- —Pues se han equivocado —contestó él muy digno—. He venido a consultar a la mujer que amo. Y si estoy aquí, es porque hemos decidido dar la cara una vez más, a los cavernícolas que pueblan este pueblo.
- —¡Hala, ven con nosotros! —replicó el comisario, ajustándole en las muñecas dos relucientes pulseras—. Haber si podemos darte por fin, la visión de la vida que no han podido tus padres.

Alejandro los miró, y no pudo retener unas carcajadas. "La vida, se dijo, ¿qué puede ser la vida para quien vive obedeciendo, sin meditar y copiando?"

Su madre le suplicó:

- —Hijo mío, obedece. La libertad sin creer en Dios, es absurdo.
- —Y creer en Dios, pisoteando la libertad, es de imbéciles o de tiranos. Mira mamá; estas dos relucientes pulseras que ves en mis muñecas es el regalo que han recibido siempre los defensores de la libertad, del amor y de la justicia: ¡Crean o no crean en Dios!

Y se arrimó a su madre para darle un beso, mas al sentir en los labios sus lágrimas, se conmovió.

—Vámonos —repitió el comisario cogiéndole por un brazo.

Al salir, en la misma puerta, su madre volvió a besarlo. El pensó en la infinidad de bellezas del amor que no encuentran la realidad, a causa de morales ridículas y arbitrarias.

Desde el coche, con un policía a cada lado, vio los primeros madrugadores salir de sus casas. Y cuando ya el coche se perdía en las carreteras, contempló en su imaginación la luz de sus ideas, para terminar el viaje, mirando con tristeza los primeros resplandores del sol en las calles de la ciudad.

CAPÍTULO IV

La detención de Alejandro despertó una fuerte agitación en las escuelas. Su nombre hizo de bandera en un movimiento de violencias que escapaba a la nueva concepción que él tenía de la revolución.

Una minoría del grupo de Alejandro, dirigida por Antonio: fiel a las luchas espontáneas y violentas, fue durante esos días la mecha de peligrosas acciones, como ataques a camiones de la policía, atentados y diversas peleas.

Algunas huelgas vinieron a completar la agitación nacional. Las detenciones fueron numerosas, y la palabra "¡Libertad!", salió a gritos de infinidad de labios.

¡Alejandro! ¡Alejandro! fue el "eslogan" de algunas manifestaciones; pero pronto su nombre desapareció de las principales situaciones, y el movimiento juvenil se hizo secundario. Los partidos políticos, aún siendo en esa época clandestinos, terminaron por adueñarse de la protesta universitaria, y el orden se estableció en las escuelas.

Antonio, junto a un buen número de sus compañeros, fue detenido y acusado de atacar con bombas una propiedad de la Falange Española.

Magali, a la cabeza de los más afines a las ideas de Alejandro, consiguió hacer oír la más enérgica protesta contra los que se servían de su nombre en unas violencias que él condenaba.

Y Cristina, aunque reducida a la autoridad de sus padres, salía de casa, cuando no podía por la puerta por la ventana, para defender a Alejandro contra los que en el pueblo continuaban asegurando que era un bandido. Un día, sus inquietudes terminaron de desbordar, pues la libertad de Alejandro, que ella imaginó inmediata,, no llegaba. Se consideró responsable, y, arrepentida de haberle aconsejado volver a su casa, decidió hacerle honor, incorporándose definitivamente a sus camaradas para obedecer a ese célebre: "¡Viva la libertad!", que Alejandro le dijo siempre ser el "eslogan" que en todas las

épocas ha llenado las cárceles y los cementerios. Burló una vez más la vigilancia de su padre, y se presentó en la casa del "Viejo" a pedirle consejo y orientarse en la luz prestigiosa de su experiencia.

La familia Giménez la recibieron con infinidad de besos y abrazos. El, sentándose junto a ella en el banco, le aconsejó:

- —Sé que sufres mucho, Cristina; pero sé fuerte, y ten paciencia. Alejandro estará muy pronto otra vez en libertad. Si aún sigue en la cárcel, es porque ha sido un juguete de la política; no sólo él, sino toda la juventud. Sé que habrás oído hablar de él disparates. Intentan colgarle otra vez violencias que tú sabes que él no aprueba. No olvides esto: las ideas del hombre que amas, no han sido ni son explosiones de metralla, sino relámpagos de la luz que no han encontrado nunca las revoluciones. Sí, mi querida pequeña; Alejandro es un ejemplo revolucionario, no contra un Estado, sino contra todos los sistemas que han hecho del hombre un autómata, y de la humanidad una permanente guerra. Entre las riquezas escandalosas, como por ejemplo, la de los Texeiro, y la miseria triste y vergonzosa de los campesinos y obreros, bien a la luz, en las tierras de Galicia, están las ideas que defiende el hombre que amas. Ir a la cárcel o morir por semejante manifestación de amor a la humanidad, es embellecer con realidades la historia de Cristo.
- En efecto, su posición es de las más dignas del hombre —reaccionó ella,
 para inclinarse en seguida a la pasión de su corazón—: Le censuro una cosa:
 Tener más entusiasmo por las ideas que por nuestro amor.
- —No lo creas, Cristina. Un corazón que ama la libertad de los demás mucho más que la suya, es un corazón excelente para el amor. Aprende a conocerlo. No lo confundas como los demás.

Ella se turbó. Giró la cabeza alrededor, para terminar mirando al anciano con el rabillo del ojo, avergonzada. Quedaron silenciosos, hasta que Cristina, desentornando sus ojos, y ya con la cabeza alta, contestó:

—Tiene usted razón. ¡Soy demasiado egoísta y, quisiera que todos sus entusiasmos los pusiera en nuestro amor!

—Y ya ves, mi querida, no puede ser; pues la vida exige a los hombres como Alejandro, vivir, no una, sino todas las fisonomías del amor.

Cuando ya Cristina se decidía a marchar, Giménez, acompañándola, le preguntó a dónde se dirigía tan decidida.

—A Lugo —replicó ella mirándole sonriente y optimista.

Giménez, en la puerta, junto a su esposa, esperó verla desaparecer, mientras en su imaginación revivía y agitaba la imagen de una juventud, que él no cesaba de admirar.

* * *

Cristina sabía que la casa de Antonio, era en la actualidad, un lugar peligroso. Se dirigió a la de Magali. Esta se disponía a marchar, cuando recibió la inesperada visita.

- —Dichosos los ojos que te pueden ver —exclamó Magali mientras se abrazaban.
- —Quisiera ser más útil a las ideas de Alejandro. Sí, Magali, servir para algo más que amarlo.
- —¡Ah, si Alejandro te oyese ¡Sería el hombre más feliz de la Tierra! Entonces, querida, ven conmigo; el movimiento por la libertad continúa.

Y salieron juntas. En la motocicleta pasaron la mañana visitando camaradas y discutiendo acaloradas. Las dos defendían el mismo hombre y un auténtico ideal.

Eran las tres de la tarde, cuando Magali propuso ir a comer a su casa.

—Descansaremos tranquilas un buen momento —le dijo Magali por el camino—. Mi padre se ha marchado por unos días.

Cristina conoció ampliamente la residencia de su camarada. Era lujosa, y se sintió confusa e impresionada. Magali, presentándole la vivienda le decía:

- —Mi padre es un ricachón. Sé que en sus negocios degüella a los campesinos que puede, pero, qué quieres; desde la muerte de mi madre ha respetado siempre mi libertad.
- —Pues todo lo contrario de mis padres, querida, que sin ser ricachones han hecho de la choza que vivimos una cárcel.

Y cuando sin interrumpir el diálogo empezaron a comer los alimentos que muy a la ligera, las dos prepararon, Magali, dando a la conversación otra dirección, le dijo:

—La protesta por la detención de Alejandro, ya lo has visto: ¡Ha degenerado! Y lo peor, ha servido a desbordar el entusiasmo de jóvenes como Antonio. La falta de organización entre los jóvenes anarquistas se ha vuelto a manifestar una vez más. Los revolucionarios sin organización serán siempre un juguete en las revoluciones. Alejandro tiene razón de dar prioridad, primero, a la reorganización, y segundo, a la lucha cultural, propia a preparar el espíritu del trabajador que necesita una verdadera revolución social. La preparación del individuo es de una importancia capital para las revoluciones. Las masas, hoy, no están preparadas para dar a la revolución la finalidad de una sociedad gobernada por la razón colectiva, en una coordinación natural a los intereses de todos por igual. Por consiguiente, la revolución cultural que Alejandro nos propone, es el movimiento más positivo para liberar al hombre de sus tradicionales errores.

Cristina, muy entusiasmada, exclamó:

—¡Ah, cómo me gustaría conocer el pensamiento de Alejandro tan ampliamente como tú! Magali, ayúdame a terminar de penetrar en el mundo ideológico del hombre que amo. El me habla muchas veces de la necesidad de una revolución, y por otro lado, me afirma que sería un grave error hacerla en la actualidad. Francamente, no le comprendo; pero siempre he escondido, como he podido, mi ignorancia. ¡Le amo tanto, que tengo miedo de enfadarlo!

Magali, la miraba pensativa y sonriente. Sintió pasar por su corazón algunos escalofríos. ¿Decirle que ella también amaba locamente a Alejandro y, que en muchas ocasiones le mendigaba el amor? ¿Que la filosofía anarquista les inspiraba, tanto a él como a ella, amplias aberturas en todas las fisonomías del amor y de la amistad? Vio en Cristina mucha inocencia, y dejó en el silencio sus sentimientos; pues, pensó que sólo Alejandro reunía las condiciones que iban a terminar de emanciparla. Cristina rompió ese instante de meditación, preguntando:

- —¿Qué ves en mí para que sonrías sin decirme nada?
- —Pues la belleza de tu espíritu que persigue Alejandro. Tu belleza espiritual es una tempestad de interrogantes.
- —¡Bah!, estos romanticismos me los ha dicho él infinidad de veces. ¡Anda, háblame de Alejandro! Sé que nadie lo conoce mejor que tú. Estoy dispuesta a escucharte las horas que hagan falta.

Terminaron de comer. Magali la invitó a pasar a su coqueto salón. Se sentaron juntas en un espacioso diván. Cristina, viendo que su compañera continuaba haciéndose la distraída, remachó:

- —Siempre me he encontrado perdida en la superficie de su espíritu. Tú, puedes ayudarme a conocerlo más profundamente.
- —Sí, francamente, conozco a Alejandro como a mí misma. Siempre hemos sido excelentes camaradas. Hace cuatro años que nos conocimos. Yo sólo contaba quince abriles.
- —¿Pero te das cuenta qué casualidad? ¡La edad que yo tenía cuando descubrimos que nos amábamos!

Magali suspiró hondo, y una mezcla de confusos recuerdos la turbó. Intentó desviar la conversación hacia los hechos recientes, pero en su compañera se traslucía de tal manera la pasión de querer continuar alrededor de Alejandro, que no pudo más que añadir:

—Alejandro es un revolucionario muy particular. Su revolución es bastante desconocida entre nuestros camaradas.

- —Siempre ha estado metido en situaciones que lo podían haber llevado al cementerio. ¿No es eso hacer la revolución?
- —No, totalmente. Eso fue sólo combatir la dictadura franquista. En esa batalla estuvimos todos de acuerdo. El objetivo era común. Para toda acción reivindicativa, o bien para romper una barrera burocrática, nos encontraremos; y, para la revolución que debe de romper definitivamente con la explotación del hombre por el hombre, quizá sólo cuatro gatos. Es ésta la revolución que Alejandro propone construir en la cultura racionalista del anarquismo. Pues estamos convencidísimos, que sin destruir la mentalidad burguesa que domina totalmente al hombre, no triunfará nunca la parte más humana y filosófica de una revolución social. Las escuelas son para él, hoy más que nunca, el cuartel de su revolución para llegar a ella, que la de liberar la cultura de todas las tradiciones burguesas y religiosas.
- —Entonces, Magali, ¿a partir de qué nivel político creéis que se puede trabajar ampliamente en la cultura revolucionaria que os proponéis?
- —¡Ah!; éste es el punto clave para una revolución cultural como la nuestra. ¿En los sistemas de partido único y sindicatos gubernamentales, como hemos conocido durante años en España y más de medio siglo en los países mal llamados socialistas? No, en esas circunstancias tienen que hablar, en la mayoría de las veces, las armas. La palabra cultural anarquista pertenece al idioma democrático. Esta es la razón, de que hoy en España, Alejandro no vea otra salida más positiva que la de trabajar, primero, por llegar a la democracia, y segundo, por embellecerla desde un movimiento cultural que, permitirá al anarquismo dejar de ser un interrogante confuso o una imagen terrífica. Las etapas de la democracia, Alejandro las ve parecidas a los peldaños de una larga escalera directa a la anarquía.
- —Empiezo a comprender por qué siendo tan revolucionario no acepta en la actualidad una revolución como la de 1936.
- —Estas revoluciones, sean de tipo militar, o bien populares, han terminado siempre en las manos de un partido, nunca en las del pueblo. La historia lo confirma claramente. El trabajador, generalmente, está educado para obedecer, y los que crean lo contrario se equivocan. Una transformación

radical de la sociedad, nosotros la vemos imposible. El anarquismo no puede salir victorioso de una revolución en el estado de mentalidad que se encuentran los pueblos, mientras que no importa qué partido político, sí. Nosotros, Cristina, somos un punto y aparte en la historia social y moral que vive la humanidad. Nuestra revolución, solitaria y desconocida, si queremos popularizarla, tiene que partir de las agrupaciones culturales propias a la filosofía social y moral del anarquismo.

Cristina cerró con fuerza las manos de su compañera, y mirándola de frente, exclamó:

—¡Oh, querida! Te envidio la capacidad y la facilidad de expresión que posees. Yo no estoy a la altura de Alejandro como tú. —Y bajó la mirada—. Sólo sé amarlo, amarlo en la más grande locura.

Magali la animó:

—Bueno, bueno, Cristina; amar a un hombre como Alejandro es ya un excelente paso hacia tu emancipación. Y pasando a otra cosa. ¿Qué piensas hacer?

—¡Quedarme contigo!

Magali se encogió de hombros, y le propuso empezar a poner orden en la cocina. Cristina, insistió:

- —¿Te parece bien, o no? No me importaría trabajar de lo que sea.
- —Pues mira, a decir verdad, yo creo que levantarías una tremenda polvareda en tu pueblo, perjudicarías a Alejandro, y al fin tus padres terminarían por ganar la partida.
- —Es que tengo unas ganas horribles de pronunciarme, Magali.
- —No te faltaran ocasiones cuando Alejandro regrese. ¡Anda, vamos a cambiar impresiones con nuestros camaradas! Ya verás, ellos te dirán lo mismo. Luego te acompañaré a tu pueblo. Las dos en la motocicleta les daremos un buen golpe, ¿no te parece?

Cristina, sin hallar una razón convincente, hizo un esfuerzo y se incorporó para obedecer a su compañera. Esta continuó animándola y dándole consejos.

Y el día lo terminaron yendo de una casa a otra. Participaron en discusiones largas y acaloradas. Ese día fue para Cristina muy positivo, pues su conciencia y formación se enriqueció considerablemente.

Cuando la noche y el día empezaba a confundirse en los campos, llegaban a La Coreda en motocicleta. Cristina propuso:

- —Sería mejor que me vean llegar sola, ¿no crees?
- —Todo lo contrario. Las dos juntas en mi motocicleta seremos la respuesta que merecen tus padres y los vecinos.

Y Magali, pasó por el pueblo, haciendo que su motor ensordeciera a los curiosos. El padre de Cristina, aún en el campo, las vio llegar y las miró amenazador.

- -¿Vendrás mañana? preguntó Magali.
- —¡Si me puedo escapar! —Y señaló a su padre—. ¡Ya ves el panorama que me espera!

Magali, al marchar, no olvidó de hacer todo el ruido que pudo con las explosiones de su motor.

CAPÍTULO V

La cárcel fue siempre para Alejandro un lugar de estudio y de meditación. Esta última vez se vio en una nueva circunstancia, la de compartir la celda con un cura de los llamados "obreros", y familiarizarse con él en muchos sentimientos filosóficos. Alejandro que no discutía nunca a nadie la existencia de Dios, sino, el injusto comportamiento de las religiones frente a la miseria, a los atropellos y a los prejuicios de todos los días, se encontró confuso al resumir: "¿La religión española al lado del explotado, abierta a la razón, a la justicia social, a la vida, en un libre intercambio de opiniones y en una revolución por la abolición de la explotación del hombre por el hombre?". No cesó de repetirse: "No, no, ese ejemplo no lo ha dado nunca don Fernando y, ni por asombro responde a la historia sangrienta de dictaduras y despotismos que han escrito todas las religiones en el mundo". No obstante, ese cotidiano diálogo terminó por unirlos en excelentes Camaradas.

También Cristina encontró durante esos días circunstancias favorables a enriquecer su espíritu, pues tuvo la ocasión de intervenir en numerosas reuniones y de pronunciarse con suceso en algunas situaciones. Magali y ella terminaron de descubrirse en interminables charlas.

* * *

La libertad de Alejandro, después de un mes de detención, fue acogida en los medios estudiantiles con mucho entusiasmo. Eran las nueve de la mañana de un día ventoso y gris, cuando al pasar la última puerta de la cárcel, Alejandro, radiante de alegría, respiró la libertad con toda la plenitud de su espíritu.

Como siempre, un número importante de jóvenes le esperaban. Pero esta vez, su mayor sorpresa fue la presencia de unos periodistas, mas, el correr de

Magali para colgarse a su cuello en un apasionado beso y en un loco chillido de delirio, atenuó su perplejidad.

La sorpresa y la alegría que en aquel instante los dos manifestaban, lo interrumpió un periodista fotografiándolos, así, unidos en un interminable beso y en un abrazo desesperado. A Magali no le importó, él, condenó ese atrevimiento, diciendo:

—¡Tiren al diablo sus aparatos! ¡Alimenten su profesión, libres de estas obligaciones tan autómatas!

Los periodistas, mezclados a los amigos de Alejandro, le rodearon. Uno de ellos replicó:

—Hoy, en España, un periodista es libre.

Alejandro, ya más tranquilo y sonriente, contestó:

—Un periodista, independiente y libre, iría directo a la residencia que yo termino de dejar. —Y señaló el enorme portalón de la cárcel—. ¡Hay que trabajar mucho, llenar las cárceles y, muchas veces hospitales, para borrar la imagen ridícula de la libertad que han dejado cuarenta años de dictadura. La libertad señores, es una ley natural a todas las manifestaciones de la vida, que nosotros jóvenes anarquistas, queremos que deje de ser una mercancía adaptada, en cada época, al capricho de una política o de una religión para que sin estas barreras, pueda desarrollarse ampliamente en las expresiones del amor y en el alto valor filosófico del hombre.

Entonces; ¿qué política proponen ustedes, los libertarios? —preguntó un periodista.

Alejandro, sin deshacerse del brazo que Magali tenía en torno a su cintura, contestó:

—Nuestro horizonte social es infinito; pues no estamos limitados por ninguna tradición política o religiosa, sino ilusionados en la realización del hombre. El hombre es el objetivo de nuestras luchas. Sólo el hombre, liberado de las imbecilidades y de los errores que lo esclavizan, y realizado al nivel de su más bella condición, la humana, será capaz de organizar una sociedad sin los

sistemas estatales que lo han arrastrado al estado salvaje en que se encuentra; una sociedad libre, humanista, y propia a las inteligentes y maravillosas organizaciones de la naturaleza. Negar nuestra filosofía social es ir contra la superación del hombre y por consiguiente, negar la realidad humana. Entonces ¿qué tiene de particular creer en la sociedad sin Estado soñada por los anarquistas cuando se cree en la interminable realización del hombre? El hombre, hoy, enemigo del hombre, sin amor, sin decencia y prostituido: ¡más no destruido! He ahí nuestra política, la de levantar una organización social libre, humanista y racional, edificada en la tumba de una historia de explotación, supersticiones y prostitución.

—Justa finalidad —exclamó un periodista—. Pero veamos. Mirando el anarquismo desde ese ángulo, ¿qué me dice usted de esa vieja posición anarquista de combatir todas las políticas y sabotear todas las elecciones?

—La política y la razón han vivido en la historia del hombre totalmente divididos —contestó Alejandro, suspirando, al tiempo que hundía su mano en el bolsillo del pantalón—. La política y el Estado son una realidad, y la revolución destinada a barrer estos dos monumentales errores de la civilización, una obra aún en sus comienzos. Por consiguiente, en la lucha por la democracia, todos debemos de hacer concesiones, pues provisionalmente es el terreno político más acertado al interés de todas las ideas. Así, en este contexto circunstancial, la lucha hay que aceptarla, siendo transigentes y, en todos los frentes, junto a todos los que verdaderamente estén dispuestos a dar un paso hacia el más allá. Intervendremos en la política, sí, pero como inspiradores, no como ejecutores de ningún sistema de explotación, hasta el día que la política deje de ser el arte de engañar y de explotar, y pase a ser la pura expresión de la nobleza. De momento, somos los primeros en reconocer, que el hombre, desnaturalizado de su condición humana, no está preparado para vivir independiente y libre sin el Estado y las religiones. Por consiguiente, estas dos representaciones de la historia de explotación y de supersticiones, no pueden desaparecer de la noche a la mañana. Es esta circunstancia que nos aconseja la siguiente finalidad: ser transigentes, condenar la violencia, y crear agrupaciones de emancipación para todos los que quieran luchar por la superación del hombre y contra las tradiciones políticas y religiosas que han destrozado la belleza espiritual de la humanidad. No obstante, en el terreno político, que como he dicho, es una realidad de nuestro presente, nos consideramos obligados de apoyar en las elecciones, al partido que más se acerque, en las realidades de su lucha, al socialismo democrático, pero provisionalmente, pues una vez esté en el poder, combatiremos sus errores en favor de otro más avanzado. Siempre he dicho a mis camaradas, que las etapas de la democracia socialista van paralelas a nuestra revolución cultural, son iguales a los peldaños de una escalera, larga, pero directa a la anarquía.

Magali no pudo resistir más a su entusiasmo. Interrumpió a su camarada:

—Nuestra revolución es permanente. No se detendrá en ningún sistema de la política tradicional, pues tiene como finalidad el propulsar la evolución que traza la sabiduría de la vida. En el actual amanecer de España, proponemos a los anarquistas estar presentes en todas las luchas por la democracia que nos ha de permitir fundar las escuelas y las agrupaciones racionalistas del anarquismo, propio a nuestro movimiento emancipador: revolución cultural capaz de conducir al hombre a su realización.

En esas largas intervenciones, los periodistas tuvieron que inclinarse a semejante tempestad de entusiasmos. Cuando por fin, uno tuvo la ocasión de intervenir, fue para replicar con ironía:

—¡Muy bien, muy bien! ¡Pero los anarquistas con las bombas en las manos no han cantado nunca tal poesía social!

Alejandro se mordió una sonrisa, y mirándolos alternativamente, contestó:

—Nuestra poesía social ha sido en todas las épocas perseguida y condenada. Ustedes saben bien, que la historia de la humanidad no es la de una democracia, sino la de criminales opresiones. Nuestro pueblo, aún no ha terminado de salir de las garras fascistas. ¿Cuántos palos no recibiremos hasta llegar a un principio de democracia? Tengan bien entendido que poeta no quiere decir cobarde o resignado a las injusticias. El amor no exige perder la dignidad ni ser cómplice de la explotación. Entonces, frente a épocas sin democracia, asesinatos ilegales y encarcelamientos injustos, ¿cómo no defenderse contra esa descarada violencia, con la violencia? Los anarquistas

habrán podido cometer errores, mas nunca el de haberse jugado la vida por la ambición del poder, ni por sentarse en el banquete, producto de la explotación y de las tiranías, y en el que tantos políticos y religiosos han engordado las barrigas. Sino todo lo contrario. Han combatido por llegar, pasando por las cárceles y la muerte, al alto nivel de la poesía social que define el anarquismo: organización social, donde la sociabilidad deja de estar sometida al Estado que alimentan las clases privilegiadas, para pasar a ser una clara definición de la razón colectiva. ¡Razón que siempre ha exigido hacer de la riqueza que nos ofrece la Tierra, la ciencia y la técnica, una propiedad en la que todos los hombres sean productores y consumidores con los mismos deberes y derechos!

Sus palabras sonaron concluyentes en unos, interrogativas en otros. Magali, al ver que sus opositores guardaban silencio, añadió:

—Lo único que pueden censurar a muchos anarquistas, es el querer llegar a esa sociabilidad libre y humana, yendo a la revolución social con un pueblo espiritualmente esclavo. Hoy, nuestra posición es clara: estar con los ojos del espíritu bien abiertos, al lado de la política que se manifieste más decidida por una democracia socialista, pero combatiendo por todos los rincones de España en nuestra revolución cultural; pues creemos en que la emancipación de los trabajadores, y la del hombre en general, puede realizarse en la misma sociedad capitalista, a condición de poder vivir en democracia. El resurgir de la sociología anarquista es más un problema de cultura que de fuerza. El Estado y la religión han empleado maravillosamente bien la cultura burguesa, contra la que se han estrellado todas las revoluciones. Nuestra revolución, por una sociedad de hombres cultos, humanistas y libres, es la de levantar el hombre al nivel de su condición humana, en un movimiento cultural positivo contra todas las supersticiones y los prejuicios, abierto a las realidades de la vida y a las conclusiones de la razón independiente de su pasado.

Fue aclamada por sus amigos y por los curiosos que se habían acercado. Alejandro, cogiéndola por un brazo propuso despedirse, alegando:

—¡La policía no va a tardar a embestimos! ¡La democracia y el fascismo están en España frente a frente!

- Y se abrieron paso entre los aplausos de sus camaradas, para llegar donde ella tenía la motocicleta. El, al llegar, exclamó:
- —¡Uf! Nunca he sido más feliz que en este momento que termino de pasar frente a la prensa. Y tú, Magali, has estado encantadora. —Y en un arranque de pasión, la atrajo hacia sí.— ¿Cómo respiraría mi espíritu sin la presencia del tuyo?

Magali le miró sonriente y agradecida. Se liberó de sus brazos y puso el motor en marcha. El, ya sentado detrás, antes que arrancara, preguntó:

- —Bueno, dime: ¿dónde te diriges tan decidida? No cometas la torpeza de ir a casa de Antonio.
- —Si no te opones, vamos a mi casa, y allí, con tranquilidad, pensaremos lo que debemos hacer. ¿Te parece bien?

Y más tarde, sentados en un diván, Alejandro conoció que Cristina estuvo en ese mismo salón muchos días, para salir con Magali a enfrentar la situación.

- —Vino a verme todos los días que pudo escaparse —prosiguió ella—. Lo que no me explico, es cómo no ha venido hoy.
- —Se habrá encontrado como tantas veces, sin la ocasión de salir de su casa.
- —Quiso quedarse conmigo hasta el día de tu libertad —interrumpió ella—. Yo le aconsejé ser prudente y esperar una situación más propicia. La acompañé muchos días hasta su casa. ¿Crees que hice bien?
- —Pues de momento no tenía otra solución. Será una muchacha excelente para nuestro movimiento cultural.

Magali vio en los ojos de Alejandro el amor infinito que sentía por ella. Tragó la saliva con dificultad; mas en seguida, su personalidad ideológica se impuso y orientó su espíritu a la realidad. Mirándola con luminosa ternura, le informó de los violentos sucesos registrados durante los días que él estuvo detenido. Comentaron las violencias de muchos anarquistas como Antonio, y se lamentaron del poco interés de levantar los puntos de la reforma escolar, aprobados en sus reuniones. Magali protestó:

- —Los atentados como el de nuestro amigo Antonio son, en el corazón del anarquismo, un puñal. ¿Cuándo, pero cuándo los anarquistas comprenderán que las agitaciones violentas no benefician al anarquismo, y sirven más a entorpecer que a construir la revolución?
- —Sí —agregó él—, la violencia no se puede aceptar en nuestra revolución más que como un lamentable accidente. ¡Que se maten los políticos por conquistar el poder! Nosotros debemos de luchar por desnudar el anarquismo de las suciedades, que valiéndose de la ignorancia, le han puesto el capitalismo y las religiones. Nuestro combate está en el pensamiento, en el intercambio de ideas propio a una vida democrática, pues la sociedad que perseguimos no se realizará sin que el amor y la razón hayan conquistado, para la organización social humana, el espíritu del hombre.
- —Siempre hemos estado de acuerdo, querido, y cada día contamos con más compañeros. Necesitamos lo contrario de los dictadores, o de los que no tienen otra finalidad que la de conquistar el poder, pues si ellos viven de la ignorancia y de la obediencia, nosotros no podemos vivir sin la cultura y la emancipación.
- —Así es, nuestra finalidad ideológica no tiene otros espacios para la lucha que los de la cultura, ni otra superficie para desarrollarla que la política democrática.
- —A propósito, Alejandro, ¿sabes que mientras has estado detenido tu nombre ha servido a infinidad de violencias torpes y gratuitas, y que hoy eres conocido más por violento que por tus ideas culturales y pacifistas?
- —¡Ah! No sabes lo que esto me ha hecho sufrir; ¡pero me haré oír que soy un pacifista, y también un revolucionario horriblemente violento! Violento en todos los países donde la palabra esté sometida a las armas del ejército y a la autoridad de un solo partido, como durante cuarenta años en nuestro país; y un pacifista sincero, en los que el anarquista puede disponer libremente de la tribuna, del libro y la protesta colectiva. Quiero que los anarquistas y los hombres todos, comprendan, que estas dos fisonomías de un revolucionario son totalmente positivas, siempre que se empleen cada una en la situación

social que corresponda. ¿Es que podríamos trabajar por la libertad y la emancipación desde la tribuna, la prensa y el sindicato, en Rusia?

—No —interrumpió ella—; como tampoco hemos podido durante el reinado de Franco. En estas dictaduras, donde se condena la expresión de palabras y los sindicatos, donde sólo hablan las bayonetas, y la cultura es el opio del Estado: ¡La palabra del sabotaje, la de la dinamita y la de todas las violencias, se imponen al movimiento cultural anarquista, que hoy podemos ya dar comienzo en España!

El, muy conmovido por la autoridad de sus palabras y la luz que brotaba de sus ojos, le cogió con dulzura las manos, y exclamó:

- —¡Me encanta ver en tu expresión la felicidad que te provoca el pensamiento.
- —¡Ah, querido! Conmigo es en el momento que tú eres más feliz. ¿No es verdad?
- —Mira, Magali; termina de comprender una cosa: ¡Tú y yo somos una auténtica expresión ideológica, y una misma poesía! A tu lado encuentro el calor del combate. Eres para mí una compañera irremplazable.

En el corazón de Magali se confundió la tristeza y la alegría. No cesó de reír, pero en sus ojos se traslucía el disgusto. El, cerrándole con fuerza las manos entre las suyas, añadió:

—No es culpa mía, querida, el no poder ofrecerte la fisonomía de amor que tantas veces me has pedido. ¡Oh, cómo es difícil comprender los caprichos del corazón.

Ella no pudo resistir al tumulto de sensaciones contrapuestas que hervía en su mente, y se levantó, alegando ir a preparar algo de comida. Pero él, de diferente manera, se encontró igual de molesto y conmovido. No la dejó marchar. La abrazó y, después de un prolongado beso, le dijo:

—Magali, la palabra del corazón es incontestable. Sigamos poniendo en nuestros sentimientos el buen sentido común que nos dicta la razón y el ideal que nos une.

Ella no contestó. Suspiró profundamente, al tiempo que se rebullía feliz entre los brazos de Alejandro. Y, una vez más, él aceptó ser, en los incendios que agitaban el espíritu de su adorable camarada, el remedio que podía, pasajeramente, atenuar las llamas. Unieron la amistad y el amor en sus filosofías, dando las espaldas a los prejuicios de la gran imbecilidad humana.

¿Y Cristina, llegará a concebir como ellos la amistad y el amor? "Sí, ella ha obedecido ya, en muchas ocasiones, contra la pasión de su corazón, las conclusiones encontradas en el razonamiento." Se contestó Alejandro en el silencio y la calma encontrados unos minutos más tarde, largos sus cuerpos por la alfombra espesa y de atrayentes colores que vestía el suelo.

Ese combate de razón contra sentimientos, siguió ocupando sus espíritus durante un largo momento. En todos los aspectos de la vida, ellos, pisoteando las rutinas, vivían la revolución y la poesía.

—Mi padre pregunta muchas veces por ti —rompió ella el silencio—. Sí, tiene un gran deseo de conocerte. Sabe que los dos somos grandes camaradas, aunque él deja entender bien lo contrario.

El cerró su imaginación y se incorporó a la realidad. Contestó:

—Pues va a tener la ocasión de conocerme, y también de comprender las verdaderas razones que nos unen. Si no se opone, tu casa será por bastantes días mi refugio. —Y se sentó, inclinando la cabeza para mirar de frente a su compañera—. Pues sólo pienso volver a mi maldito pueblo para liberar a Cristina de los fanáticos que la encadenan.

—¡Ah, eres formidable! —exclamó ella levantándose—. Bueno, pasando a otra cosa: ¿No sientes cosquillas en el estómago?

El se levantó de un salto hacia ella. El reír, en unas bromas espontáneas, borró pasajeramente sus preocupaciones, mientras juntos en la cocina confeccionaban, a iniciativa de Magali, exquisitos alimentos.

Y ya, a las tres de la tarde pasadas, volvían a estar montados en la motocicleta por las calles de la ciudad. Ésta vez era Alejandro que la conducía. Recorrieron las casas de sus camaradas, y también todos los cafés conocidos, y estuvieron en la salida de algunas escuelas. A todos les dieron cita en la sala de un bar, propiedad de uno de sus compañeros.

Eran las seis cuando Alejandro abrió la reunión, a la que habían acudido un número importante de jóvenes, censurando las violencias de algunos anarquistas como Antonio. Afirmó:

—Los pueblos, embrutecidos por una moral, inteligentemente construida para la formación de esclavos, han vivido y viven sin comprender la realidad social que les permitiría una existencia libre, sin pastores, en una organización social de hombres cultos, gobernada de abajo hacia arriba, donde cada trabajador podría ser, por fin, una célula viva en todos los intereses de la colectividad. La divulgación de esta humana y positiva filosofía social, frente a este pueblo tan profundamente intoxicado, y espiritualmente destruido, es prioritaria a las violencias. Por consiguiente, en la presente situación política y social de España, la posición más inteligente de los que no perseguimos el poder, sino esa colectividad universal de hombres cultos y unidos en el amor y en la justicia, no puede ser otra que la de aceptar el juego de la democracia, y jugarlo con dignidad y positivismo. La democracia es la superficie más clara para la revolución cultural que proponemos realizar en los deportes, espectáculos, artes, literatura, poesía, y en todas las fisonomías del amor, como vía única y directa a la anarquía.

Y Magali agregó:

—La iniciativa de continuar la lucha por la anarquía desde las agrupación "Los Amigos de la Emancipación", debe de ser prioritaria. Alejandro no cesa de repetir: una vez barrida la dictadura franquista, el anarquismo debe de pasar a ser una revolución cultural. Contra las dictaduras, sean disfrazadas de cristianismo o proletarias, todas las violencias son necesarias. Pero hoy, en la España desbordada por el entusiasmo de alcanzar la democracia, no debemos olvidar que nosotros, única organización contra todos los Estados de la tradición, somos la filosofía social que menos se adapta a las revoluciones de trabajadores sin emancipar y divididos en infinidad de políticas y religiones. Nuestro horizonte social y moral es infinito. Sólo podrá ir cogiendo luz en nuestra revolución cultural, y nunca en las violencias que tantas veces han

contradicho el humanismo del anarquismo. El hombre tiene que desvestir su espíritu de los viejos harapos, para comprender el buen sentido de la libertad y de la revolución antes de coger las armas para ir a conquistar lo que en tales condiciones no ha sido ni será la libertad. ¡Hagamos de nuestra revolución la más bella poesía social de un pueblo!

—¡Nuestras violencias han sido siempre una manera digna de contestar a la violencia que nos condena a la esclavitud! —protestó uno.

Y Alejandro replicó:

—¡En muchas ocasiones, sí, pero en otras, no! Cojamos como ejemplo a nuestro camarada Antonio. ¿A quién ha servido su atentado? Desde que conocí el anarquismo, queridos amigos, pensé en la lucha emancipadora para llegar a su realización. ¡Nunca he creído llegar a la anarquía a cañonazos! He visto siempre en el anarquismo una filosofía social tan profunda, y en la revolución de los pueblos una inconsistencia ideológica tan monumental, que disocié lo uno de lo otro, para aceptar como medio de dar a la anarquía un valor revolucionario positivo, la lucha emancipadora. Sólo he aceptado los actos de violencia contra Franco, como hoy apruebo los que vayan dirigidos contra todos los dictadores que quedan en la Tierra. Sí, condeno los actos sangrientos, donde la lógica revolucionaria está ausente, mas defiendo las manifestaciones, protestas colectivas y huelgas salvajes sin política y partido, nacido en la conciencia, en el sentimiento y en la razón de los auténticos revolucionarios.

Rosalía salió de su silencio, para corroborar:

- —¡Seamos fieles a la poesía social de una humanidad unida, sin Estado, sin dueños, esclavos y dioses misteriosos, poniendo como objetivo de nuestras luchas la realización del hombre! ¡El hombre está destruido por sus propios errores: elevarlo al nivel de su condición humana, es la revolución cultural más directa a la anarquía!
- —Entonces, ¿queréis hacer del anarquismo una religión? —preguntó muy irónicamente una muchacha de veinte años.

Y Alejandro, replicó con autoridad:

—¡La anarquía es una doctrina social y moral de dimensiones filosóficas infinitas! Magali lo ha dicho y yo lo repito. ¡Ninguna revolución, que no sea la cultural, podrá dar un carácter positivo a nuestra sociología! La sociedad anarquista y el hombre actual, están distanciados por un abismo de una profundidad incalculable. El amor y la bestialidad están frente a frente. La condición humana, ausente en todas las organizaciones sociales del mundo. Queridos camaradas, sin levantar la parte humana, pisoteada en todas las situaciones políticas, sociales y morales de nuestra historia, la anarquía seguirá, frente al hombre, en el mismo abismo. Sólo el día que esta insuperable y magnífica condición humana del hombre domine enteramente la parte animal, que ha gobernado y gobierna los pueblos, la felicidad universal que aspiramos será una realidad en la Tierra. Por lo que en el presente, el anarquismo es para mí, como para un número importante de amigos que nos han escrito de todos los lugares de España, una religión positivista, la condición humana su dios, y la realización del hombre, al nivel del más alto humanismo, nuestra revolución.

Se oyeron risas y protestas. Rosalía levantó su voz para exigir dignidad y respeto:

—¡Guardad la risa para el teatro! ¡La realidad que nos ha reunido en esta sala de ocasión se presta más a la meditación! ¿No os habéis preguntado por qué unas teorías tan ampliamente humanas y filosóficas se encuentran en el mundo social reducidas a simples manifestaciones callejeras? El anarquista vive reducido a sí mismo, desconectado de la sociedad. La última vez que estuve de vacaciones en Francia, constaté, también en ese país, esta triste realidad. Los vi, divididos en grupos, en un personalismo discriminatorio, con las banderas negras en unas manifestaciones que responden más a un determinado juego político que a los intereses filosóficos y morales del anarquismo, y desconocidos en la cultura de su propio pueblo. ¿A qué atribuir semejante torpeza o debilidad? Pues a que el hombre es anarquista sólo en la teoría, pero en la realidad sigue siendo la obra del capital y de las religiones. Así los encontraremos por el mundo. ¡Plenamente en la tradición! Sea en el vocerío popular de las ciudades, o en la vida íntima, haciendo negación de la moral anarquista, particularmente en la familia, casados como buenos

cristianos, y frente a sus propios hijos con los mismos prejuicios. También en los cafés y otros locales, haciendo honor a los vicios, exhibiendo ellos los dedos cargados de relucientes anillos, y ellas de pretenciosas joyas el cuello, las orejas y las manos.

—¡Todo esto prueba la falta de una buena revolución cultural! —añadió Carine—. El anarquista debe de presentarse en su revolución, dando el ejemplo de su mañana. Manifestarse en la simplicidad, pero emancipado en la sociedad. Ser un espejo de su propia moral en todas las situaciones de la familia, del amor, frente a todos los aspectos de su vida, y también, ¿por qué no?, jen una alimentación sana y orientada a enriquecer más la salud, el espíritu y la mente, que a engordar la barriga! La sociedad debemos combatirla desde nuestra cultura más que desde las barricadas, pisoteando los prejuicios, supersticiones, embrutecimientos, prostitución de las artes, de los deportes y del amor. En fin, todos los restos de las tradiciones ridículas que hacen del hombre un estúpido servidor de la sociedad. ¡He ahí una parte muy interesante de la revolución cultural que proponemos generalizar!

Volvieron a oírse protestas. Esta vez fue Magali que terminó por conseguir el silencio, para corroborar:

—Rosalía y Alejandro están en lo cierto. ¡La anarquía, sin la superación del hombre, continuará siendo en los pueblos un ensueño! En la actualidad es desconocida por más de un 99% de la humanidad. Entonces, ¿cómo queréis que un pueblo acepte las violencias de una bandera que no ha sabido dar a conocer el contenido de sus profundidades? ¡Es en la superación que la sociedad debe de encontrar a los anarquistas! ¡Es hacia la superación de los demás que debemos orientar nuestra revolución cultural! Siempre he estado de acuerdo con Alejandro.

Y Carmen, una muchacha de 25 años, que aún no había intervenido, añadió:

—Yo también estoy de acuerdo con él. Sus razones culturales me han convencido de ir a la creación de "Los Amigos de la Emancipación". Manera positiva de dar a conocer el espiritualismo del anarquismo, y borrar la imagen violenta de su historia.

—¡Guardad vuestra posición para una época de poetas! —intervino un partidario de Antonio—. ¡Ayer contra Franco como hoy contra los franquistas, debemos de estar presentes, junto a los que salgan a las calles! ¡La fuerza contra la fuerza, la violencia contra la violencia, y la razón con la razón!

Y otro se manifestó aún más agresivo:

—Alejandro, te aconsejo continúes en la misma trayectoria revolucionaria que has manifestado durante la dictadura. ¡Si no, voy a creer lo que ya dicen muchos; que la cárcel ha destruido tu valor revolucionario, o bien el cacareado cuento de la democracia ha vulnerado tu espíritu!

Todas estas afirmaciones Alejandro las encontró frías y estúpidas. Borró en sus labios la sonrisa, y dejando libre en las pupilas el disgusto que sentía, les contestó:

—Siempre he dicho que la lucha debe orientarse en la situación política que vive. Hoy no hago otra cosa que cumplir mi razonamiento. ¡Sólo los fanáticos y los embrutecidos continúan dando cabezazos contra la misma pared! España empieza una nueva época; yo os propongo dar comienzo a otra revolución. Entré en la cárcel por combatir a la dictadura franquista. Salgo dispuesto a estar presente en la construcción de la democracia, sin hacer uso de otras armas que las de nuestras propias ideas. Este sistema revolucionario responde a la moral del anarquista auténtico, y es la pura expresión del humanismo que profesa el anarquismo. Construir la democracia, no importa en qué país, sin recurrir a la violencia, es la parte de la política más justa para todas las ideas, y el terreno más positivo para los que no tenemos otra fuerza que la que nos inspira nuestra cultura racionalista. Debemos dar a conocer al mundo entero que nuestra finalidad revolucionaria no es otra que la de desenterrar los valores humanos de la superficie estatal y religiosa, que han hecho del hombre un tirano de su semejante, y convertido la humanidad en un mar de guerras, de miserias y degeneraciones.

—La historia de la civilización nos da la razón —interrumpió Magali—. Una parte de la humanidad muere de hambre, otra, de exagerada riqueza. ¡La anarquía, colectividad universal de hombres cultos y libres, unidos por el amor y la razón en una riqueza basada en el interés común, no puede continuar en

las violencias callejeras! Sino ser en los pueblos el culto que se tributa a la condición de humanos. O sea, queremos hacer del anarquismo una religión natural a la razón, que venere, adore y glorifique al humanismo, hasta hacer de la condición humana un dios real para, todas las organizaciones del hombre; y esta obra, magistral y humana, sólo se puede edificar en la democracia.

- —¡Vuestra revolución haría del anarquismo una Iglesia más! —protestó Santiago—. ¡España no carece de curas, sino de revolucionarios!
- —¡Nadie ha mencionado semejante sandez! —replicó Magali.

Y un tumulto de confusas exclamaciones interrumpió, durante un momento, la reunión. Rosalía conquistó el silencio, para decir:

—Os repito, queridos camaradas, Alejandro no está solo. Somos muchos los que, viendo en el anarquismo una sociedad del mañana y totalmente irrealizable con la pobre mentalidad del hombre actual, hacemos de él una religión positivista, en la que Dios, como Alejandro dice, es la condición humana, y la realización del hombre, nuestra revolución. Si en España vuelve a levantarse otro Franco, aceptaremos todas las violencias, y nuestra revolución dejará de ser la cultura, para volver a encontramos en las cárceles, en los hospitales o en la muerte. Pero en la democracia: ¡seamos el alimento cultural y humanista que necesita la obra de una sociedad anarquista!

Continuaron las risas y las protestas. Un joven de 25 años, muy conocido entre los estudiantes, afirmó:

- —¡Lo que hace falta son muchos hombres como Antonio! El comunismo libertario es un sistema social de actualidad, pero a condición de pasar por la revolución social. En muchos lugares de España ha sido ya una realidad.
- —¡Seamos realistas, y no fanáticos! —interrumpió Alejandro muy nervioso—. Tanto en el 36 como si se repitiera hoy, el comunismo, sea estatal o libertario, no ha respondido ni responde a la voluntad mayoritaria de nuestro pueblo. En 1936, los anarquistas hubieran tenido que pasar por encima de los ejércitos comunistas estatales, y de otras tendencias políticas y religiosas, para imponer el comunismo libertario. Por consiguiente servirse de la dictadura. ¿La

dictadura de la razón, como algunos me han dicho? No, la dictadura, hasta para imponer el amor, es una expresión desconocida por la razón. Queramos o no, el hombre está condenado a vivir las consecuencias de su cultura, de su mentalidad. Y hoy, si España está preparada para vivir en democracia, podemos darnos por satisfechos. La democracia, aun siendo estatal, es, como lo podemos constatar en otros países, el libre intercambio de ideas, la posibilidad de abrir escuelas racionalistas, la libertad de enfrentar nuestra revolución cultural a las tradiciones, prejuicios y supersticiones de la cultura burguesa. ¡Es el principio de un puente que va del hombre animal, obra del capital, al humano, obra de una cultura libre! Y la libertad de combatir abiertamente la razón disfrazada y mitificada, la de desenmascarar tantas escandalosas demagogias, será la revolución más positiva del anarquismo.

Hubo un intercambio de violentos comentarios. Magali terminó por imponer su palabra:

—Queridos camaradas. Sigamos el razonamiento que Alejandro empezó un día, y que hoy, muerto Franco, somos muchos en querer ponerlo a la práctica. Veamos. El programa doctrinal para el comportamiento del hombre, según nosotros, el anarquismo lo deja libre a la autoridad de las dos más bellas facultades de la condición humana: razón y amor. Es este humanismo, que hasta no abrirse paso en la confusa noche que vive el hombre, da al anarquismo la imagen de una religión positivista, con una moral racionalista diametralmente opuesta a las violencias, a las bestialidades, a los prejuicios y sandeces que todos los días podemos constatar en no importa qué sistema político del mundo.

—Perfectamente —volvió a intervenir Alejandro—, pues por ejemplo ¿el catolicismo ha hecho de la mujer el símbolo del primer pecado? El anarquismo la dignifica levantándola al nivel del hombre, con los mismos deberes y derechos frente al amor y a todas las demás manifestaciones de la vida. El sexo, disfrazado de mitos, historias y definiciones malsanas, nuestra moral lo desnuda de semejante irracionalismo, para vestirlo con las realidades que en todas las situaciones nos ilustra la incontestable inteligencia de la naturaleza. El acto sexual, independiente del casamiento, de intereses materialistas y de la maternidad, obedeciendo a una espontánea compatibilidad de sentimientos,

como el liberar a la maternidad del placer sexual y de los ciegos instintos del animal, para hacer de ella un ideal, son aún otras definiciones de la moral anarquista, que hoy ya mucha juventud está viviendo, ignorando el anarquismo.

—En resumen, queridos amigos —intervino Carine—. La condición humana exige vivir en un permanente racionalismo. Esta digna condición es la más alta inspiración de la vida, que los anarquistas, a través de la revolución cultural por la realización del hombre, queremos liberarla de su triste historia, y hacer de ella el Dios de los hombres. He ahí por qué el anarquismo se aproxima a ser, en la actualidad, una religión natural a la razón. Pues la sociedad que aspiramos, sin fronteras, sin racismos y en un idioma universal, sin clases y en una sola propiedad, sin odios y gobernada por el amor, no respirará, y de ello estamos convencidísimos, sino idolatrando la condición humana, hasta encontrarla en la colectividad desnuda y pura a través de la realización del hombre: nuestra revolución.

—Y para desarrollar esta humana revolución, no hay otra superficie, en el presente, que la política democrática —intervino Rosalía—. Nuestra revolución, en estos términos culturales y humanistas, puede destronar definitivamente el Estado y su historia de atropellos. No olvidar que este monstruo de la civilización ha resistido a todas las revoluciones y ha vencido todas las violencias. ¿Su enemigo más temible? ¡El despertar de los pueblos! Mas los pueblos no despertarán con los cañones, sino con la cultura revolucionaria que ya hemos empezado en las escuelas, y que de encontrar la democracia, levantará los derechos humanos, hasta dar a la organización social y moral de los pueblos una convivencia poética y humanista.

- —Estas filosofías no conquistarán la democracia que pedís, contra los fascistas que siguen gobernando España —repitieron con diferentes argumentaciones los amigos de Antonio.
- —¡Tampoco en cuarenta años de dictadura la violencia ha sido capaz de conquistarla! —replicó Magali muy nerviosa—. Hoy, España está ya en muy buenas condiciones para fundar las agrupaciones culturales de emancipación, y de dar comienzo a la revolución cultural que proponemos. ¡Que se maten en

las calles los conquistadores del poder! ¡Nosotros, levantemos la filosofía social y moral del anarquismo en los sindicatos, las tribunas, los periódicos, escuelas y ateneos! En la violencia de nuestra cultura contra la burguesa, podrán servirse los que quieran emanciparse y caminar hacia las etapas del socialismo, por una colectividad universal de hombres libres, y frente a las riquezas de la Tierra, en igualdad de deberes y derechos. ¡Es la última salida para una humanidad en el límite de su propia destrucción!

—¡Perfectamente! —interrumpió Rosalía—. ¡Democracia y democracia, socializar y socializar, emancipar y emancipar, humanizar y humanizar! ¡He ahí lo que debe de ser, desde "Los Amigos de la Emancipación", nuestro monumental slogan!

Los más entusiastas de las teorías de Antonio, partidario de la subversión permanente, terminaron por destruir la reunión. Cesó el orden de las palabras, y el ruido de tantas voces en alboroto intimidó al patrón del establecimiento. Les ordenó marcharse, alegando que de seguir en semejante escándalo, la policía no iba a tardar en llegar. Eran ya las nueve de la noche.

Alejandro salió en compañía de Magali. A pesar de las risas burlonas y las protestas que recibieron, al encontrarse en la calle, los dos se sintieron felices y satisfechos. Magali tomó la dirección de la motocicleta, y preguntó:

-Bueno, ¿y ahora qué, dónde quieres que te lleve?

El pensó en Cristina. En su mente cambió radicalmente la fisonomía de las ideas. El corazón le recordó el amor y volvió a encontrarse en este otro combate, olvidado sólo por unas horas. Le contestó:

—¿No es verdad, Magali, que la lucha por las ideas nos une y nos hace olvidar, en ciertos momentos, como el de esta tarde, hasta los seres más queridos? Tengo que ir en socorro de Cristina, y ya ves, el día que hemos pasado desde que me has encontrado en la puerta de la cárcel, ha sido de órdago.

Ella sonrió. Se sentó, cerrando entre sus piernas la motocicleta. El la imitó, ocupando el sillín de atrás. Antes de arrancar, Magali giró la cabeza alrededor, y sin que en su voz se apercibiese el más pequeño indicio de exigencia, contestó:

- —Sí, Alejandro, son momentos de mucha emoción. ¡Lástima que tu corazón no se una al mío con tanta precisión como se unen nuestras ideas!
- —Créeme que lo siento mucho. La realidad, muchas veces, está en contradicción con los sentimientos. Los caprichos del azar me han sido siempre molestos. ¡El amor vive en mí, también para ser un combate! ¡Todo es en mi vida una lucha, una protesta!

Magali esperaba tal reacción. La encontró natural y justa. Lo que no comprendió bien, fue que no se hubiera manifestado antes. Le propuso:

- —Mi parecer es que deberías presentarte en La Coreda en plena luz del día. Por ejemplo, mañana a las primeras horas.
- —Entonces, ¿crees que puedo dormir en tu casa? —No creo que mi padre se oponga. Hemos hablado muchas veces de ti, y siempre ha manifestado deseo de conocerte. No se ha preocupado nunca por los problemas sociales, mas ama la libertad y mira de comprender la mía.

El, mirando su guerrera negra, estropeada y sucia, la misma que llevaba el día que lo detuvieron, le contestó:

—¿Qué te parece si vamos primero a casa de nuestro amigo Tino a que me facilite algunas prendas más presentables que las porquerías que llevo? No conozco a tu padre. ¡Ah, las apariencias son para mucha gente de una importancia capital!

Ella no tomó en serio tal sugerencia. Contestó con una sonora carcajada, y arrancó brutalmente.

Magali, que vestía correctamente e impecable, generalmente de pantalones oscuros y chaquetas de piel espesas y llamativas, contrastaba con la simplicidad y el abandono que él estaba obligado a vestir. Pero ella lo veía tan limpio y bello de espíritu, que la presencia de la ropa no estuvo nunca en su mente.

—Vas a comprender en seguida las ideas que mi padre imagina al vemos juntos a estas horas —comentó ella subiendo las escaleras.

Al llegar frente a la puerta, él, muy sonriente, contestó:

—A mí, imagine lo que quiera, no me va a molestar. ¿Y a ti?

Magali no contestó. Le ofreció un mohín gracioso, y abrió.

Encontraron al señor Sánchez en el salón. Este, al ver a su hija junto a Alejandro, no pudo disimular la sorpresa. Le ofreció la mano, diciendo:

—Encantado de conocerle en persona. Por los labios de mi hija y las fotografías de los periódicos me he podido hacer de usted una imagen excelente; mas, francamente, será la primera vez que voy a cambiar impresiones con un anarquista.

Confortablemente sentados en los sillones, y las primeras cortesías cumplidas, Alejandro contestó:

- —Es una lástima que no haya visto el anarquista en su hija.
- —Mi padre no se ha preocupado nunca de mis ideas; ¿no es verdad, papá?
- —¡Bah! Nunca has tenido el temperamento violento de un anarquista.

Los dos jóvenes se miraron y rieron. Magali se levantó, hizo una broma a su padre, y fue a poner un disco.

—Es la música preferida de Magali —comentó el padre.

Ella se sentó en el mismo sillón de Alejandro, y contestó:

- —Papá, esta música ha enjugado muchas veces las lágrimas a mi corazón.
- —¡Ahí Una romántica sí que has sido siempre, querida; pero una anarquista... Anda, no me hagas reír!

Alejandro comprendió que, como infinidad de otros hombres, Sánchez conocía el anarquismo por la difamación. Se cruzó de piernas y contestó:

—Nuestro romanticismo, señor, es la poesía de unir la justicia, la libertad y el amor. ¿Qué diría usted de una humanidad sin fronteras, sin prejuicios, sin supersticiones y sin ejércitos, unida en un solo idioma y en una sola propiedad?

Y Magali añadió:

- —Papá, vencer los orgullos las vanidades y las envidias. Levantar el amor y la razón hasta ser la plataforma de la organización de los pueblos, para que el hombre ame al hombre, y juntos se gobiernen y caminen hacia la felicidad colectiva, es para mí como para Alejandro, la más humana de las poesías.
- —Sí, una poesía, pero irreal; por lo menos en nuestra época —replicó el padre.
- —Efectivamente, señor. En nuestra época, frente a tanta bestialidad, es poco más que soñar. ¿Pero no cree usted que la condición humana reúne capacidad suficiente para poder llegar a semejante poesía social? De momento, y como primera etapa, su hija y yo no vemos otro terreno social, en la actualidad, que la democracia. Lugar donde mejor podremos trabajar por la realización del hombre al nivel que le permita descubrir la realidad del hombre, y organizarse en las leyes naturales de la vida, volviendo a la naturaleza.
- —Mira, papá; el Estado, tal como lo describe la historia social de los pueblos, ha sido el mayor enemigo de esta poesía social, pues representa a todas las organizaciones políticas que avergüenzan a la condición humana. ¡Organizarse sin él, será para los trabajadores su mayor triunfo!
- —Diablos, ¡estás hoy muy inspirada, querida! —replicó su padre mirándola con perplejidad.

Magali, fue junto a su padre, se sentó en sus rodillas, y le contestó con mimo:

- —No conoces a tu hija, papá, y la culpa no es mía. Quizá sea de los dos. —Y le dio un beso. Tú sólo me hablas de negocios, y yo, no sé qué tonta impresión me ha dado siempre de pronunciarme como hoy. Papá, termina de conocerme: ¡Amo la vida, el amor, la justicia, la libertad, y lucharé junto a Alejandro por la realización del hombre!
- —No sabes, querida, lo feliz que me hacen tus sentimientos. ¿Y tú eres anarquista?
- —Ser anarquista se reduce a unos principios filosóficos simples, señor interrumpió Alejandro—. Por ejemplo: en la vida colectiva, estudiar las conclusiones de la razón de cada uno, para determinar lo que mejor se adapta

a los intereses económicos de todos. En la vida privada, vivir libres cada uno su poesía, sin ser el uno para el otro una barrera. Practicar enteramente el humanismo, es nuestro ideal. Llámelo usted como quiera.

- —Entonces, Alejandro —contestó el padre muy curioso, pasando una mano en derredor de la cintura de su hija, que continuaba sentada en sus rodillas—, ¿cómo llegar a esa sociedad, partiendo de nuestro presente, donde el hombre combate al hombre sistemáticamente y el amor es una hipocresía? He oído hablar de las revueltas que usted ha organizado en las universidades, pero de sus finalidades ideológicas no.
- —Será una discusión larga, señor —replicó Alejandro.
- —Por mi parte, tengo toda la noche —Y se dirigió a su hija—: ¡Anda, organiza una buena cena, mientras Alejandro y yo terminamos de conocernos!
- —De acuerdo. Organizaré una buena cena, pero antes, permíteme, papá, sólo esta aclaración: la anarquía, como tú nos has dicho, hoy, es irreal. No obstante su filosofía social es la más natural al humanismo que está pereciendo en los errores del hombre. Alejandro ha dado en llamar al anarquismo precisamente por ser para nosotros la esperanza de un mañana, religión positivista, en la que su dios es la condición humana, y su revolución, la realización del hombre.

Y marchó a la cocina, después de cambiar con su camarada una expresiva mirada. Alejandro cortó la perplejidad que manifestaba el padre, añadiendo:

- —Sí, queremos iniciar un movimiento cultural, pues si el anarquismo, hoy, a causa del embrutecimiento colectivo, es irrealizable, su moral es la más categórica confirmación de su mañana, que el hombre puede ya en el presente servirse en el amor, en la familia y frente a todos los aspectos de la vida, como medio de combatir la sociedad que lo reduce a simple autómata.
- —O sea, ¿defender el anarquismo con el ejemplo de su cultura en vez de emplear la violencia para su total realización?
- —Exactamente. Aunque hoy, más que nunca, los anarquistas nos dividimos en dos tendencias. La primera, la más popularizada, es atacar la sociedad interviniendo en todas las agitaciones que nos puedan llevar a la revolución

social, como por ejemplo, estos días nuestro amigo Antonio. La segunda, que defendemos su hija y yo: no creer en la revolución de un pueblo armado, como medio de llegar a la anarquía en la actualidad, sino combatir la moral, raíz del capital y de las religiones que embrutecen al hombre, y que a través de los siglos ha destruido los valores humanos en todos los pueblos del mundo. Pues si bien que el Estado, sea rojo, cristiano o protestante, ha sido y es fiel defensor del tradicional sistema de embrutecer, modernizar la explotación y alimentar las clases privilegiadas, la revolución inteligente y positiva, en un país democrático, no es la de destruir el Estado por la fuerza, sino por la cultura en la mente del hombre, divulgando la moral y la sociología del anarquismo. El Estado, señor, al fin y al cabo, no es más que un mito nacido de la vanidad, del orgullo y de la soberbia de los hombres, y mantenido por la ignorancia de los trabajadores que aburguesa y esclaviza. La anarquía es la protesta más categórica contra su historia, y una esperanza de organización social sin clase, ídolos y supersticiones, donde el amor encontrará su plaza para poder conducir al hombre a no ser más enemigo del hombre, y para que la riqueza de la Tierra sea por fin una propiedad colectiva. ¿Un sueño? ¡Dichoso el día en que las realidades de la vida hagan que los hombres sean poetas y soñadores! He ahí, señor, nuestra revolución cultural contra la de los pueblos en armas, que hoy sólo son buenas para entrar en modernas dictaduras.

Magali, de cuando en cuando, había salido de la cocina para oír mejor. Alejandro, sólo interrumpió su exposición para deshacerse de la espesa guerrera y sentarse más confortablemente, Mientras que el padre escuchó atentamente y con un gran interés. Terminó por exclamar:

—¡Y yo que creía que ustedes querían destruir el Estado, así, por la brava, antes de preparar el espíritu de los hombres!

Alejandro le interrumpió:

—¡Así es aún para muchos anarquistas! ¡Ah, qué lamentable error! El hombre es en la actualidad un guiñol, como consecuencia de su torpeza y de su perversidad. En su vergonzosa historia de guerras, de orgullos, de envidias, de vanidades y supersticiones, la primera víctima ha sido siempre la condición de

humano. Frente a tal mediocridad, obra del hombre animal, nosotros proponemos como primer objetivo de la revolución anarquista, la superación del hombre al nivel que permita a su condición humana, ser el Dios positivo de la Tierra. Sí, idolatrar el humanismo, pues sólo tan digna condición posee los valores y capacidades que necesita la colectividad universal que soñamos los anarquistas. Francamente, no creemos en las armas, pero repito, creemos en el hombre y en el amor. Sólo exigimos, y en este caso si es necesario por la violencia, una política democrática que nos permita luchar ampliamente en la cultura propia a esa interminable poesía social: combate abierto contra la pobreza moral y material que sufren todos los pueblos del mundo, y que las religiones de una manera y el capitalismo de otra defienden cada día con más dificultad. ¡Esta es la revolución de su hija, la mía y la de otros muchos jóvenes más, que sin conocer el anarquismo, son inspirados por la misma filosofía: ilusión que unos y otros sentimos por el hombre, esperanza que nos despierta el amor!

—¡Vuestra revolución es magnífica! —exclamó el padre levantándose, para dar unos pasos por el salón.

Alejandro siguió sentado. Cambió unas miradas con su compañera, presente largos momentos en la puerta de la sala, y añadió:

—Cada transformación conquistada en nuestra revolución cultural, será una etapa hacia la destrucción del Estado hacia la colectividad universal de hombres emancipados y libres. La calidad de la vida, el arte de vivir, es una filosofía libre y sin fronteras en el espíritu de un verdadero anarquista. La mediocridad de nuestros días nos apellida soñadores, pero la vida dirá un día que teníamos razón de creen en el hombre, en el amor y en la anarquía.

Magali se precipitó a felicitar a su compañero. Radiaba en sus ojos la alegría. Era la primera vez que desnudaba su espíritu delante de su padre. Este se volvió a sentar. Su hija desvió la mirada hacia él, y los dos sintieron un estremecimiento.

—¿Quieren conocer mi parecer político? —preguntó el padre ya sonriente e imperturbable—. Estaba convencido que el comunismo estatal era la última esperanza de vencer la esclavitud.

Su hija se separó de Alejandro, y dejándose caer en otro sillón, exclamó;

- —Papá, yo te habré dado una sorpresa, pero mira que la que tú terminas de darme, es de órdago.
- —Ninguna dictadura ha vencido la esclavitud —contestó Alejandro—. La clase trabajadora ha conocido la fisonomía de todos los Estados. No le queda uno por conocer. Demos una ojeada al mundo político, y los encontraremos en todos los sistemas de opresión. Entonces, si la realidad social del mundo no habla más que de opresiones, de miserias y de prostitución, ¿dónde ir a buscar la libertad y la justicia, si no es con una organización social sin Estado; colectividad conducida y corregida por un sistema descentralizado y basado en las reglas federativas que impone la coordinación natural a los intereses de todos?

Y Magali añadió:

- —El socialismo tiene infinidad de etapas. La democracia es el primer paso. Es, pues, en el libre intercambio de ideas, y de espaldas a las violencias, que invitamos a los anarquistas a hacer de la lucha una escuela, donde el hombre descubra las causas de la vergonzosa y horrible historia de su pasado destruya en su mente el mito del Estado, y avive su condición humana. Sólo en este estado de superación se realizará una sociedad sin la propiedad privada, sin dueños ni esclavos, con las inteligencias y los sentimientos reunidos en provecho de la riqueza de todos. El humanismo será una realidad, sólo el día que se termine de destruir las religiones y los sistemas estatales que han escrito la triste historia de la humanidad.
- —Perfectamente —continuó Alejandro—. La democracia, hoy en la actualidad, es la tierra más fecunda para las ideas. En ella, la libertad puede embellecer y desarrollarse, hasta alcanzar la imagen filosófica y poética que necesita un pueblo para vivir sin el Estado tradicional, y ser libre sin ofender al amor y a la decencia. La violencia es un extremo repugnante y contrario a la condición de humanos.

Sánchez se levantó, hundió sus manos en los bolsillos del pantalón, y mirándolos alternativamente, exclamó:

- —¡Uf!, ¡cómo habéis terminado por acorralar mis convencionalismos! ¡Ah!, si unos días antes me hubiesen dicho que tenía una hija anarquista, no sé cómo habría reaccionado.
- —Querido papá —Y se colgó al cuello de su padre, le dio un beso y continuó diciendo—: El anarquista es un idealista desconocido a causa de lo torpemente que interviene en la lucha social. No da a conocer otra cosa que la bravura de su rebeldía, mientras que su cultura revolucionaria y su poesía no la conoce nadie.

Alejandro, que se había mantenido sentado y contemplando el cara a cara del padre con la hija, se levantó con la idea de intervenir, pero Magali le interrumpió, diciendo a su padre:

- —Le he ofrecido la casa a Alejandro por los días que le hagan falta.
- —¡Ah, quizá por muy pocos! —replicó su compañero.
- —Por mí, queridos, los que hagan falta.

Alejandro le dio las gracias, y comentó:

- —Mis sentimientos no han encontrado nunca hospitalidad en La Coreda. Este pueblo es la más auténtica estampa de todos los pueblos de Galicia; pueblos desarrapados, y condenados a una explotación medieval por la ignorancia, la Iglesia y los caciques; pueblos hambrientos de cultura y humanismo. ¿Qué política ha desnudado a los ojos de España esta horrible verdad? Los siglos han transcurrido, y el campesino sigue bajo el peso de estos tres monstruos del reino animal. La imagen de nuestra cultura debe por fin entrar en esta superficie desoladora de la sociedad.
- —¿No te parece, papá, que nuestros sentimientos responden más a la definición que Alejandro ha dado del anarquismo, como religión positivista, que como violenta explosión de masas? —Y antes de que contestara, cortó el diálogo, exclamando—: ¡Bueno, bueno, dejemos esto para otro rato! ¿Qué os parece si sirvo esa cena de ocasión que he terminado?

Sentados en derredor de una mesa presidida por remarcables detalles de lujo, Alejandro se vio desfavorecido. Desde las nueve de la mañana, hora que salió

de la cárcel, no dispuso de un minuto para su persona. Las reuniones y el largo intercambio de ideas con su compañera le ocuparon el día.

Los dos jóvenes intercambiaban, a través de la mirada, sus inquietudes, mientras que el padre, entre una sonrisa y algún gracioso chascarrillo, les observaba, impaciente por descubrir el nivel de una camaradería tan pronunciada. Conocía por los labios de su hija el amor de Alejandro y Cristina, pero, ¿y esos besos y esas caricias que no cesaban de ofrecerse? En el hilo de bromas, preguntas y respuestas que acompañaba la cena, el padre no pudo escondiendo pesada intriga, seguir su V en una intencionadamente, lo dejó ver. Los dos jóvenes se miraron boquiabiertos. Alejandro comentó:

- —Es natural, señor, que se pregunte por la razón que me une a su hija.
- —Alejandro y yo, papá, somos un idéntico ideal. El amor y la amistad reunidos en la razón de dos seres emancipados. Por mi parte, es el amor. ¡Le amo con toda la bravura de mi corazón! Por la suya, es la amistad. La naturaleza tiene sus caprichos, nuestra sociedad una manera estúpida de uniformarlos. ¡Ah, pero la vida, a través de las personas predispuestas a vivir más con la lógica que con la tradición, tienen la exclusividad de hacer de estos caprichos y reveses una poesía!
- —Sigo sin comprender nada —replicó el padre—. Francamente, yo me había dicho: ¡Vaya excelente pareja! En fin, no tiene importancia. Simple curiosidad. —Y levantó su vaso.— Bebamos, pues, a la amistad y al amor.

Y bebieron, pero Alejandro contestó en seguida:

—Puede estar convencido, señor, que su hija y yo formamos una excelente pareja, pareja muy significativa; pues ni ella ni yo miramos la vida a través de la moral tradicional. En este caso, la amistad y el amor, al quedar libres en la razón, cogen ese significado que usted no comprende, por ser totalmente diferente del que le da nuestra sociedad. En resumen, es la expresión de un comportamiento particular a nuestras ideas; circunstancia en la que ella puede bañar su amor en la amistad que yo le ofrezco, y los dos juntos, de espaldas a las rutinas tradicionales, cantar la emancipación que nos une. Yo amo a

Cristina con la misma locura que su hija me ama a mí. Esta situación, capricho de la vida, sería en infinidad de hombres y mujeres un doloroso conflicto. En nuestra filosofía anarquista es una encantadora poesía.

- —¡Ah, no! En esto me ponen ustedes en un apretón. La verdad es que ustedes son unos anarquistas muy particulares.
- —Papá, el anarquismo empieza en el individuo que se conduce sin uniformes morales, libre en los consejos de la razón y en los impulsos del sentimiento.
- Do todas las maneras, el amor es algo sublime. No importa qué fisonomía del amor, debe encontrar siempre las puertas del corazón abiertas. La moral tradicional es un atentado a las bellezas del amor y a las realidades de la vida
 —añadió Alejandro.
- —Juventud, así como ustedes, no creo que se encuentre más allá de una insignificante minoría —contestó el padre riendo.
- —No lo crea —replicó Alejandro muy serio—. Es una problemática de la juventud, interpretada desde muchos puntos de vista, pero latente en todos los países del mundo. Lo principal es que aumente el número de jóvenes que nos distanciamos de la sociedad, obedeciendo las conclusiones de la razón en todo lo que se refiere a los actos privados de nuestra vida. La moral no puede continuar siendo monopolio de las religiones o de un puñado de políticos. El hombre debe de ser una consecuencia de su razón y no el dibujo de una tradición. La moral tiene una importancia monumental en la vida social de un pueblo. La religión y el capital tienen su razón, incontestable razón, de defender la moral de esclavos que alimenta sus instituciones. Dar un ejemplo de independencia en todas las situaciones del amor y frente a todos los aspectos de la vida es, contra la sociedad, un golpe más destructivo que cien cañonazos.

Así los minutos se sucedieron en un diálogo que permitió a Magali dar a conocer a su padre la desnudez de su espíritu.

El café lo bebieron en el espacioso salón, confortablemente sentados o a mitad estirados en los sillones. Magali, de cuando en cuando, hacía cantar un disco. El padre, de una estatura superior a la de Alejandro, bien fornido, con el

cabello al rape, era un hombre también a su manera muy particular. Le encantó ver a su hija así, decidida, expresiva y entusiasmada. Siempre creyó que su fealdad la disminuía entre la juventud. Esa noche se encontró orgulloso de ella.

- —Son ya la una de la mañana —exclamó Magali mirando su reloj—. Y tú, Alejandro, debes estar rendido.
- —¿Cuántos días lleva sin conocer una buena cama? —preguntó el padre.
- —¡Oh! Esta vez sólo un mes. Desde la muerte de Franco sólo he respirado la libertad dos días. Espero que de ahora en adelante las cosas irán mejor. Aunque en La Coreda tengo un nudo de un tamaño considerable.

Y fue todo por ese día, para los dos jóvenes desbordado de sensaciones y esperanzas.

CAPÍTULO VI

A las siete de la mañana, Sánchez salía de su casa. Su mente ardía de interrogantes. ¿La camaradería puede unir dos personas en el alto nivel que manifestaban Alejandro y su hija? Como tenía costumbre compró el diario. En la primera página vio a su hija colgada al cuello de Alejandro. Se leía: "Dos románticos que piden al anarquismo ser una poesía en las luchas sociales, y una fuerza pacífica de emancipación." Comentaba las declaraciones hechas por ellos en la puerta de la cárcel. Sánchez, no había terminado de leer, que se precipitó al encuentro de Magali; mas, al encontrarla profundamente dormida, dejó el diario en la mesa del comedor, y marchó. Era un hombre bastante fogueado por la vida, y empezó a amar esa manera romántica que Alejandro y su hija tenían de interpretar la revolución, pero, sin dejar de preguntarse por ese lado particular de sus relaciones, que él no terminaba de comprender.

En La Coreda, los diarios despertaron también confusión y curiosidad. Don Fernando, comentó con los vecinos, la fotografía de Alejandro y Magali abrazados. "¿Qué moral permite a este muchacho seguir destrozando el corazón de Cristina?" Se dirigió orgulloso y satisfecho, a poner esa fotografía, para él, tan indigna y descarada, en las manos de Cristina. Esta, estaba en la cocina alrededor de la mesa, en compañía de sus padres, terminando de beber el café.

—¡Creo que esta vez tendrás bastante! —le dijo a la niña, poniendo el diario entre las tazas de café—. Para estos individuos, una mujer es poco más que un juguete.

Cristina sin dar importancia a la fotografía, leyó, con mucho interés, el artículo, para contestar muy en seguida feliz y entusiasmada:

—¡Son los dos formidables! Este abrazo es la expresión de una camaradería sin las hipocresías que ustedes necesitan. Los dos conocen las realidades de la vida y las del amor mejor que usted, don Fernando.

Su padre soportó mal la ironía de Cristina. Se levantó, dio unos pasos en un ir y venir nervioso, y deteniéndose al lado del cura, la reprendió:

- —¡No saldrás de esta casa, mientras ese bandido continúe en libertad! Tú no seguirás siendo un juguete de ese individuo. Si te vuelves a escapar, te encierro definitivamente.
- —Bueno, bueno, señor Francisco, no sea tan exagerado —intervino el cura.
- —Siéntese, don Fernando —propuso la madre—. Alivie nuestra pena bebiendo una taza de café con nosotros.

El cura aceptó. Miró a Cristina con autoridad, y continuó:

—No creo que tenga el atrevimiento de presentarse después que se haya visto tan estúpidamente fotografiado en el periódico. Queda bien en claro la importancia que tú, Cristina, tienes para él. —Y miró sonriente a sus padres—. Además, la última vez le ha costado un mes de cárcel.

Cristina no pudo soportar los grandes deseos de reír. Los dejó plantados y se fue a encerrarse en su habitación. Estaba convencida de que su amado no iba a tardar en presentarse.

* * *

Alejandro estaba bien lejos, por el momento, de conocer que su nombre, junto al de Magali, levantaba en su pueblo el más grande de los barullos. Cuando su compañera le despertó, dormía como un madero. Eran ya las diez de la mañana. Esa cama, limpia y confortable, la primera después de casi un año de celdas, envolvió de tal manera su cuerpo, que a Magali le costó mucho trabajo hacerle regresar a la realidad. Cuando lo consiguió, él le ofreció la más cariñosa de sus sonrisas. Ella, disimulando su satisfacción, le propuso leer el diario.

—Muy posiblemente nos lo ha traído mi padre. Tiene costumbre de levantare muy temprano. —Y se sentó en la cama junto a él.

Alejandro, sentado y respaldado contra la cabecera de la cama, lo leyó veloz. Antes de terminar, exclamó: —¿No crees que tienen razón de decir que queremos hacer del anarquismo la poesía de una revolución?

Magali se acomodó, copiando la posición de su compañero, estiró las piernas en la cama, y contestó muy sentimental:

—Sí, querido; esta batalla de emancipación que hemos iniciado tenemos que hacerla internacional.

Que todo el mundo conozca, que el emanciparse de la sociedad, unido al principio de su condición humana y al de una razón independiente y libre, es ser anarquista.

—Perfectamente, querida. El anarquismo, más que una revolución de masas, es una filosofía de superación. Las masas en la revolución, sin emancipación y sujetas a la cultura burguesa, han ido siempre directas a los mataderos y a las dictaduras. Así, pues, contra los que no ven otra salida que esta revolución inmediata de masas, nosotros responderemos con dos frentes. El primero, el más urgente: unimos a los que acepten hacer de la democracia la superficie política definitiva para la revolución cultural de todas las ideas. El segundo: hacer de la revolución cultural anarquista la más clara expresión de la condición humana. El anarquismo no es un sistema sociológico de actualidad, no; en la degeneración social y moral en que se encuentran los pueblos, en el estado de animalidad que ha caído el hombre, el anarquismo es la filosofía social de una religión positivista, en la que su Dios es el humanismo, en la que la autoridad de gobierno, para la organización de la riqueza y de la justicia, es la razón colectiva. En definitiva, es la escuela, donde el hombre puede estudiar la manera de llegar a una verdadera sociabilidad de humanos.

Tú sabes bien, querida, y como tú muchos camaradas nuestros, que es sólo y únicamente en lo más profundo del humanismo, y en una permanente revolución cultural, que el anarquismo dejará de parecer un ensueño, encontrará su realidad, y la sociedad de hombres cultos y libres, sin Estado, sin ejércitos, sin fronteras, sin propiedad privada, sin dueños, esclavos y mitos, se levantará, por fin, en el corazón de los pueblos, como la más bella esperanza de la humanidad. La revolución por la superación del hombre es la vía más

directa a la anarquía, y la posición más racionalista para desenterrar a los anarquistas de sus errores, de la difamación y de la ignorancia.

Magali escuchó sin interrumpirlo. Creía en la personalidad intelectual y espiritual de Alejandro.

—Tengo el café preparado —cortó ella la discusión, al tiempo que saltaba de la cama.

Y el diálogo lo continuaron bebiendo unas tazas de café en el salón. Se pusieron de acuerdo en reunir el número más alto posible de jóvenes adeptos a sus finalidades, para encontrar la manera más directa de presentar los estatutos de la nueva organización "Los Amigos de la Emancipación". Alejandro iría a contactar con Cristina, y Magali se ocuparía de organizar la reunión.

Y un poco más tarde, ya en el garaje que ella aparcaba la motocicleta, Magali exclamó:

- —Esta noche, por primera vez, estaremos reunidos únicamente los que estamos de acuerdo en dar luz a nuestra revolución cultural.
- —Si consigues contactar a los de Santiago y a los de La Coruña sería formidable, y...

Magali le interrumpió para sugerir:

—No te preocupes. Mira, de momento, coge la motocicleta. Te hará más falta que a mí. Yo puedo ir andando y en los autobuses; pero sé prudente. Cristina te ha costado ir a la cárcel más de una vez.

Alejandro aceptó los consejos, muy sentimental. Cortó el diálogo, y se despidió con un beso prolongado.

Y la motocicleta de Magali volvió a ser, en La Coreda, el ruido de una alarma entre los vecinos. La mayoría, ganados por don Fernando y los principales caciques, no le saludaron. Pero no faltaron los que empezaban a comprender la nueva situación de España. Estos le recibieron con simpatía y le invadieron de preguntas.

Alejandro conoció que Cristina seguía en la misma situación. No supo, en el primer instante, qué camino tomar. Decidió ir a su casa. Allí, su padre fue un disparo de reproches. No quiso volver a enfrentarse con él. Miró a su madre con la tristeza que sentía en el corazón, y los dos no pudieron esconder el deseo de abrazarse. Ella había dado siempre más preferencia al amor de madre que a las opiniones de los demás. Desde la puerta le dijo a su madre:

—¡No te preocupes, mamá, tú serás cada día en mi corazón otro ideal!

Y marchó, mirando a su padre con piedad, y a su madre con la luz viva del amor.

Eran las dos de la tarde, y por su estómago sólo habían pasado las tazas de café que tomó en compañía de Magali. Pensó en el "Viejo. Decidió ir a cambiar impresiones con él.

Volvieron las explosiones de la motocicleta a movilizar a los curiosos. Pasó por delante de la iglesia, y al ver a don Fernando charlando con dos ancianas en la plaza, no pudo contenerse, y se detuvo a pocos metros de ellos. Las dos ancianas y el cura, que no esperaban tal visita, sintieron arder los pómulos de sus caras, apareciendo en sus ojos, sin que lo pudieran disimular, la ira.

—¡Muchas gracias por continuar difamándome! ¡Su cinismo es intolerable! — le reprendió Alejandro sin bajar de la motocicleta.

Don Fernando, se acercó a él. Este, no se movió, lo recibió sonriente.

—¡Vosotros creéis que lo tenéis todo permitido! ¡Sigue en los brazos de la mujer que exhibes en el periódico, pero no vuelvas más a la casa de Cristina!

Los nervios de Alejandro se crisparon. Vio, a través de las sotanas, el hombre que en todas las ocasiones se introduce en la vida privada de las familias. Le contestó: —¡La libertad y el amor, contra las estupideces de la tradición que usted defiende, terminarán por unirse! No sé las veces que aún me veré en la cárcel; pero no olvide esto: ¡Cristina y yo, somos, en este pueblo, la bandera de esta incontestable unión!

Y encendió las explosiones de la motocicleta, le miró desafiador, y arrancó.

Le siguió pareciendo que el atardecer era el momento más oportuno de contactar a su amada. Continuó el camino hacia la familia Giménez, a matar unas horas. Estos los recibieron con la nobleza, la sinceridad y el cariño que él hubiera querido encontrar en su hogar. Los dos ancianos se encentraban algo enfermos.

Sentados al calor de un fuego de leña lento, pero acogedor, Giménez se lamentó:

—Nuestra enfermedad, es la edad, querido. Qué quieres, Alejandro, los dos hemos cumplido ya los noventa años.

Su señora se levantó diciendo:

—¡Basta de lamentaciones! Tú, Alejandro, estás como un roble, y debes de tener un hambre de mil diablos. ¡Hala! Acércate a la mesa y te sirvo algo de comida.

Pocos minutos más tarde, Alejandro saciaba las voces de su estómago, ya alarmadoras, y vaciaba las principales preocupaciones que atormentaban su espíritu.

Comentaron la situación de Cristina. No pudieron encontrar una solución clara. Giménez le animó:

—Bueno, no pienses más. Cristina te ayudará a resolver la situación. ¡Es una muchacha formidable! Cuando habla, nadie diría que sólo tiene diecisiete años Háblame de Magali, de Rosalía, que junto a tantos otros, son una página extraordinaria de la juventud. Y, a propósito: Eduardo vino a verme ayer. Me habló de tus proyectos. Sí, me dejó bastante confuso. Dijo que defines él anarquismo como una religión positivista. ¿Qué diablos quieres decir con esto?

Alejandro alzó los ojos del plato con aire de sorpresa. Se sentía molesto, como si, en vez de resaltar una cualidad, le echara en cara un error.

—Pues sí —terminó por decir, al tiempo que volvía a sentarse alrededor del fuego, junto al anciano—. El anarquismo es, para mí, el culto que se tributa al humanismo. Devoción al amor, a la inteligencia, a la razón. La libertad, amplia y verdadera en la sociabilidad y en todos los terrenos personales del hombre, no será nunca una realidad sin la realización del hombre al alto nivel de humano. Dioses, religiones y políticas que han gobernado los pueblos se pueden contar a capazos, amigo Giménez. Pero, ¿en qué lugar de la historia social y moral ha gobernado la humanidad? Nuestra sociedad universal, sin fronteras, sin el Estado, representante de la explotación del hombre por el hombre, gobernada directamente por trabajadores cultos, responsables y emancipados, será la obra de este culto positivista, de esta devoción. Sólo los conquistadores del poder, se llamen como se llamen, tienen interés de continuar dando golpes de estado o de jugar a la revolución. El anarquista no puede seguir en semejantes juegos; pues no aspirando a ningún sistema estatal de la tradición, sino a una colectividad universal de hombres autodisciplinados en la inteligencia, en la razón y en el amor, su revolución, desconocida y solitaria, es la de desenterrar la condición humana; condición enterrada en nuestra vergonzosa civilización de odios, de guerras, de prostitución; civilización obra del conjunto de religiones y políticas que han sufrido los pueblos en el curso de la triste historia de la humanidad. Este más allá de la vida social y moral del hombre, está en la anarquía; ¿pero, cómo llegar, sin que un pueblo tenga devoción a la razón, a la inteligencia y al amor desnudos de su pasado en la condición de humanos? He ahí, amigo Giménez, por qué para mí el anarquismo es una religión positivista, la condición humana un dios, y la realización del hombre nuestra revolución.

Giménez que le escuchó atentamente, dio una fuerte palmada en un muslo de Alejandro, y exclamó muy refunfuñón:

—¿Es que este último mes de cárcel no habrá hecho de ti un soñador? Tus teorías me parecen poco realistas. Por un lado, tienes a Cristina presa, directamente de su padre, indirectamente de la Iglesia. Por otro, están los sindicatos, lugar positivo de defensa y de revolución. También las escuelas, en

fin, todos los aspectos de la lucha social que no se pueden resolver con la poesía.

Su esposa se había quedado silenciosa, pero en el leve frunce de las cejas se veía claramente que tampoco estaba de acuerdo. Alejandro levantó hasta ellos los ojos, y sin poder dominar su pasión, contestó:

—Es hora, queridos amigos, que aprendamos a presentar la batalla en el lugar que, en realidad, somos más fuertes, y en el que nadie podrá doblamos. Hoy en España, sólo a cuatro días de la muerte de Franco, hay más sindicatos y partidos políticos que obreros. En esta monumental confusión, son muchos los que nos están doblando. Por ejemplo, los comunistas, escondiendo la dictadura proletaria y disfrazándose con un comunismo democrático y libertario. ¡Sarcasmo más grande no existe! Los pueblos que sufren la dictadura de un solo partido: el comunista, son testigos de semejante descaro. También los demás partidos, sean fascistas o mal llamados demócratas, nos doblan en la acción directa, en la autogestión, en las colectividades: tres auténticas expresiones del anarcosindicalismo. La demagogia política, pomo puedes ver, amigo Giménez, se sirve de todo, y es hoy, una ciencia tan perfectamente montada, que son pocos los trabajadores que la resisten. Hablar de bellezas sociales está al alcance de no importa quien; pero, donde nadie puede doblamos, es en la filosofía social y moral del anarquismo; filosofía que se asienta en un amor idolátrico a los incontestables derechos y valores humanos. En esta revolución cultural seremos minoritarios en las multitudes, mas en ella encontraremos a los librepensadores, a los filósofos y a los poetas, que por encima del orgullo, la vanidad y los materialismos estén de acuerdo y dispuestos a sacrificar sus vidas por una sociedad libre sin clases y sin la necesidad de los dos principales autores de la triste y dolorosa historia de la humanidad: Estado y religión. ¡Ah! Seguirán dictándonos que esta sociedad universal, ejemplo de pueblos sin Estado, sin fronteras, sin dioses, dueños y esclavos, gobernada de abajo hacia arriba en el más riguroso respeto a los intereses colectivos, está muy lejos. De acuerdo, pero, ¿vivir ya en el presente el ejemplo de nuestra moral racionalista, y creer poder llegar, a través de la realización del hombre, a la realidad humana, no es hacer la revolución más natural a la poesía y a los derechos y finalidades que exige la verdadera imagen de un ser humano?

Giménez, que de principio se vio bastante desorientado, empezó a emocionarse. Por su mente pasaron infinidad de situaciones revolucionarias contrarias a la realidad del anarquismo. Se dijo, al tiempo que escuchaba a su hijo espiritual: una parte importante de la juventud vive ya la moral racionalista del anarquismo, sea en la unión libre del amor y de la sexualidad, en la familia o en la totalidad de sus relaciones con los demás. Sí, quizás tenga razón; la revolución cultural es la más violenta explosión del anarquismo. Y dejando tras sí la mala impresión recibida en los primeros instantes, el anciano puso la mirada en su esposa, que se mantenía silenciosa sentada junto a él en el banco, y exclamó:

—Siempre que discuto con él, querida, maldigo a la vejez. —Y miró a Alejandro, chisporroteando en sus ojos la aprobación—. Esta vez, querido amigo, me has despertado más juventud que nunca. Pero ya ves, sólo por un momento, pues en seguida pasa por mi mente ese feo espectáculo de la muerte.

Se levantó, y Alejandro pudo ver, cómo era verdad, que ese espíritu desbordado de vida y entusiasmo, se debatía en un cuerpo destrozado por el curso de la vida. Su señora, al verlo tan sonriente paseando de un lado a otro de la cocina, le dijo:

- —Es bien verdad, querido; siempre que discutes con él te sientes más joven.
- —Y se dirigió a Alejandro—: Bueno, ya está bien. Es hora que nos hables de lo que has venido a proponer a Cristina.

Alejandro, que también se había levantado y miraba a través de los cristales de la ventana los campos, se volvió, y mirándolos alternativamente, contestó:

- —Cristina me hace falta como el aire que respiro. Voy a intentar, por última vez, hacer valer esta incontestable verdad que no han querido nunca aceptar sus padres. Si persisten, a Cristina no la verán más.
- -Ella es menor replicó Giménez. Pasó a sentarse en su mecedora, y prosiguió-: Su padre, amparado por las imbecilidades que defienden, en

estos casos, a la autoridad paternal, hará que la policía se la devuelvan. ¡La buscarán por todos los rincones!

—Pero antes que la encuentren, haremos que la opinión pública conozca, que no la persiguen a ella, sino al amor y a la libertad. Esta es también una manera práctica de combatir a la tradición y a la tiranía de los prejuicios. Debemos ridiculizar, como se merece, a la cultura burguesa, con las realidades de la vida y con las de la razón, que tantas veces y en tantas situaciones, como en el caso de Cristina, están de nuestro lado.

El anciano, dando una palmada en los brazos de su mecedora, exclamó:

—Alejandro, has cambiado mucho. Contrariamente a mi primera impresión, creo que la cárcel ha sido tu mejor universidad.

El muchacho se sentó, miró a los dos ancianos con una clara expresión de ardor en los ojos, y contestó:

—Sí, la cárcel ha sido para mí muy positiva. En ella he conocido hombres de todas las calañas y de todas las tendencias; incluyendo a curas muy dignos de llamarse revolucionarios. Sobre esta particularidad hablaremos otro día; pues ahora, queridos amigos voy a ver cómo me reciben los padres de Cristina.

Giménez, en un esfuerzo espontáneo abandonó la mecedora y fue a ofrecerle un abrazo. Muy posiblemente la ilusión de sus ideas, retenida por la vejez, desbordó en su espíritu. Intercambiaron consejos y reproches de cariño. Este momento de entusiasmo espiritual, Alejandro lo conoció siempre que se despedían.

—¡Ven a vernos más a menudo! —exigió la anciana.

Desde la puerta, Alejandro les prometió no dejar pasar la ocasión de hacerles una visita.

El anciano salió, a pesar del dolor que sentía en las rodillas, dio unos pasos en el jardín, y gritó:

—i No te fíes de ese imbécil de Francisco!

Alejandro se volvió a mirarle desde la puerta del jardín, le hizo con dos dedos el signo de la victoria y desapareció. Fue en busca de su amada.

Encontró al señor Francisco trabajando en el campo de la propiedad, a pocos metros de la puerta. Este, al oír la motocicleta, se volvió impresionado. Reaccionó parecido a un animal que se cree acorralado. Alejandro no hizo caso y entró. Acarició a los perros, y vio en ellos más humanidad que en aquel hombre que avanzaba hacia él vomitando groseros insultos y amenazas. No se dejó intimidar, y al encontrarse los dos cara a cara, le dijo:

—Señor Francisco, haga uso de la razón. No vengo a provocar. Vengo otra vez a proponerle la felicidad de su hija y la mía.

Francisco mantuvo las amenazas. Le cogió de un brazo, le señaló la puerta, y le dijo:

-Marcha y no vuelvas más. ¡Eres un bandido, y tu plaza está en la cárcel!

Los gritos y el ladrar de los perros, asustados por los gestos que cada uno hacía para defenderse, alarmaron a los demás. Cristina, que estaba en su habitación, oyó los gritos, y corrió a los brazos de su amado, con una tal ligereza, que nadie pudo evitarlo. En ese momento llegó Eduardo, y se encaró con su padre y con el de Cristina. Alejandro aprovechó esa oportuna intervención, para decir a su amada:

—Ya ves, querida, todo continúa igual. A las buenas es imposible, totalmente imposible. Ten tus ropas recogidas. Mañana por la madrugada te vengo a buscar. ¡No te encontrará ni el mismo diablo!

Ella no contestó. Se abrazó a él en un beso interminable. El padre de Cristina, al verlos así abrazados, se escapó de las manos de Eduardo para ir a golpear a los dos jóvenes. No pudo, pues Alejandro, al verlo llegar, dejó a su amada. Desde la puerta, les dijo:

—¡Sólo en rincones de Galicia como éste se pueden encontrar ejemplares tan ridículos y cavernícolas!

Y montó en la motocicleta. Antes de que las ruedas dieran la primera vuelta, lanzó a su amada unos besos.

Marchó con el mismo sufrimiento que otras veces, pero los dos, separados por la cárcel y la imbecilidad, habían llegado a la conclusión, que España iba a dejar de ser muy pronto, una iglesia y un cuartel. En la carretera, su mente ardía. Las ideas se revolvían, Se agitaban, y eran en su corazón un volcán.

Dos días hacía que había salido de la cárcel. Recapituló sus impresiones: el encuentro con la Prensa en la puerta de la cárcel, las reuniones con sus camaradas sin el miedo a la policía como otras veces, la posición liberal y acogedora del padre de Magali, la libertad que se manifestaba en la radio y en la televisión, era para él, la parte positiva. La posición, del cura de su pueblo, la obediencia ciega de los vecinos, la miseria tradicional del hogar gallego, era la negativa. "Maldita sea la ignorancia; dichoso el día que el hombre descubra la verdadera imagen del hombre" se terminó diciendo.

Así, durante el recorrido de La Coreda a Lugo. Sólo el instinto le salvó, en algunas ocasiones, de caer en un accidente, pues su espíritu no cesó de recorrer la memoria y la imaginación.

Las primeras casas de Lugo despertaron su conciencia. Aceleró nervioso, para detenerse poco más lejos. Respiró hondo, y sonrió. Dejó de lado el amargo sabor encontrado en su pueblo, y se dedicó a buscar a Magali.

Las sombras de la noche empezaban a invadir la ciudad. Las calles parecían hormigueros, a pesar de una temperatura fría y un cielo amenazador. Recorrió todos los lugares que acostumbraban frecuentar. Fue por dos veces a casa de Magali en poco tiempo de intervalo. Después de una buena hora de exploración, ya cuando empezaba a desesperar, la vio, casualmente, en el momento de obedecer un semáforo. Se introdujo dos dedos en la boca, y emitió un fuerte silbido. El tamaño de sorpresa fue igual para los dos. Ella también se encontraba impaciente, e iba de un lado a otro buscándolo, y lamentándose de no haberse dado cita en un lugar concreto.

- —¡Veo que no te han matado! —bromeó ella, al tiempo que ocupaba el sillín atrás y se abrazaba a la cintura de Alejandro.
- —Todavía no, mas se han quedado con las ganas —contestó él, exigiendo a la motocicleta un arranque brutal.

Unos minutos después se oriento hacia un aparcamiento entre dos coches.

—Entremos a beber un café, sólo el tiempo de contarnos lo más importante — propuso Alejandro señalando el bar que tenían delante.

Se dirigieron a la barra, y ocuparon los dos únicos taburetes vacíos. Magali echó una mirada rápida a su alrededor. A su derecha hablaban dos hombres de tal manera que ensordecían. A la izquierda de Alejandro un tanto parecido.

- —¿Qué van a tomar?
- —Yo un cortado. Aunque prefiero que me lo sirvan en una mesa —respondió Magali interrogando a su compañero con la mirada.
- —Pues sí, estaremos más cómodos—terció Alejandro—. Un cortado para mí también y, a poder ser, hirviendo.

Ya sentados, aún resonaban en sus oídos las palabras de aquellos señores de la izquierda y de la derecha que hablaban de deportes los unos, y de negocios los otros, para que se enteraran en todo el establecimiento.

- —Qué poco me gustan estos locales —terminó por decir Magali mirando a su alrededor.
- —Es que verdaderamente, tascas como ésta, no sé si hubiéramos encontrado otra peor.

Los dos rieron. Magali le preguntó:

- —Bueno, bueno, cuéntame cómo te han recibido esta vez.
- —Calla, no me hables —contestó él, cruzándose de piernas y entreteniendo sus manos con un palillero—. ¡Ah! Si hubieras visto cómo se puso su padre. Se tiró a mí como una fiera.

- —Era de esperar. Además, siempre te han recibido a patadas. La hermana del cura es la peor de todos. Tiene al padre de Cristina debajo de sus pies. En fin, ya sabes lo que te queda por hacer.
- —Sí, facilitar a Cristina no poner más los pies en su casa. Sólo que, aún no tengo la más pequeña idea para arreglar mi propia situación económica. Si por lo menos encontrara un trabajo.

Magali que lo miraba muy sentimental, le cogió una de sus manos, y susurró:

—Permíteme que yo dé una solución a lo de tu trabajo, y a la residencia, donde Cristina podrá esconderse por el tiempo que haga falta.

Alejandro se arrimó a ella, le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí con viva ilusión, y exclamó:

Eres la misma expresión del amor.

Les sirvieron los cortados. Magali cruzó su mirada con la del camarero. Cada uno se acomodó lo mejor que pudo para saborear el café. Alejandro remachó:

—Sí, eres la auténtica expresión del amor.

Ella, con la taza en el aire y los carrillos ardiendo, le miró sonriente, y musitó muy ahogadamente:

- —Lo que yo hago, es lo mismo que harías tú; ¿no es verdad?
- —No lo sé—contestó él, mirándola con un destello de duda en los ojos—. Tú eres una mujer excepcional. Tendría que encontrarme en tu pellejo, Magali, para saber si yo sería tan bueno, tan profundamente bueno como eres tú conmigo.
- —¡Bah! No exageres. Nos queda aún mucho camino a correr y, quién sabe en las situaciones que nos vamos a encontrar.
- —Quizás tengas razón. Bueno, y eso de la reunión, ¿qué?
- —¿Cómo que qué? Pues a las diez de esta noche en casa de Pedro, el garajista. Mira, por cierto que me ha ofrecido darte trabajo en su garaje. ¿Qué te

parece, eh? Lo guardaba para sorprenderte más tarde, pero ya ves, contigo no me puedo callar nada.

- —¡Formidable, querida! Formidable, particularmente lo del trabajo. La verdad es que no había pensado en nuestro amigo Pedro. En cuanto a la reunión, estaba seguro, pues cuando tú te propones una cosa no hay quién te detenga. —Y miró su reloj de pulsera—. Son las ocho. El tiempo de dar una vuelta y comer unos bocadillos; ¿qué te parece?
- —¡Ah, no! Este mediodía le he dicho a mi padre que cenaríamos con él. Será un poco justo, porque él suele llegar bastante tarde, pero, de todas las maneras, será mejor que un bocadillo, ¿no crees?
- —En fin, tu idea ha de ser siempre más excelente que la mía. Tu padre me dio ayer una impresión colosal.
- —¡Camarero! —Y Magali acompañó su llamada con una palmada.
- —Déjame pagar a mí. Tengo íntegramente el dinero que me mandaste a la cárcel.
- —No tiene importancia. Nos hará tanta falta el tuyo como el mío.

Alejandro se levantó el primero. Magali pagó, y volvió a recibir la mirada maliciosa del camarero.

En la barra, continuaba el alboroto de voces chillonas. Había llovido, y la calle era un verdadero charco. Alejandro sacó su pañuelo, enjugó y puso la motocicleta en marcha. Magali ocupó el de atrás, se cogió a la cintura de su compañero y sintió un fuerte escalofrío.

Al llegar a la casa de Magali, los dos temblaban de frío. El viento soplaba del norte, y era cortante como los cuchillos.

- —El tiempo está más loco que los hombres —comentó Magali, ya subiendo las escaleras.
- —Sí, hoy es todo una locura —contestó un vecino al cruzarse con ellos.

—Cuánta razón tiene usted, señor —asintió Alejandro—. Cada día hay más gente excitada y loca.

Magali ponía la llave en la puerta, cuando exclamó al instante:

—¡Ah! Creo haber oído a mi padre. Nos ha ganado.

Y efectivamente. Lo encontraron en la cocina preparando la cena. Este al verlos, se manifestó entusiasmado:

—¡Formidable! Anda, hija, continúa este trabajito que creía que iba a tenerlo que terminar yo solo. Y usted Alejandro, ¿perfectamente bien?

El apretón de manos fue por ambas partes muy cordial y cariñoso.

- —¿Qué, cómo le han recibido en La Coreda?
- —Pues como siempre. ¡A patadas! Siguen sirviéndose de Cristina para combatir mis ideas. Pero, ya ve, España se les está escapando.

Los dos hombres pasaron al salón. Se sentaron juntos en un diván. Sánchez, opinó:

—Su situación, y, la de la niña, la veo bien difícil. No sé cómo se terminará.

Alejandro, se levantó para deshacerse de su guerrera, diciendo;

—¿Que cómo se terminará? Bien contrariamente a las situaciones que nos han impuesto mientras Franco ha estado en el poder. La libertad, el amor y la razón, quieran o no esos señores, van a imponer cada día con más precisión sus auténticos valores. España no puede seguir ofendiendo tan descaradamente a estas dignas expresiones del hombre. Cristina y yo somos el amor y la libertad: una bofetada a la tradición.

Apareció Magali, y les interrumpió con burla:

—Estirados estaríais más cómodos; ¿eh? ¡Hala, hala, ya está bien! ¿Queréis que os ponga la cena en la boca? Si empezáis a preparar la mesa seréis más modernos.

Se volvió a la cocina. Su padre se levantó diciendo:

- —i Esta niña es de armas tomar!
- —Tiene razón —contestó Alejandro—. ¡Ah! No sabe usted la niña que tiene en casa.

Y la sugerencia de Magali se convirtió en un divertido juego. El padre empezó a poner el mantel, las servilletas, los platos... Alejandro hizo el transporte de la cocina al comedor.

Unos minutos más tarde:

—En el frigorífico he puesto coca-colas, cervezas y vino —anunció el padre ya sentado en su plaza de costumbre.

Alejandro sirvió las bebidas mencionadas, y se sentó, después de solicitar su plaza. Magali apareció con una fuente de embutido variado. Se sentó enfrente de Alejandro y a la derecha de su padre. Les dijo, muy guasona:

- —Ganar el pan con el sudor de la frente es un deber de mujer y de hombre a partes iguales, ¿no os parece?
- —Ya le he dicho a tu compañero: ¡Eres de armas tomar! —repitió el padre con el vaso de aperitivo en el aire.
- —Y usted, señor, muy espiritualista y comprensivo —añadió Alejandro.
- No lo bastante para poder comprender ciertos comportamientos —replicó el padre con un destello de malicia en la mirada.
- —¡Bah! ¿A que estás pensando en la fotografía que has visto esta mañana en el periódico? —preguntó su hija riendo—. No perdiste un minuto para venir a dejarla en la mesa. ¿No es verdad?
- —¡Ah! La dichosa fotografía. Ese abrazo que su hija me ofrece está dejando muchas bocas secas, —comentó Alejandro en una expresión de broma.
- —Francamente, me choca la intimidad que ustedes viven —dijo con voz ronca el padre. Bebió un sorbo de vino y continuó—: ¡Bah! Digamos que son ustedes muy particulares.

—A tu manera, papá, también eres muy particular —y empezó a recoger unos platos. Desde la puerta de la cocina, gritó—: ¡De tal palo tal astilla!

Los dos hombres se miraron y rieron. El padre se encogió de hombros y volvió a llevar el vaso a sus labios. Alejandro optó por decir:

—Es justo que siga preguntándose por la razón que me une a su hija. Los dos respiramos una situación muy específica, pero, totalmente distanciada de la malicia que se encuentra por todos los rincones.

Les interrumpió Magali, al aparecer con una fuente de verdura, diciendo a su compañero:

—No lo convencerás, querido. Yo no sé ya cuántas veces lo he intentado. El darnos un beso en los labios o, si se tercia dormir juntos una noche, es también para mi padre inmoral y pecado: ¿no es verdad, papá? —Y sin dar tiempo a recibir una contestación, volvió a la cocina.

El padre alzó los ojos del plato, se puso el índice en la boca entreabierta, y ahogó bastante mal su perplejidad. Se encontró incapaz de articular una palabra.

—Sí, claro, es natural su reacción —arguyó Alejandro.

El padre terminó por decir:

- —¡Qué diablos! Natural o no natural, son maneras muy particulares de concebir la camaradería.
- —Señor Sánchez; convenga que la amistad y el amor cambia en todos los aspectos de las relaciones, según la emancipación o el embrutecimiento de cada individuo.

Magali regresó, esta vez, llevando una preciosa bandeja de plata con un pescado cocinado al horno. Añadió a las últimas palabras de su compañero cazadas al vuelo:

—Alejandro y yo, papá, no vivimos con los prejuicios que gobiernan en nuestra sociedad el amor y la amistad. —Y empezó a servir las porciones de pescado—. Esto nos permite vivir ampliamente libres con el corazón y el pensamiento

estas dos extraordinarias bellezas que la sociedad disfraza. El amor y la amistad desnudos en las relaciones humanas, serían una expresión más sincera y realista.

Magali se sentó. Alejandro, quizá para atenuar las últimas afirmaciones, puso su atención en el plato, y felicitó a su compañera por la exquisita cocina. Pero el padre, teniendo sus sentidos bien lejos de los platos, ponderó burlonamente:

—Muy bien, muy bien; ¿pero es que Cristina alcanza el nivel de unas relaciones tan filosóficamente amplias? Francamente, me gustaría oírla, porque... Las realidades se distancian siempre de las teorías.

Los dos jóvenes cruzaron las miradas y rieron. Alejandro, que se vio aludido, contestó:

—Cristina cuenta con dos cosas muy importantes. La primera: Sabe que la amo, que mi amor es sincero. Lo ha conocido cuando sólo tenía quince años y, nunca ha podido ver en mí el más pequeño desfallecimiento. La segunda: Ha hecho de mis ideas la escuela que le está permitiendo descubrir las realidades del amor, de la amistad y de la vida. Magali se lo puede confirmar. Han estado juntas muchos días durante este último mes que he estado detenido.

El padre remachó:

- —Me gustaría verlo por mis propios ojos. Sí, ver las facciones de su rostro en el momento que ustedes se besan — y llevó el vaso de vino a los labios, mirando con ironía a su hija.
- —Tendrá usted la ocasión de verlo —replicó Alejandro. Hizo una pausa, esperando, sin duda, la reacción del padre. Este, ya con la boca ocupada, negó con los ojos y mantuvo en su expresión la ironía. Alejandro prosiguió—: Nuestra moral anarquista, la racionalista, se impone cada día más ampliamente.

Una mayoría de la juventud del mundo, en particular la universitaria, la práctica, no como moral anarquista, sino como moral racionalista, que para mí viene a ser lo mismo, pues no es el hombre el que tiene importancia, sino la

manera de llegar a vivir con las realidades. —Magali asentía sonriente a la palabra de su compañero con ligeros movimientos de cabeza—. ¿Cuántos no son los jóvenes que viven ya la unión libre, que encuentran el casamiento ridículo y de pasado? ¿Cuántos también los que han dejado de ver en el sexo un pecado, tanto cuando se exhibe desnudo en las playas o libre en las prácticas del amor? El anarquismo, señor Sánchez, es la libertad del humanismo y de la razón unidas en la inteligencia del hombre, para todas sus relaciones sociales y morales. Una total transformación del hombre, y por consiguiente de la sociedad, que su hija y yo, junto a muchos jóvenes más, queremos dar a conocer a través de una revolución cultural.

El padre suspiró mirando a su hija. En seguida puso los ojos en Alejandro para comentar:

—Al fin, no creo que yo pueda cambiar la manera extravagante que ustedes tienen de definir el comportamiento —y siguió comiendo.

Magali, al ver que su padre adoptaba por manifestarse indiferente, le dijo:

—Papá, siempre has terminado por desinteresarte de la manera en que empleo las horas. Por un lado ha sido un acierto, pero por otro hubiera podido ser un grave error.

Alejandro la escuchaba atentamente, acariciándola con los ojos y entreteniendo sus manos con un trozo de pan. Magali, después de una corta pausa, prosiguió:

- —Sí, he vivido sola en mi vida, lo que sabes que siempre te lo he agradecido. Tú has vivido también muy libre la tuya. Nunca, hasta estos días, nos hemos explicado, ¿no es verdad?
- —¡Bah! No sé por qué siempre he tenido confianza en tu honradez. Quizá sea porque tu madre fue una santa —descargó el padre su conciencia con algo de ironía en los ojos.
- —Sí, muy posiblemente —asintió Magali con una chispa de malicia en la sonrisa. Y los dos jóvenes se cruzaron la mirada, para terminar los tres riendo. Ella prosiguió—: No obstante, papá, quiero que conozcas, que si mi honradez

ha sido en todas las situaciones infalible, lo debes a las ideas anarquistas, o sea, a la moral racionalista del anarquismo, que no me permite vivir la libertad fuera del humanismo y de la razón, mas sí, en oposición a las costumbres tradicionales de nuestra sociedad: vicios, degeneraciones, supersticiones, orgullos y esclavitudes.

Y Alejandro agregó:

- —Según nuestra moral, señor, todos los actos deben de ser libres, totalmente libres, mas, en estrecha relación con el humanismo y con la razón. Estos, son los factores que determinan y orientan, en todas las circunstancias, la libertad de un anarquista.
- —Entonces, veamos, en definitiva: ¿Cuál es el lado, según ustedes, más inmoral del hombre de nuestros días? —preguntó el padre con autoridad.
- —Pues muy a la ligera se lo podemos dar a conocer en pocas palabras contestó Alejandro—. Las inmoralidades son tan monumentales y numerosas...

Magali le interrumpió:

—Sin ir más lejos: Todos los actos del amor por intereses, incluyendo el casamiento de conveniencia, son a los ojos de la moral anarquista indecentes. Por ejemplo, papá, y perdóname la indiscreción, pues se presenta a las mil maravillas. Tus relaciones con Dolores. Ella no te quiere, sino por los vestidos y los caprichos que le pagas. Tú la compras, ella se vende; pero, ¿qué importancia tienen estos actos para una sociedad históricamente degenerada y corrompida, por lo menos, siempre que esta indecente manera de vivir vaya acompañada con la misa de los domingos y criticando públicamente, en guasa o en serio, el adulterio del vecino? ¿Tú ves, papá? Totalmente contrario a nuestro comportamiento, que nos besamos, satisfacemos las necesidades sexuales en todas las circunstancias que la naturaleza, la amistad y la simpatía lo exige. También nuestra moral nos aconseja ofrecer al sol y al aire la desnudez del cuerpo, sin escuchar las hipocresías, los prejuicios y las supersticiones de nuestra sociedad.

—¡Pero esto es más pronto una problemática reducida a cuatro jóvenes como ustedes desbordados de ensueños! —protestó el padre, tan espontáneamente, que espolvoreó saliva.

—Esto nos lo dijo ya ayer, señor; ¿no es verdad, Magali? —ésta asintió, y Alejandro prosiguió—: Nuestra problemática es la de infinidad de gallegos, de catalanes, de vascos, de madrileños... en fin, la del mundo entero de la juventud. Los jóvenes no quieren seguir arrodillados a unas costumbres milenarias. Por esta clara razón, hoy, se practica el amor en los alrededores de las universidades con una convicción más amplia que ayer se rezaba un rosario. La vida va cogiendo en el espíritu del joven su verdadera imagen. La mujer y el hombre de nuestra generación, sólo se sirve de la moral tradicional, en la mayoría de veces, por fuerza mayor, o, como tapadera, pues en la realidad obedece a la naturaleza, a la razón, y la poesía de sus espíritus: expresión de la moral racionalista que defendemos los anarquistas. Así, la Iglesia y el Estado, como instituciones tradicionales, se encuentran cada día más pronunciadamente en la decadencia, cada día más divorciados de la juventud.

—A mí, francamente, es esa dichosa palabra de anarquismo que no me suena bien —contestó el padre muy serio—. ¿Por qué no decir simplemente humanismo?

—Al humanismo hay que darle una definición social y moral clara, sin equívocos —arguyo Alejandro—. En la historia de los pueblos, el humanismo ha servido de bandera a todos los sistemas morales y sociales que han esclavizado al trabajador y ridiculizado al hombre.

—Perfectamente —corroboró Magali—. ¿Quién no conoce la imagen del humanismo cristiano durante las épocas de su entera dominación, sea en España o en los lugares de la América que descubrió? ¿O el humanismo de los ateos en sus dictaduras de hierro? Por lo contrario: ¿Quién, sino el anarquismo, defiende la filosofía de una humanidad sin fronteras, sin supersticiones, sin clases, dioses y dueños? ¿Quién, sino el anarquismo, tiene fe en el hombre como célula posible para una colectividad universal gobernada de abajo hacia arriba e inspirada por la razón y el amor?

—¿Soñadores? —prosiguió Alejandro—. ¿Pero no es más sano y positivo abofetear nuestro vergonzoso pasado desnudándose en la actualidad de todos los harapos con que nos viste la tradición, y soñar, y luchar por esa humanidad de mañana, ejemplo del más auténtico humanismo?

-Y en fin -insistió su hija-; el humanismo sí, papá, sí, pero no el de los pueblos que viven en la abundancia, ríen y se divierten en la inconsciencia, mientras una mitad de la humanidad se muere de hambre, llora y se debate en la más espantosa desesperación. ¿Sabes, querido papá, que suprimiendo el material de guerra, los ejércitos, los curas, en fin, todos los parásitos que son carne y uña del Estado, desaparecería el hambre y todas las miserias de la Tierra? ¡Que no me hablen de humanismo los que gobiernan, se llamen como se llamen, ni las religiones, recen como recen, sin aceptar la repartición de las riquezas entre todos los hombres por igual, en un equilibrio social y moral colectivo y totalmente humano! Hoy no, aún no, bien seguro. El hombre debe primero conocer sus errores, emanciparse, superarse: He ahí nuestra revolución cultural por el hombre de un mañana, que frente a la historia de su pasado, llore de vergüenza, no a los pies de ningún dios, sino a los de su conciencia. ¿Comprendes ahora, papá, el porqué del anarquismo, como definición del humanismo, se asienta en la razón con realidades sociales, morales y humanas que no pueden presentar las religiones y las políticas que han escrito la triste y vergonzosa historia social y moral del hombre?

- —Admitamos que sea así, ¿eh? Pero en la realidad, hoy, son ustedes muy pocos, muy pocos —volvió a repetir el padre.
- —¿Muy pocos? ¡No lo crea usted! —respondió Alejandro—. Cada día el número es mayor, pues la historia del progreso camina hacia la libertad que nos inspira la naturaleza, el amor y los valores humanos. Sí, querido señor; el hombre despierta y lava su espíritu de un pasado pobre y ridículo.

Y Magali añadió:

—Papá, la educación que recibimos en la escuela no es, ni por asombro, racionalista. Bien al contrario, la educación, cuando no está orientada por los prejuicios de una religión, es por los de una política. Pero, ya ves, contra este tradicional atropello, cada día hay más jóvenes marcando el paso de la

evolución hacia la libertad, hacia la emancipación. Y así, permanentemente contra los unos y contra los otros, se irán multiplicando las transformaciones sociales y morales, hasta el día que triunfe la parte humana del hombre. ¿Cuál es nuestro punto de vista político, y nuestra posición social y moral? Siempre que podamos vivir en democracia: ¡Viva la revolución cultural! Sólo si España hace marcha atrás, volveremos a aceptar las violencias.

El padre terminó por interesarse más pronunciadamente que el otro día, a esa manera de mirar al hombre de cantar el amor y concebir el mañana. Siempre había creído que el anarquista era en todas las situaciones un incontrolable violento. Terminaba de descubrir en su hija al anarquista, y en el anarquismo a la poesía. Así, el interés de llegar hasta lo más profundo del pensamiento que inspiraba a los dos jóvenes, le apasionó.

Las preguntas y las respuestas se sucedieron. Entretanto, el hecho de comer pasó muy inconscientemente. Magali automáticamente y sin perder una palabra hizo varios viajes a la cocina. El padre fue de los tres el que más provecho sacó de la cena. Últimamente comía los postres con tanta avidez que Magali le interceptó:

—¡Pero papá comes demasiado! Las grasas van a hacer de ti un balón.

Su padre, se inclinó hacia atrás bien pegado al respaldo de la silla, y dándose unas palmadas en la barriga, contestó riendo:

—¡Pronto tendrás un hermanito!

Y los ojos de Magali, abiertos a una irresistible risa, se clavaron en los de su compañero. Este disimuló diciendo:

—No importa quién se hubiera rendido a la calidad de tan exquisito pastel.

El teléfono les interrumpió. Magali se apresuró al salón. Volvió en seguida diciendo:

—¡Pero si son ya la diez, Alejandro. Nos ha telefoneado el garajista!

Alejandro miró apurado su reloj, y exclamó:

—¡Diablos! Con el prestigio que yo doy a la puntualidad.

Magali empezó a apilar los platos. Su padre preguntó:

- —¿Pero qué son estas prisas?
- —Mire usted, señor, durante las horas que yo es taba luchando en La Coreda contra los padres de Cristina, su hija ha organizado para esta noche, a las diez, en casa de Pedro, una importante reunión. Y ya ve, tan entusiasmados discutíamos con usted, que lo hemos olvidado.
- —¿Ha dicho usted Pedro, el garajista? ¡Pero si es más ruso que español! Anda, ésa sí que es buena. ¿La dictadura rusa ustedes también?

Magali terminó, en un relámpago, de recoger la mesa. Llegó con la guerrera de Alejandro y le contestó a su padre:

- —Tiene dos hijos anarquistas; ¿qué te parece, papá? Ya conocerás mañana la verdadera identidad social del hombre que te repara el coche.
- —Sí, mañana —añadió Alejandro ofreciéndole un apretón de manos para despedirse—. Perdónenos este fin de cena tan apresurado.
- No toques la cocina, papá —aconsejó, tirando del brazo de su compañero—.
 Mañana Alejandro volverá a estar ausente, y me sobrará tiempo.
- —¿Otra vez a La Coreda? —preguntó el padre andando detrás de ellos hacia la puerta.
- —Será la última, pues todo tiene su fin.

Otro apretón de manos, y unos besos que Magali dio a su padre, firmaron la despedida. Bajando la escalera, Alejandro murmuró:

- —¡Cuánto daría yo porque mi padre fuese como el tuyo!
- —Sí, son diferentes, pero no creas que es todo canela en rama. A decir verdad, mi padre es lo que se suele decir ¡Un viva la virgen! Cada mujer que frecuenta: ¡una temporada que no le veo el pelo! "Los negocios" me dice. Ahora hace ya bastante que resiste con esa tal Dolores que yo he mencionado cenando, y que él, ya has visto, ha esquivado con una sonrisa y un sorbo de vino. Es una

morenaza de treinta años, que según dicen quita el hipo, pero lo que yo creo que quita, es el dinero de los bolsillos.

—Por lo menos te deja en paz, y cuando estás con él, como esta noche, no te deja mal.

En este diálogo llegaron donde Magali aparcaba la motocicleta, un pequeño garaje del mismo inmueble. Alejandro esperó en la puerta. Cuando ella regresó, propuso:

—Esta vez, ¿me dejas que conduzca yo? No sé, pero me siento mejor delante.

Alejandro ocupó el sillín de atrás diciendo:

—En fin, eres como tu padre dice: ¡De armas tomar!

Magali soltó unas carcajadas, y arrancó. El la excitó a continuar riendo, cogiéndole por la cintura con toda la fuerza de sus manos. En un mismo instante, los dos chillaron con idéntica emoción.

El aire seguía igual de agresivo, las calles encharcadas, aún más resbaladizas, más solitarias, y las luces eléctricas menos abundantes.

Cruzaron la ciudad lentamente, manifestando el entusiasmo con bromas y exclamaciones de felicidad. Alejandro, aferrando a ella, no cesaba de hacerla reír. La lucha les encendía el ánimo, y era para ellos una de las principales razones de la existencia.

Ganaron las afueras. La larga y ancha entena de luz que lanzaba la motocicleta, no conseguía romper la niebla espesa, y los cinco kilómetros de carretera se les hicieron muy pesados.

La propiedad de Pedro, conocido por el "Garajista", se encontraba, junto a otras pocas más, en un despoblado. En tiempo despejado, ese trayecto era cuestión de unos minutos, mas en tales condiciones, para los dos jóvenes fue un viaje, frío y largo.

Pedro, impaciente y bastante molesto por la cantidad de jóvenes que habían acudido a su casa, al oír la motocicleta salió a recibirlos al jardín.

- —Aparcar este trasto donde podáis. ¡Eso parece la fiesta!
- —Tú siempre tan jovial —contestó Magali.
- —¿Pero tenéis una idea de la hora que vivís?

Alejandro miró su reloj y respondió:

—¡Nunca me ha llegado otra igual!

Magali terminó por arrinconar la motocicleta en un lugar cubierto, a pocos metros de la puerta. Pedro, invitándoles a entrar, gritó:

—¡Hala, hala, pasad! ¡Un día iremos todos a la cárcel! Mis hijos han olvidado demasiado a la dictadura.

Y una lluvia de sonrisas, entre algunas protestas, recibieron en el espacioso salón a los dos jóvenes. Alejandro se disculpó, y muy a la ligera contó la causa de su retraso. Los apretones de manos, los abrazos y las lamentaciones duraron una buena hora.

Verdaderamente la sala estaba abarrotada. El número de estudiantes era superior al que supuso Magali. Se presentaron los más conocidos de Compostela y de otros lugares importantes. Todos tenían interés de conocer y aclarar los rumores que corrían de la nueva posición de Alejandro.

Calmado el entusiasmo del primer largo momento, y ya todos sentados cara a una mesa de ocasión situada en un extremo y ocupada por Rosalía, Magali y Alejandro, se estableció el silencio para dar prioridad al pensamiento. Rosalía recordó:

- —Todos sabemos que contra Franco estuvimos bien unidos. Los estudiantes y los obreros en las calles, no dábamos importancia a la etiqueta ideológica. El objetivo era común: Combatir a la dictadura. Hoy, el dictador muerto y sus satélites acorralados por el mundo democrático, el horizonte social de España se abre al infinito. Por consiguiente, la revolución de las ideas pasa a ser superior, en todos los órdenes, a la de las armas.
- —He ahí dónde se divide la posición de unos anarquistas como Antonio de la nuestra —intervino Alejandro—. Ellos guieren continuar combatiendo el

Estado, sea el que sea, con las mismas armas que hemos combatido a la dictadura. "Todos son iguales". ¡Monumental error! Lo habéis constatado en este último mes que he estado en la cárcel. Nosotros queremos hacer, en una democracia, de la filosofía anarquista, el arma de una revolución cultural en la más pura expresión del humanismo.

—Es muy lamentable esta situación, pero presentar los estatutos de "Los Amigos de la Emancipación", se impone —corroboró Tino, el hijo del garajista—. El anarquismo se adapta más a la revolución cultural que a las luchas callejeras y que a las querellas políticas o reivindicatorias de unas pesetas. Para estas situaciones: dar un vistazo al nuevo panorama social de España. ¡Los hay a montones! Pero la luz humana sigue faltando en todos esos campos de batalla, y los fanatismos y los intereses son dos fuerzas mayoritarias. Nuestra situación revolucionaria es muy particular. Todos los aspirantes al poder, disfrazados de sindicalistas o con sotanas, tienen una carta fácil y una situación favorecida en este confuso movimiento de clases; ¿pero, y los jóvenes libertarios, que no solamente no hemos aceptado la dictadura franquista, sino tampoco el juego político ni el engaño de la religión? Solitarios en este barco a la deriva, llamado sociedad, no nos queda otro campo de batalla que el de nuestra cultura revolucionaria.

—Es al encontramos, así, solos y rebeldes, buscando la libertad y la mejor manera de emanciparnos, que hemos descubierto el anarquismo —contestó Alejandro.

—Sí —replicó Mercedes—, pero aún en el anarquismo, ya veis, nos encontramos contra los anarquistas que creen poder llegar, a través de la violencia, a una transformación radical de la sociedad, como por ejemplo nuestro amigo Antonio. Cuando les decimos, que sólo en una política democrática podríamos construir, sin necesidad de la violencia, nuestra revolución, nos contestan: todas las situaciones políticas son iguales.

Y Rosalía aclaró:

—Pues contrariamente a ellos, consideramos que la política democrática es la superficie auténtica de la revolución cultural, propia a preparar los trabajadores a concebir la sociedad, sin la necesidad del Estado tradicional. Sí,

en una sociedad democrática, libre la pluma y la palabra, el anarquista debe inspirar más el combate de su cultura revolucionaria: eficaz propulsión de la evolución, que el de las violencias contra el Estado. Estas, son propias a la lucha política, y totalmente negativas a la revolución constructiva y filosófica del anarquismo. El anarquista, en su cultura es invencible; en la revolución de masas: mirad el resultado en la historia de las revoluciones.

—Perfectamente —corroboró Alejandro—. Si queremos organizar una federación de agrupaciones culturales anarquistas, empezando por "Los Amigos de la Emancipación" en Lugo, es precisamente para marcar bien claramente nuestra posición contra la violencia. El ir sistemáticamente contra todas las políticas, es en la estrategia revolucionaria, un error. La política es en la mentalidad popular una realidad. Por consiguiente, en la actualidad, la democracia es una política de pasaje, incontestablemente necesaria para todos los conflictos, y aún más extraordinariamente necesaria para los que no tenemos otra ilusión que la superación del hombre al nivel de la verdadera imagen del hombre humano y racional. La sociedad humanista, en una colectividad internacional de esfuerzos al servicio de todos los hombres por igual: justicia económica del anarquismo; y emanciparse, hoy ya, de los prejuicios y de las supersticiones de la sociedad: la finalidad de nuestra moral racionalista nos exige ocupar un lugar muy específico y particular en la lucha contra el Estado tradicional.

—Muy específico, y muy diferente del que ocupan muchos anarquistas — agregó Magali—. Nuestra agrupación "Amigos de la Emancipación", debe de abrir la puerta a todos los demócratas, crean o no en Dios, que quieran sentarse en nuestra mesa como librepensadores. Nuestra revolución cultural será una tribuna libre, en la que el anarquismo encontrará su personalidad filosófica, y la democracia una inteligente manera de embellecer. ¿No es este sistema revolucionario el más directo a la superación que necesita una sociedad anarquista?

—¡No hay otra revolución, para un ideal tan profundamente humano como el nuestro! —exclamó Alejandro—. El anarquismo no es un sistema social de actualidad, sino una filosofía de superación, de emancipación. Mi punto de vista ya lo conocéis. Está dando mucho que hablar.

—¿Y quién de los que estamos aquí no está de acuerdo, Alejandro? —dijo un muchacho de veintiséis años—. Si conquistar el poder o levantar un mito ha sido siempre una conquista fácil, reconstruir la condición humana, desplazada por todos esos conquistadores del poder que cuenta la historia social, es una revolución tan amplia y tan solitaria, que no se puede, de ninguna manera, hacerse con las armas. ¡Es una gigantesca realización!

- —Yo no es que no esté de acuerdo con tu definición filosófica de presentar la revolución y el anarquismo, Alejandro —intervino Eva, hija del garajista—; pero, eso de religión positivista, me parece que suena mal.
- —Todas las filosofías suenan mal al principio. Tienen una parte difícil que se escapa —contestó Alejandro—. Pero repito, sigo en remachar, que el anarquismo no es una revolución de masas, sino la filosofía de una religión positivista, en la que la condición humana es su dios, y la realización del hombre al nivel de la razón y del humanismo, su revolución. La anarquía es el conjunto de realizaciones que un día definirá, para la convivencia de los hombres, el verdadero valor de la humanidad. Idolatrar la condición humana en todas las etapas de la emancipación, y abrir la mano a todo el que quiera embellecer la democracia, debe de ser la finalidad de nuestra agrupación.

Y Magali amplió:

—Agrupación que debe de ser una llamada a todos los que quieran venir a idolatrar el humanismo, combatiendo las obligaciones irracionales que hacen del hombre un tirano del hombre, y de la sociedad, una contradicción de la sociabilidad que corresponde al alto valor de su condición. Sólo la victoria del humanismo abrirá el espíritu del hombre a una moral racionalista y a una sociabilidad que viva, se desarrolle, se organice, produzca, distribuya y consuma, obedeciendo a las leyes naturales de la vida, a las conclusiones de la razón colectiva, y a los imperativos del amor: la anarquía.

Y en ese orden de palabras, de ilusiones y de entusiasmos, se sucedieron los acuerdos y nombraron las respectivas comisiones que debían dar luz en la legalidad a "Los Amigos de la Emancipación", agrupación, mas nuestro movimiento debe tener su fuerza de dar a sus ideas anarquistas, en la lucha social, una fuerza cultural en una imagen pacífica, filosófica y humanista.

Terminado lo más importante de la reunión, pasaron a los asuntos generales. Eran ya las dos de la mañana. Eva preguntó:

—¿Los puntos de nuestra reforma escolar, las manifestaciones, protestas colectivas y huelgas deben de continuar en nuestro programa revolucionario una vez ya en una democracia?

Magali contestó:

—Perfectamente. Todo ello son armas de emancipación, mas, nuestro movimiento debe tener su fuerza mayor en la reforma escolar y en todo lo que encontremos más directo a despertar y enriquecer el espíritu del trabajador: condición indispensable para hacer de él la personalidad social y moral que necesita nuestra filosofía anarquista. Hay que luchar por una escuela racionalista, independiente de la religión y del Estado. Desarrollar las facultades físicas, intelectuales y morales en los hospicios de la razón; de la experiencia, y no en los de la tradición: He ahí un excelente complemento de la instrucción que necesita el hombre para superarse.

Pedro, que no había despegado la boca, a decir verdad, porque se encontraba largamente depasado y profundamente perdido en esa manera de presentar las ideas, se animó a decir:

—Yo creo que son ustedes muy jóvenes para abrir un camino social y moral tan confuso, y...

Eva, su hija, una muchacha de diecisiete años, intelectualmente un privilegio y físicamente un conjunto de bellezas, le interrumpió:

—Papá, siempre nos has criticado y nunca has dado a tu crítica un fundamento valedero.

Y su hijo Tino, un muchacho de veinte años, también de una belleza intelectual y física remarcable, añadió:

—Y siempre te hemos dicho, papá, que debe de ser el comportamiento y no la edad, quien defina la importancia de la personalidad.

—Por ejemplo —aclaró Mercedes abriendo una carta—; la he recibido estos días. Es de una muchacha que estudiaba conmigo en Compostela y hoy sigue sus estudios en Madrid. Tiene dieciocho años, y entre otras cosas dice: «Querida, cuánta razón tuvo Alejandro el día que nos dijo: "La libertad no tiene otra moral más realista que la del humanismo y la de la razón unidos en la inteligencia". Y también: "La moral racionalista del anarquismo se popularizará un día." ¿Lo recuerdas? Hace ya dos años. Estábamos en un café. Pero mis padres, querida, siguen en Madrid como cuando vivíamos en Compostela: queriendo imponer a mi libertad las imbecilidades y los prejuicios de su religión y de sus tradiciones. Sin embargo, en Madrid es raro el universitario que obedece a la moral oficial. El amor lo vivimos independientes de la educación ridícula que nos dan, tanto en la sexualidad o en la manera que muchos ya tienen de practicar la unión libre. El casamiento, la virginidad y la maternidad, se escapan a pasos gigantescos de las concepciones milenarias y absurdas que nos imponen la religión y la sociedad. A muchos les digo: "Pero si esta moral que practicamos es anarquista". Se ríen, mas el diálogo continúa.»

Guardó la carta, y se dirigió a Pedro:

—¿Usted ve? Esa niña sólo tiene dieciocho años. Una edad que en nuestra generación hay que multiplicarla por tres. No vuelva a decir que somos demasiado, jóvenes diga más bien que hemos dejado de ser autómatas y esclavos antes que otros.

Alejandro recordó lo mencionado en la carta y a la muchacha que la escribió y la emoción encendió sus carrillos. Comentó:

—En la actualidad nuestra moral racionalista, sin uniformes tradicionales, coge proporciones importantes sin que se conozca el anarquismo; pero esto prueba lo estrecha relación que guarda nuestro ideal con la vida y con la razón. Giménez, de La Coreda, el "Viejo", ¿todos lo conocéis, no? Pues me dijo un día, que cuando él era joven, la unión libre o el desnudismo era poco menos que un crimen pero que los anarquistas vivían el amor sin el casamiento y tomaban el sol sin estar vestidos. Dos cosas tan propias a la razón, y sin embargo la educación oficial persiste a ponernos el casamiento en las narices y prohibir,

cuando estamos en la playa, tomar el sol en la parte que más se necesita. ¡Oh, el pecado de la carne! Es tan ridículo como arbitrario la explotación del hombre por el hombre que la misma tradición defiende.

Pedro se encontraba molesto delante de sus hijos, con los que discutía muy a menudo de estas cuestiones. Quiso poner en dificultad a Alejandro, el joven que era para ellos un ejemplo de emancipación, y le preguntó por la manera que él la comprendía:

—¿La emancipación tal como yo la concibo? —replicó Alejandro, para empezar definiendo—: Pues bien, la emancipación para mí, es una inteligente posición del individuo para responder a las necesidades de la libertad, sin ofender a los demás. Emanciparse no es sólo liberarse de trabas, tiranías y servidumbres, sino también de supersticiones, prejuicios y vicios. La emancipación, amigo Pedro, empieza en la autocrítica espiritual, para construir la responsabilidad, sin la que no es posible emanciparse ni ser libre en el terreno positivo y humano del hombre.

Pedro, que escuchaba cruzando su mirada con la de sus hijos, para salir de su desorientación, contestó:

- —De todas las maneras, yo no veo posible ningún principio de emancipación sin pasar por el comunismo.
- —¡No faltaría más! —replicó su hija—. El comunismo sí, papá, mas el totalitarismo no. ¿Pero cuándo los comunistas comprenderéis este grave error: que la dictadura del proletariado es una ofensa a la revolución, y que un puñado de hombres, llamado Estado, ha sido siempre una muralla contra la libertad? Pues en general, la historia del Estado es una montaña de guerras, atropellos, supersticiones y explotación, en la que el comunismo ruso ocupa una de las primeras plazas.

Y su otro hijo prosiguió:

—Mira, papá, convéncete de una vez, que las dictaduras, sean proletarias o disfrazadas de otros dulces, son el más grande atropello a la realidad humana. Y, sin ellas, hoy no tiene vida ningún comunismo. Sólo los militares pueden dar vida a una teoría social minoritaria. Construir la libertad no es la misión de un partido ni de una religión, de un solo hombre ni de un Dios, sino la de todos los hombres, en un intercambio de ideas, democráticamente organizados. La pluma y la palabra al servicio del pensamiento, libre, totalmente libre en un pueblo, construirá el hombre que no necesitará la autoridad del Estado.

—Vencer la triste situación moral, intelectual y económica en que se encuentran los pueblos, es más el problema de la solidaridad, de la comprensión y del entusiasmo de los auténticos idealistas, que de un partido solitario —opinó Magali, para agregar—: El hombre no está preparado para producir, consumir y vivir en igualdad de derechos y de deberes, independiente y libre. El recorrido es largo. Las etapas hacia esa colectividad sin Estado, sin dueños y esclavos, son las de la democracia; nunca un sólo partido, por muchas riquezas que vista en su propaganda, hará tal recorrido. La emancipación será la obra de todos, o si no, quedará en un sueño de poetas.

- Entonces, ¿por qué los anarquistas no presentan un gobierno democrático?
 preguntó Pedro con ironía.
- Y Rosalía replicó con el mismo aire irónico:
- —Pues por la razón de que nuestra finalidad no es defender el capital ni la de gobernar esclavos, sino la de aumentar el número de emancipados en un permanente contacto con los trabajadores y con los estudiantes. Esto no lo podríamos cumplir desde el Estado, sin que los militares nos barriesen. No, no creemos en la destrucción del Estado por el Estado. Creemos en una permanente revolución cultural.
- —Sí, amigo Pedro; democracia y revolución cultural —intervino Alejandro—. Y si estamos convencidísimos que por esta vía emancipadora se pueden destruir todos esos sistemas estatales, toda autoridad agresiva y despótica, es porque creemos en el hombre, porque tenemos fe en los incalculables valores de su condición humana, para producir sin cadenas y vivir independientes y libres en una igualdad de derechos y de deberes. Camaradas, el anarquismo no se detiene en un sistema patentado. Sus luchas van paralelas a la vida, y no tienen uniformes políticos, sociales o morales. Es una permanente revolución en la razón de las colectividades; y por consiguiente, es más la voz de la cultura

que la de las armas. Estamos convencidos de que la vida será un día, para el hombre, el espejo donde resplandecerá su razón, su inteligencia y sus sentimientos. En fin, el anarquismo, queridos, es la pura idolatría del humanismo, y su revolución no puede ser otra que la realización del hombre.

Alejandro fue aplaudido, pero Pedro, bastante sofocado, exclamó:

—Mirad, muchachos, sólo me habéis convencido de que sois unos románticos. ¡Al capital hay que pegarle fuerte, si queremos cambiar la sociedad!

Magali le contestó con dulzor:

—Sé que un día te convencerás, Pedro, de que los pueblos, en la actualidad, necesitan instruirse y trabajar en la obra de su emancipación, antes de hacer la revolución que tantas veces los ha llevado a una dictadura infernal. Como Alejandro nos ha dicho, sólo de democracia en democracia, y luchando e intercambiando las ideas, los hombres conquistarán su definitiva liberación. Sí, amigo Pedro. El contacto permanente y ampliamente libre entre los hombres para todos los problemas políticos, sociales y morales, es una necesidad incontestable para transformar y humanizar la sociedad. Las demagogias políticas y religiosas no tienen otro enemigo mayor que la revolución cultural. —Y se dirigió a los demás—: Pero es de suma importancia dejar de ser una fuerza de choque en los movimientos, y organizarnos en la lucha cultural del anarquismo.

Rosalía propuso organizar una reunión, a poder ser internacional. Sugirió que se ocupara Alejandro. Este, muy preocupado, contestó:

- —Lo acepto. Es mi mayor deseo. Todos lo sabéis. No obstante, mi primer trabajo estos días es el de liberar a Cristina de su situación. Todos conocéis el problema que los dos tenemos en La Coreda.
- —Te ayudaremos —respondió Rosalía—. Será una manera como otra de combatir la moral que nos oprime. Los caciques de esos pueblos, dioses en la dictadura, no deben continuar imponiendo sus leyes. Nuestra revolución cultural estará presente en todos esos lugares. Donde nos encontremos, seremos una bofetada contra la tradición y un ejemplo de emancipación.

- —Nuestro movimiento debe de abrir los ojos a una paternidad inconsciente añadió otro que no tenía más de diecisiete años—; una paternidad cargada de prejuicios y supersticiones, que impide a la juventud emanciparse, cuando sus espíritus, aun siendo menores, prueban saber respirar la vida y el amor, en unas razones sociológicas, espirituales y morales incontestables.
- —Perfectamente —intervino Tino—. La mayoría de los jóvenes son víctimas de las rutinas milenarias que viven sus familias. Cristina es un ejemplo.

Y Rosalía propuso:

—Que Cristina sea un golpe de la juventud al fanatismo de su padre, símbolo de tantos padres de familia, y también una bofetada al despotismo de don Fernando. Tengo una dirección hecha a su medida para que no la encuentren ni los diablos.

Todos se manifestaron con el mismo entusiasmo: Esconder y proteger a Cristina, y esperar la manera de hacer ceder a su padre.

- Marcho ahora mismo a buscarla. Magali sabe que la decisión estaba tomada.
 Pero después de oírte, Rosalía, mi entusiasmo se ha multiplicado.
- —¡Entonces, manos a la obra! —exclamó Rosalía—. La Coreda será nuestro objetivo inmediato.

Y Tino exigió:

- —Los que estamos nombrados para trabajar en los estatutos de la agrupación y en buscar local, mañana a las cinco de la tarde aquí en mi casa, ¿qué os parece?
- Y dieron por levantada la reunión. En pequeños corros continuaron comentando sus cosas, hasta que Pedro aconsejó guardar silencio, para decir:
- —Id saliendo en pequeños grupos. Si ponéis toda vuestra motorizada en marcha en el mismo instante, vais a hacer un ruido infernal.
- —Total cuatro casas en un desierto —comentó uno.

—Sí, pero con uno es suficiente para que un día nos dé un disgusto —contestó Tino.

Alejandro y Magali fueron los últimos en salir. Al despedirse, Pedro ofreció trabajo en su garaje a Alejandro.

—Sí, ya me lo había dicho Magali. No sabes cuánto te lo agradezco, Hablaremos de esto después que solucionemos Cristina y yo los problemas que tenemos en La Coreda.

Y otra vez juntos en la motocicleta, en el momento de ponerla en marcha, Magali le preguntó:

- —¿Qué impresión has sacado?
- —¡Pues que son todos formidables! Sé que no somos una mayoría, muy lejos de esto, pero sí un número de chavales que representamos una problemática de jaúpa!

Magali encendió el motor, al tiempo de decir:

—¡Y tanto que de aúpa! Bueno, de momento dirección de mi casa. Luego, tú sigues hasta La Coreda. ¿Porque supongo que no me vas a dejar aquí? —Y terminó con unas carcajadas.

El regreso lo hicieron veloces. Los caminos estaban más secos, él viento había amainado, y el cielo se veía despejado. Al llegar, en la misma puerta de su casa, ella le propuso:

- —¿Qué te parece si hacemos el viaje los dos en el coche de mi padre? Yo puedo esperaros en la carretera.
- —Eres brava como las tempestades, Magali. Pero no, déjame que liquide este asunto yo solo. Estaremos de regreso para comer en tu casa. —Y le ofreció un beso, que ella prolongó. Fue la despedida.

Como Alejandro le dijo, era brava como la tormenta. Luchaba contra su corazón cual la roca contra los vientos y el agua. Pero cada día sentía esos golpes más profundamente en el alma.

Entró en su casa con el pensamiento a mucha distancia. Distraída, cerró la puerta de un golpe fuerte, tropezó con una silla, y el ruido despertó a su padre. Este miró el reloj y la llamó. Eran las cuatro de la madrugada. Magali, desde la puerta de la habitación, le preguntó:

- —¿Te encuentras mal?
- —No, ¿pero tienes noción de la hora, querida? Llevas una vida demasiado agitada.
- —Todos los días no es igual. Sabes que muchas noches a las diez estoy en la cama.
- —¿Y Alejandro, ha marchado a esta hora a La Coreda?
- —Sí, llegará a eso de las Cinco. Le deseo que encuentre a los padres de Cristina más dormidos que yo te he encontrado a ti.
- —¡Ah, diablos! ¿Quién es capaz de comprenderos? En este asunto, Magali, yo creo que tú ocupas la peor plaza. ¿Le quieres mucho, no es verdad?

Magali se sentó junto a su padre en la cama, y muy sorprendida, contestó:

- —No confundas las dos cosas.
- —¿Qué dos cosas?
- —El amor y las ideas. Cuando estamos juntos, son siempre las ideas que tienen prioridad. Ama a Cristina locamente; en fin, como yo le amo a él. Pero ya ves, un hombre más comprensivo, generoso y valiente, no creo que exista.
- —En este asunto, yo no veo otra bondad más pura que la tuya.
- —No eres justo, papá.
- -En fin, bueno; ¿qué es lo que piensas hacer? ¿Trabajar o estudiar?
- —Trabajar.
- —¿Y Cristina?
- —Los dos residirán en Lugo unidos.

Su padre se sentó, se recostó en el respaldo de la cama, y exclamó sorprendido:

- —¡Esto es una locura! Va a intervenir la policía. ¿Crees tú que sus padres y don Fernando se van a quedar con los brazos cruzados? Aquí, con nosotros, ni lo pienses.
- —A él le has ofrecido hospitalidad, ¿no? —Pero de ella no quiero saber nada, ¿entendido?

Magali se levantó, besó a su padre en la frente, y susurró:

—De acuerdo, papá. Ahora, intentemos dormir.

Entró en su habitación, y se sintió triste. Un tumulto de sensaciones contrapuestas hervía sin cesar en su mente. Se desnudó lentamente, y se dejó caer como un tronco en la cama.

CAPÍTULO VII

Alejandro, en su carrera por llegar a La Coreda antes de que amaneciera, olvidó ciertas exigencias de la prudencia. La motocicleta llegó algunas veces al máximo de su velocidad. Sabía que la noche fue siempre una fiel compañera de las citas con su amada.

El campanar terminaba de cantar las cinco de la mañana, cuando estaba aparcando la motocicleta junto a un árbol para continuar el camino andando. No quiso romper el silencio, aún a esas horas máximamente pronunciado, y decidió atravesar el pueblo refugiado en tan apreciada soledad, sin originar el más insignificante ruido.

A pasos resueltos y rápidos venció el camino sin encontrar el más pequeño obstáculo. Saltó el cercado de la vasta propiedad de los Texeiro, donde, según él, los padres de Cristina defendían su esclavitud. Una vez más recibió el cariño de los perros que, como si comprendieran la situación, en vez de ladrar, sólo murmuraron. Se arrodilló para acariciarlos. Sus rodillas temblaron. Estaba nervioso, y también emocionado. Como siempre que obedecía a la voz de su conciencia.

Por entre la vegetación, y en compañía de los dos perros, alcanzó el lado de la vieja casa donde se encontraba la habitación de su amada. La ventana le era familiar. ¡La había visitado tantas veces! Cristina no tardó en aparecer. Estaba convencida de oírlo llegar, Sólo había dormido el tiempo de un cabezazo. Exclamó quedamente, con la respiración desfallecida por la emoción:

—La verdad, creía que no llegabas. La hora que es.

El, a la ayuda de las enredaderas, venció la pequeña altura que los separaba, y le susurró al oído:

-Nunca he faltado a mi palabra, ¿eh?

Y apenas sin romper el silencio, se abrazaron y se besaron hasta que cayeron rodando por la cama.

—¡Chis! No levantes la voz —susurró esta vez ella poniéndole una mano en los labios—. No quisiera marchar viendo las lágrimas de mi madre. Porque esta vez estamos bien dispuestos ¿no es verdad?

Y dio un salto para empezar a vestirse. Alejandro le ayudó a cerrar la cremallera de su ajustado pantalón a vestir un espeso jersey blanco de lana y un impermeable marrón. También a escoger las prendas más necesarias para llevárselas en un gran pañuelo.

Unos minutos más tarde, ya en la ventana para saltar, ella le dijo ahogando la voz:

—Espera un minuto, voy a coger algo de dinero. Nos hará falta, y al fin y al cabo también me pertenece.

El intentó retenerla, mas ella insistió. Se quitó los zapatos, y con las puntas de los pies fue a cumplir su deseo. En la cocina, y en un rincón conocido por ella, se hizo con unos billetes. La situación económica que ella imaginaba iban a encontrar le hacía miedo.

A volver a aparecer él le sacudió por un brazo invitándola a ir más de prisa. Ella le aconsejó calmarse, para proponerle en voz baja, casi conteniendo la respiración:

—¿Qué te parece dejar escrita una carta?

Alejandro asintió con una pronunciada sonrisa. En seguida ella escribió sobre una pequeña mesa de centro:

"Queridos: la hora que siempre habéis provocado tenía que llegar. Comportaos como padres y no como mis perseguidores. Sí, papá, no escuches más a los imbéciles que te rodean. Estoy dispuesta a pagar por mi libertad los sacrificios que me pida. ¡Déjame libre y no perderás a tu hija! Si por fin comprendes esta realidad volveré, y todos juntos, sin necesidad de curas y

patrones, trabajaremos para ser un hogar feliz. En estas letras os dejo mi cariño. El que siempre, a pesar del mal que me estáis haciendo, os profeso."

Cuando Alejandro terminó de leer la misiva, no pudo retener su emoción. La abrazó, poniendo en el calor de los besos la ilusión de verla como siempre la imaginó: Preparada para caminar juntos en la lucha y en el amor.

Alejandro saltó por la ventana. Detrás, ella. Los dos perros se adjuntaron a ellos. Cristina antes de abandonar la propiedad, les dijo, mientras los acariciaba: "Sois más cariñosos y humanos que vuestros dueños."

Andaron impacientes y temblorosos sin decirse nada. Sólo de cuando en cuando se miraban, reían y se besaban. Cogidos, unas veces de la mano y otras por la cintura, llegaron al árbol, contra el que Alejandro había dejado la motocicleta,

- —Es la de Magali, ¿no es verdad?
- —Sí; es una muchacha excelente. De diferente manera, la quiero tanto como a ti.
- —Lo sé, querido, lo sé; sólo que, a decir verdad, yo aún no he conocido las diferentes maneras que tu corazón tiene de amar.
- —En fin, Cristina, de momento partamos del principio que amar es, por sí sólo, algo formidable.

Y antes que contestara, la besó. En seguida, continuó:

—Ya verás, Cristina, como fuera del mundo ridículo de la tradición que hoy abandonas, la vida es más bella, y el amor, incalculablemente extraordinario.

Ella, acostumbrada a esas expresiones, volvió a besarlo, a enloquecer. ¿Para qué ir más lejos del calor que encontraba en sus besos y en sus apasionados brazos? Esta pregunta la repitió mientras, se estuvieron besando. Cuando él le dejó libres los labios, exclamó:

—¡Alejandro, hoy yo no sé otra cosa que te amo y que soy inmensamente feliz a tu lado!

El hizo roncar a la motocicleta de un violento golpe de pie. Le contestó, derramando por sus ojos la alegría:

—Entonces, ¡hala, sube! Cógete a mí con fuerza. ¡Es tu primer vuelo en la libertad!

Ella ocupó el sillín, y bien abrazada a la cintura de su amado, le dijo a gritos:

—La libertad; un mundo nuevo para mí! ¡Un mundo que miraré de honorar!

Alejandro giró la cabeza para contestar:

—¡Ah, si esos estúpidos te oyesen! Oirían las voces tan extraordinarias que son capaces de inspirar el amor y la libertad en el espíritu de una niña.

Y los neumáticos, en un arranque violento, crujieron, y sus espíritus, al respirar la velocidad y sentirse, así, libres y unidos, irrumpieron en un enloquecido entusiasmo.

La humedad fría de la noche se desprendía de los campos, y en el horizonte se levantaban los primeros destellos de la luz del día. Esta hora romántica de la naturaleza, y la felicidad que terminaban de conquistar, fue ocupando el lugar de las palabras y alimentando sus imaginaciones; hasta que, ya llegando a la ciudad de Lugo, Cristina, muy exaltada, preguntó:

—¡Pero si estamos llegando! ¿Y dónde crees que me voy a poder refugiar?

El sitio donde ella tuvo tan espontánea reacción era uno de los más bellos llanos que rodean a Lugo. Una pineda espléndida. Él disminuyó la velocidad, para gritar:

—¡En los lugares que nos exigirá la aventura!

Y se metió por el primer sendero que se presentó, para proponerle un reposo en la soledad. Entre los pinos, Cristina, al poner los pies en el suelo, dio varios saltos gritando:

- —¡Estoy helada! ¡El frío está llegando a mis huesos!
- —Entonces, ¡ven, vamos a hacer arder en la sangre el fuego de la juventud!

Y la invitó a correr por entre los pinos. Fue una carrera larga y violenta, que terminó por levantar en sus cuerpos dos llamas de un auténtico incendio.

—¡Uf! No puedo más —exclamó ella sentándose junio a un pino, sofocada y rendida.

El se tumbó panza arriba a su lado, y murmuró:

—Soy feliz, querida. Feliz como los gorriones. ¿Y tú?

Ella se arrimó a él, y se arrodilló para inclinar la cabeza hasta recibir el calor de su respiración. Le susurró riendo:

—¡Qué ocurrencia! Mira que preguntarme si soy feliz.

Y se dejó caer suspirando entre sus brazos. Unieron por completo las respiraciones en un diluvio de besos. Luego, ella volvió a sentarse junto al tronco del pino, y comentó quedamente:

- —Imagino mal la reacción de mi padre cuando termine de leer la carta.
- —¡Bah! Yo lo imagino bien —respondió él continuando tumbado y paseando la mirada por el espacio—. Irá corriendo con la carta en la mano al encuentro de don Fernando. Aunque éste, yo creo que ha comprendido ya que su reinado respira de peor en peor sin la dictadura.
- —Sí, algunos jóvenes del pueblo han manifestado por nosotros bastante simpatía. Ten, por ejemplo, los de casa Espiñeiro; y eso que el más joven no tiene los dieciséis años.
- —Es su hermano quien canta el gallo en la casa. Tiene los diecinueve pasados. También a la hija de Ferreira la veremos pronto con nosotros. Ella ha pasado de los veintiuno.
- —Pero mira que nuestro amigo Eduardo, ya con sus diecinueve abriles, da un paso hacia delante y dos atrás.
- —No lo creas, Cristina. Su situación es delicada. Hijo de la hermana del cura y heredero único de tantas propiedades, son dos barreras difíciles a saltar, no

sólo para él, sino para muchos. Tú verás que no me equivoco. Un día los mandará a todos al diablo.

Ella se estiró boca abajo paralela a él, inclinando la cabeza para dejarla descansar en su pecho, y le recordó:

- —En fin, todo está dando un cambiazo, pues la diferencia que hay del día en que tú y yo nos descubrimos a hoy, es de órdago. —Y Cristina bajó la voz.— ¿Recuerdas aquel día? Yo sólo contaba quince años.
- —¡Cómo que si lo recuerdo! Fue a partir de ese momento que no nos dejaron respirar tranquilos. ¡Anda, que con la fama que ya me daban y la soberbia que gastaban esos señores! No me extraña que viendo resurgir de tal manera la juventud acaben por morir tísicos.
- —¿Crees que en España hay muchos pueblos como el nuestro? O sea, ¿tan abandonados de la civilización?
- —Verdaderamente eres ingenua, querida. España ocupa una de las primeras plazas en el mundo, en cuanto a parásitos; es decir, a curas, a militares y caciques. Galicia podría ser, en esta triste representación, un ejemplo de pueblo explotado. Sí, querida, sí; infinidad de pueblos son como el nuestro. Si quieren agua, se la tienen que procurar en la montaña por sus propios medios. Si quieren caminos vecinales, igualmente. Y tantos y tantos atropellos de los que todos los días son víctimas los campesinos. Para constatar semejante vergüenza, tú sabes que no hay más que hacer el trayecto de Lugo a Fonsagrada; nuestra región, querida. ¡Hay aldeas que viven aún en la Edad Media! ¿Quién ha levantado la voz de la protesta durante cuarenta años de atropellos? Nadie, querida, nadie que no sean de los que hemos estado permanentemente en la cárcel.

Por la mente de Cristina iban pasando muchas de esas injusticias, que ella, hasta que no conoció a Alejandro, creyó eran consecuencias normales de la vida, castigos o gracias de Nuestro Señor.

Alejandro continuó hablando:

- —Aunque yo no tenía más de quince años, recuerdo que un día se presentó una vecina llorando a mi casa. "Estamos multados por haber trabajado el domingo", nos dijo. Mi madre comentó: "Sí, dicen que es un pecado". Y yo me pregunté: ¿Por qué no multarán a los que no han trabajado nunca?
- —A mí no se me hubiera ocurrido, ni ahora que tengo diecisiete años, una pregunta tan acertada.
- —Mi madre ha dicho siempre que hasta con la teta en la boca era un protestón.

Los dos soltaron unas carcajadas. Alejandro prosiguió:

—En la iglesia, don Fernando daba esos sermones domingueros que hablan de justicia y de misericordia. Yo los conocía por la boca de mi madre. Todos los domingos era la misma historia: ha dicho esto, lo otro y lo de más allá. Pues bien, mira, ese domingo no pude más. Terminaba de oír a unos campesinos que los Riveiro habían estado molestados, también por querer ir a recoger la hierba un domingo. Me dirigí a la iglesia, y no sé, quizá fui algo exagerado; pero obedecí a mi corazón. Puse verde al cura y a los que encontré arrodillados tan estúpidamente escuchándolo. Tenía sólo dieciséis años. A partir de ese momento, sentí la revolución en mis venas. Me encerraron bastantes días. Pero ese castigo me abrió la luz que me había de conducir a ser, en cuatro días, un hombre. Poco más tarde descubrí el anarquismo; ideal que después de muchas comparaciones, recortes y ampliaciones, es hoy mi filosofía y mi revolución.

Cristina suspiró profundamente, y exclamó:

- —¡Ah!, expresándote así, no me extraña que hayas sido en el pueblo el blanco de don Fernando.
- —¿Acaso crees que no han sido injustos conmigo?

Ella lo invadió de besos. Volvió a descansar la cabeza en el pecho de su amado, y terminó diciendo casi con susurro:

- —¿Cómo podría yo pensar semejante cosa, querido? Además, ¿no soy yo también una víctima de todos ellos? A propósito. Antes te he preguntado por el lugar que nos vamos a refugiar. No me has contestado.
- —Sí, querida, te he respondido que será el de la aventura. Es el refugio de todos los jóvenes que descubren la vida y el amor sin las hipocresías, sin la monumental mentira que vive la sociedad.

Cristina aprobó lentamente con la cabeza. El prosiguió:

—En fin, mira, estuvimos reunidos hasta las dos de esta mañana: he ahí el porqué a pocas llega la luz del día a tu casa antes que yo. —Y se desperezó con todas sus fuerzas—. Ya ves, aún no he cerrado un ojo. Pero lo principal, es que todos estuvieron de acuerdo en ayudarte y hacer de tu fuga un ejemplo de protesta contra la injusticia de prohibir a un joven, tenga la edad que tenga, romper con los prejuicios para emanciparse y ser libre, cuando presenta razones incontestables como las tuyas, y como las de tantos y tantos otros que por toda España son víctimas de morales religiosas y costumbres ridículas de la tradición. Tú sabes, querida, que no nos faltará la maño de un camarada. En la juventud se encuentran almas puras y extraordinarias.

Cristina sonrió satisfecha y feliz.

—En esta aventura, estate segura, Cristina, que don Fernando y los caciques que le rodean, van a encontrarse por primera vez en el ridículo que siempre han merecido.

Ella, de un salto rápido y gracioso se levantó, y respaldándose en el pino, exclamó:

- —¿Sabes que cada día estoy más convencida y decidida a enfrentar las estupideces que nos imponen la sociedad y la familia para vivir el amor y tantos otros aspectos de la vida?
- —¡Lo sé, querida, lo sé! Hoy terminas de darme una prueba. ¡Eres una ricura!

Chascó los dedos con fuerza, y también de un salto, aún más espectacular, se levantó para ir junto a ella. Esta lo recibió con los brazos abiertos. Pasearon abrazados el uno al otro por la cintura. El prosiguió:

- —El trabajo más urgente, después de dar una solución a nuestra situación, será el de legalizar "Los Amigos de la Emancipación". Será la llamada de un grupo de jóvenes a todos los librepensadores que acepten la necesidad de una revolución cultural por la obra magistral que será un día una sociedad humana, donde la libertad, la razón y el amor sean tres autoridades determinativas para la organización moral y social de una colectividad internacional de pueblos sin propiedad privada, sin mitos, sin dueños y esclavos.
- —Siempre has soñado en esa revolución, querido. La dictadura te ha cerrado todos los caminos. Yo no quisiera más que conquistar mi libertad para militar en tan apasionado combate.
- —Tu libertad puedes darla por conquistada. Y en cuanto a mi revolución, España ha dado ya el primer paso.

Ella sintió unos escalofríos. Le miró con una chispa de amor y otra de duda en los ojos, y le propuso:

—Tengo entera confianza en ti. ¿Qué te parece otra carrera? El frío vuelve a estar en mí.

El la atrajo hacia sí con una tremenda violencia, la besó, y aceptó la carrera. Se adentraron por la pineda en un divertido juego.

Entre tanto, el día había terminado de instalarse, y en el espacio, claro y despejado, el sol llameaba libremente.

Cuando más tarde volvieron a dejarse caer en el lugar más perfectamente alfombrado por la hierba, ella exclamó:

- —¡Ah, el tiempo saluda nuestra decisión! Después de tantos días de lluvia, hoy canta la primavera. ¿Coincidencia? ¿Pero cuántos días crees tú que yo podré respirar la libertad?
- —¡Los días que seas capaz de resistir el combate por tu completa emancipación! Cristina, quisiera que la libertad haga de ti un ideal, ejemplo filosófico contra la vida de ridículas tradiciones que rige nuestra sociedad.
- —¡Me escaparé las veces que haga falta!

—¡Nadie podrá destruir nuestro amor ni nuestro ideal! Sólo el no comprender, sea yo o tú, la libertad podrá separarnos.

Y unieron sus labios, dejando tras sí sus crueles preocupaciones, para respirar plenamente el amor.

Al despertar de ese pasajero sueño, ella, aún rebulléndose entre los brazos de Alejandro, susurró:

—Tus ideas y el amor que siento por ti, forman hoy en mi corazón un mismo cuerpo. Por consiguiente, no seré nunca un obstáculo para tus luchas ni para tu libertad.

El la cerró con fuerza entre las tenazas de sus brazos, y radiante de alegría exclamó:

—¡Ah, querida! Tu capacidad espiritual se despierta y embellece a pasos de gigante.

Ella, sin resistir a la lluvia de caricias, inmóvil y pensativa, continuó en el mismo tono de voz susurrante:

—He meditado mucho, mucho, Alejandro. Sobre todo en este último mes, mientras has estado en la cárcel y yo paseando horas y horas en mi habitación.

El no cesaba de interrumpirla con unos besos cada vez más pronunciados. Ella continuó en el mismo tono de voz:

- —Sé que no estoy tan preparada como tú, como Magali ni como tantos otros de nuestros amigos, para vivir el amor y la vida en una protesta permanente contra la sociedad, contra las exigencias, a veces torpes de mi corazón, y contra las de los prejuicios de la educación que he recibido; pero te repito: amo esta lucha y estoy decidida a caminar por la superficie de tu ideal.
- —¡Magnífico! ¡Me hace tan feliz ver el despertar de tu espíritu como el tenerte libre en mis brazos!

Y volvieron a entregarse al éxtasis del amor.

Más tarde, durante un buen momento, permanecieron mudos, dibujando con la imaginación, cada uno a su manera, los días de su mañana: Vivir el amor luchando por la emancipación de los demás; hacer de su hogar un ejemplo de liberación, y de sus vidas, la rebeldía que necesita una sociedad para desarrollar la revolución, sin olvidar el amor y la poesía, en vez de aceptar una existencia confortable y burguesa, de orgullos, hipocresías y tradiciones, símbolo de las relaciones humanas y enfermedad de infinidad de revolucionarios.

Siempre Alejandro le dijo que no viviría el amor a la luz de una ilusión de parásitos. El nido clásico de las leyendas de amor: Tranquilidad, muebles lujosos, automóvil, casita y jardín, era para él una ofensa a las tres cuartas partes de la humanidad que llora y sufre la injusticia de los más poderosos. Vivir de espaldas a tal sufrimiento, y cerrar los ojos a las supersticiones, miserias, ignorancia y estupideces que lo originan, era para él la cobardía más grande de un hombre.

- —Nuestros primeros pasos serán difíciles —interrumpió ella ese largo momento de meditación—. Mi familia, ayudada por la hermana de don Fernando, conseguirán separarnos.
- —¡No podrán, querida! —replicó él muy furioso—. España va a dejar de ser muy pronto una iglesia y un cuartel, y el amor y la emancipación, libres en la naturaleza espiritual de cada ser humano, no será más un delito. Esto es ya un hecho corriente y mayoritario en Europa.

Ella, liberándose de sus brazos, se levantó, para gritar dos pasos más lejos, muy desafiadora:

—¡Mi edad será una barrera difícil a saltar, pero la saltaremos!

Y emprendió una carrera. Alejandro corrió detrás.

Cuando la alcanzó, la aupó cerrándola hacia sí con una terrible violencia, hasta dar dos vueltas en su derredor, al tiempo que gritaba:

—¡Y de qué manera, querida! ¡Tus padres ni los míos no son ya una barrera difícil de saltar!

Ella se le volvió a escapar. Señaló hacia donde tenían la motocicleta, y exclamó:

- —¡Entonces, a continuar el vuelo!
- —¡Segundo aterrizaje en casa de Magali! —agregó él corriendo tras ella.

No apercibieron el pasar de las horas, y la mañana fue un relámpago. Eran las doce del mediodía cuando volvían a montar la motocicleta.

- —¿Has pensado en comer? —preguntó él riendo.
- —Qué ocurrencia. ¿Y tú?

Las carcajadas se confundieron con las explosiones de la motocicleta.

* * *

Mientras, en La Coreda, los padres de Cristina no cesaban de ir de una casa a otra comentando y lamentándose: "Se han llevado a nuestra hija".

¿Pero quién dice que no es ella la que se ha vuelto a marchar?", le contestaban los vecinos.

"¡No, esta vez no! Nos lo confiesa ella en una carta."

Sólo don Fernando estaba seguro de que Alejandro, ayudado por la nueva situación política y social que respiraba España, podía por fin cumplir sus amenazas. Les aconsejó esperar hasta el día siguiente. Y si verdaderamente no regresaba, denunciar su fuga a la policía.

—Es menor —repitió— y usted, señor Francisco, es dueño de corregirla como se merece, o si es necesario encerrarla por una buena temporada.

Nunca los padres de Cristina sintieron en el estómago un nudo tan pesado. Amaban a su hija, pero como Alejandro les dijo más de una vez: "Amar sin conocer el verdadero color de la libertad, es generalmente una tiranía".

Y esa tiranía, expresión pura del fanático, no pudo nunca con nuestros dos jóvenes, que veloces y dinámicos subían de dos en dos los peldaños de la escalera, residencia de Magali. Esta, sofocando los fuertes latidos de su corazón, exclamó entre los besos y los abrazos:

- —¡Por fin los tres reunidos! —y su dulce mirada se clavó en los ojos de Alejandro.
- —Veremos por cuánto tiempo —se lamentó Cristina.
- —Tú, siempre dándome coraje —reprochó él.
- —¡Hala, dejaos de niñerías! Acomodaos, y contadme vuestras novedades. Yo también tengo muchas. Esta vez, ya verás, Cristina; la lucha estará de nuestro lado.
- Y Magali, que había cogido por un brazo a Cristina, al llegar al salón, se sentaron juntas en un diván. Alejandro enfrente.
- —Pues bien, Cristina. Rosalía te espera —informó Magali—. Lo tiene todo arreglado para que no te encuentren, como ella dice, ni el diablo. Además, esta noche en casa del garajista volveremos a estar reunidos un buen número de camaradas
- —¿Qué, otra vez animada, o no? —preguntó Alejandro dando a la voz un aire de broma.

Y volvieron a entregarse al combate de las ideas. Las situaciones personales, Alejandro las dejaba muy a menudo en un terreno secundario. Así, de espaldas a sus propias preocupaciones, pasaron más de una hora en un profundo confrontamiento de opiniones, informaciones y comentarios. Por Alejandro hubiera pasado el día. Pero Magali se levantó y les preguntó:

- —¿Qué os parece si escucháramos al estómago? ¡El mío hace ya bastante que me mortifica!
- —¡Ah! ¿Pero tampoco has comido? —se extrañó Cristina.
- —He estado toda la mañana muy preocupada por vosotros.
- No deberías de preocuparte, querida; al fin y al cabo, esto nuestro es poco más que un juego —comentó Alejandro.
- —Sí, un juego que la última vez lo pagaste con un mes de cárcel, ¿no?
- —Para mí no ha sido nunca un juego —interrumpió Cristina algo enfadada.

Magali cortó la discusión. Les propuso pasar a la cocina:

—¡Hala, vamos a dar un bocado! Ya veo que tenéis muchas ganas de refunfuñar, ¿no es verdad?

Y sentados alrededor de una mesa pequeña continuaron la conversación cada instante más animados:

- —La situación de Cristina es mucho más seria que un juego, Alejandro, es la imagen de nuestra propia, rebeldía —comentó Magali.
- —Lo sé, lo sé. Yo digo que es un juego, así, de aquella manera; porque en la realidad el peso de la revolución está en otras situaciones más complicadas.
- —¡Ah, en esto sufres un error, querido! —replicó Cristina—. Pues los problemas que hemos presentado, directamente a mis padres, e indirectamente a la Iglesia, son bien claramente una chispa de tu propia revolución. Nada menos que les hemos planteado el amor sin uniformes tradicionales, el amor libre y una moral también libre y racionalista. Si no fuera así, ¿quién se hubiera opuesto a nuestro casamiento? Tú y yo, querido, somos en el pueblo dos miserables. Si se han ocupado de tal manera de nosotros, es por la importancia y el valor de las ideas que tú has presentado y que yo he sabido comprender y aceptar.

Y Magali agregó:

- —¿Cantar las ideas anarquistas en tu pueblo y vestir con ellas el amor de una niña te parece jugar? ¡Espera un poco, ya verás la contestación que vamos a recibir!
- —¿Pero queréis dar fin de una vez a esto? ¡Pues vaya la ocurrencia que he tenido! ¡Hala!, tienes toda la razón, Cristina. Me rindo. Esta vez he sido yo el niño; ¿de acuerdo?
- —A decir verdad, Cristina, le has dado una pequeña lección a tu maestro observó Magali mirándolos alternativamente con una gota de malicia en los ojos—. Pues tanto tú, Cristina, como él, habéis sido en La Coreda la más categórica protesta contra una moral tradicional, tan perfectamente montada para perpetuar los esclavos y los necios. Los pueblos de Galicia, sumisos a la religión y arrollados por la ignorancia, necesitan muchas protestas como la vuestra.

Alejandro aprobó con simpáticos movimientos de cabeza, pero intentó cambiar la conversación.

- —La fritura de pescado está deliciosa. Eres en la cocina una artista, Magali.
- -Y tú, cuando no te interesa una discusión, un excelente bromista, ¿eh?
- —¡Bah, tonterías! Hoy estáis las dos por mis huesos.

Unas carcajadas, y durante unos minutos, nada. Quedaron mudos, animando el movimiento de los cubiertos, mientras se cosquilleaban con la expresión de una sonrisa o la de una mirada.

Magali sirvió unos postres variados. Alejandro abrió otro momento de seriedad:

- —Es hora de que empecemos a trabajar. ¿Qué, Magali, por dónde empezamos?
- —Cristina y yo, en la motocicleta, vamos directas a casa de Rosalía. Nos esperan. Tú, a casa del garajista. Allí encontrarás a él, a sus hijos y algunos más, de Compostela. Pero antes, Alejandro, en la sala de baño encontrarás las

ropas que te hacen falta para vestirte después de una buena ducha. ¡Qué ya está bien! ¿No crees?

Alejandro no tuvo tiempo de articular una palabra. Cristina tampoco, pues Magali se levantó y exclamó:

—¡Anda, Alejandro ves! ¡Cámbiate de arriba abajo! Desde que has salido de la cárcel no has tenido ocasión. No me preguntes nada. ¡Termina, y tocamos el dos! ¿De acuerdo?

Alejandro se encogió de hombros y obedeció. Al quedarse solas, Cristina exclamó ahogadamente:

- -Eres digna de admirar, Magali...
- —¿Tú también? ¡Anda, ayúdame!

Y empezó a recoger y apilar los platos en el fregadero.

Dejaron correr unos minutos en silencio. Alguna sonrisa, y una que otra mirada de simpatía, y la cocina quedó como una patena.

- —Él verde y la caída de tu vestido me gusta mucho —observó Cristina al tiempo que secaba un jarro.
- —Es un regalo de mi padre. A mí me gusta más vestir en pantalones. Son más prácticos para conducir la motocicleta; pero no tan exageradamente ajustados como los tuyos.

Cristina se miró entre las piernas, y algo turbada se excusó:

- —A mí tampoco. Lo que pasa es que me he engordado demasiado.
- —A propósito, ven, vamos a mi alcoba. Te voy a dar una maletita, porque ¿mira que llevar la ropa en un pañuelo?

Cristina la siguió en silencio a través del corredor. En la puerta de la alcoba, Magali le recordó:

—¿Pero y tu fardo de ropa? Tráelo, lo has dejado en el salón.

Cuando Cristina regresó, Magali estaba terminando de vestirse un pantalón gris.

—¿Te gusta? Es el primer día que me lo pongo.

Cristina dejó sobre una silla el pañuelo de ropa, y opinó:

- —Sí, es más elegante que el mío. Exactamente como los que le gustan a Alejandro.
- —¡Bah! ¿Crees que él se para en estos detalles?
- —Supongo que no hablas en serio, Magali; pues tú lo conoces, de todas las maneras, mejor que yo.

A vuestra manera, los dos sois raros, muy raros; o bien yo soy más torpe que un adoquín. No termino de comprenderos.

Magali sacó una maleta del armario, y la depositó en su cama, diciendo:

—Mira si te arreglas. Es la más pequeña que tengo.

Cristina remachó:

—Sí, francamente, aún hay cosas que no comprendo.

Y empezó a deshacer el fardo de ropas para recogerlas en la maleta.

Magali, yendo de uno y otro lado de la alcoba, terminaba de vestirse. Tras una pausa, intentó hacer ver claro a su compañera:

—Comprender, lo tienes todo comprendido, Cristina. El no te esconde nada, te lo explica todo con paciencia y nobleza. Las veces que tú y yo hemos pasado el día juntas, también hemos desnudado nuestros sentimientos, no nos hemos escondido nada; ¿no es verdad? —Cristina asintió lentamente con la cabeza sin dejar de ordenar sus ropas en la maleta—. Entonces, querida, lo que te pasa es que no terminas de digerir el espiritualismo de Alejandro. Los problemas que nos origina el corazón, créeme, serán siempre los más difíciles para la razón; pero aun así, Cristina, para Alejandro como para mí, la razón seguirá siendo nuestro incontestable jefe, quiera o no quiera el capricho del amor, el de la fortuna e incluso el de la muerte.

—Sé que Tino te ama, Magali, pero sé también que se encuentra en idénticas condiciones que tú con Alejandro. O sea, tú sólo sientes por él la misma amistad y devoción que Alejandro siente por ti, ¿no es cierto?

Magali peinaba su negra y larga cabellera sentada en el tocador. Cristina había terminado por sentarse al lado de la maleta en el borde de la cama, y entretenía las manos, también, en arreglarse sus cabellos largos y dorados. Aquella, sin detener el peine, exclamó:

- —¡Ah, cómo la naturaleza es a veces caprichosa e injusta! ¿Tú ves cómo comprendes todo maravillosamente bien? Sí, Tino me ama apasionadamente, como yo a Alejandro. Mi amor por él es el mismo que el de Alejandro por mí: una amistad idealizada.
- -Entonces, ¿Tino debe sufrir, y tú también, no?
- —Todos, por una razón u otra, estamos condenados a sufrir en diferentes momentos de la vida. Tú, él, yo, aquél y el de más allá. Pero ya te he dicho, Cristina, lo principal es que en todas esas circunstancias del sufrimiento, y por encima de las lágrimas más amargas, estemos preparados ideológicamente para obedecer al humanismo y a la razón. ¿Difícil, no? Ya irás comprendiendo aún más ampliamente la filosofía anarquista que nos une en esta camaradería particular que vivimos. La camaradería, querida, en el estado puro de la nobleza y de la razón, libre y sin prejuicios, es la expresión más bella de las colectividades, y el refugio más acogedor contra los reveses de la vida.

Cristina suspiró profundamente, sacudiendo tan nerviosa la cabeza, que sus cabellos se desparramaron por la cara y espaldas. Magali, más serena, la miraba a través de la luna del tocador, reforzando ligeramente las cejas con lápiz.

En ese mismo instante se oyó la voz de Alejandro, que al salir del baño, le sorprendió no encontrarlas en la cocina:

—¿Pero dónde os habéis metido?

Ellas no contestaron, mas rieron intencionadamente a chillidos. Aunque Cristina continuó igual de nerviosa, y Magali, observándola en el espejo, siguió con los últimos retoques de su coquetería.

Alejandro, después de abrir y cerrar algunas puertas, dio con ellas y entró en la alcoba derramando su alegría. Magali no volvió la cabeza. A través del espejo pudo admirar la exclamación de sorpresa en los ojos de Cristina, y la satisfacción desbordada en los de Alejandro. Este vestía un traje de pana color marrón oscuro y un jersey de cuello alto de un marrón más claro, regalo sorpresa de Magali.

—¿Pero cómo habrás podido acertar unas medidas tan exactas a las mías? — exclamó él, dando los primeros pasos hacia ella—. ¡No podré nunca recompensar tu valentía! ¡Anda, no te hagas la distraída!

Magali se volvió, y le miró riendo. Sus ojos traslucían tan claramente la voz del corazón, que Alejandro no pudo impedir de rendirse a sus labios. Mientras que Cristina, aún sentada en el borde de la cama, contemplaba ese minuto de frenético entusiasmo, interrogándose por la frontera que podría separar la amistad, llamada por ellos, idealizada y filosófica, del gigantesco incendio del amor que ardía en sus entrañas.

Magali rompió, instintivamente, tal manifestación de agradecimiento, empujándolo, para ir junto a su compañera diciendo:

—¿Te das cuenta las espontaneidades que se paga?

Cristina reaccionó mejor que deseaba:

- —¿Que si me doy cuenta? ¡Pues no faltaría más! —y se levantó. Dio unos pasos hasta detenerse muy sonriente en un extremo de la sala, para exclamar—; Pero la verdad, Magali; ¿no crees que todo él es un punto de interrogación?
- —¡Bravo por tu espiritualidad, Cristina! —contestó Alejandro muy inspirado—. Mis queridas, todo ser humano es una interrogación. Sólo el tiempo escribe para el talento las respuestas. Entonces, ¿qué os parece, pues, si damos curso

al tiempo enriqueciendo el talento, y esperamos tranquilos la luz de la verdad o la fastidiosa noche de la mentira?

- —¡Tú naciste poeta! ¿No es cierto, Magali?
- —Bueno, bueno, ya está bien —cortó Magali—. ¿Nos ponemos de acuerdo en marchar o continuamos nuestro rosario? ¡Ah! pero entre tanto, Alejandro: ¿Estás seguro de no haber embozado la bañera?
- —¡Eres una chistosa simpática! —replicó él entre las carcajadas.

Unos minutos después Magali sorprende a Su compañera mirando con la boca entre abierta el traje de Alejandro recién comprado por ella. Aquél paseaba a lo largo de la habitación, y ellas, una sentada en la cama y la otra en un sillón.

- —¿Qué te parece, le cae perfectamente bien, no? —preguntó Magali—. Fue una idea de mi padre. Pues tú sabes, Alejandro. Esta madrugada, después que nos despedimos, tuve una conversación con él. Y a partir de las nueve, muy posiblemente mientras vosotros corríais por entre los pinos, yo corría por la ciudad comprando. ¿Qué os parece?
- —¿Y qué quieres que me parezca? Sólo que cuando lo vuelva a ver, lo más seguro esta noche, me voy a encontrar en su presencia avergonzado.
- —De todas las maneras esta idea no la hubiera tenido mi padre, ni dragándolo—replicó Cristina al tiempo que se levantaba para ocupar el tocador.
- —¿Tú ves, Cristina? ¡El hombre es siempre una interrogación! —remachó Alejandro.

Magali abrió la ventana espaciosa, situada enfrente del tocador, entre la cama y un precioso armario. El rumor de coches y el latido de una tarde primaveral invadió la habitación. Exclamó:

—¿Qué os parece el día que nos está haciendo? ¡Nos invita a correr!

Alejandro manifestó también el deseo de marchar, y se dirigió a la puerta. Sólo Cristina se mantenía muda retocándose el maquillaje. Magali cerró la ventana. A continuación aconsejó a su compañera, mirándola a través del espejo:

—¡Hala, no te retoques más! A ti no te hace falta. ¡Tu belleza no tiene competición, es única!

Cristina se dio media vuelta, rió, y sus hermosas pupilas relampaguearon antes de decir:

—¡Eres una exagerada! Y además, ya ves, un maquillaje más simple que el mío son cuatro veces nada. Bueno, Magali, estoy a tu disposición; pero te repito: ¡No vuelvas a ser exagerada!

El buen humor siguió en el curso de sus pasos. Así, al pasar por la sala de baño, Magali bromeó acerca de la manera que Alejandro había dejado por el suelo sus ropas. Luego el impermeable de Cristina prolongó la guasa: "Harás llover" "Vas a ofender al sol". Cristina lo recogió en la maleta.

Las últimas bromas las gastaron, ya ellas en la motocicleta a punto de partir:

- —¡En el autobús te arrugarán el traje! —exclamó Cristina—. ¡A esta hora van abarrotados!
- —¡Vosotras tened cuidado con vuestro perfil! ¡Magali cuando conduce es un relámpago!
- —¡Cita en casa del garajista! —le aconsejó Magali—. ¡No lo olvides por el camino! ¡Te encuentras muchas veces en el limbo!

Y hasta que no terminaron de cruzar la ciudad, el eco de las bromas se fue repitiendo en sus espíritus. En la carretera, Cristina gritó:

- —¡Alejandro tenía razón, corres demasiado!
- —¡El me ha ganado siempre! ¡Lo que le pasa es que ha tenido miedo a que te mate!
- —¡Otra vez igual de exagerada! —le reprendió Cristina, pegándose a ella de tal manera, que le hizo cosquillas. La motocicleta perdió, por un corto instante, el equilibrio, y las dos chillaron con el mismo miedo.
- —¡No seas animalota, que podíamos habernos matado! —gritó Magali.

Hasta que media hora más tarde alcanzaban la residencia de Rosalía, un coqueto chalet, situado a unos treinta quilómetros de Lugo, en una villa nueva.

Sorprendieron a Rosalía en compañía de su hermana Carine, de su madre y de Mercedes, ocupadas en pequeños trabajos del jardín.

- −¿Pero qué horas son éstas de llegar? —protestó Rosalía.
- —¡Desde la una del mediodía que os espero! —protestó también con la misma simpatía Mercedes, después de una lluvia de besos.
- —¿Sabéis a la hora que han llegado de La Coreda estos dos tórtolos de Cristina y Alejandro? ¡Pues ya el mediodía pasado! —se defendió Magali.
- —¿Entonces qué os ha pasado en La Coreda, Cristina? —preguntó Carine con burla.

Magali y Cristina se miraron y rieron. La madre acabó por intervenir:

—Bueno, ya está bien; dejaros de chirigotas. La situación de Cristina no creo que sea una cosa para tomarlo a risa. ¿Qué os parece si nos sentamos aquí mismo en el jardín? La temperatura es dulce. ¿Y tú, Carine, nos sirves lo que te parezca mejor?

Y sentadas alrededor de una mesa redonda y blanca, coqueto comedor de madera para el verano, Cristina y Magali conocieron que el padre de sus dos excelentes camaradas les negaban servirse de la casa.

—¡Ah, cómo es complicada vuestra situación! Eres muy joven, Cristina, para dejar plantados a tus padres —exclamó doña Inés.

Rosalía saltó como una fiera:

- —Mamá, ¿no vas a hacer marcha atrás? Sería la primera vez. Hasta nos has ayudado a preparar en la buhardilla un rincón confortable para los días que tengamos que esconder a Cristina.
- —Mamá, sabes que te necesitamos; ¡como tú has necesitado de nosotras! intervino Carine al llegar cargada con unas pastas y jugos de fruta—. Papá, de diferente manera, es peor que el de Cristina.

Y efectivamente, doña Inés había protegido siempre la libertad de sus dos hijas, y también la suya; pues su marido era autoritario, egoísta y mujeriego. Ora por los negocios, ora por quién sabe qué otras razones, llegaba todos los días a las tantas de la noche. Y a decir verdad, la armonía conyugal estaba bien lejos de ser perfecta. Esto originó que un día las hijas tuvieron que ser cómplices de la madre. A partir de tal accidente no hubo más secretos entre ellas.

Magali y Cristina escuchaban el coloquio familiar muy sorprendidas y perplejas. Cristina terminó por aclarar:

- —Señora, no quisiera ser origen de un disgusto entre ustedes.
- —¡Bah! No den importancia a este pequeño accidente —se defendió la madre—. Mis hijas han interpretado muy torpemente mi consejo. Yo no he censurado el hecho de que te den hospitalidad Cristina. Sólo he comentado que, francamente, a mí me parece que eres muy joven para dejar a tus padres plantados. La opinión de mi marido, soy la primera a considerarla injusta.
- —Gracias, mamá —se manifestó Carine agitando sus pestañas en signo de agradecimiento.
- —Sí, perdónanos, mamá —agregó Rosalía—. No sé cómo he podido dudar; idesde hace un tiempo estamos las tres tan estrechamente unidas!

Y Magali salió de su silencio radiante de alegría:

- —Sus hijas, en nuestras familia libertaria, son mis hermanas. No nos escondemos nada. Por consiguiente nos conocemos todos los pormenores de familia.
- —Perfectamente —intervino Mercedes—. Entre nosotras no hay secretos. Sepa que cuando Rosalía habla de usted, da la sensación que habla de una santa. Sabemos que ha sufrido usted mucho con su marido. Sin embargo, él tiene una reputación franquista tan pronunciada, que a su hija Rosalía le pareció ser un acierto servirse de tal circunstancia para esconder y proteger a Cristina. ¿Cómo van a dudar que una anarquista se refugia en la casa de un franquista?

- —¡Ah, esta dichosa palabra de anarquista! —exclamó la madre al tiempo que se excusaba con la mirada—¡Siempre me ha puesto la carne de gallina!
- —Por lo tanto, mamá, ¿cuántas veces no hemos conversado alrededor de esta cuestión? —preguntó Rosalía, para afirmar—: Siempre, en todas las situaciones que hemos discutido has aceptado los hechos y las aspiraciones del anarquismo.
- —La vida de Alejandro, señora, es un ejemplo de amor por la humanidad volvió a intervenir Mercedes después de un profundo suspiro—. La libertad de los demás es también la suya; ¿sino, qué falta le haría sacrificar los estudios, sufrir en la cárcel y vivir sin padre y madre como un perro perseguido?
- —Son estos hechos que cuentan, señora, y no las palabras, ¿no lo cree así? observó Magali, para aclarar—: La libertad, el amor y la razón no tienen uniforme religioso, ni obligaciones de tradición, ni fronteras o autoritarismos. Son tres expresiones, que unidas en la condición de humano, dan lugar a ser anarquista.

Y Mercedes remachó:

- —Si Alejandro, en vez de obedecer a estas tres humanas expresiones, se hubiera inclinado a la religión de don Fernando, a la explotación de los caciques, a la hipocresía y prejuicios de los vecinos, Cristina y él se casarían con aplausos, y hoy nadie hablaría de ellos. Pero ya ve, Alejandro daría su vida por la libertad, por el amor y por la razón.
- —Esto, particularmente en los pueblos de Galicia, es un crimen, del que sus hijas le han pedido ser cómplices —interrumpió Magali.
- —Perfectamente —intervino Cristina—. Si me he fugado, no particularmente de mi casa, sino de mi pueblo, es por defender la libertad, el amor, y en cuanto a la razón, ¿cómo va a estar ausente de tan legítimos derechos? Mi fuga, señora no es la de una niña que persigue un capricho de amor, sino que representa una amenaza al reinado de la moral religiosa, moral sectaria y ridícula que se estrella, cada día más claramente, contra la libertad, el amor y la razón del hombre que se emancipa.

—No es a Alejandro que combate don Fernando en La Coreda —volvió a intervenir Magali—, sino a la moral racionalista del anarquismo, que Cristina y Alejandro quieren pasear por el pueblo.

—Cosa que, quiera o no, tendrán que aceptarla —terció Rosalía—. Cristina y Alejandro se abrazarán entre los aplausos de la juventud en la plaza de La Coreda. Será un categórico no al casamiento, y un sí positivo a la unión libre, que ya infinidad de jóvenes practican. Un no a todas las prohibiciones: montañas de ridículos prejuicios que la sociedad impone al amor, a la libertad y a todos los demás aspectos de la vida.

La madre acabó por romper su meditación, en la que un montón de recuerdos se confundían a las ideas que escuchaba:

- —Confieso que vuestra causa es justa y noble, Cristina; pero Alejandro ha ido muchas veces a la cárcel, ya antes de vuestro amor, por violencias que yo creo no tienen nada que ver con la posición cultural que defendéis, ¿no es cierto?
- —No, no, señora —replicó Magali—. Alejandro ha ido siempre a la cárcel por el mismo ideal: la libertad. Con la sola diferencia que en la dictadura franquista tuvo que defenderla muchas veces a garrotazo limpio, y en la actualidad está intentando que le permitan luchar por la libertad sin rodeos, sin prohibiciones, para entrar en un terreno más digno y humano para todos. ¿Sabe usted, señora, lo que siempre le hemos oído decir, particularmente yo que he luchado más tiempo a su lado? Pues: "Si un día España puede respirar algo de democracia, los anarquistas debemos abandonar toda violencia. El anarquismo no ha sido nunca una fuerza positiva en la revolución de masas, sino un soldado más en ese río revuelto llamado revolución, donde el político más astuto se beneficia de la incapacidad popular, para cambiar el color del Estado, sin tocar en lo más mínimo a la tradición". Por consiguiente, señora, nuestra verdadera revolución está en la cultura, en el humanismo, pues nuestro objetivo revolucionario no es continuar en la tradición gubernamental sino el de conquistar la realización del hombre que ha de construir la sociabilidad natural a su condición humana.

[—]Y a esta sociabilidad, naturalmente, le llaman ustedes anarquista, ¿eh? — replicó la madre con ironía.

—Llámela usted como quiera, señora —prosiguió Magali—; pero convenga que hoy la sociabilidad en los cuatro puntos de la Tierra es una ofensa a los valores humanos; juna organización social de animales, que confirma la necesidad de nuestra revolución! Los atropellos más crueles y sanguinarios, en cuanto a sociología, han estado firmados por el Estado, sin distinción de color político, y por todas las religiones. Estos dos monstruos de la civilización han escrito, bajo la bandera de sus políticas, la historia vergonzosa de la humanidad. Nosotros somos la negación de este pasado, por consiguiente, del Estado en su estructura tradicional, y de la religión alienante. Nuestra sociedad, hacia la que Alejandro propone ir a través de la realización del hombre, y no a cañonazos, es un mundo nuevo, fundado en el renacimiento de la humanidad. Mientras el hombre no alcance este nivel de superación, la libertad no será una filosofía, sino un comercio de partido, una superstición de religión, y el anarquismo, entre tanto, según nuestro amigo Alejandro, una religión positivista: idolatría pura del humanismo.

—¡Bah! Un precioso mar de ensoñadoras ilusiones —terminó por exclamar la madre—; pero tú, Cristina, con franqueza, no es por las ideas de Alejandro que te fugas del pueblo, ¿eh?

—Nos enamoramos cuando yo sólo contaba quince años y él dieciocho —le aclaró Cristina muy conmovida—. En el pueblo, Alejandro era ya un escándalo por el combate que sostenía en las escuelas contra el franquismo y contra la moral oficial. Mis padres trabajaban y siguen trabajando para la hermana del cura, don Fernando. Este aconsejó a los míos prohibirme hablar con él. Yo era muy niña, no tenía ideas: ¡sólo un incendio en el corazón! Las ideas del hombre que amo con locura las fui comprendiendo a través de los atropellos de que cada día éramos víctimas los dos por parte de los patronos de mi padre: el cura y su hermana, que para combatir a un idealista no dudaron de asesinar mi corazón. Y con el tiempo, Alejandro hizo de nuestro amor un combate abierto contra la religión, contra los caciques del pueblo y contra la ignorancia y los prejuicios de los vecinos. Hoy, dos años más tarde, amo tanto a sus ideas como a él. Si me he inclinado al anarquismo, señora, es porque en dos años he llegado a comprender el valor de vivir la vida y el amor en la moral

racionalista, ¡libre, señora, libre, sin tradicionalismos, como tantas veces a usted misma se lo habrá pedido el corazón!

- —¡Una manera muy novelesca de ver las cosas! —exclamó la madre, para confesar su inquietud—: Cada instante estoy viendo tu fuga, Cristina, más comprometedora; pero en fin, acepto la situación. ¿Y Alejandro, dónde se ha metido?
- —Nos espera en casa del garajista —contestó su hija Rosalía—, el dueño del Garaje Central de...
- —¡Sí, sí, el padre de Tino y de Eva! ¿no? ¡Dos románticos más! —replicó la madre—: ¿Pero ese hombre rechoncho no es comunista?
- —Para nosotros sin importancia alguna —contestó Magali—. Las ideas son libres, y todas merecen el más amplio respeto, a condición que vivan para combatir y no sólo para engordar las barrigas.
- —Bueno, sea como sea, Rosalía, vuestro padre puede presentarse de un momento a otro —interrumpió la madre ya nerviosa y preocupada—. Cristina debería ocupar inmediatamente la buhardilla y, jesperaremos a ver por dónde sale el sol!
- —¿Por qué tendrás tanto miedo a papá? —censuró su hija Rosalía—. Al fin y al cabo tú tienes el mismo derecho que él a tomar responsabilidades.
- —¡Y dale que dale con la razón y con los derechos! —contestó la madre—. ¡La sociedad es tal como es y no como cada uno quiere!
- —En esto vuestra madre tiene razón, Rosalía —interrumpió Magali levantándose para proponer—: ¿Qué os parece si nos marchamos? Tú, Rosalía, regresarás con Cristina a la hora que hasta las hormigas duermen.
- —Exactamente —corroboró Rosalía—. Le puedes decir a papá que estamos en casa de la tía. Es el único lugar que no le preocupa.
- —Bien seguro, está siempre rezando —replicó su hermana Carine.
- —¡Sois unas desagradecidas! —advirtió la madre—. Vuestra tía ha sido siempre cómplice de las ausencias que repetís todos los días.

Rosalía le pidió perdón después de abrazarla y besarla. Su hermana Carine, aún más avergonzada, también se excusó y la besó.

- —Entonces, ¿cómo nos organizamos para ir todas? —cortó Magali—. Porque mi motocicleta tiene sólo dos plazas.
- —Sírvete de la dos caballos, Rosalía —aconsejó la madre—. Pero sé prudente, tu permiso no ha cumplido aún los dos meses.
- —¡Eres una ricura, mamá! —exclamó Carine volviéndola a besar.

Y en los ojos de la madre volvió a relampaguear la felicidad.

Unos consejos más por parte de la madre, unas risotadas de las muchachas, y unas en el coche y otras en la motocicleta, marcharon sin descansar de reír, de hablar y de gritar.

—Es una pena, ver tantos jóvenes sin dar importancia a la necesidad de organizarse para defender la libertad y emanciparse —continuó la conversación Mercedes.

Mientras que en la motocicleta, Cristina, bien pegada a Magali, también se lamentó:

- —¡Somos una minoría! Ya veremos cómo nos vamos a salir!
- —¡Los golpes más fuertes contra la explotación, son las minorías que los han dado! —gritó Magali.

Llegó primero la motocicleta. Unos minutos después el dos caballos. Magali las recibió diciendo:

- —Continuaremos con ellos la discusión. Deben de estar impacientes, pues mira que hemos cacareado, ¿eh?
- —¡Y siempre tan exagerada! —exclamó Cristina.

La sonoridad del timbre que Cristina hizo sonar, llegó a los oídos de Alejandro confundido a las chillonas risas. Era el que las esperaba más desesperado. Pedro, el garajista, les abrió, para exclamar:

- —¡Bueno! ¡Vaya manojo de golosinas!
- —¡Anda, que tú ya no podrías con una! —contestó Magali.

Y empezaron los abrazos, reproches y comentarios. Alejandro y Cristina, en un prolongado beso olvidaron la presencia de los demás.

- —¡Hala, hala, ya está bien! Deja algo para mañana —les interrumpió Carine sacudiendo por un brazo a Cristina.
- —¡El amor se come todos los días! —siguió la broma Alejandro, para preguntar ansioso—: ¿Qué, todo arreglado con tus padres, Rosalía?
- —Con mi madre. Pero no te alarmes, mi padre no se enterará, y con nosotras Cristina se hará invisible.
- —Ya me parecía a mí raro que vuestro padre estuviera de acuerdo esconder a Cristina —comentó Pedro—. Lo que no me explico cómo os arregláis para ser tan libres, Rosalía; pues mira que ideas más cerradas que las de vuestro padre no creo que existan.

Se presentó la esposa del garajista, doña Antonia, y les ofreció diferentes bebidas. Pasó una buena media hora hasta que se acomodaron por el salón en los sillones, diván y sillas.

Pedro, que no desperdiciaba nunca la ocasión de encender una controversia, exclamó:

- —¿Pero cuándo llegaréis a comprender que con tanta poesía no se ha hecho nunca una revolución contra el capital?
- —Bien, bien —contestó Alejandro—. Ya veo que quieres volver a la discusión de siempre. ¡Pues vamos a ella! ¿No os parece?
- —Sí, pero hoy el tiempo es oro —aclaró Rosalía.
- —Sólo unos minutos —aconsejó Tino—; porque mi padre es duro de pelar, ¿no es verdad papá?
- —¡Y vosotros, más duros que los adoquines! —replicó el padre.

- —No os excitéis —cortó Alejandro—. Mira amigo, Pedro; la revolución es una poesía; mas, sólo en el espíritu humano sin patria, sin fascismos y religiones aliantes, sin autoritarismos y propiedad privada. El ideal de una confederación de pueblos libres, sin dueños y esclavos, partiendo de las comunas para las más grandes responsabilidades y no de un puñado de hombres llamado Estado, es una poesía social.
- —¡Ah, la comuna, amigo Pedro! Tradicionalmente sin ninguna autoridad positiva. Sin embargo, la comuna en la sociología anarquista es el corazón de la organización social —intervino Magali—. Los hombres deben dejar de ser peleles y alcanzar una personalidad de hombres enteros: He ahí, amigo Pedro, nuestra revolución. Algo más que cambiar un Estado por otro más blanco, rojo o amarillo, ¿no te parece?
- —No inventáis nada —contestó Pedro—. El comunismo lucha bien abiertamente por ésa justicia social, sólo que en un terreno más realista que vosotros.
- —¿Dónde un partido comunista ha respetado el ideal moral y social de los demás cuando está en el poder? —preguntó Rosalía—. Dime un pueblo gobernado por el partido comunista que respire más democracia que nosotros hemos respirado con Franco. ¿Sabes los anarquistas que han muerto en Rusia asesinados, fusilados o en las cárceles? ¡Cien mil veces más que en España! El comunismo está en Asia, en África, en Cuba, en Rusia y en el montón de sus satélites; ¿pero dónde está la democracia que los comunistas exigen en España, en Francia, en Alemania, o en Inglaterra, América e Italia?
- —Conocer la libertad y la justicia, es la filosofía, la ciencia de todos los hombres, libres en un permanente combate cultural sin ídolos y violencias se manifestó Clotilde, estudiante de Compostela—. Y la democracia, queridos amigos, no es el camino de un partido, sino el de todos los idealistas reunidos hacia esos dos magníficos infinitos: libertad y justicia. Por consiguiente, ser en las etapas de la democracia un motor propulsor de la evolución, es una de las principales condiciones y disciplinas que debe de practicar el anarquismo. Ninguna ideología tiene el derecho de imponer su razón. Ni nosotros ni nadie; pero todas las tendencias tienen el indiscutible deber de aceptar el pluralismo.

Llegando a este punto social, la violencia pasa a ser una tiranía y el anarquismo una escuela racionalista. Si yo estoy aquí, es porque Alejandro marcó esta posición para el anarquismo y está clara responsabilidad de la democracia. Hoy en España sus teorías pueden ser muy pronto una realidad.

- —Perfectamente —intervino Alejandro—. Todos como tú, Clotilde, sabéis que, si contra Franco he aceptado las violencias, como apruebo las que se levanten contra no importa qué otra dictadura, nunca he dejado de proponer la poesía revolucionaria que el anarquismo debe de ser en una democracia.
- —Totalmente de acuerdo —corroboró Jesús, otro estudiante de Compostela-. Los que así pensamos, una minoría, siempre hemos estado opuestos a la posición dura de Antonio. Y contra todos ellos, yo sigo creyendo en que la emancipación será la obra del libre intercambio de ideas en el curso de una lucha social y moral sin violencias. En este terreno nuestra filosofía es invencible.

Y Magali agregó:

- —La vida social y moral no es propiedad de nadie más que de los valores humanos, libres e independientes en su propia revolución. ¡Democratizar socializar, humanizar: he ahí la revolución de los que no aspiramos al poder, sino a la realización del hombre al nivel de su razón y al de su humanismo, como solitario camino hacia la abolición de fronteras, racismos, clases y supersticiones! ¡El hombre, y nada más que el hombre, debe de ser la revolución anarquista! Revolución que hay que definirla bien claramente desde las agrupaciones "Los Amigos de la Emancipación".
- —Exactamente —volvió a intervenir Alejandro—. Los pueblos no están preparados para ir por su propia voluntad a un sistema determinado social. La ignorancia en este terreno es mayoritaria; Querer imponer por la fuerza, lo mismo contra la ignorancia, el comunismo, sea estatal o libertario, o bien un Rey, un Dios o una república, ha sido siempre un error, y sería hoy más que nunca un atropello de una minoría. ¿Quién puede exigir a un creyente que no cree, a un militarista que rompa el uniforme, a un tradicionalista que combata los viejos prejuicios? La sociedad la componemos todos, el que quiere arreglar este río revuelto sólo rezando frente a dos trozos de madera en cruz, o el que

no ve en el hombre la riqueza, la monumental riqueza que nosotros los anarquistas vemos para ser universalistas y altamente humanos en la libertad y en la justicia. La democracia es el espacio político que se adapta a todos, y en particular, a trabajar por la obra magistral que es el hombre, y la de una humanidad sin esclavos, emancipada y libre.

—¡Seguiréis siendo cuatro gatos! En el mundo sois un detalle insignificante! — se defendió Pedro.

Y Alejandro replicó:

- —En la revolución de masas, como tú dices, hemos sido cuatro gatos, pero en la revolución cultural que nosotros, los jóvenes anarquistas gallegos proponemos, el anarquismo será una realidad incontestable. Leer, dialogar, intercambiar las ideas y respirar todos los aspectos de la vida, libres en una democracia, es el camino más directo a la anarquía.
- —¡Despertad de una vez! ¡La democracia y el capitalismo son dos mundos opuestos! —continuó defendiéndose Pedro—. Los comunistas no aceptamos una democracia disfrazada, en la que el trabajador es la primera víctima.
- —¡No nos hagas reír! —saltó Magali con autoridad—. Mira, en esta interminable lucha por la libertad, ¿no crees, querido amigo, que una de las situaciones políticas más opuestas a la democracia, más inhumana, es la de los países comunistas, donde un solo partido y sindicato, entiéndelo bien, nadie más que un partido, el comunista, condena a la cárcel o a la muerte a quien se manifiesta contra él?
- —El partido comunista ruso —contestó Pedro— no hace otra cosa que defender su revolución, la de los trabajadores contra los que todos los días se venden al capitalismo internacional.
- —Un sistema muy ambiguo de justificar la manera de llenar las cárceles, los campos de concentración o los manicomios, ¿no os parece? —volvió a intervenir Alejandro—. Rusia y todos sus satélites no podrán nunca dar una razón humana para justificar tantos años de persecuciones y crímenes. Esto, no importa quién, puede constatarlo, si se lo permitieran. El pluralismo político y sindical, amigo Pedro, es una exigencia capital. Es en la coexistencia que un

pueblo irá descubriendo el arte de una verdadera convivencia democrática. El camino de la emancipación cruza las generaciones y es infinito. Siempre que un ídolo o partido ha querido hacerlo corto por la fuerza, se ha caído en una dictadura. En fin, queridos amigos, ¡que las tempestades del pensamiento encuentren el espacio libre! Es nuestro terreno revolucionario. Una democracia, en la que el Estado, descentralizado, se incline a una confederación de comunas, primer paso hacia la descalificación del Estado tradicional, será la obra del movimiento de ideas, mas, nunca como resultado de las armas. ¡Los trabajadores necesitan vencer en sus propios espíritus la sociedad que los tiraniza y embrutece, para concebir la revolución capaz de abrir las puertas a la libertad y a la justicia! Descentralizar el Estado hasta reducirlo a no ser más que la auténtica voluntad de las comunas, es la concepción, querido amigo Pedro, que nosotros, jóvenes anarquistas gallegos, tenemos de la democracia. La democracia, sin rodeos y totalmente libre, es la principal expresión social del anarquismo.

—Comentar o combatir las ideas en la calle sin ir a la cárcel, amigo Pedro, es ya un buen paso hacia esa democracia —añadió Magali—. La fuerza del anarquismo está en la libertad de expresión. La palabra y la pluma son de un valor incalculable para los anarquistas, pues no tenemos otro objetivo revolucionario que el de la superación del hombre, como base de la libertad y de la justicia que exige una sociedad sin mitos y esclavos. ¿Una monarquía a la inglesa, una República a la francesa o a la italiana? Para nosotros, que no aspiramos a conquistar el poder, nos tiene sin cuidado. No exigimos otra situación, que la de poder respirar el aire de la libertad que oxigena el pulmón social de ciertos países europeos, suficiente para organizar la revolución cultural que ha de levantar la filosofía anarquista a la cumbre de su propio humanismo. Nuestra revolución está en el pensamiento. Los que crean lo contrario perderán el tiempo y sus vidas. El anarquismo es una obra social y moral desconocida o, mal interpretada. Desenterrarla de la ignorancia, es abrir el camino a su auténtica revolución.

Pedro se fue defendiendo molesto, y cada instante con mayor dificultad. Sus intervenciones, cortas y desatinadas, obligó a su hijo, Tino, a intervenir para cambiar la discusión:

- —Todo esto está bien para confirmarnos, para profundizar en nuestras aspiraciones, pero en la que se refiere a mi padre, hay que dejarlo en las manos del tiempo.
- —Además, hemos empezado esta discusión sólo por unos minutos y, ya veis, llevamos más de dos horas —intervino Rosalía.
- —Sí, yo creo que ya está bien —agregó Cristina, saliendo de su silencio.
- —Entonces, manos a la obra —aconsejó Magali, para seguir comentando—: A la sociedad hay que combatirla en todos los aspectos, pues no tiene ni el más insignificante detalle de humanidad. Tú, Cristina, debes de ser en La Coreda un cañonazo de nuestra moral racionalista.
- —Lo ha sido ya muchas veces —contestó Alejandro—. Pero si esta vez ganamos la partida, nuestra moral racionalista se paseará por muchos ipueblos más.

Y en un orden ejemplar de palabras terminaron de dibujar el combate a seguir contra el despotismo de una moral que la juventud rehúsa cada día con más autoridad.

Cristina escribiría a sus padres cada dos o tres días una carta, que el papá de Magali haría poner, unas veces, en el correo de Madrid, otras, en el de Barcelona. Alejandro empezaría a trabajar en el garaje de Pedro, y Rosalía y su hermana se ocuparían de hacer invisible a Cristina.

Puestos así de acuerdo, el entusiasmo desbordaba en los cariñosos besos y abrazos de la despedida. Cristina, ya en la puerta, retrocedió sobre sus pasos para repetir a su amado:

- —Siento el amor por ti, aún más locamente que nunca. No me olvides, Alejandro. Estos días, encerrada en la buhardilla, van a ser para mí el más cruel de los infiernos.
- —Sé fuerte. No pierdas las horas; lee, estudia. Es todo lo que pide mi amor al tuyo. Sabes que te amo, mas también sabes, que vivir sólo para nuestro amor, sería de necios.

Y se besaron, y esos besos hubieran sido interminables, a no ser que Rosalía, cogiendo a Cristina por un brazo, se la llevó a empujones.

Cuando Magali entraba en su casa con Alejandro, una viva confusión de sensaciones se agitaba en sus celebros. No articularon una palabra para respetar el sueño del padre de Magali. En el más profundo de los silencios, satisficieran, en la cocina, sus hambrientos estómagos. Pero al dirigirse cada uno a su habitación, ella no pudo resistir la tentación de confesarle:

- —¡Si supieras, Alejandro, cómo te idolatro!
- —¡Chis!, vas a despertar a tu padre. Tú también eres para mí, Magali, un ideal
- -musitó él después de suspirar.

Y como tantas otras veces, eran ya las primeras horas de la madrugada, cuando las tinieblas del sueño invadían sus mentes.

CAPÍTULO VIII

La fuga de Cristina recorrió pronto los alrededores de La Coreda. En los comentarios, propios a la rutina de nuestra época, el hecho se veía banal, irrisorio para unos, chistoso para otros. Pero entre los responsables de mantener y perpetuar la tradición, la circunstancia se consideraba como un desafío a las buenas costumbres.

Alejandro era muy conocido. Su nombre fue siempre una interrogación revolucionaria. Infinidad de veces en su pueblo y por todos los alrededores, no había cesado de repetir: "Un día haremos comprender, que el amor, cuando gana el corazón de la juventud, exige la libertad y despierta la rebeldía contra los que persisten en mantener la vida del hombre en una permanente contradicción con la poesía y con la libertad que la naturaleza canta a través de sus propias leyes. Si el trabajador, particularmente el del campo, a causa de la ignorancia organizada a tal propósito, vive y obedece aún en la actualidad, como verdaderos rebaños, es porque en los cuarenta años de dictadura nadie le ha podido dar a conocer la luz de otra moral más racional y humana que la destinada, ya desde hace infinidad de siglos, a formar ridículas comparsas de la religión y del capital."

La posición de Alejandro, llevándose a Cristina en nombre del amor y de tales ideas, respondía perfectamente bien a la concepción que siempre manifestó de la revolución, y era una amenaza contra la moral que él, acusaba cada día con más autoridad, de ser responsable de la imbecilidad que dé nacimiento al esclavo resignado y contento. Sí, él veía la revolución, liberando los espíritus de la inteligente carga impuesta por las religiones y las castas privilegiadas, que han hecho del hombre este perfecto autómata que vemos, más particularmente, entre los trabajadores del campo.

No iba equivocado en hacer del amor la bandera de su revolución cultural, pues los jerarcas de su pueblo reaccionaron como fieras. Valiéndose de los

padres de Cristina para disfrazar sus verdaderos objetivos, organizaron con la policía la persecución de Cristina y de Alejandro.

Y dos días más tarde se llevaban a Alejandro del Garaje Central, vestido de azul y con las manos sucias de grasa. Eran las nueve de la mañana.

- —¡Ni en mi nueva vida de trabajo puedo respirar tranquilo! —protestó él muy altivo.
- —Sólo queremos saber dónde has escondido a Cristina. Es menor y sus padres la reclamaban. Esta vez tus actividades políticas no nos interesan.
- —Muy astutos, ¿no les parece? —replicó Alejandro, ya rodeado por sus compañeros de trabajo—. Pero en fin, yo no les puedo decir de Cristina otra cosa, sino, ¡que se ha fugado de su pueblo en busca de la libertad, que por todos los rincones de España se ha exigido durante cuarenta años, y que hoy la juventud la toma sin exigirla más!

Todos, incluyendo a Pedro, patrón del garaje, apoyaron riendo a grandes carcajadas, la posición de Alejandro. Un mecánico se manifestó: "Los padres de Cristina son unos fanáticos, y el cura de su pueblo un consejero irresponsable". Los tres policías se encontraron torpes, y no tuvieron otra contestación, que la de llevárselo a empujones.

En la comisaría, Alejandro sufrió amenazas, injurias, mas después de unas horas, por falta de pruebas lo dejaban en libertad. Eran las cuatro de la tarde. Tal decisión fue para todos la más grande sorpresa. Alejandro vio en ese comportamiento la luz de una esperanza de libertad para España. Otras veces, por hechos más insignificantes, estuvo meses en la cárcel.

No obstante, todos los días el garaje, la casa de Magali y algunas más, sea en Lugo, en Compostela y otras localidades, eran objeto de una vigilancia molesta y exagerada.

Mientras que Cristina, pasaba los días sin dar un paso por la calle. Durante el día ayudaba a la mamá de sus dos excelentes camaradas, y por la noche, al regresar don Sebastián, se refugiaba como convenido en la buhardilla. Rosalía era la que pasaba con ella más horas. Las dos muchachas, en aquel lugar

solitario de la casa, cambiaban impresiones y comentaban la mejor manera de vivir libres y emancipadas. Todas las noches Rosalía y su hermana, cuando el pobre se retiraba a dormir compartían la habitación. Cristina dormía sola, menos las veces que Carine, juguetona y alegre, abandonaba a su hermana para dormir con ella.

Alejandro trabajaba sin perder una hora en el Garaje Central, y continuaba residiendo en casa de Magali. Distanciado definitivamente de sus padres, sin protección económica, tuvo por fin que abandonar el liceo. El creer en el hombre, en el amor, y denunciar la deformación del hombre y la del amor, hizo de su vida una permanente revolución.

Las horas libres, Alejandro las pasaba junto a sus camaradas terminando de oficializar la agrupación "Los Amigos de la Emancipación", que aspiraban multiplicar por toda España, para cantar una nueva era de pacifismo y de poesía social, que según Alejandro dijo siempre, es la expresión revolucionaria más auténtica del anarquismo.

* * *

Las primeras cartas de Cristina llegaron a La Coreda de Madrid. A continuación, otras de Barcelona, y así sucesivamente. La familia del cura las iba entregando a la policía, y el desconcierto y la confusión aumentaba. Tal como nuestros jóvenes esperaban, la fuga de Cristina terminó por levantar vivos comentarios en la Prensa.

¿Dónde podía estar Cristina? ¡En busca de la verdadera emancipación que la sociedad niega a los espíritus que no aceptan estar uniformados!, contestaba Alejandro cada vez que a éste respecto era interrogado.

Cristina iba entrando en la juventud, algo así, como la protesta que cada joven siente en el silencio de su espíritu contra la moral que les obliga a contradecir sus propios sentimientos. ¿Pues cuántos y cuántos jóvenes no tenían que defenderse como ella contra la ignorancia y el fanatismo de sus padres o bien

contra las tradiciones religiosas, que particularmente en las aldeas son leyes invulnerables?

Alejandro y sus inseparables camaradas, explotaban a las mil maravillas tal situación de críticas y acalorados comentarios, en beneficio de su revolución cultural. Y en pocos días, Cristina llegó a simbolizar la razón de combatir las leyes que autorizan atropellar espíritus, que aún siendo jóvenes, estaban y seguirán estando hambrientos de amor, de justicia y de libertad.

Si bien las cartas que los padres de Cristina recibían no eran enteramente tomadas en consideración, conseguían aumentar la confusión. Nadie, de tal manera, llegaba a poder tener la más pequeña idea del paradero de Cristina. Refugiada entre Rosalía y Carine, nadie dudó de una familia tan, perfectamente situada en los medios franquistas. El señor Sebastián siguió ignorando la presencia de Cristina en su casa. Su esposa y sus dos hijas le escondían la situación sin el más pequeño descuido. Un día cenando, minutos después que Rosalía aconsejó a Cristina subir a la buhardilla, el padre les dijo:

—Si yo estuviera en el lugar de los padres de Cristina, Alejandro y los cuatro imbéciles que le siguen no se reirían. Esta situación me irrita, porque da la impresión que la política les está haciendo el juego.

Las dos hermanas miraron a su madre, y las tres sonrieron. Rosalía contestó, mirando a su padre con una chispa de malicia en los ojos:

- —¿No crees papá, que alguien le habrá ofrecido la hospitalidad que tú le has negado?
- —¿Pero aún estamos con ésas? ¡Las buenas costumbres, por las que hemos luchado durante cuarenta años, corren el peligro de verse, en cuatro días, por el suelo!

La madre miró a sus dos hijas con severidad. Estas, comprendieron, y supieron cambiar la conversación, para continuar, frente a su padre, en la monotonía de todos los días.

Por prudencia, Rosalía y Carine, de acuerdo con sus camaradas, no hacían otro recorrido que el de la casa al liceo. Se mantenían retiradas por completo de la agitación juvenil.

Mientras que Alejandro, nunca tuvo una actividad más excesiva. Las horas libres del trabajo las dedicaba a la propaganda de la agrupación "Los Amigos de la Emancipación", y a preparar una reunión al nivel internacional.

Magali y Tino, a iniciativa de Alejandro, hicieron algunos viajes para ampliar las relaciones; mas, en todos los lugares sus teorías encontraron una grande resistencia. Pues conquistar la emancipación a través de una lucha cultural y pacífica donde la democracia es una realidad, o conquistar la democracia, si es necesario por la violencia, donde gobierna la dictadura, era un principio de revolución que no asimilaban muchos revolucionarios. Este principio era el punto más fuerte de Alejandro. El no cesaba de repetir en todas las reuniones: "El anarquismo necesita la democracia como la vida el oxígeno. Cuando el hombre tiene libre la pluma y la palabra, no le hace falta otra cosa para emanciparse, que embellecer el pensamiento. La anarquía, no es ni más ni menos que esta extraordinaria belleza del espíritu, desarrollada en las colectividades."

Hasta que un día, en una de esas reuniones, Magali propuso de ir con Alejandro a La Coreda para pedir noticias de Cristina. Le pareció ser una manera de acelerar las cosas y aumentar entre los vecinos la confusión.

—Tu idea es formidable, Magali —contestó Tino—. Esto permitirá que hablen de nosotros aún más ampliamente.

Alejandro vio en esa iniciativa la posibilidad de volver a presentarse en su pueblo a manifestar cuatro verdades. Comentaron ciertos aspectos positivos de la idea, para terminar más tarde todos de acuerdo.

Y al día siguiente, la motocicleta de Magali volvía a despertar en La Coreda a los curiosos, los amigos y enemigos. Era sábado, y el día, a las nueve de la mañana que llegaron, prometía ser espléndido.

Los padres de Alejandro los recibieron mejor que él imaginó. Creyeron que Magali era la nueva mujer de su corazón, y que Cristina había desaparecido de

su vida. Esa impresión se generalizó más tarde entre las familias del pueblo. Alejandro y Magali aprovecharon esa torpe manera de comprender la situación, para aumentar la confusión, preguntando por Cristina y lamentándose de que sus padres la empujaran a la desesperación.

- —¿Pero Cristina no se ha fugado para vivir contigo? —le preguntaban los vecinos.
- —¡No, ella no se ha fugado por un hombre, sino por la libertad! —contestaba él.

Consiguieron levantar una confusión monumental.

Así, de puerta en puerta, salieron a las afueras, hasta alcanzar la propiedad de los Texeiro. El padre de Cristina se precipitó a intentar constatar los comentarios contradictorios que terminaban de recibir. Una sorpresa encontró Alejandro: el señor Francisco se presentó reconciliador. Les invitó a entrar, y junto a su esposa, sentados en la cocina, les dijo:

—Alejandro, dime dónde está mi hija. —Y miró a Magali con ironía, para añadir—: No creo que esta muchacha ocupe en tu corazón la plaza de Cristina. Acepto que os caséis.

Magali se adelantó a contestar:

—Tiene usted razón, señor. Nosotros no somos otra cosa que grandes camaradas. Una amistad que en este pueblo han confundido de tal manera que nos divierte.

Y Alejandro agregó:

- —Cristina y yo no le hemos pedido nunca el casamiento, sino vivir juntos y en paz la libertad, el amor y la vida.
- —¿Vivir mi hija a los diecisiete años sin casarse?, —protestó Francisco muy ofendido.
- —¿Y en una libertad de prostituta? —añadió su esposa.

- —Señor Francisco. Cristina es un mundo distanciado del que ustedes viven. Respétela —aclaró Alejandro—. El día que la comprendan descubrirán que es extraordinariamente feliz.
- —¡No, no! —replicó Francisco—. ¡Arreglar un casamiento, trabajar decentemente los dos y vivir en paz con Dios, es todo lo que puedo aceptar!
- —Sufre usted un grave error, señor —contestó Alejandro mirándolos alternativamente, ya con los nervios en vilo—. Deje a su hija en libertad de abrazarse a la vida que exige su naturaleza espiritual. Es el solo camino de llegar a su corazón, y el de ganar la simpatía de la juventud. Señor Francisco, amo a su hija. Todos los comentarios que circulan en este pueblo son falsos. Usted lo sabe bien. Deje de mirar nuestras ideas anarquistas a través de los rosarios del cura, y permita a Cristina vivir ampliamente la vida. ¡Queremos ser libres, libres, pero, infinitamente humanos!

Francisco se levantó, y muy amenazador contestó:

- —¡Basta! ¡La policía traerá a mi hija! ¡La prefiero muerta antes que verla perdida en un ambiente sin Dios y, prostituida! Cristina es todavía una niña.
- —Por favor, traigan a mi hija —suplicó la madre, para terminar murmurando-: Dios mío, es tan jovencita.

Alejandro y Magali no pudieron soportar más la noche espiritual que manifestaban los dos ancianos, y salieron sin poderse reconciliar.

Francisco, desde la puerta, gritó:

—¡Sí, la prefiero muerta antes que prostituida!

El campanar de la iglesia cantaba el fin de un casamiento. Muchos campesinos vestidos de fiesta estaban en la plaza aclamando a los recién casados. Alejandro paró la motocicleta, y sin dar importancia a las miradas, curiosas y descaradas, le dijo a su camarada:

—¡Ahí tienes la manera tradicional de disfrazar el amor! Es por no aceptar esa comedia que los padres de Cristina acusan a su hija de prostituta.

Magali, mirando la manifestación alborotada que salía de la iglesia, contestó:

- —Sabes bien, querido, que la libertad y la tradición son dos mundos totalmente opuestos. La libertad es la poesía y el orgullo de la razón que estos fanáticos no conocen.
- —Efectivamente, querida, un espíritu emancipado de la sociedad será siempre un poeta. Sino: ¿cómo podrías tú, que me amas locamente, acompañarme a defender a la mujer que yo amo? ¿Cómo podríamos en esta situación unir nuestros corazones a la calor de una amistad sincera, sino cantara en nuestros espíritus la emancipación que propagamos?

Y Magali lo miró muy emocionada y sonriente antes de contestar:

—Querido, la poesía del espíritu, cuando está tamizada y corregida por la razón de un ser, así emancipado, es un canto a la libertad y un puñetazo a la tradición. ¡Mira, un puñetazo como éste!

Y unió sus labios a los de él, en un beso, que fue para unos desafiador, y para otros, claramente significativo.

El cortejo se hizo más ruidoso, los vivas a la novia se multiplicaban, las campanas no cesaban de cantar, pero el número de curiosos que comentaban la presencia de Alejandro se hizo de instante en instante mayor. En seguida los más atrevidos se acercaron y uno de ellos preguntó con ironía:

—¿Vienen ustedes a preparar el casamiento o, a ofender más descaradamente a los padres de Cristina?

Alejandro y Magali, respaldados contra la motocicleta, se miraron sorprendidos. El contestó:

—Hemos venido a defender a Cristina de la persecución estúpida de sus padres, y de la de tantos imbéciles que la critican. ¡Su desesperación es una protesta contra la moral que da a los padres el derecho de ser carceleros de sus hijos! Cristina no ha pedido otra cosa que vivir la vida y el amor sin iglesia y, libre en la filosofía de su joven espíritu.

Y Magali añadió:

—¡Ah, pero también hemos venido a decir a ustedes y a la iglesia, que el amor, cuando es libre y sólo obedece a las impetuosidades de la vida, no tiene fronteras y arde en todos los corazones con la misma poesía, mas nunca como un pecado! ¡Amar, amar y amar, es un incendio humano que sólo lo entorpece y degenera la ignorancia, los fanatismos y las supersticiones!

El corro se hacía de más a más numeroso. Un joven les preguntó:

—Soy curioso por conocer la moral que persiguen ustedes, los anarquistas.

Alejandro y Magali continuaban respaldados en la motocicleta. Ella contestó:

—¿Nuestra moral? Obedecer a la razón y no a la historia de prejuicios, fanatismos y supersticiones que sufre aún la humanidad. Por consiguiente, contra esta moral caduca y vieja como el mundo, otra moral, la racionalista, se impone para la vida del hombre moderno. La personalidad espiritual de cada uno de nosotros merece el respeto, sin discriminaciones de edad ni de sexo. Nuestra moral racionalista, hoy acusada por el hombre autómata de degenerada, será un día entre los hombres emancipados, la moral de una sociedad universal, culta, sin ídolos y falsas religiones. Pues tenemos la esperanza que el hombre puede ser muchísimo más importante que los que vemos en este pueblo.

El cortejo fue desapareciendo, las campanas cesaron de ensordecer, quedando sólo como espectáculo, el corro cada momento más crecido que rodeaba la motocicleta. Un empleado de la alcaldía que había escuchado muy atentamente, exclamó:

—¡Vuestra filosofía no responde a la historia que el anarquismo ha escrito con las bombas y las exageradas violencias!

Alejandro replicó:

—¡El anarquismo, es y ha sido una filosofía social y moral! ¿La violencia? ¡Unas veces error táctico de los anarquistas, y otras, la única manera de no morir atropellado por la Iglesia y el Capital! ¡Sepan ustedes, que nosotros, jóvenes anarquistas gallegos, no aceptamos ir a la violencia, pero defendemos la

cultura y el amor contra la violencia que asesina estas dos maravillosas facultades del hombre.

- —¡Emanciparse es un legítimo derecho, en todas las épocas, arrollado por la violencia de los poderosos! —intervino Magali—. Este derecho del hombre no ha estado nunca bien definido en las escuelas. Los trabajadores del campo, y en particular los de Galicia, son los más necesitados de emanciparse. ¡La escuela nos ha educado para ser perfectos esclavos!
- —¡Todo esto son habladurías! —gritó Texeiro, patrón de los padres de Cristina—. Esa niña no es ni más ni menos que una víctima de vuestras manipulaciones.

Alejandro, al verlo, sintió en sus nervios un latigazo. Le contestó muy agresivo:

—¡Los cien quilos de grasa que usted arrastra en su anatomía son ganados con el sudor de los padres de Cristina y, esto no es una manipulación sino una constatación!

Texeiro, que todos conocían por un patrón severo y déspota, enrojeció. Les amenazó, vomitando por los ojos el odio que hacia ellos sentía:

—¡Haré que vuelvas a la cárcel! Es el lugar donde deben estar los que violan la virginidad física y moral de una niña, y luego vienen con otra mujer a exhibir una moral de cerdos.

Magali saltó a contestar como una fiera.

—¡A Alejandro no le une a mí, otra cosa que una amistad filosófica y humana, que usted, muy posiblemente, morirá antes de comprenderla! Nuestra moral es una consecuencia de la evolución, la suya, de un pasado cavernícola. Y en cuanto a Cristina: ¡Una niña pasa a ser mujer, cuando en su corazón entra el amor, y en su espíritu la poesía!

Texeiro repitió las amenazas, antes de marcharse echando chispas. Alejandro replicó:

—¡Si sus padres tuvieran los ojos del espíritu abiertos a la razón, y no ciegos a la tradición, Cristina no sería una niña aún en este pueblo, sino una mujer magnífica, digna y libre; pues el amor, ¡no es nunca un pecado!

El cura, advertido por algunos fieles, conoció la presencia de Alejandro. Salió de la iglesia, y estuvo un minuto mirando el enorme corro con una expresión de desprecio. Su mirada, como él esperaba, turbó a los más ancianos. El corro, en unos instantes, se redujo considerablemente. Don Fernando, claramente satisfecho, marchó pronunciando el desprecio. Magali les dijo a los pocos jóvenes que quedaron a su alrededor:

—Él odio que nos ha ofrecido don Fernando, rió va dirigido a nosotros, sino a la emancipación del hombre.

Los dos jóvenes montaron en la motocicleta, pero Alejandro antes de arrancar les dijo a los que aún quedaban:

—¡Vivir libres el amor y la vida, es vuestro derecho, pero ya veréis, hasta creyendo en Dios, seréis enemigos de vuestro cura, mas, pasaréis a ser soldados de nuestra revolución cultural!

Y arrancó, dejando una buena impresión en los cuatro jóvenes que quedaban escuchando.

Magali, abrazada a su cintura, le preguntó:

- —¿Y ahora, dónde te diriges?
- —¡Pues, a la casa del "Viejo"! —gritó él, al tiempo que aceleraba exageradamente.

Y la familia Giménez, una vez más sintió la felicidad de recibirlos. Alejandro fue siempre para ellos una satisfacción revolucionaria. Prisioneros de la vejez, sus espíritus necesitaban evadirse, y en los momentos que pasaban con él, se veían jóvenes y felices.

Mientras se abrazaban, Alejandro empezó diciéndoles:

—La revolución cultural anarquista va a conocer muy pronto en la vía pública "Los Amigos de la Emancipación", queridos amigos.

—Muy bien, muy bien —contestó Giménez, dando a la lucidez de sus ojos una expresión de enloquecido entusiasmo—. Pero en definitiva, ¿cuál es vuestro primer objetivo?

Aún sometidos al primer golpe del entusiasmo que acostumbraban sentir cuando se veían, sin sentarse, reunidos en corro, Alejandro contestó:

- —Nuestro objetivo, querido amigo es: Agrupar los anarquistas del mundo en el humanismo de una revolución cultural propia al anarquismo. O sea, hacer de este ideal una fuerza internacional de emancipación, combatiendo, a través de la creación de agrupaciones culturales, el sistema moral que las religiones y el capital han estructurado tan inteligentemente para reducir el espíritu de hombre a objeto de sus intereses.
- —Perfectamente —intervino Magali—. Estamos convencidos que nuestra revolución no debe de ir dirigida a cambiar el Estado a puñetazos, sino a cambiar en el espíritu del hombre la formación de esclavo por la formación que más corresponde a la inteligencia, a la razón y al humanismo.
- —Bueno, bueno; antes de continuar estos largos discursos, sentaros y comeréis con nosotros —propuso doña Carmen—. A que estáis sin probar un bocado, ¿eh?

Y se sentaron alrededor de una vieja mesa, y animaron la comida con excelentes bromas y chistes. Estaban en la cocina, lugar principal en las casas de campo.

Ya terminando de comer, Magali remachó:

- —Pues sí, queridos amigos. Nos proponemos romper con las violencias, creando un movimiento de cultura revolucionaria. Queremos destruir en el anarquismo la imagen de lo violento y darle la del revolucionario poeta. La realidad del anarquismo está en la realización del hombre. La del Estado, en la ignorancia, en el embrutecimiento y en las tradiciones.
- —Hoy se impone más que nunca vuestra revolución —observó Giménez muy entusiasmado—. Pues si somos los únicos que no luchamos por la conquista del poder, ¿qué más natural de creer en el hombre y en el amor?

Doña Carmen les interrumpió. Sin detenerse en servir unos cafés, exclamó:

- —¿Y Cristina? ¡No encuentro justo que la dejéis en un terreno secundario! Ella es en este pueblo la bandera de un acto revolucionario. ¡Bonita manera de agradecerle el ánimo de su espíritu y el amor de su corazón!
- —Pues bien, tiene usted razón —aprobó Alejandro con la taza de café en el aire—. Ella es una expresión de nuestra revolución cultural, un combate contra las imbecilidades que todos los días nos impone la sociedad.
- —En este pueblo es más que un combate: jes una explosión atómica! —añadió Magali—. Si no la encuentran, estoy segura que sus padres cederán.
- —¡Ah, esto sería un golpe formidable! —exclamó Giménez—. Un golpe eficaz contra los caciques que durante cuarenta años han impuesto sus prejuicios y orgullos como moral y religión.

Se oyó el perro, y a las gallinas huir en un enloquecido cacareo. Eduardo, sobrino del cura, apareció en la puerta. Ofreció a Alejandro sus brazos diciendo:

—Perdonad si os interrumpo. —Y al terminar de abrazar a todos, prosiguió—: No he querido aún enfrentarme con mi padre, mas apruebo enteramente vuestra conducta. En mi liceo la mayoría están dispuestos a ayudar a Cristina. A mi tío, nunca lo he visto tan furioso contra ti, Alejandro.

Y se sentó entre Magali y Alejandro. Este, muy cariñoso le contestó:

- —No está furioso contra mí, Eduardo, sino contra mis ideas. Pero ya Irá convenciéndose de que las ideas no pueden continuar en España sometidas a una religión o a un hombre. España ha dado el primer paso hacia la democracia. Quieran o no quieran estos señores tendrán que aceptarlo. Si llegamos, estarán obligados a defender su moral en el combate de las ideas y no con los fusiles de la guardia civil. Ya ves, Eduardo, siempre que me han llevado a la cárcel ha sido por defender un ideal. Nunca por ladrón o criminal.
- -No, más pronto te han llevado por poeta vagabundo bromeó Magali.

- —Gracias —replicó Alejandro—. Tú sabes, Eduardo, Magali ha sido siempre el corazón del auténtico agradecimiento.
- —No exageramos —exclamó ella, para proseguir—. Mira, Eduardo. Nuestra revolución es una formidable poesía, por lo menos ésta es la finalidad que nos proponemos. No aspiramos al poder, ni tampoco a participar en ninguno de los banquetes que todos los días ofrece la política. Aspiramos a la realización del hombre al nivel de sus valores humanos, como realidad de la sociedad universal sin dueños ni esclavos que soñamos los jóvenes anarquistas gallegos que rodeamos a Alejandro.
- —Te repito las gracias —volvió a interrumpirla Alejandro—. En nuestra revolución, ya ves, amigo Eduardo; hay mucho amor y romanticismo. El primer paso en esta interminable poesía revolucionaria, es el de no aceptar la moral dictatorial y milenaria que nos impone la sociedad para practicar una moral sin uniformes. El hombre debe de tener el derecho de vestir su vida de la manera que le dicte la razón sin otro deber y consideración, que el respeto a su semejante y al de los anhelos de su corazón. Ésta, nuestra moral racionalista, será pues, en el intercambio libre de ideas de una democracia, nuestro más violento disparo contra las influencias religiosas y capitalistas.
- —Y sin ir más lejos, Cristina es ya en este pueblo el fogonazo de ese magnífico disparo contra los jerarcas —exclamó Giménez muy entusiasmado.

Tampoco Eduardo no pudo resistir a la emoción, y se levantó para decir:

- —¡De ahora en adelante contad conmigo! ¡Seré un soldado más en vuestra agrupación "Los Amigos de la Emancipación!
- —Pero no te vayas tan pronto —le aconsejó Giménez.
- —He tenido con mi padre un altercado muy serio y sería capaz de molestarte, Giménez. De momento es mejor que no sepan que he venido. Contra el dolor que siento en el corazón, francamente, son todos ellos unos dominadores.

Eduardo se marchó, mas esa rápida e inesperada visita fue para Alejandro una oferta dé amistad y una confirmación de espíritu extraordinaria.

Durante las horas de la tarde siguieron comentando la realidad juvenil, y la necesidad de organizar la juventud en agrupaciones emancipadoras. Alejandro quería levantar el anarquismo a ser entre los trabajadores, una imagen de emancipación, o sea, abrir los ojos del trabajador, y en particular los del campo, al error social que ocasiona los privilegios, las injusticias y las miserias. El hombre era para él su más profunda filosofía. Creía en el hombre, en sus extraordinarios valores humanos, y no aceptaba verlo engañado y sometido a las consecuencias de sus errores originales. No, no aceptaba que los pueblos continúen organizados en la definición moral que dio la ignorancia en la época más salvaje de la humanidad. Esa época, modernizada y disfrazada de justicia y de amor, él la quería desenmascarar. La anarquía, en su visión social y moral, la veía como la superficie donde el hombre rompe con esa monumental mascarada, o sea, donde la tradición moral y social sería sólo el recuerdo de una civilización vergonzosa.

Giménez en una de sus intervenciones les dijo:

—Cuando yo tenía vuestra edad, la revolución anarquista era para mí una explosión de violencias. Hoy veo en vuestra iniciativa revolucionaria, la filosofía que más corresponde a nuestra época. Debemos de evitar el caer en las violencias, determinadas en la mayoría de las veces, por los ambiciosos al poder o, por los fanáticos de buena fe, mas, sin una clara visión de la revolución.

—Perfectamente, querido —prosiguió Alejandro—. El anarquista de hoy, frente a la triste decadencia de la razón y al escandaloso desarrollo de los instintos, originado por el materialismo que inspira la organización social de clases, no puede aspirar a otra revolución que a la de su cultura. Nuestra soñada sociabilidad sin propiedad privada, y organizada a través de las comunas en un permanente intercambio de sentimientos y en un interés de riqueza colectiva, hay que edificarla en las transformaciones del hombre. Para ello, la moral racionalista del anarquismo debe de ser en una democracia nuestro fusil. Cada disparo, al terminar su recorrido, debe de transformar un hombre comparsa en un hombre emancipado.

—Esta filosofía, aunque la acusen de soñadora, es la más auténtica expresión de la razón humana —exclamó Giménez en un arrangue de entusiasmo.

Hasta que más tarde, sofocados por este diálogo acalorado y desbordado de entusiasmo, contra la tristeza que los dos ancianos sentían siempre que se despedían, Alejandro y Magali marcharon, para volverse a encontrar pegados el uno contra el otro en la motocicleta.

Pasaron veloces por el centro del pueblo, y la curiosidad confundida a las explosiones del motor, levantó, como tantas otras veces, infinidad de interrogantes sin respuesta.

* * *

El atardecer se instalaba en un cielo espléndido cuando entraban en Lugo. Durante el camino sé mantuvieron pensativos y mudos.

Y los días que siguieron fueron de una agitación cada vez más pronunciada para los jóvenes que aceptaban las aspiraciones revolucionarias de Alejandro.

En ese ir y venir de una juventud dinámica y brava, Alejandro volvió a estar molestado varias veces por la policía. El mantenía la misma respuesta: "Cristina camina hacia la residencia que un día será universal, la libertad." O bien: "Cristina a los diecisiete años exige vivir el amor y la libertad sin Iglesia, prejuicios y tutela familiar. Ese es su crimen: ¡ser mujer y pensadora a su corta edad!"

Los periódicos se interesaban de más a más por la posición de ese pequeño grupo de jóvenes que defendían la libertad de Cristina con tanto fervor. El movimiento de Alejandro, pacifista y emancipador, encontró en la historia de Cristina una base positiva contra su más grande enemigo: la tradición.

La fuga de Cristina, su persecución, y las manifestaciones de estudiantes inspiradas por Alejandro y sus amigos, ponían la moral oficial en acusación. Se hablaba mucho de quién podía tener la razón; hasta tal punto, que Alejandro

fue una vez más solicitado por los periodistas. Estaba trabajando en el garaje. El, muy sonriente, enseñando las manos sucias de grasa, les dijo:

- —¡En ellas pueden ver la dignidad del trabajo tan claramente como en mi emancipación al anarquista!
- —Admiramos su posición; pero díganos dónde está Cristina —preguntó un periodista.
- —¿Que dónde está Cristina? ¡Por favor, no me hagan reír! Todo el mundo debería saberlo: ¡Buscando la libertad!
- —Sí, bueno, pero dónde y con qué medios económicos —replicó otro.
- —Pues por entre las sombras de la noche oscura y mediocre de la sociedad. Cristina se defiende, al calor de la juventud, contra la moral que nos obligan a obedecer. Como ella, ¿cuántos y cuántos jóvenes no se encuentran en sus familias en la misma situación? La familia que defiende, como los padres de Cristina, los prejuicios de la moral religiosa de España, tiene que encontrar en sus hijos una oposición cada día más violenta. La razón se despierta, señores, se despierta, y en este formidable despertar, la naturaleza y el hombre, contra todas esas barreras tradicionales, estrecharán sus distancias hasta que terminen por abrazarse.
- —Sí, muy bien —contestó un periodista—, pero estamos convencidos que Cristina no comprende ese movimiento, pues la causa de su fuga es el amor que siente por usted.
- —Mirándolo con los ojos de la banalidad, sí ya que en la realidad Cristina pertenece a la juventud que odia los principios morales de la sociedad, acusa a la Iglesia de ser responsable de la mediocre mentalidad de sus padres y, en definitiva, está decidida a combatir a los que prohíben cantar la libertad, el amor y la vida sin religión y tradición. ¿Diecisiete años? ¿Catorce o veinte? Para defender estas tres maravillas, la edad es sólo un mito. Nosotros, los amigos de la emancipación, exigimos que la autoridad paternal sea controlada por sociólogos imparciales entre la tradición y las razones del espíritu que se emancipa, para barrer los obstáculos que encuentra la juventud al querer ser libre y empezar a cantar la vida sin tantas viejas y ridículas costumbres. ¡El

monopolio de espíritus por parte del Estado y de la religión debe de dejar la plaza a los imperativos de la razón humana!

En medio del garaje, rodeado de sus compañeros de trabajo, y de Pedro, su patrón y amigo, Alejandro era feliz exponiendo su ideal. Buscaba la manera de dar a conocer claramente la idealización de la fuga de Cristina.

Un periodista cambió la discusión para preguntar:

- —Bueno, antes de marchar; ¿puede decimos si este movimiento que ustedes llaman emancipador pertenece a la federación anarquista, o sea, a la F.A.I.?
- —No, el anarquismo es una filosofía permanente en la vida del hombre. No pertenece a un partido y acepta todas las agrupaciones propias de desarrollar en el hombre la inspiración de ser libre en el interminable camino de la razón humana. Nosotros queremos organizar una revolución cultural anarquista, pues estamos convencidos que en la base de la cultura burguesa no puede un pueblo llegar a ser libre y justo. Sin transformar la cultura tradicional, todas las revoluciones seguirán terminando en uno de los sistemas tradicionales del Estado, y, sea el que sea, no olvidemos que el Estado y la religión han escrito, a través de las épocas, la triste y vergonzosa historia de la humanidad.

Continuando en un gran corro, un periodista, después de polemizar un buen momento acerca de las teorías expuestas por Alejandro, volvió a poner a Cristina en el coloquio:

- —Todos dicen que Cristina es muy joven para fugarse de su casa por ideas anarquistas.
- —¡Lamentable equivocación, señores! Pues el anarquismo se acondiciona mejor en el espíritu de los jóvenes que en el de los viejos. ¿Ser anarquista? ¡Bah! Ni más ni menos que romper con los prejuicios, amar la libertad en toda su profundidad, y enjuiciar la vida social y moral con filosofía y con infinita humanidad. ¿Quién es el joven que sintiendo horror por las estupideces que le obligan a cumplir no se revuelta y las pisotea para intentar cantar libre la vida, obedeciendo, frente a la realidad de las cosas, la razón que se impone y la poesía que desborda en su espíritu? Es en este espacio poeta y filosófico que la juventud empieza a cantar el anarquismo sin conocer a los anarquistas. El

anarquismo no es una política tradicional, señores, sino la filosofía humanista de una sociedad sin clases, espiritualmente libre, y frente a la riqueza de la Tierra con los mismos derechos y deberes.

Alejandro no fue en sus largas intervenciones interrumpido, sino más bien animado. Esto, y las puertas abiertas que iban encontrando sus ideas, le permitía seguir creyendo en un porvenir democrático para España.

El diálogo se hizo largo, y cuando Magali se presentó, como lo hacia todos los días minutos antes que el garaje cerrara, y vio a Alejandro rodeado de gente en un discurso acalorado, comprendió que los que no estaban sucios de grasa eran periodistas. Alejandro, al verla, exclamó:

—¡Les presento a una encantadora anarquista!

Los periodistas la conocieron. Uno de ellos replicó:

- —Entonces, también una poetisa, ¿no es cierto, señorita?
- —Pues sí —contestó ella, agregándose al corro. Dio unos besos a Alejandro, un apretón de manos a los demás, y terminó diciendo—: Ustedes saben, un anarquista es tan poeta como revolucionario. ¿Sino cómo podría comprender la revolución humanista?

Un periodista la interrumpió para preguntarle:

- —¿Y usted tampoco sabe dónde podríamos entre vistamos con Cristina?
- —¿Y ustedes, tampoco saben que en Galicia hay muchos pueblos como el de Cristina, donde una clase cavernícola y supersticiosa persigue, humilla y castiga a los jóvenes que intentan emanciparse? Entre los campesinos gallegos, el atropello a la libertad y a la cultura revolucionaria es uno de los más escandalosos que sufre España. No obstante: ahí están los jóvenes como Cristina, pocos, pero que entusiasmados por superarse, a partir de los catorce años se revuelven contra la educación de esclavo que reciben, y cantan, como pueden, la razón de sus propios sentimientos!
- —Sí, señores —agregó Alejandro—, la juventud campesina es la más castigada de España. En Lugo, Madrid o Barcelona, los jóvenes se encuentran más libres

para abofetear claramente a la moral oficial, que nosotros llamamos educación para esclavos. El joven, en las grandes urbes, practica el amor y organiza su vida de espaldas, totalmente de espaldas, señores, a las estúpidas y agresivas tradiciones religiosas y capitalistas que le imponen, en muchos casos, su propia familia, y al nivel nacional la escuela. Nuestra moral racionalista no la impone nadie, pues como todas las leyes naturales de la vida, surge y se levanta por su propio valor, contra todos los errores y obstáculos. ¡Sí, el principio de la razón humana continuará abriéndose el camino a través de los fanatismos y de las supersticiones, hacia una organización social y moral: libre e igualitaria, que honore a los altos valores humanos! He ahí, señores, la política de nuestra futura agrupación anarquista, que ofrecemos a una posible democracia española.

Y Magali solicitó de la prensa:

- —¿Serían ustedes tan amables de transmitir a través de sus periódicos un saludo?
- -Perfectamente, ¿por qué no? -aprobó uno de ellos.
- —Pues, jun saludo de nuestra agrupación, aún sin legalizar, "Los Amigos de la Emancipación", a todos los jóvenes que se emancipan para abrazarse a la vida de espaldas a la tradición y de cara a la libertad que exige la poesía y la razón!
- —Muy bien, cumpliremos este humano deseo —contestó otro—. Sí, este saludo se leerá en las páginas de nuestro periódico.

El coloquio terminado, ya los periodistas en la puerta, uno se volvió y gritó:

- —¡Vuestra fisonomía de anarquistas, sin bombas y con tanta poesía y humanismo, terminará por conquistar la juventud!
- Y Alejandro y Magali se abrazaron al calor de una sensación estrepitosa de alegría.

Pedro y los demás mecánicos comentaron con Alejandro, mientras se vestían para marchar, la razón de haber tenido la visita de los dos periódicos más leídos de la región. Alejandro opinó:

—Nuestro movimiento de emancipación está tomando la misma simpatía que cogió nuestras violencias en las escuelas contra Franco, ¿no os parece?

Magali, después de proponerle marchar, le contestó:

- —Sí, francamente, nuestra revolución cultural empieza a tomar las primeras líneas de su forma. ¡Ah, esta lucha me entusiasma mucho más que la que estábamos obligados a mantener en las calles contra Franco!
- —¡Sois dos balas perdidas! —bromeó Pedro riendo al despedirse.

Por el camino, como todos los días, juntos en la motocicleta, unas veces conduciendo ella, otras él, recorrieron los diferentes lugares donde se entrevistaban con sus camaradas. Era una labor cotidiana. En un lado contestaban algunas cartas, en otro cumplían acuerdos u organizaban charlas imprevistas, donde la voz del entusiasmo levantaba el pensamiento a la cumbre de sus espíritus. No tenían pereza de ir más de una vez, sea a La Coruña, a Compostela o diferentes lejanos lugares, para no retirarse a descansar antes que los gallos cantaban. Ese día, dos horas más tarde de la entrevista con los periodistas, Magali le propuso:

- —Hoy es mucho más pronto que otros días. ¿Qué te parece si esta noche cenamos con mi padre? Vivimos juntos, no lo vemos más que de cuando en cuando, y aún nunca me ha hecho un reproche. ¿No crees que ha empezado a amar nuestras ideas?
- —De ello estoy convencido. Tu padre, con su comportamiento, nos confirma lo que presentimos.
- —¡Entonces, hala, vamos!¡Ah, no te imaginarás lo feliz que soy!

Y cenaron los tres juntos, en un ambiente que cada vez se pronunciaba más familiar; pero el padre, mientras cenaban, intercambiando ideas y miradas significativas, siguió sin poder definir la camaradería tan particular que vivían Cristina, Alejandro y su hija. El amor y la amistad, así revuelto en los tres, le confundía. No podía comprender cómo la naturaleza del amor y la de la sexualidad, manifestándose en ellos con exigencias diferentes, espiritualmente fuesen inseparables; pues le escapaba que un ideal profundamente filosófico

les definía una moral altamente reconciliadora y humanista. En definitiva, esa frecuentación inteligente de sentimientos, era, según los tres jóvenes, la condición indispensable para embellecer las relaciones humanas, y uno de los principales disparos de su moral racionalista.

V cuando, ya terminando de beber el café, Magali le propuso a Alejandro hiciese una visita a Cristina, su padre se encontró aún más desconcertado.

—Sí, Alejandro —prosiguió ella—, veo a través de tu sonrisa una tristeza cada día más pronunciada. Puedes traerla aquí con nosotros por un par de días. La policía no creo que vuelva. Sabes que hemos conseguido desorientarla con las cartas que mi padre ha hecho llegar a La Coreda de diferentes lugares de España. Tú, papá, no creo que te opongas, ¿eh?

Su padre, confuso y cada instante más sorprendido, exclamó:

- —No, bien seguro, comprendo el sufrimiento de esa niña.
- —Señor, isu hija es una belleza espiritual extraordinaria! Siempre es su corazón que tiene razón. Y esta vez, naturalmente, ha vuelto a dar en el clavo. Las ganas de ver a Cristina, como ella dice, no las puedo disimular. Pronto hará un mes que estamos separados.
- —Gracias por tu franqueza y por tu modestia, querido —le interrumpió Magali después de suspirar—. Os espero a los dos, Alejandro. ¡Hala, ves, no te hagas rogar, pillín! Es la hora de la noche más propicia a la intimidad. Les vas a dar una sorpresa monumental.
- —De acuerdo, pero sólo voy a intentar verla y cambiar impresiones con Rosalía y su hermana —aclaró Alejandro—, pues su refugio es un acierto y lo debemos de conservar.
- —Como tú quieras; pero de todas las maneras, te espero.

Eran las doce de la noche cuando Alejandro se despedía inundando de besos las mejillas de Magali, y comunicando al padre, a través de un fuerte apretón de manos, el incendio que ardía en su corazón.

Solos el padre y la hija, dieron comienzo a un largo momento de confesiones. Magali, medio en serio, medio en risa, empezó la primera, al tiempo que recogía y apilaba los platos en el fregadero:

—¿Cuándo comprenderás, papá, el universo que vive tu hija?

El padre, cruzadas las manos a la espalda, paseaba nervioso, mas a pasos lentos, por la espaciosa cocina, cuando contestó:

—No me interesa comprender otra cosa, que si eres o no feliz. Me parece que sufres de amor, y que te refugias en eso que tú y Alejandro habéis dado en llamar amistad idealizada.

Magali, sin detenerse en poner orden en la cocina, replicó:

- —¡Bah!, hay tantas maneras de comprender las cosas. A mi manera soy feliz.
- —Y miró a su padre en el momento que se acercaba a ella.
- Sí, créeme, papá, soy feliz.

El padre sonrió y continuó paseando. Ella se dirigió a la pila del fregadero, y mientras lavaba una cacerola, prosiguió:

- —No obstante, comprende una cosa, papá; situándonos en el egoísmo de padre y en el de mujer, ninguno de los dos, en las circunstancias que nos encontramos, podríamos ser felices. Ni yo debo querer ser dueña de Alejandro, ni tú de mí. Es la voz de la razón contra la del instinto. La naturaleza es muchas veces injusta, y la del espíritu humano, un mundo muy difícil de comprender.
- —¡Y tan difícil! Difícil y doloroso, querida —exclamó el padre sin detener sus pasos.
- —Mira, papá, conocí a Alejandro en una barricada de estudiantes. En aquel entonces no nos ocupaba otro ideal que el de odiar y combatir la dictadura de Franco. Nos frecuentábamos todos los días. Yo me enamoré. El, no. ¡Caprichos de la naturaleza! Mas con el tiempo, los dos supimos obedecer a la razón, y la razón, papá, nos unió en esta amistad que hoy aún tú no quieres comprender.

El padre se detuvo frente a ella, sonrió con aire interrogante, y dijo en voz baja:

—Entonces, dime, Magali; ¿en qué razón asientas las veces que has dormido con Tino?

Ella se volvió, se respaldó en la pila, y mirando a su padre con mucha dulzura en los ojos, contestó:

—El acto sexual, papá, en nuestra moral anarquista, es una necesidad tan honorable como todas las que nos impone la naturaleza se cumpla en un gigantesco incendio de amor o en una frecuentación originada por la simpatía, la amistad o simplemente por el atractivo de la belleza humana. Por consiguiente, todas las frecuentaciones en que no interviene el dinero ni otros intereses análogos, sino sólo el corazón y el sexo son para nosotros los anarquistas, justas, dignas y totalmente humanas. Por contra, ya ves, papá, tu frecuentación con Dolores la encuentro parcialmente inmoral, pues si bien por tu lado es posible que esté el cariño, o simplemente la palabra imperativa del sexo, por el lado de ella están sólo los vestidos que le compras, los billetes que te saca y el orgullo que esa señora gasta.

—La juzgas muy a la ligera —interrumpió el padre muy sorprendido—. Es verdad que la entretengo en lo que respecta a sus caprichos, pero también es verdad que me manifiesta excelentes sentimientos.

Magali, que miraba a su padre amorosamente, exclamó:

- —Me alegro que sea así; pero sabes bien que lo que termino de decirte es una realidad, sea por parte de la mujer o por la del hombre.
- —¡Ah, sí, totalmente de acuerdo! ¡Y algunas son de órdago!

Magali soltó una carcajada y prosiguió:

—Pues bien, mira, papá; tu hija no ha respirado nunca una caricia al calor de un billete, ni tampoco con la esperanza de un lujo o de un porvenir de riqueza. En todas mis frecuentaciones encontrarás amor, ideal y revolución.

—¡Eres brava, Magali, brava como los leones! —exclamó el padre volviendo a pasear a lo largo de la cocina.

Magali, inmóvil contra la pila del fregadero, prosiguió:

—En fin, qué quieres; sé que estas diferencias, en lo que respecta a la moral, nos distancian. Pero, créeme, papá, si lo que te interesa es verdaderamente mi felicidad puedo afirmarte con toda mi sinceridad que soy feliz; sí papá, inmensamente feliz. Pues mi vida no se reduce a una sola frecuentación ni a la más insignificante ilusión de riqueza, sino a la infinidad de esos combates que inspira el amor en las naturalezas espirituales que resisten a las degeneraciones, orgullos y perversidades de nuestra sociedad. En una reunión al lado de Tino, de Andrés o de Rafael, soy más feliz que sola con uno de ellos en la intimidad; mientras que en una rueda de prensa, o en las permanentes discusiones y luchas en que intervengo con Alejandro, me encuentro tan feliz, que cuando enloquecida e inspirada me refugio en sus brazos. En un caso como en el otro: episodios diversos de la lucha y del amor, soy feliz; sí, papá, sea en la lucha, en la amistad o en el amor. Esta poesía, libre, sin tapujos, sin religión ni sociedad, es mi vida y mi revolución.

El rostro del padre se transmutó, sus facciones se estiraron. Un vivo desasosiego invadió su espíritu. Se aproximó a ella, puso sobre su hombro la mano de pronunciadas arrugas, y todo el amor de padre desbordó en sus palabras:

—Hija mía, modifica tu actitud. Abre los ojos a las realidades de cada día. ¿Qué me importa a mí que seas un ideal? ¡Jesucristo fue también un ideal y murió clavado de pies y manos en la cruz!

Ella besó a su padre repetidas veces en la frente y carrillos. Se separó un paso, y antes que él reaccionara, contestó:

—Vuelves a caer en el egoísmo de padre. Yo lo comprendo y lo admiro. Tu comportamiento conmigo, comparado a infinidad de padres de familia, es también una magnífica idea; mas tú no morirás en la cruz, eres demasiado pillo. En todo caso, en los brazos de Dolores.

Y volvieron a besarse, para terminar riendo a carcajadas.

—Papá, ve a descansar. Yo esperaré a Alejandro. Tengo muchas cartas por contestar.

El padre, después de reprocharse las noches que pasaban sin dormir, se retiró. Magali, en el salón, tomó la pluma y entró de lleno en su mundo. Era la una de la mañana.

* * *

Entretanto, Alejandro había llegado a la torre de Rosalía, y se encontraba indeciso y confuso, pues recordaba vagamente la habitación donde dormían las dos hermanas. Sin estar totalmente seguro lanzó unas arenillas a la ventana que más le pareció ser la indicada. Y efectivamente, acertó. Cristina, acostumbrada a las veces que había oído golpear los cristales en su casa, saltó de la cama y abrió. Rosalía se despertó asustada. Carine continuó durmiendo.

- —Comete una imprudencia —criticó muy enfadada Rosalía—. Una imprudencia imperdonable.
- —Bueno, ¿qué hacemos? —exclamó Cristina algo asustada.
- —Haz una seña que espere —contestó Rosalía, para continuar refunfuñando-: ¡Venir a estas horas de la mañana! O bien debe de haber ocurrido algo grave.

Y fue a facilitarle entrar en la casa.

Cristina lloró de alegría. Ella comprendió en seguida que no venía a decirle nada nuevo, sino muy posiblemente a calmar el sufrimiento, hecho insoportable como el suyo.

Rosalía, sin molestar el silencio que respiraba el hogar, facilitó a Alejandro llegar a la habitación. Cristina, que lo esperaba detrás de la puerta, se tiró a su cuello, y los dos, enteramente enloquecidos, se dejaron caer en la cama. Rosalía, sentada en la otra cama junto a su hermana, que no cesaba de roncar, los contemplaba, admirando la tempestad de besos, caricias y suspiros que durante unos minutos repitieron.

Pasado ese instante, Alejandro fue junto a Rosalía, que continuaba sentada y sorprendida. Se sentó muy arrimado a ella, y le dijo:

—Tu comportamiento ha sido durante todos estos días admirable.

Y los dos se abrazaron.

Carine terminó por despertarse. Al querer manifestar su sorpresa, Alejandro la interrumpió aconsejándole que no levantara la voz.

Los cuatro, sentados en las camas, se miraron y rieron. Luego, Carine protestó en voz baja:

—Eres un atrevido. Sí, un imprudente.

Y Cristina observó ahogadamente:

- —¿Un atrevido después de tantas semanas sin vernos? Entonces, ¿cuándo creéis que va a terminar este infierno?
- —Bueno, bueno, querida —intervino Rosalía, también ahogando la voz—. Cualquiera que te oiga diría que somos nosotras las carceleras, ¿eh?

Cristina se calmó, para continuar la discusión en una voz que apenas ellos se oían. Los padres de las dos hermanas dormían al otro lado del corredor, o sea, a una distancia muy corta.

—Bueno, ¿y qué? ¡Hala, cuéntanos algo! —propuso Rosalía—. Porque esta situación, ya ves, empieza a ser más larga que un día sin pan.

Alejandro les dio a conocer el suceso de las cartas que había escrito Cristina a sus padres, puestas por el papá de Magali en el correo de otras capitales. También todos los detalles de la visita que hicieron, él y Magali, a La Coreda para intentar aumentar la confusión.

Pues vaya cara de dos palmos que habrán puesto don Fernando y sus levitas
le interrumpió Cristina.

Alejandro prosiguió informando de la visita que les hizo la prensa al Garaje Central, de los viajes que Magali y Tino hacían por diferentes lugares de Galicia, o bien del que hicieron Mercedes y Clotilde a Madrid; y particularmente, de las veces que todos habían estado molestados por la policía acerca de la fuga de Cristina.

Entonces, Cristina, tú sin dar un paso te estás haciendo célebre —bromeó
 Carine.

Rosalía cortó la broma para interesarse por la marcha de la agrupación:

- —¿Y los estatutos, cuándo crees que estarán aprobados? Porque supongo que la comisión que nombremos en casa de Pedro serán activos, ¿no?
- —Por ellos está todo hecho —contestó Alejandro—. Pero tú sabes, estos señores disfrazados de demócratas les cae el traje demasiado grande, y el anarquismo les huele a chamusquina. Pero en fin, queridas, cada día contamos con más jóvenes, y en particular en la capital de España. Según Mercedes y Clotilde, que han participado en varias reuniones de estudiantes, hay un grupo muy numeroso dispuesto a oficializar, también en Madrid "Los Amigos de la Emancipación". El acuerdo para una reunión internacional se está generalizando.
- —Bueno, ¿y tú, Alejandro, cuántos coches has estropeado? —volvió a bromear Carine—. Porque ya debes de ser un mecánico, ¿no?
- —Tú siempre tan alegre y juguetona —exclamó Alejandro—. Pues mira, a propósito, me gusta este oficio. Y Hasta creo que el trabajo manual pega mejor con mis ideas y con mi revolución, ¿no creéis?
- —¿Que si lo creemos? ¡Pues no faltaría más! —contestó Rosalía—. El trabajo manual, por lo menos en España, no se mira con los ojos que merece. Esta pretensión, error monumental de la sociedad de clases, hay que combatirla. El trabajo manual y el intelectual son igual de dignos, expresivos y necesarios.

Así, la conversación, en una voz poco más que un leve susurro, les animó, hasta que las dos hermanas empezaron a bostezar tan a menudo, que Alejandro cortó la discusión aconsejando:

—Ya está bien; estiraos un momento. Yo cambio cuatro impresiones con Cristina y me marcho, ¿de acuerdo?

Las dos hermanas aceptaron y se acomodaron juntas en la cama. Alejandro lo hizo con su amada en la otra.

Más tarde, Carine les hizo reír con sus ruidosos resoplidos. Alejandro se levantó, y con dos dedos le apretó las narices. Los cuatro rieron tan estrepitosamente que don Sebastián protestó desde su habitación:

—¡¡Si no tenéis sueño cerrad la boca! No son horas de jugar.

Rosalía se aproximó a la puerta y se excusó.

—¿Y ahora qué? —protestó Carine ahogando su voz—. Y además, me has hecho mal en la nariz, animalote.

Alejandro le ofreció unas caricias, y exclamó:

—¡Qué lástima, queridas! Me encontraba entre vosotras en un paraíso.

Rosalía lo esperaba en la puerta para acompañarle hasta la salida de la casa, cuando una idea la retuvo:

- —¿Sabes, Alejandro, que en el liceo de Cristina están de acuerdo y empeñados en ir a manifestarse a La Coreda?
- —Sí, lo sabemos; ¿cómo no, si estamos en un contacto permanente con ellos? Precisamente ningún día he tenido deseos tan grandes de hacerlo como los que tengo en este momento.
- -Entonces, manos a la obra. ¿Por qué no hoy mismo?
- —Lo voy a proponer a los demás. Aún tenemos todo el día por delante. Pero si decidimos ir esta tarde a la salida de las clases, vosotras no deis un paso. Podríamos estropear este colosal refugio, que ya veis, ha sido el más grande de los aciertos.

Cristina, con los ojos en un mar de lágrimas, se colgó al cuello de Alejandro.

—Ya está bien, querida —le aconsejó Rosalía, cogiéndola de un brazo para obligarla a sentarse en la cama, junto a Carine, que permanecía muda y emocionada. En seguida se llevó a Alejandro a empujones, alegando que no se podía perder más tiempo.

Cristina se dejó caer en la cama llorando y suspirando.

Por el pasillo, aun andando con las puntas de los pies, el padre volvió a renegar. Rosalía se excusó otra vez, diciendo que ni ella ni su hermana podían dormir.

—¡Ah!, si mi padre supiese que estás aquí. No sé de lo que sería capaz de hacer —comentó Rosalía al despedirse.

Alejandro le dio las gracias a través de un beso, en el que puso enteramente su corazón.

Eran las cinco de la mañana, cuando Alejandro, en la motocicleta, volvía a encontrarse por las calles de la ciudad. Las luces eléctricas se confundían a los primeros destellos del día.

Llegó a casa de Magali. Tuvo que hacer sonar el timbre de la puerta varias veces. Ella, que lo estuvo esperando, terminó por rendirse al sueño.

- —Podía esperarte. Seguro que te has quedado dormido con ellas; ¿me equivoco? —protestó Magali al abrir la puerta.
- —Perdona el que haya tardado tantas horas.

Ella le invitó a tomar el café. En la cocina se excusó:

- —Es normal, querido, muy normal que tanto tú como ella sufráis. La situación, sobre todo para ella, se hace larga. Estar encerrada tantas semanas en una buhardilla, da lugar a desesperarse.
- —Duerme todos los días con ellas. Sólo pasa en la buhardilla las horas que anda don Sebastián por la casa. No obstante, ¿qué te parece si nos entrevistamos con los del liceo de Cristina y aceptamos manifestar en La Coreda a la salida de la clase?
- —Sabía que ibas a estar de acuerdo el día que la vieses. Mira, esto está hecho más pronto que canta un gallo. Van a ser las seis de la mañana. Yo, poco, pero he dormido. Tú te vas a quedar a descansar unas horas mientras me pongo de acuerdo con los demás. Cuando regrese a buscarte, espero harás mejor cara.

Alejandro se desperezó muy sonriente, y murmuró:

- —Y como siempre, tu idea es la más acertada.
- —Bueno, pues ¡hala, está la cama esperándote! —Y se puso a recoger las tazas y limpiar la mesa. ¿Sabes que ayer noche en seguida que marchaste mi padre me volvió a dar la lata sobre la amistad que nos une? Esto de que los dos coincidamos en todo menos en amarnos de la misma manera no lo puede digerir.
- —Es natural, querida, nos ve todos los días juntos y cariñosos. Yo duermo y como con vosotros. Tú no haces más que comprarme trapos. En fin, es justo que se pregunte por la clase de frecuentación que me une a ti y a Cristina. Otro llegaría a pensar cosas horribles. Tu padre es de una comprensión admirable. Y a lo mejor nos comprende, y lo que le pasa es que los prejuicios, hechos ley en el hombre, le mortifican y no le dejan un momento en paz. Esto sucede, como tú sabes, hasta en muchos de nuestros camaradas, que a causa de los prejuicios, y hasta de alguna sombra de superstición, no son capaces de poder emanciparse.
- —Y es bien verdad, particularmente yo aún hay momentos que sufro. Romper con la educación que recibe el niño y que durante tantos años continúa intoxicando de imbecilidades al hombre, es más difícil de lo que parece. Nosotros, querido, no seremos muchos, pero somos una expresión clara de emancipación. Ni sociedad ni religión nos dicta la manera de vivir libres; sólo el amor y la razón desnudos en sus naturalezas, pueden hacemos inclinar, ¿no es cierto?
- —Eres formidable. Mira, dejemos esto, sino, ni yo duermo, ni tú te mueves de esta cocina.

Los dos rieron con la misma satisfacción. Magali le acompañó hasta la cama. Alejandro la besó, y ella, como tantas veces, lo prolongó en sus labios, y como tantas veces se sintió estremecida. Desde la puerta Magali, muy sonriente, murmuró:

—Duerme, cuando te despierte será para ir a La Coreda.

Le cerró la puerta, y esperó la hora de servir el café a su padre, terminando la correspondencia que no le permitió por la noche el sueño.

* * *

Lo que no recordó Alejandro ni Magali, es que al día siguiente era fiesta, y por consiguiente mucho más favorable para organizar la manifestación. De este importante detalle se apercibió Magali, cuando a las siete de la mañana se presentó en la casa de Tino.

- —Pero ¿cómo ni tú ni él habéis pensado en una cosa tan simple? —preguntó Tino, ya con ella en la motocicleta camino hacia encontrar a sus camaradas—. Además, ir hoy, hubiese sido demasiado precipitado. Las clases terminan tarde.
- —Tienes razón; ni él ni yo dormimos bastante, y la verdad, tenemos las cabezas como dos cajas de ruidos.

Y entre unas cosas y otras, decidieron pasar el día juntos, y dejar que Alejandro descansara, hasta que ellos terminaran de organizar una buena parte de la reunión.

No encontraron obstáculos, y después de muchos golpes de teléfono, y de ir y venir por Lugo y sus alrededores, al día siguiente se vieron largamente recompensados con el fruto de ver llegar a La Coreda, sea en autos o en motocicletas, un número importante de jóvenes.

Magali, Tino, Mercedes y Alejandro se ocuparon en las afueras del pueblo de organizar lo que Alejandro dio en llamar manifestación diálogo. Consistía en repartirse en grupos por las calles y las casas de campo, para dar a conocer el injusto comportamiento de los padres de Cristina, y también desenmascarar en lo posible el fanatismo de los más caciques del pueblo.

Así, las cuatro de la tarde pasadas, más de cincuenta jóvenes se extendían por el pueblo y sus alrededores. Algunos grupos llevaban trozos de sábana con

largas inscripciones en letra negra, como: "La libertad es una poesía que la sociedad ha ensuciado para condenarla." O "La emancipación es para nosotros, jóvenes humanistas, el explosivo que puede defenderte del capitalismo, de las supersticiones y de la ignorancia".

La inscripción que llevaba Alejandro, Mercedes y Eduardo, iba dirigida a los padres de Cristina. La presentaron en compañía de un grupo numeroso frente a la familia Texeiro. Muchos vecinos se acercaron. Eran Cristina, que a través de la tinta, decía: "Papá, no escuches más a la sociedad, construye tu personalidad, sé independiente, y comprenderás mejor a la vida, a la libertad, y en la libertad encontrarás a tu hija".

La consigna que se habían dado era ofrecer simpatía, consejos ideológicos, aclaraciones sobre los graves problemas sociales y morales de Galicia, en los que una juventud hambrienta de vida y de libertad es la primera víctima.

Se detenían enfrente de las puertas de las casas más humildes, donde originaban coloquios muy interesantes. Luego marchaban gritando: "¡Amor, Libertad, Emancipación! Y en seguida volvían a hacer otro corro. La emancipación, la intromisión de la Iglesia en las familias, los salarios de hambre y las jornadas largas y agotadoras de explotación, eran los temas más repetidos. En un lugar Tino decía: "Ser anarquista, para nosotros, jóvenes gallegos amigos de la emancipación, es ir directamente sin tapujos a la filosofía que más se adapte a construir en el hombre su propia realización. La libertad se encontrará en la obra magistral que debe de ser el hombre. La anarquía no es otra cosa que una sociabilidad, consecuencia de esta interminable y magnífica obra."

En otro lugar, Magali respondía a una pregunta: "No hay una expresión de nuestro anarquismo que no entre de lleno en el humanismo. Muchos nos dicen soñadores. Sí, hoy, tanto lo uno como lo otro es un sueño. Imaginaos cien perros hambrientos alrededor de unos huesos. ¡Se devorarían entre ellos! Exactamente como cien hombres alrededor de una cantidad de billetes. Pero esto no nos impide a los anarquistas creer en que si los peores serán toda la vida perros, los hombres dejarán un día de ser animales, porque su naturaleza, contra todos sus errores, es humana."

En ese ir y venir de curiosos y manifestantes, Eduardo era la figura más comentada entre los campesinos; pues su presencia al lado de Alejandro suponía una bofetada a su tío, don Fernando, y otra a sus padres.

Los padres de Cristina y los de Alejandro terminaron por acercarse al corro en que estaba hablando Mercedes. Alejandro, al verlos llegar, interrumpió a su compañera:

—Esta protesta va dirigida, en particular, contra los que quieren imponer a sus hijos vivir copiando. Este pueblo, arrodillado a la moral tradicional de caciques y curas, simboliza la totalidad de aldeas y pueblos gallegos. Infinidad de jóvenes se escapan de esta vergonzosa tradición en todas las ciudades de España.

Sólo en los campos la juventud se encuentra más impotente contra las imbecilidades de esta moral milenaria. La fuga de Cristina podría servir de ejemplo en la revolución cultural que necesita Galicia para romper con su pasado vergonzoso. ¡No es el trabajo que os hace esclavos, sino la educación moral que habéis recibido!

Alejandro ganaba la simpatía de los vecinos que desde niño no le amaron. Sólo el señor Texeiro protestó, intentando interrumpirle varias veces, para terminar diciéndole a su hijo Eduardo:

—Sabía que terminarías por emborracharte con las ideas de estos necios.

Eduardo, ya con un entusiasmo que nunca hizo luz de tal manera en su espíritu, contestó:

—¡La libertad la he amado siempre, papá, mas estos días he comprendido que mi libertad, entre tantos hombres esclavos y víctimas de supersticiones, tiene menos valor que la lucha por emanciparlos! Sabéis que siempre he defendido a Cristina. ¡Cristina es la imagen de una juventud que sufre la ignorancia y el fanatismo de sus familias!

Los padres de Cristina se encontraron tristes y avergonzados. Estas últimas palabras de Eduardo, Eduardo que era el hijo de sus patrones, terminaron de

despertarles una impresión de arrepentimiento. Francisco, con una voz grave y mirando alternativamente a sus vecinos, exclamó:

—¡Retiro la denuncia contra mi hija! Después de hablar con ella respetaré su voluntad.

Texeiro, su patrón, lo miró amenazador. Una ovación saludó la tan repentina decisión. Alejandro le felicitó:

—¡Su gesto será un ejemplo en estos pueblos, donde la juventud vive en guerra con sus padres, en la mayoría de las veces, por amar la libertad que ellos no comprenden!

Mercedes propuso dar la noticia a los demás, y marchó. Alejandro se quedó junto a los padres de Cristina.

- —Vendré con ella hoy mismo —les dijo—. Les aseguro que nunca, desde que nació, habrán visto en sus ojos una felicidad más resplandeciente.
- —¡Ah, ya suponíamos que estaba, si no contigo, no muy lejos!

Y un apretón de manos firmó el fin de una querella larga y triste.

Cuando se disponía a marchar, Alejandro se encontró con sus padres. Apercibió en ellos una expresión acogedora. Sonrieron, e instintivamente, los tres sintieron el mismo deseo de abrazarse. En particular la madre vio en ese cariñoso abrazo la felicidad que durante tantos años buscaba.

El objetivo de Alejandro terminaba de estar alcanzado. Despertar la conciencia de los vecinos frente a la situación en que él y Cristina se encontraban. Terminaba de realizar en su pueblo una ilusión ideológica y una conquista para su corazón.

Al grito de: "¡Victoria, libertad, emancipación", se fueron reuniendo en la plaza de la Iglesia. Cuando Alejandro llegó, los gritos se repitieron con más fuerza, mientras las inscripciones hondeaban en el aire como victoriosas banderas. La manifestación diálogo terminaba. La orden de regresar cada uno por sus medios estaba dada, cuando vieron aparecer un camión de policías. Alejandro aconsejó ser prudentes, y dirigiéndose a los campesinos, gritó:

—¡La expresión de la violencia no empieza en el trabajador, sino en los uniformes!

La policía, después de constatar que no había el desorden que les comunicaran por teléfono, sólo se dedicaron a desalojar la plaza. Lo que se hizo al gritó de: "¡Victoria, libertad, emancipación!".

Alejandro, en la motocicleta con Magali, dijo al salir del pueblo:

- —¡La familia del cura nos ha dado su último golpe! ¿No te parece?
- —¡Sí, pero ya has visto, España empieza a darle la espalda!
- —¡Regresaré con Cristina en seguida, a ver si termina de comprender que se le está acabando el reinado en la Tierra!

Alejandro conducía emocionado, y durante los primeros kilómetros continuaron la conversación a gritos; hasta que alcanzaron el coche que conducía Tino, en el que viajaban un número excesivo de jóvenes. Le hizo unas señas. Algo retirados de la carretera, en corro, saludaron el suceso que terminaban de cosechar, y cantaron una canción revolucionaria, entre los abrazos y los besos.

Más tarde, Alejandro interrumpe la algarabía, proponiendo:

—¡Cita en casa de Rosalía!

Magali y Alejandro llegaron los primeros. Entraron decididos. Los recibió doña Inés. En seguida se presentaron Rosalía y su hermana. Cristina se había recogido en la buhardilla. Lo hacía todos los días a la hora que acostumbraba llegar el papá de sus excelentes camaradas.

- —¡Ha sido una manifestación relámpago! —exclamó Alejandro.
- —¡Sí, en poco más de dos horas, los padres de Cristina han entrado en razón y los de Alejandro también! —añadió Magali.

Cristina, que siempre estaba con un oído orientado a las puertas, les oyó. Bajó veloz, pero antes de que llegara, Alejandro le cortó el camino. Se abrazaron dando gritos enloquecidos. Magali los miraba, mas amaba tanto la felicidad,

que sentía con parecida alegría la de los demás que la suya. Y amó ver la felicidad del hombre que era para ella un amor enloquecido.

Llegaron los demás. Todos felicitaron a Cristina.

- —¡Por favor, ya está bien! —interrumpió doña Inés—. Mi marido no va a tardar en llegar. Decidid lo que vais a hacer.
- —¡Ya está decidido, señora! —interrumpió Alejandro—. Cristina se viene conmigo ahora mismo, para firmar con sus padres el amor que tenían interrumpido.
- —Entonces, que sea en seguida —remachó la madre—. No quisiera que mi marido encontrara a Cristina.

Rosalía consideró a su madre impertinente y protestó. Alejandro no dio lugar a más polémicas y le propuso a Magali:

- —¿Qué te parece si me vuelvo a adueñar de tu motocicleta?
- —¿Pero es que tú crees que es mía? —bromeó ella.
- —Yo te acompaño a tu casa, Magali —les interrumpió Tino—. ¡Deja a estos dos tórtolos que vuelen!
- —Excelente idea, Tino —respondió Alejandro radiante de alegría—. Cita mañana por la noche en tu casa, Magali; ¿te parece bien? Poneos de acuerdo para la próxima reunión. Esta vez seremos dos más: Cristina y Eduardo. Este, ya habéis visto, esta tarde ha mandado a paseo a sus padres.

Y unos minutos después, Cristina se veía por fin sola con su amado en la motocicleta. Durante los primeros minutos se mantuvieron mudos. Alejandro daba la impresión que se desahogaba con la velocidad. Cristina le recordó:

- —Un día acusaste a Magali de ser una loca corriendo, ¿No es cierto?
- —Hoy es diferente, la alegría y la prisa me empujan como nunca.
- —¿La prisa? No te entiendo.
- —¡Pues ya lo comprenderás en seguida!

Y efectivamente quería dar las gracias a un montón de sus camaradas, y recorrer diferentes casas de Lugo, para continuar hasta La Coruña, donde pensaba entrevistarse con muchos más. Para ello, sólo la velocidad se lo podía permitir. Cristina nunca se vio con más miedo a su lado.

¡Ah, cómo los fue enloqueciendo la felicidad! Eran las doce de la noche, ya las visitas terminadas, cuando bastante antes de llegar a La Coreda, Cristina le aconsejó hacer un alto en pleno campo desierto. La noche era clara, pero el viento se manifestaba frío y violento.

Alejandro, ya retirado de la carretera, le preguntó:

—¿Pero es que no te das cuenta de la hora que es?

Si no nos entretenemos, aún podemos encontrar a tus padres despiertos.

—Tenemos tiempo de firmar con ellos la paz —replicó ella muy mimosa—. Querido, antes quiero sentir el amor en mis carnes y emborrachar de amor el espíritu. Ellos, que esperen, como he esperado yo en una buhardilla el amor que no ha tenido compasión de mis lágrimas. Ya está bien, Alejandro. ¡Abrázame, y dejemos por unas horas al mundo!

Y el amor cantó con idéntica locura en sus corazones, entre una vegetación golpeada violentamente por el viento.

- —Me hacía falta esta prueba de tu amor —murmuró ella apenas encontró el equilibrio de espíritu.
- —¡Bah! Dices tonterías; ¡con las pruebas que te tengo dadas! Pero en fin. ¿Estás complacida? Pues, ¡hala!, sigamos el camino.

Se habían levantado, y al dar los primeros pasos, ella le atajó, poniéndose delante para refugiarse en el calor de su pecho. Alejandro le levantó la barbilla con un dedo. Cristina le miró, y sus suplicantes ojos él los vio más bellos que nunca.

—¿Aún estás así? —interrogó él antes de besarla.

Ella le abrazó con fuerza, mientras musitaba.

—Sé que me vas a volver a llamar tonta; ¿pero, qué te parece si prolongamos este inolvidable momento? —Y miró hacia su derecha, irguiendo la cabeza—. ¿Ves aquella choza de campo? ¡Allí nos reiríamos del viento!

La pretendida choza se ocultaba en las sombras y era una minúscula barraca a mitad destrozada. Alejandro aceptó refunfuñando.

Y volvieron a embriagarse de amor. El reloj desapareció de sus mentes, y las horas se sucedieron entre comentarios, recuerdos, besos y largos desfallecimiento de sueño. Así, hasta que las sombras de la noche, arrolladas por la luz del alba, desaparecieron.

- —¡Esta locura nos va a costar una pulmonía! —exclamó él desperezándose y temblando de frío.
- —¿Tanto frío tienes? ¿Tan poco calor te he dado?

Y volvieron a reír; y unos minutos después, a correr, a respirar la libertad, según ellos, la más bella que nunca imaginaron.

Al llegar donde por la noche dejaron la motocicleta contra un árbol, él le preguntó:

-¿Recuerdas la última carrera que hicimos entre los pinos?

Ella se recogió hacia atrás los cabellos y contestó emocionada:

- —¿Que si la recuerdo? ¡Aquel día fui yo la que tuvo frío! ¡Hoy has sido tú! ¡Ah! Creo que serán las dos más bellas evasiones de mi vida.
- -No, ésta será la más larga; ¡quién sabe dónde terminará!

Y de un golpe de pie encendió la motocicleta, para llegar a La Coreda cuando los campesinos empezaban las tareas, y el sol abandonaba el horizonte.

Entraron en la grande propiedad de la hermana del cura, patronos de los padres de Cristina. Alejandro, al recibir las caricias de los perros, le dijo a su amada:

—Siempre me han acariciado cuando entraba como los ladrones a buscar tu amor. Me acompañaban hasta tu ventana y luego cuando me marchaba.

Caminaban cogidos del uno al otro por la cintura, mirando el divertido juego de los perros, y sintiendo, confundido en una misma sensación, la alegría, la tristeza y la emoción.

La casa estaba cerrada. Sus padres terminaban de tomar el café, cuando oyeron la voz de su hija:

—¡Papá, papá!

Su madre abrió la puerta, y exclamó desesperada de alegría:

—¡Cristina, hija mía!

Y una tempestad de lamentaciones, arrepentimientos y lágrimas duró un largo momento. Su madre terminó por murmurar:

- —Por nuestra culpa, cuánto y cuánto hemos sufrido.
- No, sólo yo he sido responsable —contestó Francisco.
- —Directamente, ninguno de ustedes lo ha sido —intervino Alejandro—, su comportamiento, señor Francisco, responde perfectamente a la moral y a la educación oficial que particularmente en Galicia, se cumple aún con los ojos cerrados.
- —Y además —cortó Cristina—, has estado siempre coaccionado por don Fernando. Lo has mirado más que como dueño, como a un dios.
- —Y aún hoy, querida —contestó el padre—, es el dueño, y representa entre nosotros a Dios. Sólo que desde hace unos meses no sé lo que está pasando, pues la gente habla y se alborota de una manera que no lo han hecho nunca.
- —Nunca, durante cuarenta años, señor Francisco —replicó Alejandro—. ¡Ah, cuántas cosas le quedan por ver en esta encantadora Galicia!
- —Bueno, bueno —interrumpió la madre—. Sentaos a beber un café. ¡Pero Dios mío hacéis una cara de no haber dormido en un año!
- —Pues sí, mamá, no hemos dormido, y ni hemos cenado, mas ya ves; ¡Nunca tan felices como en este momento!

—Bueno, yo pienso que es natural, ¿no les parece? —intervino Alejandro—. Después de tantas emociones y alegrías, comer y dormir son cosas secundarias.

Y sentados alrededor de unas tazas de café, la madre preguntó:

—En fin, Cristina, vamos al grano. ¿Dónde piensas ir? ¿qué es lo que habéis decidido hacer?

El padre, mudo y nervioso, esperó impaciente la respuesta. Cristina aclaró:

—No os preocupéis por mí. Papá soy inmensamente feliz. Trabajaremos y lucharemos juntos no importa dónde.

El padre recordó las cartas de su hija y la inscripción que leyó en la manifestación: "No escuches más a la sociedad y comprenderás mejor a la vida, a la libertad, y en la libertad encontrarás a tu hija." Y aceptó esperar, con la ilusión de poder comprender, aunque las lágrimas invadían su corazón.

- —¿Habéis echado ya el ojo a una vivienda? —volvió a preguntar la madre.
- —No, pero no hagas caso, mamá. Mira, la casita, el jardín, el automóvil, a ninguno de los dos nos dice nada. Las concepciones que tenemos de la vida son muy particulares, mamá.
- —Exactamente, señor Francisco —intervino Alejandro—. La calidad de la vida, nosotros la vemos en las transformaciones de la sociedad y en las del hombre, y también, por descontado, en las bellezas que todos los días nos ofrece el pensamiento.

Los padres de Cristina no estaban preparados para alcanzar tales dimensiones espirituales, y en ese largo momento que estuvieron conversando, sólo la palabra del corazón los reconcilió.

Así, las horas fueron pasando, para Cristina, en un ambiente encantador, perseguido durante dos años, Para sus padres, en una situación que consideraban vergonzosa a los ojos de Dios. A ese mundo de la tradición, del que sus padres nunca ya podrían salir, Cristina terminaba de abrir una abertura. ¡Ah, qué ofensa más escandalosa contra la religión y la moral de su

pueblo veían en su hija!; mas, vencidos por el amor de padres, aceptaron todo. Sentimientos y educación se revolvían en el espíritu de los padres, mientras que en el de los dos jóvenes, la vida, desnuda e idealizada, cogía dimensiones de una belleza extraordinaria.

El pensamiento y la preocupación no cesaba de ocuparlos. Estaban sentados en un banco los dos hombres, y ellas iban y venían, cuando se les presentó Eduardo. Había visto la motocicleta de Magali y no dudó ni un momento. El señor Francisco le saludó con el respeto que tenía por costumbre. Era el hijo del patrón, sobrino del cura, y aunque lo tuvo en sus brazos el día que nació, para él la diferencia de clases era una determinación de Dios.

—¿Pero cuándo dejará usted, señor Francisco, de mirarme como amo para abrazarme como amigo? —le reprendió Eduardo mientras se abrazaban.

Francisco no contestó, mas sonrió agradecido. Eduardo les contó, detallé por detalle, la reacción que su padre y su tío tuvieron después de la manifestación. Terminó diciendo:

- —A usted, señor Francisco, no le perdonarán nunca el haber aceptado dejar a su hija vivir con Alejandro sin casarse, y a mí, de haberme manifestado a los ojos del pueblo al lado de Alejandro. Mi tío considera que todos juntos hemos ofendido a Dios y a la moral.
- —¡Pero cuánta tristeza, desolación y ridículo hay en la mentalidad del dictador y en la del fanático! —se lamentó Alejandro—. ¿Quién les impide a ellos ir a misa o cumplir sus creencias?
- —Nadie, son los dueños —replicó Cristina—. La única libertad tolerada es la de fanatizar, embrutecer y esclavizar. ¿Cuántas veces tú, Alejandro, no me lo has dicho?
- —Esta tiranía, señor Francisco, su hija y yo no la hemos aceptado nunca volvió a intervenir Alejandro—. Eduardo, ya lo ve, tampoco, y otros más que se manifiestan sin organizarse por todo Galicia, y que nosotros pretendemos unirlos en una fuerza de emancipación.
- —Bueno, ¿entonces qué piensas hacer, Eduardo? —preguntó Cristina.

—Pues ni más ni menos que lo que has hecho tú. ¿Sabéis lo que esta mañana me ha dicho mi tío? Pues que no me permitirá ser otra víctima de Alejandro. "De ahora en adelante escoge entre la mano de Dios o la del Diablo", me ha repetido varias veces.

—Pero, en la realidad, ¿qué es el Diablo para tu tío? —preguntó Alejandro riendo—. Pues no otra cosa que el respirar la vida sin ellos, o sea, sin la tradición. Creer en Dios sin creen en ellos, como algunos de nuestros camaradas, es tener el Diablo en el cuerpo. No creer en Dios, ser un tirano, pero rezar todos los días junto a ellos, es ser un santo perdonado. ¿Que no? Miremos en la historia, y encontraremos a los reyes y a sus célebres guerreros, que, siendo autores de ríos de sangre y mares de degeneración, han sido bendecidos por todos los Papas y han levantado las más bellas iglesias. ¡Ah, pero nunca les ha faltado rosarios en la cintura y cruces en el pecho!

Francisco, que los escuchaba bastante sorprendido, protestó:

—¿Quién sois vosotros para dar a la vida de los hombres una imagen diferente de la que ha dado Dios?

Los tres jóvenes se miraron conmovidos. Cristina se sentó al lado de su padre, y le contestó:

—Mira, papá, respetamos tu fe como la de todos los demás, ¡pues no faltaría más!, pero pregúntate una cosa, por ejemplo: ¿Crees que Dios ha mandado que los hombres vivan en una guerra permanente y que las armas y las cruces combatan juntas en los mismos ríos de sangre? ¿O que la religión haya vivido durante la historia de la humanidad en el más alto pedestal de la riqueza, o que haya bendecido a los ejércitos después de terminar las más vergonzosas masacres? Creer en Dios, papá, de la manera que tú lo concibas, es nuestro derecho, pero no creas en los hombres que lo representan.

No comprendo cómo has podido llegar a ser tan atrevida, hija mía – protestó su padre en voz suplicadora.

Alejandro intentó justificar a su amada:

- —Comprenda, señor Francisco, que nosotros no perseguimos, para el hombre, otra cosa que la libertad. Luego, si una vez libres frente a la vida, encontráramos a Dios en el interminable camino de la filosofía, está usted seguro que no será el que, según don Fernando, nos prohíbe vivir el amor, libres en las bravuras del sexo y en las del espíritu, sin dar cuenta a nadie, mas que al sentimiento que lo inspira. Dios, cada uno debe de encontrarlo en la meditación y en la filosofía de todos los días, y no en la educación intoxicadora que recibe el hombre durante su infancia.
- —¡Ah! ¿Entonces ustedes creen que puede existir Dios? —exclamó Francisco.
- —La vida es infinita —prosiguió Alejandro—. ¿Qué puede reservamos la naturaleza en sus profundidades? Yo, señor Francisco, hoy no creo más que en lo que puedo constatar, y dejo para la meditación el más allá que no puedo probar. El hombre es para mí una realidad, una revolución, y por consiguiente, la razón de todas mis preocupaciones. Usted, señor Francisco, es un esclavo de su patrón y una oveja de su cura. Es esto y nada más que esto, que nosotros no aceptamos, ni como justicia social, ni como religión.
- —Alejandro tiene razón, señor Francisco —intervino Eduardo—. El, nunca ha criticado en el pueblo al que va a la misa, sería contrario a nuestras ideas. Sólo ha combatido a los que se empeñan en que la moral católica sea universal. La dictadura católica es una realidad; está latente de una manera o de otra en todos los pueblos, y lleva traumatizados más espíritus que las guerras han llenado cementerios.
- —Perfectamente, tú estás bien emplazado para afirmarlo —observó Alejandro, para agregar—: ¿Quién sino el catolicismo acusa a la mujer, plenamente libre, de prostituta? ¿Quién sino la moral católica prohíbe aún a Cristina una frecuentación sin casarse? ¿Quién sino la misma moral condena la desnudez humana a ser un pecado y un delito, cuando se exhibe a la luz del sol en las playas? ¿Quién condena a la mujer a vestir contrariamente a sus ideas y a ser en tantas situaciones inferior al hombre, sino la moral católica? ¿Cuántas madres no han tenido que dar al mundo hijos monstruos por culpa de estar condenado el aborto por la moral católica? Todo esto ha de desaparecer en Galicia como está desapareciendo a pasos de gigante en Europa. Italia nos está

dando un ejemplo. La moral católica, para los católicos, de acuerdo, pero el hombre que no esté con ellos, que lo dejen vivir en su moral, libre y en paz. La razón y el humanismo unidos en la mente del hombre, deben de ser un día en la Tierra el eje de toda organización moral y social.

- —Lo que hay que oír —se lamentó Francisco levantándose y poniéndose a dar unos pasos a lo largo de la cocina—. ¡Y, lo que se está oyendo desde hace unos meses en este pueblo que ha sido uno de los más santos de Galicia! Cosas que en mis tiempos nadie hubiera intentado ni insinuar.
- —Por lo tanto, señor Francisco, son las cosas de la vida —replicó Eduardo preparándose a marchar—. En fin, mire, su hija y Alejandro son una historia de amor que van a copiar muchos jóvenes, que frente a sus familias, también se encuentran obligados a obedecer la tradición, por lo menos cuando descubren el amor y la libertad y aún no tienen los dieciocho años.

Francisco volvió a defenderse como pudo, pero en seguida Eduardo empezó a despedirse y los abrazos dieron fin a la discusión.

A continuación Alejandro propuso a su amada que darse a comer con sus padres mientras él iba con los suyos. Vio en tal comportamiento, la manera de ofrecerles una intimidad propensa a las confesiones y al cariño.

—Que el amor ocupe la plaza de los malos entendidos, señor Francisco — exclamó Alejandro al marchar desde la puerta.

* * *

Y la tarde, después de haber concluido respectivamente con sus padres, una guerra de dos años, la dedicaron a visitar, orgullosos, los vecinos del pueblo, y hasta recorrieron en motocicleta las aldeas vecinas. La primera y la más larga visita, la hicieron a la familia Giménez. Con el "Viejo" la emoción llegó hasta hacer desbordar las lágrimas.

Generalmente en las demás casas fueron bien recibidos. Nunca habían respirado juntos en la tierra que nacieron tanto respeto y simpatía. "¡Oh, cómo es difícil comprender las reacciones que levanta la ignorancia!" exclamó Alejandro en un momento de confusión y sorpresa.

Al regresar de sus largos recorridos, ya las seis de la tarde, Alejandro comentó, mientras paseaban a pasos lentos, y abrazados el uno del otro por la cintura:

- —Miseria como la que terminamos de constatar no creo que se encuentre en otro rincón de España. Estas casas, donde los animales y la familia se revuelven en la entrada y en la cocina es una imagen clásica, en estos pueblos, pero intolerable en una nación digna. ¿Te has dado cuenta en casa de tu tía? ¡No hay un rincón que puedas sentarte sin que se ponga uno perdido!
- —Anda, pues aún no has querido ir a las del Cerro. Allí, quitando la casa de don Emilio y sus protegidos, las demás son verdaderas cuadras. No me extraña que la juventud emigre.
- —Y cómo quieres que no emigren si el trabajar en el campo en estos pueblos es inclinarse a ser un animal. Yo creo que Galicia es la región que necesita con más urgencia una reforma agraria. El campo debe de igualar a la industria mismo si Madrid tiene que pagar la patata a cien pesetas. La agricultura es la parte más importante del corazón de España.

Sin detenerse, continuaban paseando, conversando y saludando a los que no se escondían de ellos. Los dos eran igual de felices saboreando la victoria de sus ideas.

—Se acabaron los días que solo podíamos vernos escondiéndonos —le dijo él sin detener el paseo—. Por fin nuestra emancipación y nuestro amor libre, es en las calles del pueblo que hemos nacido, una bofetada a todos estos cavernícolas que nos han difamado y perseguido.

Y le dio un beso, y mientras paseaban otros muchos más. De cuando en cuando eran interrumpidos para recibir un apretón de manos, contestar una pregunta o dar ciertas aclaraciones. Así, en ese lento paseo que Alejandro llamó exhibición de amor libre y emancipación, recorrieron todos los lugares del pueblo, hasta que al llegar a la plaza de la Iglesia se encontraron con

algunos jóvenes. En seguida formaron un corro, al que se agregaron campesinos de cierta edad. Alejandro hizo todo lo que pudo en evitar que tal reunión se pudiera confundir por una provocación. Media hora después se despedía diciendo:

—¡No dejéis satisfacer nunca la sed de vuestros espíritus! ¡No asfixiéis tampoco vuestros corazones en las costumbres cada día más ridículas de la tradición! ¡Dad a la imaginación alas para levantar la poesía en todas las situaciones de vuestra vida.

Y Cristina desde cuatro pasos más lejos también les aconsejó:

—¡Decirle a don Fernando, que mi padre ha decidido no escuchar a nadie más que al amor! ¡No deis nunca la espalda a la libertad!

Y se dirigieron a dar los últimos abrazos a sus padres, para encontrarse poco más tarde en la carretera hacia Lugo.

—¿Donde te diriges? —le preguntó ella.

Alejandro frenó hasta pararse. Se volvió para contestarle.

—Me preguntaste lo mismo el día que te fugaste. ¿Recuerdas? Hoy eres libre y me lo repites. —Y le dio un beso—. En fin, comprende que si queremos vivir con la libertad, nuestra casa será muchos días, por lo menos hasta que no resolvamos la situación económica, la misma de esta noche pasada: ¡La Tierra y el cielo! De momento, es casi seguro que nos vamos a quedar en casa de Magali.

Y arrancó brutalmente. Alcanzó pronto excesiva velocidad, y locamente entusiasmado, gritó:

—¡Respira la libertad! ¡No te preocupes de otra cosa que de la libertad! ¡La libertad es prioritaria a todos los intereses y lo mismo a los de nuestro amor!

Cristina empezó a amar la libertad pocos días después que conoció a Alejandro, y desde entonces, sólo pudo vivirla de cuando en cuando en sus

escapadas. Se abrazó a él por la cintura, respiró la velocidad, miró la noche en los campos, y se sintió feliz y libre.

* * *

Magali y su padre estaban muy impacientes, cuando Alejandro tocó el timbre. En la puerta apareció el padre. Al instante su hija. El entusiasmo y la emoción más pronunciados lo manifestaron las dos muchachas en los repetidos y prolongados besos y abrazos. El apretón de manos de los dos hombres también fue caluroso y cordial, mas por parte del padre, su emoción y desconcierto lo provocó la importancia que dio su hija a la llegada de Cristina. No, no podía terminar de comprender esa imagen tan particular de camaradería. Sabía que su hija amaba locamente a Alejandro, y sin embargo la vio tirarse a los brazos de la mujer que ocupaba su plaza en el corazón de Alejandro. Disimuló el choque, como tantas otras veces. Sólo cuando terminaron, Cristina y Alejandro, de deshacerse de sus ropas de abrigo y se acomodaron todos en el salón, les preguntó:

- —Pero, bueno; ¿a qué razón ese cambio de actitud por parte de sus padres y de tantos otros del pueblo?
- —No crea que ha sido tan espontáneo —contestó Alejandro—. Ya desde hace unas semanas no cesábamos de ganar, a pasos de gigante, la simpatía. No olvide que los partidos políticos, y en particular los sindicatos, se están manifestando cada día más claramente, y que por consiguiente, la gente habla con menos miedo. Digamos, que el padre de Cristina como el mío, se han dejado impresionar por un número, bastante crecido, de campesinos, que durante muchos años han tenido que permanecer mudos y, así, de un momento a otro, han encontrado la palabra.
- —Perfectamente —cortó Magali—; meses atrás, la manifestación del otro día, que tantos ánimos despertó en La Coreda, nos hubiese llevado a la cárcel. Sin embargo la policía, llamada por los de siempre, no se ha metido con nosotros;

¿no es esto prometedor?

—Sí, efectivamente. España está dando un cambiazo —asintió el padre.

Tras una pausa, Alejandro sugirió ocupar con Cristina la habitación que le había concedido hasta encontrar una segunda solución. Y terminó por exclamar:

—Será nuestra primera noche, oficialmente reconocida, de amor libre.

Magali rió a corazón abierto. Miró a su padre amorosamente, y contestó:

—¿Dónde mejor que aquí con nosotros, no es verdad papá?

El padre, siempre tan desconcertado, aprobó. A continuación, Magali les mostró los diarios de la mañana, todos favorables a la nueva posición de los padres de Cristina. Uno de ellos decía: "¡El amor ha vencido por fin!" Y otro: "Los jóvenes anarquistas han impuesto su moral."

El padre les interrumpió para observar:

- —Parece que vuestra manifestación del otro día ha sido un suceso. Se está comentando en muchos lugares públicos; ¿no es verdad, Magali?
- —¡Ah, sí, bien seguro! Tino y yo lo hemos constatado durante todo el día.
- —Con nuestros primeros pasos hacia desvestir él anarquismo de una imagen de violencias que no es, ni por asombro, la suya, para vestirlo con sus propios valores filosóficos y humanos, —comentó Alejandro muy emocionado—. La sociedad humanista que aspiramos, sin centralismo gubernamental y con una coordinación natural a la riqueza intelectual y sentimental humana, no se alcanzará sin que una cultura revolucionaria vaya destruyendo las tradiciones que impiden al hombre elevarse a su alto valor humano.
- —Ni más ni menos; ésta es nuestra finalidad, papá. Pues si el anarquismo quiere resurgir en el mundo, deben de comprender los anarquistas, que su revolución no está en ningún otro lugar que en la realización del hombre. En la actualidad, la razón está supeditada a los instintos más salvajes, pues el humanismo lo ha destrozado la sociedad de clases. Por consiguiente, el

combate de las ideas, en una convivencia democrática, es el más digno y acertado para todos. Ningún partido, sea el que sea, puede pretender barrer él solo, tantos siglos de errores. Esta horrible situación social que vivimos es una clara consecuencia de haber vivido los pueblos distanciados de una educación racionalista, y sometidos a ídolos, supersticiones, y divididos por las fronteras, los idiomas y las clases. Construir una sociabilidad natural a la dignidad que exigen los derechos humanos a través de la realización del hombre, es la revolución más positiva, filosófica y poeta que puede aspirar un humanista. La revolución anarquista pues, es permanente, papá, y ésta es la lucha cultural contra las tradiciones sociales y morales que impiden resurgir a la condición humana: condición incontestable para edificar nuestra soñada sociedad de amor, de intereses colectivos, mas, de hombres independientes y libres.

- —¡Ah, señor!¡Tiene usted una hija encantadora! —exclamó Alejandro.
- —Gracias. Eres siempre demasiado generoso —contestó Magali algo turbada.
- No es exagerado, no Magali. Te exprimes maravillosamente —añadió
 Cristina.
- —Yo mismo he empezado a conocer a mi hija, a partir del día que me presentó a Alejandro —comentó riendo el padre.
- —Bueno, ya está bien, me vais hacer salir los colores —protestó Magali.

Alejandro, cortó, volviendo a la discusión, que él mismo interrumpió:

- —Pues sí, señor; multiplicar las agrupaciones de emancipación es nuestro primer objetivo revolucionario. Los hombres que crean en nuestra revolución cultural, nos encontrarán en la agrupación "Amigos de la Emancipación".
- —A propósito —interrumpió el padre—, según he oído a personas bien informadas, vuestra asociación va a estar muy pronto legalizada. En cuanto al local, pues sé de un viejo almacén de granos que os irá a la medida.

Alejandro respondió sin poder retener la emoción:

—¡Nunca podremos recompensar su generosidad!

—No hay de qué. Lo que hago es puramente por simpatía a vuestros entusiasmos y desintereses.

Cristina le escuchaba con envidia. Siempre tuvo la ilusión de llegar un día a poderse medir con el hombre al que amaba. Intervino poco durante la buena hora de conversación. En todo tiempo tenía miedo de no estar acertada.

—¿Bueno, qué, empezamos a cenar? —interrumpió Magali, levantándose, para agregar con un destello de mimo en los ojos—: Pero, todos al trabajo, ¿eh?

Durante la cena continuaron los emocionantes discursos. Luego, Magali invitó a Cristina a ver la habitación que iba a ser, provisionalmente, su residencia. Las dos muchachas intercambiaron, durante un buen momento, sus sentimientos. Hasta que ya, bastante más tarde, Alejandro las interrumpió.

—La cama es algo estrecha, pero en fin, creo que no va a ser una dificultad — bromeó Magali riendo al marchar.

Alejandro, dentro de su felicidad, sintió un escalofrío de tristeza. Le ofreció un par de sonoros besos, uno en cada mejilla.

Cuando Magali cerró la puerta de su habitación y oyó sus risas, se estremeció; pero en seguida, su personalidad, tan enriquecida, por la filosofía de sus ideas, hizo en añicos la melancólica sensación que terminaba de cruzar su corazón.

En estos dos meses últimos, Cristina empezó a trabajar de dependienta en una casa de modas, propiedad de un amigo del padre de Magali. Alejandro y ella sin encontrar vivienda continuaban residiendo junto a Magali.

Alejandro, libre de los problemas, que durante dos años, encontró en su pueblo, sea con sus padres o con don Fernando, a causa de sus ideas y de Cristina, se entregó, aún con más ardor, a organizar los cuadros de su pretendida revolución cultural.

Por otro lado, Antonio, partidario de los pueblos en armas contra el capital, salió en libertad provisional, y se puso a la cabeza de una línea dura y de violencias, contra los residuos del franquismo.

Pero, el desenvolvimiento político de España favorecía ampliamente a las teorías de Alejandro. El interpretar el anarquismo como una religión positivista, en la que la condición humana era su Dios, y la realización del hombre su revolución, representaba una posición cultural más acogedora que la tradicional revolución de masas que defendía su amigo Antonio. Estas dos tendencias de la revolución dividieron el movimiento anarquista. El uno, entendía la revolución en la cultura racionalista del anarquismo, propia a la superación del hombre. El otro, en organizar la revolución social para una ofensiva sin cuartel contra el capital.

Democracia contra violencia, emancipación contra tradición, y escuela libre y racionalista contra escuela monopolizada por los estados y las religiones, era el eslogan que encabezaba el movimiento cultural iniciado por Alejandro. Movimiento que iba cogiendo forma a pasos de gigante; pues esta inteligente manera de presentar el anarquismo encajaba perfectamente bien en las aspiraciones de un pueblo como España, hambriento de paz, pero aún mucho más de libertad y de renovaciones. Así, los jóvenes invitados a luchar por la superación del hombre, de espaldas a la violencia, y a vivir el amor, la libertad, la moral y a religión, cada uno con su poesía, sin obedecer a las viejas costumbres de la familia ni a las torpes y ridículas prohibiciones de la sociedad, veían en la agrupación "Los Amigos de la Emancipación", una manera positiva de combatir las raíces que dan vida al hombre autómata que necesita el Estado y las religiones.

Y, el choque de Antonio con Alejandro se hizo inevitable, el día que los estatutos de "Los Amigos de la Emancipación" fueron oficialmente aprobados y difundidos por algunos periódicos. Era un día de julio, en el que la juventud, libre de los estudios por las vacaciones, celebraron, unos con vivas manifestaciones de entusiasmo, otros con indiferencia, y Antonio con sus amigos, acusándoles públicamente de hacer el juego a la burguesía.

La prensa comentó los aspectos pacifistas y culturales de la agrupación muy favorablemente. Una revista, entre otras cosas, decía: "«Los amigos de la Emancipación» pretenden combatir los sistemas estatales y las religiones aliantes, en una revolución cultural contra el hombre obra de sus propias instintos, y por el hombre obra de la condición humana."

En los alrededores de esta misma fecha, Alejandro y sus amigos terminaron de organizar una reunión de anarquistas al nivel internacional en la propiedad, "La Castañeda", que poseía el padre de Magali a cien kilómetros de Lugo por la carretera de Madrid, en pleno bosque. Este acontecimiento, una vez ya en vías de ejecutarlo, tuvo para Alejandro tanta importancia como el ver su agrupación en la legalidad.

* * *

Era un viernes, las seis de la mañana de un día espléndido de sol, cuando Alejandro y sus más íntimos amigos llegaban a "La Castañeda" en dos coches. De todos, sólo Rosalía había estado dos veces en esa colosal propiedad de diez mil metros cuadrados de bosque, que el padre de Magali poseía para sus célebres evasiones.

Al verse entre los muros que rodeaban la propiedad, Alejandro y Cristina, durante un momento, corrieron por entre los árboles cantando y saltando. Magali se dedicó a abrir las puertas y las ventanas, mientras que los demás, al igual que Cristina, corrieron de un lado a otro, admirando las bellas particularidades que el padre de Magali encerraba en su terreno.

Era una propiedad magnífica, pero el edificio de planta baja y un piso, como sus jardines, hablaban de las largas temporadas que permanecían en el olvido.

Poco después, todo inspeccionado, se reunieron en el espacioso salón para comentar sus impresiones. Magali les aclaró:

- —Mi padre ha ido empleando todas sus economías en estos campos perdidos; pues ya veis, los transportes y los comercios están a una distancia considerable. Tiene ilusión de venir a terminar aquí sus días.
- —Una ilusión muy romántica, ¿no os parece? —opinó Cristina.

—Sí, muy romántica; pero estos romanticismos no se los puede pagar un trabajador —replicó Alejandro—. Es un privilegio. Razón por la que nosotros no podemos aprobar estas maneras de reírse de la miseria.

Discutían entre las risas espontáneas y vivas, unos sentados y otros dando una serie de pasos a lo largo del salón. Más tarde, Rosalía sugirió:

—¿No creéis que deberíamos ponernos a trabajar? Muy posiblemente esta tarde empiecen a llegar los primeros camaradas. Mañana esta casa estará invadida.

Fue proponer y hacerlo, pues sin el más pequeño comentario se repartieron las ocupaciones. Cristina y Magali salieron a hacer las compras, después que cada uno vació los bolsillos. Tino, Alejandro y Jesús se ocuparon de la limpieza, y los demás de preparar la cocina.

Por el camino, en una pequeña camioneta "Citroën" que conducía Magali, Cristina se confió a su compañera:

- —Cómo me gustaría pasar, aquí en tu casa, unas semanas con Alejandro. ¿Crees que tu padre lo consentiría?
- —Lo consentiría y encantado. ¿Pero crees que Alejandro estará de acuerdo de encerrarse en esta soledad, con el trabajo que nos espera en ese granero que hemos de convertir en un precioso local?
- —Tienes razón. Será mejor no decirle nada. Las ideas son para él prioritarias y, la verdad, yo en el amor... !me encuentro tan niña! No hablemos más de esto.

Magali, mientras compraban, elogió las concepciones que Alejandro tenía del amor y de las ideas. Durante el camino, las dos se sintieron igual de felices admirando al mismo hombre.

Al regresar, apercibieron con alegría, que sus camaradas habían trabajado con ardor. La casa no tenía ya la fea expresión de abandono y olvido. Se incorporaron a los trabajos de la cocina; y más tarde extendían en el prado unos preciosos manteles blancos.

La vida desbordaba en las carcajadas que animó la comida. Esta manifestación de poesía y de juventud, inspiró a Alejandro decir, al tiempo que se tumbaba en la hierba:

—¡Pocas veces tenemos tiempo de abrazar estos bellos instantes de la vida!

Magali aprovechó para decirle:

—Pues mira, yo creo que Cristina desea proponerte otro instante aún más sensacionalmente bello.

Cristina sintió arder sus carrillos. Contestó algo turbada:

—Pues sí, Alejandro. Me gustaría pasar contigo unos días en esta casa. Se lo he confiado hace poco a Magali.

Alejandro se sentó, se cruzó de piernas y contestó:

- —¡Ah, por mi parte encantado, querida! Mira, si el padre de Magali nos lo permite, podríamos venir en seguida que terminemos de preparar el local.
- -Entonces, ¿por qué no? Yo me ocupo de pedírselo a mi padre.
- —Eres una ricura, Magali —exclamó Cristina muy sentimental.
- —¡Y vosotros todos, un encanto! —exclamó también Magali—. ¿Sabéis una cosa?¡Os merecéis un café!

Y marchó a prepararlo. Cristina corrió detrás. En la cocina le preguntó con mucha ingenuidad en sus ojos:

- —¿Quieres mucho a Alejandro, no es verdad?
- —Pues tanto como lo puedas querer tú. ¡Bah! Siempre me has preguntado la misma cosa.

Ocupadas cada una en su trabajo apenas se miraban. Cristina terminó de moler el café, y le contestó:

—El también te quiere Magali. Ve en ti la imagen de mujer que muy posiblemente un día idealizó.

- —¡Ah!, pero ya ves, el amor es en el corazón, más poeta que filósofo —replicó Magali.
- —Sí, pero créeme, te necesita. ¡Oh, si tú le faltaras no sería completamente feliz! Le haces tanta falta como yo.
- —¡Uf! no hablemos más de esto —cortó Magali.

Sus miradas chocaron, e instintivamente, se abrazaron. En ese instante entró Rosalía. Exclamó:

- —¡Ah, ya lo veo, seguro que os habéis terminado de descubrir! ¿Me equivoco?
- No, no te equivocas —contestó Magali—. He descubierto que Cristina tiene en su espíritu más bellezas que a simple vista aparenta.
- —No le hagas caso —contestó Cristina—. Generosa como ella no hay otra.
- —¡Bah!, las dos sois extraordinariamente humanas —exclamó Rosalía preparando en una bandeja las tazas de café.
- —¿Sabéis que deben esperar el café impacientes? —observó Cristina.

Y más tarde, alrededor de los manteles, unos estirados, otros sentados, reían y conversaban. El día se mantenía acogedor, aunque de cuando en cuando unas ráfagas de viento sacudían los árboles.

- —¿Qué color le daríais vosotros a la libertad? —preguntó Jesús aparentemente en broma:
- —Toma tienes cosas muy originales —replicó Eduardo.

Y Jesús prosiguió:

—Nada de original. Todas las cosas de la vida tienen para los ojos del espíritu una belleza y un color, ¿no creéis? Pues bien, para mí el color de la libertad es, el de la sangre que ha corrido a ríos para conquistarla. Es decir, roja.

Carine cortó, para cambiar el tema diciendo:

—¿Y la caza, cómo la ves tú, Jesús?

- —¡Pues como un acto propio de animales salvajes!
- —¡Ah, no! Para el hombre, lo de animal salvaje, se queda corto —intervino Alejandro—. Pues el animal mata para alimentarse. No tiene uso de razón ni sensibilidad; mientras que el hombre mata para divertirse y satisfacer, no sus necesidades, sino su vanidad. El hombre siembra en los campos la muerte con una imagen de salvajismo que no nos ofrece ningún otro animal.

Tino se levantó, simuló la presencia de un toro, se puso a torear haciendo gestos enérgicos y graciosos hasta hacerles reír. Luego preguntó:

- —¿Y la corrida de toros? ¡Hala Alejandro, dinos cómo la ves tú!
- —Pues yo creo que como todos los que estamos aquí. Mirada desde nuestra moral racionalista, como una bestialidad más de las que el hombre escribe todos los días para su vergonzosa historia; ¿no os parece?
- —Efectivamente —intervino Magali—. El arte que tiene como finalidad el satisfacer, haciendo sufrir y matando, no lo posee otro animal que el hombre. El toro en esa triste pelea es noble y combate sin salirse de su naturaleza, mientras que el hombre asesina su condición de humano.
- —¡Y, ya veis, esta criminal manera de divertirse es aún la ilusión de grandes multitudes! —exclamó Rosalía.
- —Multitudes inconscientes —replicó Alejandro—, La inconsciencia no permite diferenciar los actos bellos, dignos y humanos, de los horriblemente feos, indignos y salvajes.

Cambiando a menudo de posición, pero sin retirarse de alrededor de los manteles, daban a la discusión cada instante más vida y profundidad. Eduardo planteó otro tema:

- —¿Y de los deportes, no habláis?
- —¿El deporte en nuestra cultura? —contestó Alejandro—. ¡Pues una extraordinaria maravilla! Pero para vergüenza de nuestra sociedad, el deporte, al igual que tantas otras cosas que podrían dar al hombre belleza y riqueza,

esta prostituido y acondicionado a no dar más que una inteligente manera de embrutecer la juventud.

- —Perfectamente —asintió Magali—. El deporte, en las manos del capital, enriquece a unos, explota la salud a otros, y crea bandas de estúpidos y de fanáticos.
- —¡Todo en nuestra sociedad está prostituido, todo, sí, deporte, amor y arte exclamó Rosalía—. En la sociedad de clases todo es prostitución.
- —Esta decadencia —volvió a intervenir Alejandro—, no la puede detener, que no sea la educación racionalista y humanista que proponemos en nuestra revolución cultural, contra las tradiciones sociales y morales que continúan arrastrando la humanidad hacia el mismo.

La llegada de una camioneta les interrumpió. Era Antonio con un puñado de sus camaradas. Declinaba el sol, mas el tiempo no lo apercibieron pasar. El pensamiento y la poesía borró de sus mentes el tictac del reloj. Magali se ocupó de ir a abrirles. Los recibieron con alegría, entre una mezcla de exclamaciones y de estrepitosas risas.

Recogieron los manteles y cubiertos. Entraron a ocupar el espacioso salón. Antonio invitó a Alejandro a dar un paseo. En seguida que se encontró solo con él, le dijo:

—Sabes que he estado en Madrid; pues bien, allí también piensan que vuestro movimiento de emancipación, tal como lo tenéis planteado, con tanto romanticismo y sin la acción, no puede convencer a los que como yo, quieren luchar en una acción directa contra la mascarada que está organizando el franquismo.

Alejandro dio unos pasos para contener los nervios, y opinó:

—Mira, Antonio; contra la dictadura estuvimos siempre de acuerdo, como lo volveríamos a estar hoy si se instalase otro Franco. Sí, volveríamos a encontrarnos en las calles o en las cárceles hasta destruirlo. Pero hoy, en la presente situación, no se trata de destruir sino de construir. Nosotros, hoy ya oficialmente, somos una agrupación de cultura anarquista, aceptamos el juego

de ganar o perder la democracia. No hay otro camino más positivo. Sabes que en todo tiempo te he dicho que no existe otro lugar más directo a la emancipación de un pueblo que la libre comunicación de las ideas. En esta superficie cultural, el anarquismo es invencible, mas, en la violencia con un pueblo materializado hasta la médula, desconocedor de otra sociabilidad que no sea la de clases, embrutecido y supersticioso en su mayoría, el reinado del capital y el de la Iglesia, seguirán aplastándonos en todas las revueltas y revoluciones. Las raíces de la explotación están en la ignorancia. La democracia es el terreno más apropiado para arrancarlas.

—¡Bueno, bueno, ya está bien! —le interrumpió Antonio dando unos pasos en un ir y venir—. ¡Tu romanticismo ha terminado por irritarme siempre!

Entonces dejemos que el tiempo hable y entre tanto, vamos junto a los demás —replicó Alejandro empezando a andar.

—De acuerdo, dejemos al tiempo. Yo de momento me quedo en Madrid, con un grupo que muy pronto va a conocer toda España. Sí, oiréis hablar de nosotros. Si hemos de morir no será de rodillas, sino con el fusil en las manos.

Alejandro comprendió con tristeza los sentimientos de su viejo camarada. Siempre vio en él, más al rebelde que al idealista. No obstante lo amaba.

Al entrar los dos en el edificio de planta baja y un piso, encontraron el salón convertido en un campamento. Era espacioso, pero Alejandro creyó que iba a ser insuficiente.

El ambiente se hizo muy familiar, y unos por aquí y otros por allá, charlando y bromeando, se repartieron los alimentos, y no apercibieron las horas, hasta el momento de empezar a organizarse para ir a encontrar el sueño.

En una habitación algo reducida para el número, que durante la noche se proponía descansar, Rosalía exclamó:

- —¡Ni como sardinas en lata!
- —No te preocupes —contestó Alejandro—. Dormiremos todos revueltos no importa de qué manera. Siempre hemos sido una familia formidable.

- —Tú podrías dormir con Cristina en esta cama —le aconsejó Tino.
- —¿A razón de qué esta preferencia? —Y tiró el colchón al suelo—. Haced vosotros lo mismo con la otra y tendremos cuatro camas.

Y unos que sí, otros que no, se alborotaron hasta caer en una cómica y divertida pelea. Almohadas, mantas y sábanas fue con todos ellos en el suelo, una expresión clara de amistad y de amor.

- —¿A quién la victoria? —gritó Cristina, cuando todos riendo por el suelo y entre un revoltijo de mantas cesaron de pelear.
- —¡A la vida! ¡Nuestra más extraordinaria poesía!
- —¡Pues hurra a la vida! —gritó Magali.
- —¡Y otro hurra al amor! —añadió Alejandro.
- —Y otro, ja la libertad y a la amistad! —continuó Rosalía.

Y con el incendio espiritual que siempre los unió y les inspiró una imagen de vida totalmente opuesta a la que encontraron en la familia y en la sociedad, terminaron de rendirse al sueño.

* * *

Magali fue la primera en saltar de la cama. Eran las ocho de la mañana. Salió al campo, aún con los ojos muy entorpecidos por no haber podido dormir mas que cortos momentos. Tuvo la sorpresa de ver, que al otro lado de los muros esperaba en la puerta un grupo de jóvenes. Les abrió y fue corriendo a dar la noticia.

Continuaron llegando delegaciones, y a las tres de la tarde, el salón abarrotado, empezaron la reunión.

Las primeras intervenciones se orientaron a comentar situaciones y abrir una información de los hechos más importantes del mundo. Y una hora más tarde

Alejandro abrió el combate de las dos tendencias que dividían a los anarquistas: aceptar la lucha en una acción directa contra el capital, o el pacifismo en una lucha doctrinal hasta familiarizar el anarquismo como el mundo obrero. Empezó diciendo:

—Cuando descubrí el anarquismo, profundicé en su filosofía social y moral y en sus luchas, hasta que muy pronto descubrí también, dos espacios para llegar a la anarquía: la democracia y la revolución cultural, pues me pregunté: ¿Cómo devolver a los trabajadores sus riquezas violadas por la ley del más fuerte sin cambiar totalmente la sociedad? Mas, ¿cómo cambiar la sociedad sin cambiar al hombre de abajo arriba? O sea ¿cómo realizar una sociedad justa, libre y humanista, de hombres unidos y socialmente organizados por las bellezas del amor sin la realización del hombre al nivel puramente humano? ¡Ah!; me respondí y me sigo respondiendo: ¡Que la cultura revolucionaria del anarquismo, capaz de devolver al hombre el verdadero significado de su condición de sociable, de humano y de levantar el amor por la colectividad, es para los anarquistas su verdadera y única revolución! Magnífica revolución, actualmente desconocida entre los trabajadores, y que sólo en la democracia, en la cultura y en la paz podremos realizar.

—¡En España la democracia es un mito y el franquismo una realidad! — protestó Antonio—. ¿Cómo aceptar vuestro romanticismo frente a los fusiles de la guardia civil?

Y un estudiante francés, en un español muy correcto, le interrumpió:

—Pasar de una dictadura a una democracia en un pueblo intoxicado por cuarenta años de dictadura, exige más pronto posiciones inteligentes y audaces, que violentas. Lo principal es que el anarquismo surja, y, para ello, hoy en vuestro país, no podéis alcanzar otra lucha más positiva que la cultural. En el mío, esta inteligente posición no se ha puesto en la práctica, a pesar de los años que la democracia nos ha dado esa ocasión que buscáis en España. Pues los anarquistas siguen viviendo y luchando, reducidos a sus errores, y vencido por las influencias burguesas, o sea, por los vicios y los prejuicios, sea en el amor, en la familia o en el terreno de la propia persona. El anarquismo es

la superación del hombre. ¿Qué más natural que el anarquista haga de su vida un ejemplo? ¡He ahí, un principio de nuestra revolución!

—Vosotros concebís el anarquismo como una religión —intervino un compañero de Antonio—. Mientras que nosotros vemos en el anarquismo la realidad de una lucha, en la que el capital asesina y el trabajador defiende su dignidad de hombre con la misma violencia que recibe.

Alejandro volvió a intentar dar a comprender su revolución y su filosofía:

-El hombre, cada día más alejado de la naturaleza y de su condición de humano, sigue edificando la civilización con sus instintos. La animalidad y la imbecilidad se han generalizado de tal manera, que ya, el llamado Rey de la creación, ha terminado de perder el buen sentido del humanismo y el de la razón, que verdaderamente hubiese podido llevarlo a ser Rey de todas las organizaciones de la vida. Pero no ha sido así, y lejos de ello el Estado y las religiones son hoy, por la ley de la decadencia, una necesidad en la organización social y moral de todos los pueblos del mundo. Lamentable constatación ¿no? Por consiguiente, esta cruel realidad que podemos ver todos los días en la mentalidad popular, nos confirma, queridos amigos, que el Estado y la religión son invulnerables antes de la revolución y después. Entonces; ¿dónde mejor que en una permanente revolución cultural puede el anarquismo encontrar su más propio terreno de combate? La violencia, en una democracia; ¡dejémosla para quien no tiene otra finalidad que la de conquistar el poder! Nosotros aspiramos conquistar la Tierra con el poder de las riguezas que el hombre encierra en su condición de humano. ¡La naturaleza y el humanismo un día nos dirá que teníamos la razón! Entretanto, ampliemos el combate contra la tradición, organizando y multiplicando las agrupaciones como la nuestra de cultura anarquista, en la que la escuela y la moral racionalista sean las armas permanentes de nuestra revolución.

—Perfectamente —exclamó un italiano—. En Italia, desde el día que recibimos vuestras teorías, somos una minoría, pero lo suficiente para formar unos grupos de cultura anarquista.

 En Francia también; muy pocos, pero quizá los suficientes para organizar más de una agrupación —sugirió otro. —¡Pues en el mundo, los que aspiramos a una revolución social en lo inmediato, somos infinitamente muchos! —protestó Antonio levantándose—. ¡La violencia contra la violencia, la razón contra la razón! ¡Esto seguirá siendo, contra todos los romanticismos, la valentía y la lucha de los pueblos!

Y con los nervios en vilo, aconsejó de abandonar la reunión diciendo;

—¡En España el fascismo está organizando una vergonzosa mascarada, y vosotros les estáis haciendo el juego!

Una buena mayoría marcharon. Eran las siete de la tarde. Los que quedaron, nerviosos y desconcertados, no acertaban a remontar semejante accidente. Magali, bastante más tarde propuso calmarse y buscar la realidad cambiando impresiones.

En esa larga y familiar reunión, Alejandro, ya casi recuperado, opinó:

—No, no somos una minoría como ha dicho Antonio. Lo que sucede, es que los anarquistas no han llegado nunca a organizarse como ha exigido, en cada época, el nivel cultural de los pueblos. No obstante, la evolución no hace más que afirmar cada día nuestras ideas. Tengo confianza en nuestro porvenir revolucionario. Las agrupaciones de cultura anarquista son más que nunca necesarias. Las debemos de multiplicar y hacer de ellas el lado más racional y humanista de una revolución. Nosotros en Galicia daremos un ejemplo con "Los Amigos de la Emancipación", y organizando algunas más. Sí, haremos que la voz de nuestra cultura racionalista sea en la miseria de Galicia una esperanza colectiva de emancipación.

—Tarea difícil —se lamentó Cristina—; pues si en nuestro pueblo tus ideas han sido, en el amor, una victoria contra la tradición, entre nuestros camaradas, ya has visto: ¡nos hemos quedado solos!

Alejandro, muy desafiador, contestó:

—La libertad y el amor, queridos amigos, han triunfado en La Coreda sin violencias, como triunfarán en toda la redondez de la Tierra, contra la deformación de la vida por la historia de barbarismo que han escrito la ignorancia y el instinto animal del hombre; y esto, quieran o no unos y otros,

será el triunfo de la cultura racionalista, portadora de inteligentes y justas maneras de vivir, contra la cultura tradicional, base de una humanidad en decadencia.

—Perfectamente —asintió Magali, para agregar—: El camino hacia la anarquía está en la cultura libre y revolucionaria, más, la libertad cultural no la encontraremos más, que en una sociedad democrática. El anarquismo no es la transformación de la sociedad por un partido, sino por la superación de los hombres. ¡El hombre es nuestra revolución y, la democracia la primera piedra de esta gigantesca edificación que es la libertad!

Terminaron por rendirse a la fatiga del combate ideológico. Eran ya las nueve de la noche. Alejandro salió disparado a respirar el aire del campo y sofocar el incendio que ardía en su espíritu. Magali fue a su encuentro. Era de todos la que mejor comprendía sus inquietudes.

Pero poco después de estar con él, percibió a Cristina en una ventana, y el corazón le interrumpió radicalmente las ideas. Se sintió muy sentimental.

- —¿Crees que Cristina comprende ya nuestra frecuentación? —preguntó ella cambiando la conversación.
- Pregúntaselo tú misma. Yo estoy convencidísimo de que sí.

La llamaron. Cristina, al llegar junto a ellos, exclamó:

- —¡Vengo a socorreros!
- —¡Y tienes razón, empezaba a naufragar! —replicó Alejandro.

Magali soltó su pregunta algo indecisa:

—¿Cómo habla tu corazón, Cristina, cuando piensas en la concepción que tenemos de la amistad? ¿Piensas como algunos, que somos exagerados?

Cristina sonrió. Les invitó a pasear. Al dar los primeros pasos, opinó:

—Pues bien, mira; Alejandro ha desnudado mi espíritu de infinidad de rutinas y de estupideces recibidas en la educación, para vestirlo con excelentes realidades. En este aprendizaje, el egoísmo que tantas veces me ha hecho

celosa ha desaparecido, y por primera vez, desde la ventana que os observaba, el amor no ha podido ya ensombrecer los consejos de la razón. La amistad que Alejandro ofrece a tu amor, Magali, es hoy para mí una belleza extraordinaria.

—Para mí, nada de nuevo, pero Magali no quiso creerme —intervino Alejandro deteniendo el paseo.

Y Magali, muy emocionada besó a su compañera.

Continuaron el diálogo paseando, hasta que Rosalía les interrumpió, y Tino gritó:

—¡Las camas están preparadas y, Carine nos ha hecho una sopa colosal!

Más tarde volvieron a estar reunidos en derredor de la mesa, en una charla alegre y en un divertido juego de bromas y chistes. Encendida otra vez la alegría y el optimismo, todos estuvieron de acuerdo de volver juntos a dormir en la misma habitación, para repetir la pelea de la otra noche, y satisfacer el permanente volcán de ideas que desbordaba en sus espíritus.

Se oyó el viento azotar los árboles, y las primeras gotas de una tormenta golpear los cristales, cuando rendidos, el sueño los envolvía en su dulce manto.

Amanecía, cuando Carine, juguetona como siempre, tuvo la ocurrencia de despertarlos tirando de las mantas. Al ver a Carine tan sonriente y alborotada, todos abandonaron la pereza para dejar libres las carcajadas. Alejandro se levantó, abrió la ventana de par en par, y exclamó señalando el azul del cielo:

—iTodas las alboradas son extraordinariamente bellas!

Cristina, vestida de una camisa de color rosa, se acercó a Alejandro, y jugó gastándole unas bromas, para terminar gritando:

—¡Un hurra a nuestro poeta!

Y un hurra salió preñado de amor de todos los labios.

Empezaron a vestirse entre las risas y las bromas. Magali opinó:

—Nada más nos hemos despertado, el canto al amor, a la amistad y a la poesía vuelve a enloquecernos.

—Nuestra camaradería —intervino Tino—, sin prejuicios y tradición, es por sí sola una expresión de poesía, que sólo castiga la cultura capitalista, por ser un disparo de la revolución cultural que perseguimos, ¿no os parece?

Rosalía que estaba terminando de vestirse, exclamó:

- —Más que un disparo es un cañonazo que debemos multiplicar en todas las ocasiones que podamos hacer cantar a la vida y desnudar de hipocresías al hombre.
- —¡Bravo, Rosalía! —la interrumpió Jesús—. En el amor eres una golosina ideal, y en el ideal la sabiduría.
- —¿Pero tú con ésas, sinvergonzota? —e intentó castigarlo con un pellizco.

Y la pelea se generalizó. Tirados por las camas o por el suelo, fueron, durante un buen momento, el cuadro más auténtico de sus ideas filosóficas y libertarias. Amaban la vida a través de sus filosofías, y agrupados en la lucha emancipadora, eran una nueva y particular manera de propagar las ideas anarquistas.

La mañana la pasaron corriendo y tomando el sol en el bosque, hasta que ya, las dos de la tarde pasadas, empezaron el camino del regreso.

En el espacio resplandecía el sol, paralelamente al incendio de juventud que ardía en sus espíritus.

CAPÍTULO X

El entusiasmo en el idealista, es una inspiración permanente del espíritu y un sentimiento invulnerable del corazón. Este incendio: gigantescas llamas de la razón, de la dignidad y del valor, unidos en la parte humana del hombre, siguió agitando a ese puñado de jóvenes libertarios que rodeaban a Alejandro. Y al día, siguiente de haber regresado de "La Castañeda" se pusieron a trabajar en el viejo y sucio almacén de granos, procurado por el padre de Magali, para convertirlo en el local de la nueva agrupación libertaria de emancipación.

Durante muchos días el valor de la voluntad, borró, la palabra "Imposible". Y esos jóvenes, sin oficio, trabajaron en todas las especialidades como verdaderos profesionales. Las horas no las contaban y, muchos días eran las dos de la mañana cuando se retiraban.

—¡Quisiera que en la entrada, el rótulo "Emancipación" sea lo más monumental posible!—gritó en un momento de emoción Alejandro al pintor que se ocupaba de la fachada.

Y, un domingo del mes de agosto, después de tres semanas de trabajar a un ritmo agotador, inauguraron el local. Ése día lo vio Tino y su hermana aún más formidable, después de que su padre les dijo estar dispuesto y convencido para ayudarles económicamente y militar junto a ellos. Pedro fue recibido en el local con los brazos abiertos. Alejandro le dijo:

—Amigo Pedro, bien venido a la libertad. Tú lo sabes bien: no somos enemigos de ningún partido político que trabaje noblemente en embellecer la democracia. Construir la libertad de un pueblo debe de ser la obra de todos; mas nunca ha sido ni será, de hombres y de partidos, que han escrito en la historia de la humanidad dictaduras de hierro.

Pedro no contestó. Las inscripciones que decoraban el local le tenían ocupado. En compañía de sus dos hijos siguió leyéndolas. Las que más le gustaron fueron: "No estudies idiomas, exige uno, universal". "Resultado de la mediocre

e injusta cultura tradicional: La Tierra dividida por las fronteras, los racismos y las supersticiones". "Ama, sin escuchar ni obedecer tradiciones, libre en la superficie de tu corazón y en los imperativos de la razón". "Dios es una realidad de diferentes maneras definida, mas sólo una interrogación en la sabiduría". "La anarquía es la más amplia expresión de orden y de la libertad, como definición de la cultura racionalista del anarquismo". "La revolución anarquista: la escuela y el sindicato, o sea: redimir la cultura y el trabajo". "Anarquía en la familia, en el amor y en la amistad; anarquía en las escuelas, en los sindicatos y en el trabajo. Sin la anarquía se ha escrito la vergonzosa y horrible historia de la humanidad!"

Estas inscripciones desparramadas por las paredes como páginas de sus filosofías, emocionaron a Pedro. No había terminado de leerlas, cuando volvió a encontrarse con Alejandro.

En poco más de tres semanas habéis hecho un trabajo de varios meses —
 exclamó Pedro poniendo la mirada por todos sus alrededores.

Súbitamente entró una mujer al local para gritar con desesperación:

—¡La radio termina de informar, que en Madrid unos anarquistas han secuestrado a una importante personalidad del franquismo!

Su voz ensombreció a todos la mente. Era la madre de uno de ellos. La desesperación se veía en todas las miradas. Alejandro pensó en su amigo Antonio. Recordó que le dijo: "Oirás hablar de nosotros". Terminó no creyéndolo. Magali abrió los comentarios. Discutieron acalorados y nerviosos. Todos eran enemigos de la violencia. Para ellos, desnudar las ideas de esa falsa imagen de sangre que los pueblos ven al hablar del anarquismo, era la primera necesidad del proyecto revolucionario que los unía.

Y una hora más tarde, después de haber encendido el local con apasionados discursos, todos continuaron de acuerdo en dar la espalda a los anarquistas, que teniendo libre la pluma y la palabra, emplean, divididos en grupos, la violencia.

La realización del hombre al nivel de sus riquezas humanas, según ellos, exigía un permanente combate democrático. Es en este terreno que estaban seguros

de poderse servir libremente de la cultura humanista y racional del anarquismo contra la intoxicación de la educación por parte de la Iglesia y de tantas otras tradiciones contrarias a la libertad y a la naturaleza del hombre. El hombre era su revolución, pues estaban convencidísimos de que la sociedad anarquista, es sólo una quimera, mirada a través de los instintos animales que gobiernan los pueblos, mas una poesía social y moral en los ojos de la condición humana, atropellada por una historia; de barbarismo y decadencia.

Alejandro y sus amigos creían en la anarquía, porque creían en los altos valores del hombre y en los del amor. Veían en la humanidad tempestades de amor retenidas por la ignorancia. Vencer esta parte estúpida y cruel del hombre, era la política y la revolución que aspiraban. Democracia y cultura racionalista: he ahí las dos armas que ofrecían al anarquismo...

El secuestro de la alta personalidad franquista siguió ocupando a los periódicos. Las situaciones fueron presentándose de más a más dramáticas para los sentimientos que unía a ese puñado de jóvenes. Se veían entorpecidos por una serie de acciones terroristas.

En Italia, Alemania y otros países, los atentados, secuestros y otras violencias se multiplicaban. A ello se adjuntó la muerte del "Viejo", tan amado de los jóvenes y padre espiritual de Alejandro. Magali, para responder a la vaga de violencias con la palabra del amor, propuso presentarse en el entierro, socorrer a la viuda y hacer acto de presencia una vez más en el pueblo que nació la agrupación emancipadora.

Magali fue escuchada, y al día siguiente La Coreda volvió a oír el clarín de la revolución cultural que animaba ese puñado de jóvenes libertarios. Eduardo, última astilla arrancada a la tradición, desfiló en el entierro, que a la voluntad de todos, recorrió las calles, y hasta algunos alrededores, para terminar en el cementerio. Llevado a hombros de unos y otros, fue el primer entierro sin cruces y campanas, en ese pueblo, uno de los más esclavos de Galicia, y de los más sometidos a la religión.

Alejandro dio la despedida, y su palabras fueron más una oración que la dinámica impetuosidad de sus discursos. Con el sufrimiento en el corazón y la luz de sus ideas en el espíritu, dijo frente a la tumba: —¡Duerme, querido

camarada, el sueño de la muerte! Mas, en nuestros corazones seguirás viviendo. Tus ideas preñadas de amor, de romanticismos; tus luchas desbordadas de justicia, anhelo que te animó todos los años de tu vida, continuará viviendo en la poesía de infinidad de espíritus. La tumba que guardará tus restos no tiene cruz ni necesita rezos, pero, exige oír cantar la libertad y el progreso social que fue tu más adorado ensueño.

Acompañaron a la viuda hasta su casa. La reconfortaron y la socorrieron. Más tarde se despedían del pueblo recorriendo las calles, al grito de: "¡Campesinos, despertad. Sois el pan de todos los pueblos y la riqueza de todas las tierras! ¡Viva el trabajo, la libertad y el amor!"

Y cuando Magali, unas horas más tarde, volvió a encontrarse con sus dos camaradas en la intimidad de su hogar sentados en el salón, observó:

- —No has probado la cena, Alejandro. Tus nervios están en el último extremo de la excitación. Te veo rendido. Debes descansar. ¿Por qué no unos días en "La Castañeda" con Cristina? Recuerda que se lo prometiste, ¿no es cierto? Entretanto, meditaremos acerca de esta ofensiva de violencias.
- —Pues bien, estoy de acuerdo. ¿Pero no creéis que a los ojos de nuestros camaradas puedo pasar por egoísta? Aunque el local está ya terminado, nuestro movimiento de emancipación justo termina de comenzar.
- —¿Quién podrá decir que no estarás presente por unos días de descanso? ¡La meditación la necesitamos todos! —replicó Magali—. Más tarde iré con Tino a pasar junto a vosotros unos días. En la soledad estudiaremos la manera más acertada de hacer frente a todos estos actos suicidas.

Cristina, entreabierta la boca y cerrados los ojos, los escuchaba sentada en un sillón. Seguía constatando, cómo el amor en un espíritu emancipado y poeta, puede, por encima de la pasión, ser una filosofía realista. No pudo retenerse, y se levantó para besar a su compañera y exclamar:

- —Eres inmensamente humana, Magali. Conduces el corazón con una ejemplaridad incontestable.
- —Cristina tiene razón, Magali, eres...

Magali que se había levantado para mejor aceptar los besos de su compañera, le interrumpió, al tiempo que daba unos pasos:

—Parece que descubrís hoy el cariño que desde hace tanto tiempo nos une. — Y se detuvo delante de Alejandro—. El ideal que defendemos, queridos, es el que corresponde al amor colectivo. Entonces; ¿qué de particular tiene, cuando la vida lo exige, asfixiar nuestro corazón para permitir a otro que respire? Y además, terminemos con este sentimentalismo. Si estuviese mi padre se reiría.

—Pero Magali...

Alejandro se volvió a quedar con la palabra en los labios. Magali no quiso o, no pudo continuar la conversación. Desde la puerta aconsejó ir a encontrarse con unas horas de descanso. Eran las doce de la noche.

* * *

Magali se levantó, que aún no eran las seis de la mañana. Había dormido entre repetidas pesadillas. Se entretuvo preparando el café. Una hora después despertó a sus dos camaradas, abriendo la ventana y tirando de las mantas, hasta dejarlos al descubierto. Estaban completamente desnudos. Cristina, intentando defender su desnudez con una sábana, protestó con un aire de broma y otro de satisfecha:

—Podrías habernos dejado vestir, porque mira, que en la situación que nos has encontrado...

Y se echó a reír, cuando ya la sábana envolvía su cuerpo.

—¿Dónde encontrarás un traje más hermoso y sano que el que te ha ofrecido la naturaleza y que la sociedad ha desnaturalizado? —exclamó Magali.

Alejandro aceptó satisfecho tal ocurrencia, pero se mantuvo mudo y riendo. Magali, después de jugar un buen momento con Cristina, cortó:

—¡Bueno ya está bien! Levantaros si no queréis que reviente de reír.

Alejandro terminó por levantarse, para coger a Magali en sus brazos, y decirle, ya con ella en el borde de la ventana:

—¡Merecerías que te tire al vacío! ¡Eres revolucionaria, hasta para idear los juegos! Porque mira que éste que te has permitido tiene narices.

Y la dejó caer en la cama junto a Cristina.

—Tienes razón, he sido una atrevida —reaccionó Magali sentándose en un extremo de la cama—. Pues bien, vamos directos a las cosas serias.

Mientras Cristina y Alejandro se vestían, ella les hizo saber que la proposición de ir a pasar unos días a "La Castañeda" era una idea de Tino.

- —Una idea, que bien seguro, me la hice mía —prosiguió Magali—, pues al día siguiente me procuré el dinero que nos puede hacer falta a los cuatro para pasar, en aquel rincón, unos días ¿qué os parece?
- —¿Y tu padre, qué dice de esto? —preguntó Alejandro.
- —Marchó por dos o tres días están totalmente de acuerdo.
- —Entonces, Cristina y yo, ¿qué podemos pedir más? Si tú alcanzaras la felicidad que te deseo, Magali; ¡sería para mí un paraíso completo!
- —Lo intentaré; mas, no volvamos a liarnos, por favor. ¡Hala, mi motocicleta os espera! Está rabiosa y, con unas ganas de correr inmensas. Tino y yo iremos en coche, para algo somos señores, ¿no?

Pero los primeros kilómetros camino de "La Castañeda", Alejandro los encontró largos y tristes. Pensaba en Magali. Se repitió varias veces, que la naturaleza es muchas veces injusta con la razón de las cosas. "Si por lo menos Tino pudiera llegar a llenar en su corazón el vacio que yo dejo" se dijo ahogando un suspiro.

Cristina se encontraba molesta por ese largo silencio. Terminó por lamentarse bastante mimosa:

—Estás triste porque para ti nuestro amor sigue siendo secundario.

- —¡No digas tonterías! Simplemente algo preocupado y pensativo. ¿Encuentras eso anormal?
- —Perdona, pues tienes razón me encuentro a tu lado tantas veces tonta, que yo misma me daría una bofetada!

Y durante otro largo momento fueron mudos. Alejandro pidió al motor todo su rendimiento. La idea de vivir unos días en la soledad ocupó por fin su ánimo.

El día lo iluminaba el sol, pero el viento afeaba el verano. Los dos sintieron frío, pues el haber salido tan precipitadamente no les dio tiempo de pensar en las ropas más necesarias. Ella con un vestido color azul claro, corto y ligero, y él, con un pantalón ligero y sin chaqueta, se encontraron durante el camino tiritando. Sólo la juventud y el entusiasmo les permitió vencer los kilómetros.

Eran las dos de la tarde cuando llegaron a la solitaria propiedad del padre de Magali. La miraron como quien descubre la realidad de algo, infinidad de veces soñado. Delante de la puerta, la motocicleta a dos pasos de ellos, se abrazaron y, un beso, en el que sus corazones terminaron de enloquecer, confirmó que habían deseado a partes iguales, la circunstancia de hacer una corta pausa en la lucha para bañarse durante unos días en el solitario romanticismo de la vida.

- —¡Oh, no comprendo! —exclamó él, al ver la puerta cerrada con una cadena y un candado. Los dos se miraron asombrados.
- —Magali nos ha dado las llaves y no nos ha hablado de este candado contestó ella tirando de la cadena.
- —Quizá sea una de las maneras que su padre tiene de proteger sus aventuras
 —opinó Alejandro, no sin sentir una fuerte inquietud.
- —¡Ah, no! Me ha parecido ver alguien dentro. Las cortinas de la ventana se han movido.

Los dos sintieron unos escalofríos. Temblaron, no de miedo, sino de disgusto y de impaciencia.

- —Hagamos sonar la campana y, ya verás que el padre de Magali viene a abrirnos —sugirió él—. Por lo menos nos convidará a comer, que hambrientos como estamos ya será bastante, ¿no te parece?
- —Pues tienes razón, al fin y al cabo es él que nos ha autorizado, con llaves en mano, ocupar su propiedad.

La campana sonó repetidas veces. Durante un buen momento, sólo el silencio y el misterio se confundieron. Hasta que de súbito el asombro se apoderó de ellos. Respiraron con dificultad, pues la sorpresa fue monumental, al ver aparecer entre los árboles a Antonio. Las peores ideas acudieron a la mente de Alejandro. Se dijo, en la silenciosa rebeldía de su espíritu:

—Pero... ¡Oh, no es posible!

Antonio se presentó con una ironía en la sonrisa y mucha altivez en la mirada. Les abrió, liberando la puerta del misterioso candado, y les dijo:

- —¡Hala, dejad de ser estatuas! ¡Entrar, es vuestra casa!
- —¿Qué haces en esta propiedad? Magali no sabe nada —protestó Alejandro impaciente y nervioso.

La respuesta fue un gesto de indiferencia. No se abrazaron. Un frío cortante heló el cariño que siempre se profesaron. Antonio, después que Alejandro entró la motocicleta y la puso contra un árbol, cerró otra vez con el candado. Cogió a cada uno por el brazo, y les invitó a dar los primeros pasos, al tiempo que decía:

—Francamente, no contaba con vosotros. No obstante, ya veréis, tenemos muchas cosas a decirnos. El candado sustituye a la cerradura que he tenido que reventar. Más tarde lo comprenderás.

Alejandro se soltó de su amigo, y dándole la cara, hasta sentir el calor de su respiración, exigió:

-¡Terminemos de una vez! ¿Qué te propones?

Antonio se retiró dos o tres pasos hacia atrás para contestar:

—Cálmate, Alejandro cálmate. ¿No ves cómo Cristina se mantiene serena? Entremos y conocerás la razón de haberme encontrado en esta casa.

Cristina no estaba serena, sino en un estado de depresión, que no le permitía reaccionar. Terminó por cogerse a su amado, para decir, después de suspirar:

—No es difícil de comprender la situación. ¡Ah, cómo deseo equivocarme!

Y cuando al entrar se cerró la puerta tras ellos, la imagen real de la situación saltó instantáneamente a sus ojos. En el salón, que sólo hacía unas semanas, estuvieron reunidos, encontraron, sentados o derechos, seis jóvenes. Alejandro conoció a todos menos a uno: un italiano corpulento y aparentemente joven, pero ya entrado en los treinta años, Luego, al conocer su nombre, Barelli, recordó que era el célebre italiano reclamado por la policía internacional. Este, al ver a Alejandro, insinuó con pronunciada ironía:

—¿Con que tú eres el poeta del anarquismo?

Los demás se rieron. Sólo a Antonio no le gustó esa torpe intervención y quiso dar a su amigo Alejandro las primeras aclaraciones, mas no pudo terminar, pues éste, separándose de Cristina, le dio un empujón para ir a ponerse cara a cara con el italiano. Le contestó:

- —¡Sí poeta o, lo que tú mejor quieras! —Y mirando a los demás, prosiguió—: ¡Vosotros en esta situación sois una banda de irresponsables!
- Hablas como los burgueses —replicó uno.
- -Eres un revienta movimientos -exclamó otro.

Antonio se acercó a su amigo de infancia para reconfortarlo; pero Alejandro volvió a empujarlo. Regresó al lado de Cristina, que permanecía indecisa en un extremo del salón. La cerró contra su pecho para intentar animarla. En seguida la volvió a dejar, con la idea de terminar de pedir aclaraciones:

—Bueno, ya está bien. ¿Dónde tenéis el hombre que habéis secuestrado? ¿Es en la reunión celebrada en este mismo salón que nació la idea de serviros de esta casa? ¡El anarquismo ha estado en todas las épocas destruido por irresponsables como vosotros!

-¿Pero os dais cuenta? —intervino el italiano—.

Antonio, no le escuches más. Estos románticos no han dado nunca a los trabajadores otra cosa que diferentes maneras de soñar. —Y empujando a Antonio se puso delante de Alejandro para proseguir—; Sí, has acertado. Es en esta casa que Antonio descubrió el lugar más propio para la situación que nos ocupa. Madrid está a bastantes kilómetros de aquí; ¿no es eso una excelente idea?

Alejandro cerró los puños hasta hundir las uñas en las palmas de las manos. Retrocedió, y pálido y desmoralizado, se arrimó a su amada. El italiano prosiguió:

—Mira, poeta, nuestra revolución es internacional. ¡Está en el corazón de los palestinos, en el de millones de árabes, y en el de todos los guerrilleros que pueblan las montañas o viven clandestinos en pueblos y ciudades! ¡Todos estos bravos soldados de la revolución aplauden nuestras violencias contra el nuevo fascismo español disfrazado de democracia!

Cristina y Alejandro se mantuvieron en un extremo de la sala sin moverse. No obstante Alejandro les dijo:

—Entre la violencia, que hoy es ya una enfermedad social más que una lucha organizada, y la represión, queriendo ser una medicina radical, estamos nosotros, una generación nueva de anarquistas que hemos tomado conciencia de la necesidad de encerrar el anarquismo en una revolución cultural. O sea, entre vosotros: fanáticos e irresponsables, y las opresiones: agonía de todos los sistemas morales y económicos del capital, nosotros no vemos otra lucha, que la de popularizar la necesidad del amor, y la de despertar la condición de humanos, como solución, única

Solución, que puede detener la humanidad en su camino hacia el abismo. ¡El anarquismo exige: la conclusión social y moral, de hombres enteramente humanos y responsables, en provecho de la felicidad colectiva, y sin faltar el respeto a la integridad y a la libertad del hombre, para que en su vida

particular pueda ser el artista de su propia existencia! ¿Cómo conquistar esta monumental reconstrucción del hombre a cañonazos?

Terminó su discurso entre las risas y las burlas. Cristina, contra esa manera estúpida de comportarse, tuvo el valor de agregar:

—¡Los revolucionarios como vosotros no han faltado nunca para enterrar al humanismo y la poesía del anarquismo! Los anarquistas con la pluma, y libres en el pensamiento, seriamos invencibles. ¡La anarquía está hambrienta de cultura y sufre y se debate entre la ignorancia de los pueblos y la irresponsabilidad de infinidad de anarquistas!

El italiano la interrumpió gritando enloquecido: —¡Basta, basta! ¡Esta polémica es absurda! ¡Todo el mundo tiene los ojos en nosotros! ¡La época de los poetas es para mañana!

Y se dirigió donde tenían encerrado a la víctima. Lo condujo al salón y lo hizo sentarse retirado de todos ellos. Entonces, prosiguió:

—Mírale bien, poeta. En él está la realidad de nuestra situación. Un hombre manchado, de pies a cabeza, con la sangre de los que durante cuarenta años han defendido la libertad. Por su cabeza pedimos la liberación de los presos sociales de España y, estamos decididos a sacrificar las cabezas que hagan falta, si con la ayuda no tienen bastante. La libertad no se conquistará con poesías, pues es una revolución que empezó con la sangre de los primeros esclavos, y no terminará hasta que todos los hombres sean libres!

Alejandro no contestó. Sabía que esa rebeldía era honrada, pero torpe e ineficaz. El veía la revolución desde otro ángulo totalmente opuesta Siempre se dijo: "La cultura burguesa es responsable del bestialismo que se ha desarrollado en los pueblos. Por consiguiente, el anarquismo, pura definición social y moral del humanismo, no tiene otro campo de batalla más realista que el de su propia cultura". Dejó que discutieran entre ellos frente a un prisionero atado de manos y muchos días sin afeitar. Invitó a su amada a sentarse, y se redujo a la meditación y a la palabra del tiempo.

Hasta que más tarde, un ¡Chis! salió de todos los labios. La radio, que no había cesado de ensordecer, habló del secuestro. Informó, que el gobierno estaba decidido a no ceder a una banda de aventureros.

El italiano interrumpió la emisión, diciendo:

- —¡Iremos hasta donde nos obliguen, y les demostraremos que somos combatientes y no aventureros!
- —¡Sí, seamos un ejemplo en la revolución internacional! —gritó uno.

El italiano se llevó al prisionero, donde desde el primer día lo tenían encerrado: una habitación sin ventana y reducida.

La radio volvió a la música. Y un momento después sonó el teléfono. Todos quedaron sorprendidos. ¿Quién podía ser? se preguntaron en el mismo segundo. Alejandro les aclaró:

—Muy posiblemente es Magali. Sabe que a estas horas estamos aquí.

El timbre no cesaba, mientras Alejandro trataba de convencerlos.

—Bueno, de acuerdo, contesta —asintió el italiano—; pero ya sabes, si mi oído recibe una palabra imprudente, irás directo al cementerio.

Alejandro le lanzó una mirada agresiva y descolgó el teléfono.

- —Sí, hemos llegado sin accidente. ¿Que si estamos bien? ¡Pues vaya pregunta! Los dos solitos, aquí en tu casa, más felices que nunca.
- —Entonces ya sabes, tal como hemos convenido, Tino y yo, dos o tres días más tarde estamos con vosotros ¿de acuerdo? —y su voz era clara y alegre.
- —Será mejor que esperéis pues nosotros queremos hacer una visita a Bilbao. Lo hemos decidido por el camino. —Su voz era temblorosa e indecisa.

Magali no supo comprender ese cambio de actitud y protestó:

—¡Vete al diablo, y dile a Cristina que se ponga!

Alejandro comprendió perfectamente bien el aire de su enfado. Cedió el teléfono a Cristina. Esta, con una voz temblorosa afirmó:

- —Sí, hemos decidido ir a Bilbao unos días.
- —¡No puedo creer semejante disparate! —la interrumpió Magali.

Alejandro volvió a coger el teléfono para ser más preciso:

—Magali, no vengáis. Dentro de dos días llegamos nosotros. Por teléfono no te puedo decir más. Hasta pronto.

Y cortó la comunicación. El italiano no aprobó ese corte tan seco:

—De la manera que la has dejado es capaz de presentarse mañana. Vuestra presencia se está haciendo un nudo.

Alejandro no contestó. Volvió a su rincón. Cristina murmuró:

- —Quién sabe lo que pensará Magali, ¿no te parece, querido? Es buena como el pan.
- —Sí, va a sufrir. ¿Tú te imaginas las ideas que van a pasar por su cabeza? Seguro que están todos en el local comentando este golpe de teléfono. Mira que si les da por venir, ¡vaya la que se va a armar!

Y las horas se fueron sucediendo cada instante más agobiadoras. Unos discutían dando voces ensordecedoras, otros paseaban a lo largo del salón, nerviosos y pensativos. Alejandro y Cristina, sentados en su rincón, habían decidido esperar el fin, de lo que desde el primer momento les dio la impresión de ser la más torpe de las locuras.

Eran las diez de la noche cuando repartían los primeros alimentos, y las doce, cuando llegó por radio las primeras noticias alarmadoras. Una exclamación de juramentos, de gritos y maldiciones rompió la pesadez de la noche. El hermano del italiano, junto a dos más, estaban detenidos. La policía terminaba de marcar su primer punto.

- —¡No, no hablará! ¡Nunca se ha rendido! —gritó el italiano.
- —La cosa se pone mal. No deberíamos continuar en esta casa —intervino otro.
- —Además, si ellos que eran los encargados de negociar han caído, ¿qué hacemos nosotros aquí? —observó Antonio.

Y Alejandro se precipitó a ellos diciendo:

—¡No tenéis otro camino que el de huir! ¡Sí, huir.

Dejar al prisionero, y yo me ocupo de arreglar las cosas.

El italiano con una pistola en la mano, se acercó a Alejandro y le contestó:

—¡Anda, que no te iban a dar palos hasta que vomitaras nuestros nombres! ¡Siéntate dónde estabas, y no vuelvas a abrir la boca! ¡De aquí no sale nadie!

¡Mi hermano ha sido siempre una piedra delante de la policía!

—¡Yo también estoy convencido de que no hablará ninguno de ellos! —añadió otro.

Cristina y Alejandro fueron empujados hacia un extremo del salón, donde uno, les dijo amenazándolos:

—¡No os mováis! Desde este rincón contemplaréis el desarrollo de esta aventura!

Y las horas continuaron sucediéndose cada vez más insoportables. Pasó la noche entre la inquietud y la arrogancia. El día siguiente Alejandro y Cristina lo encontraron interminable. Mas, al volver las sombras de la noche, la excitación nerviosa, la desmoralización y la fatiga, empezó a generalizarse. Así sucesivamente durante las horas de dos días infernales.

Hasta que, de súbito, unos altavoces irrumpieron en el silencio de los campos que rodeaban a la espaciosa propiedad, "La Castañeda". Eran las primeras horas del amanecer. Potentes faros incendiaron la casa de claridad. "¡Barelli, rendíos! ¡La casa está sitiada!"

El nombre del italiano, el brutal ronquido del altavoz, la luz repentina y viva de los faros, que arrollando la tímida claridad del alba, irrumpió en la casa, los despertó del estado de soñolencia y de inconsciencia en que se encontraban. Durante un buen momento corrieron de un lado a otro, gesticulando, gritando cómo fieras que enloquecen al verse acorraladas.

—¡Creía que tu hermano era una piedra! —exclamó Alejandro.

El italiano, como un loco, arremetió contra él pistola en mano.

—¡Tú vas a ver de lo que somos capaces, gallina! —le dijo dándole un empujón.

Y efectivamente, Barelli era bravo. Cabeza perseguida en toda Europa, y líder entre los palestinos durante una buena temporada, era temido. Cortó inmediatamente el pánico propagado por la sorpresa, y organizó la resistencia. Puso uno en cada ventana, y gritó:

—Nadie debe acercarse, entendedlo bien, nadie!

Alejandro obedeció, se mantuvo donde le indicaron. Aconsejó a su amada que no abriera la boca y que fuera obediente.

Y se cruzaron los primeros disparos. El silencio que de cuando en cuando se establecía, servía para levantar aún más la incertidumbre, el misterio o el pánico. Los disparos se fueron repitiendo durante más de dos horas. Llegaron las primeras bombas lacrimógenas. Estas, aconsejaron a Barelli aceptar la negociación. Por un lado, rendición sin condiciones. Por el otro, la vida del prisionero contra la libertad de todos.

La policía quiso emplear el arma del tiempo, y las horas se sucedían entre los consejos dados por el altavoz y algunos disparos sin control.

Entretanto, la dramática situación recorrió pronto, a través de la radio, los lugares más remotos de España y del extranjero. Magali y sus camaradas la conocieron por la radio en el local "Los Amigos de la Emancipación". En el primer instante no lo creyeron. Imposible comprender semejante situación. La radio hablaba de Barelli. ¿Y Alejandro y Cristina? Por fin Tino exclamó:

- —Esto es obra de Antonio. De todos, sólo él conocía tu casa, Magali. Nuestros amigos han debido estar sorprendidos al llegar a "La Castañeda"
- -Muy posiblemente -- intervino otro--; Antonio ha querido servirse de tu casa para tirarnos a la cara sus razones. ¿No recordáis que en la reunión nos

dijo que pronto íbamos a oír hablar de él ?Alejandro y Cristina han caído en su ratonera.

- —El anarquismo vuelve a recibir en la espalda otra puñalada —se lamentó Rosalía.
- —Bueno, no es el momento de polemizar. ¡Manos a la obra! —sugirió Magali—. Un coche y, ya estamos tocando el dos hacia "La Castañeda".

Entró el padre de Magali cuando estaban decididos a marchar. Su hija se le tiró a los brazos, y lloró.

—Termino de enterarme —dijo el padre cerrándola contra su pecho—, pero aún no hay nada perdido: ¡Hala, voy con vosotros! ¿Tenéis coche?

Magali, ya recuperada, contestó:

—Sí, Tino ha salido disparado a buscar uno a su garaje.

Una hora más tarde, un "Seat" el más grande que Tino encontró disponible en su garaje, devoraba los kilómetros hacia "La Castañeda",

- —¡Vaya en la situación que han ido a meter a Alejandro! —se lamentó Carine.
- —Y él que esperaba la democracia para cantar la poesía de su idea —comentó el padre de Magali.
- —La bestialidad, venga de donde venga, ha encontrado siempre en la sociología y en la moral, más puertas abiertas que la poesía —opinó Magali, dando al aire de su voz la tristeza que sentía el corazón—. ¿Creéis que podremos un día hacer comprender esta razón? Sí, la razón de que no debe faltar nunca la poesía en las rebeldías del hombre.

Y Tino les recordó:

—Alejandro nos ha dicho siempre que la poesía social es en el poema de las poesías del hombre, la más realista que podemos ofrecer a la vida.

El padre de Magali tuvo que llamar la atención más de una vez a Tino. El coche, en las directas, alcanzaba los ciento ochenta kilómetros hora. Esto redujo el recorrido que separaba Lugo de la propiedad.

A una distancia considerable de "La Castañeda" encontraron las primeras barreras de la policía. Magali y su padre se dieron a conocer a un oficial, como propietarios de la casa sitiada. Magali afirmó que dos inocentes se encontraban en el interior de su propiedad. Dio los nombres, y se propuso para intervenir.

—Facilíteme un altavoz, quiero hablarles —les dijo—. Quizá me escuchen y, esto pueda servir a salvar unas vidas.

Tal proposición, apoyada por su padre, fue para la policía una sorpresa, mas después de ser estudiada, la aceptaron. Entre un ejército de policía Magali gritó:

—¡Dejadme entrar, soy Magali! ¡Quiero ser la negociación!

Lo repitió muchas veces, hasta que recibió, como contestación, una ráfaga de ametralladora.

Pero en el interior, Alejandro, al oírla, se precipitó contra el italiano, diciendo:

—¡Has terminado de perder el sentido común! ¡Déjala entrar, puede traer la solución!

El italiano, ya ciego y enloquecido, le dio un tremendo puñetazo en la cara y otro en el vientre. Alejandro cayó sin conocimiento al suelo. Cristina se horrorizó, pero no perdió el ánimo, y le socorrió hasta poder hacerle recuperar el conocimiento. Conseguido, él pensó en lo peor. Le dijo:

—Mira de poder gritar a Magali que insista. Desde la pequeña habitación, retirada como está, creo que podrás. ¡Anda, ves!

Alejandro se encontraba medio desfallecido, la cabeza le daba vueltas. Cristina le enjugó el hilo de sangre aparecido en la barbilla, y fue a intentar comunicar con Magali o con la policía.

Las ráfagas de disparos continuaban en aumento. La confusión era monumental, pues los malos entendidos, el nerviosismo, y por último la desesperación en la que se encontraban los sitiados, agravaba al extremo la situación. Cristina estaba vencida por el pánico. La sangre que vio en la boca

de su amado ensombrecía su mente. Como una loca, sin la más pequeña precaución, se acercó a la ventana, la abrió, y gritó:

—¡Alto el fuego, alto el fuego! ¡Magali, Magali...

La palabra última quedó prisionera en sus labios. Una bala le atravesó la cabeza. Cayó instantáneamente muerta.

El asalto final estaba ya empezando cuando Cristina cometió la imprudencia de asomarse a la ventana. A partir de ese instante todo se sucedió como los relámpagos. La policía ganó las entradas de la casa. La desesperación y el pánico generalizó la locura entre los sitiados. Algunos muertos y heridos yacían por el suelo.

El italiano, con los dos únicos que le quedaban, al ver semejante catástrofe, abrió la puerta del detenido, donde encerrado a llave enloquecía de miedo aquel hombre atado de manos, y lo cosió a tiros.

Minutos después, el espectáculo horrible que continuaron viendo, terminó de desesperarlos. Alejandro, al verlos gritar y gesticular de tal manera, intentó de huir a esconderse en un lugar más seguro que el salón, pero, en los primeros pasos sintió el frío de unas balas en la espalda, recibidas de la pistola del italiano. Se volvió y, sus ojos quedaron clavados en los de Antonio antes de caer desvanecido al suelo. Los tres, ya no eran hombres, sino animales enloquecidos. La última de sus locuras la encontraron al intentar escaparse por la ventana.

Mientras que Alejandro, nada más recuperó el conocimiento pensó en su amada. Esto le permitió recuperar el ánimo y las fuerzas para ir en su busca. Débil, y cayéndose de cuando en cuando, ando llamándola con una voz temblorosa. Sus heridas no cesaban de sangrar en abundancia. Este dolor físico lo soportaba bastante bien, mas el que le originó en su espíritu el encontrar a Cristina bañada la cara de sangre, lo derrumbó. Cayó encima de ella con los ojos cerrados, los puños crispados, y el conocimiento otra vez desvanecido.

Cuando la policía terminó de ser dueña de la casa, no encontró en su victoria, mas que la confusión y las sombras de la muerte.

Mas ese confusionismo propio a tales situaciones, le dio a Magali la ocasión de entrar. Caminó entre los muertos y heridos con el ánimo que sólo puede caracterizar el amor. Examinó ciertos cadáveres, hasta llegar al de Cristina. Al ver a Alejandro gimiendo encima de su cuerpo, se dejó caer, para bañarse en la sangre del uno y del otro, y llorar.

El calor de tantos besos dieron a Alejandro una espontánea reacción:

—Has llegado tarde, Magali muy tarde —musitó él.

Ella volvió a besarlo. De rodillas en el suelo, cerró la cabeza de Alejandro contra su pecho, y exclamó:

- —¡No, no he llegado tarde, no!¡Te salvaré, vivirás, sí vivirás!
- —Imposible, querida, imposible. Siento en mis venas el sueño de la muerte. Y animado por un arranque de nervios, gritó—: ¡Pero tú, Magali, sigue viviendo, y no traiciones nunca a la poesía que tantas veces nos unió!

El aire faltó a sus pulmones. Cerró los ojos y se refugió en la calor del pecho de Magali.

—¡Te amo, Alejandro, te amo! ¡Oh, si supieras con la locura que siempre te he amado!

Y unas lágrimas inundaron sus ojos antes de terminar de decir con un susurro:

—Si sucediera lo peor, no sé si yo podría continuar viviendo.

Este sentimiento sacudió el espíritu de Alejandro. Murmuró:

—Magali, sé fuerte. Esta situación no debe romper nuestra poesía revolucionaria. Nosotros no somos nada, sólo la vida, el amor y la revolución, unidos, tienen un valor eterno en la noche triste y horrible que viven los pueblos. —Y en las últimas fuerzas de su voz, terminó de decir—: Los que no sienten la poesía, no conocen el verdadero significado del amor ni el de la revolución.

Y el desfallecimiento lo redujo al silencio. Magali intentó otra vez reanimarlo, mas cuando llegó la policía, ella estaba también en las últimas décimas de su conocimiento.

Magali suplicó a la policía que lo salvaran:

—¡Es inocente, un poeta y un trozo de pan!

Alejandro fue puesto, unos instantes después, en una camilla. Al moverlo, quizá sintió una ligera reacción, que le permitió decir débilmente:

—Magali, repite donde te encuentres: ¡Alto a las violencias, éstas son siempre suicidios estúpidos y gratuitos!

Y levantó las manos en signo de desesperación. Magali las besó y las cerró entre las suyas. Los camilleros daban los primeros pasos cuando Magali las besó y las cerró entre las suyas. Los camilleros daban los primero pasos, cuando Magali sintió llegar a sus manos el estremecimiento de la muerte. Se dejó caer encima de Alejandro. Los camilleros sostuvieron el golpe con dificultad. Cuatro policías emplearon todas sus fuerzas para retener la desesperación de Magali.

Retenida por dos policías, vio desaparecer la camilla y, en ella, la ilusión más grande de su vida.

Un instante después se soltó de las manos que la retenían, y se arrodilló para besar el cadáver de Cristina. Llegó su padre en ese momento triste y desolador. Magali se levantó, después de volver a besar a Cristina, y exclamó, abrazándose a él:

—¡Papá, papá, ayúdame a vivir!

La policía les invitó a cumplir las primeras formalidades. Magali se asustó, y encontró la fuerza para escapar. Su padre suplicó que no la persiguieran: "Yo respondo de ella, es mi hija y está desesperada."

Magali no paró de correr hasta llegar junto a sus camaradas. Se entregó a los brazos de Tino, y gritó:

—¡Los dos, los dos están muertos, muertos!

Se calmó. Y después de suspirar contra el pecho de Tino, prosiguió:

—¡Ha sido un poeta hasta recibir la muerte! ¿Sabéis lo que aún ha tenido el valor de decirme? Pues que no se puede hacer una revolución constructiva sin revolucionarios poetas.

Llegó el padre acompañado de unos policías; mas, ella continuó diciendo a sus camaradas:

—En sus últimos minutos no se preocupó de mí, ni del cuerpo ensangrentado de Cristina que yacía a su lado, ni tampoco de vosotros, sus más queridos camaradas. Sólo el ideal recibió su último beso, y el último canto de su espíritu...

* * *

Y, aquel ramo de espíritus rebeldes, se encontraron arrollados por la más grande de las tristezas; pero, más tarde la luz del ideal que definieron con Alejandro, volvió a iluminar la ilusión de una humanidad libre, sin fronteras, supersticiones y guerras.